



HABITACIONES CERRADAS

CARE SANTOS

**Toda familia esconde un secreto
Toda casa tiene sus habitaciones cerradas**

RELATOS

booket

Care Santos

Habitaciones cerradas

Título: Habitaciones cerradas

Autor/es: Care Santos

Lengua de publicación: Castellano

Edición: 1ª ed., 1ª imp.

Fecha Edición: 06/2011

Materia/s: 821.134.2-3 - Literatura española. Novela y cuento.

ISBN 13: 978-84-672-4424-3

Para los hijos, nietos y biznietos
de mis hijos, que no sabrán quién fui.

Prometeme esto:
cuando hayas muerto
habrá quien me convoque.
EMILY DICKINSON

El tiempo: el único tema.
YASMINA REZA

DRAMATIS PERSONAE

(Los subrayados corresponden a personajes reales)

ALBERT DESPUJOL, JOSEP MARIA (1886-1952). Barón de Terrades, político monárquico, industrial y alcalde de Barcelona durante el franquismo. En 1909 se casó con Maria del Carmen Muntadas i Estruch, heredera del propietario de la empresa textil La España Industrial, de la que fue director. Huyó de la Barcelona republicana en 1936 refugiándose en Italia, para luego incorporarse en Sevilla al Alzamiento Nacional.

ALDO. Marido de Silvana Gentile, médico de Nesso.

ALEXIA. Prima segunda de Amadeo Lax. Crió a Modesto Lax desde sus cuatro años hasta la edad adulta.

ALFONSO XIII (Madrid, 1886 — Roma, 1941). Rey de España desde su nacimiento hasta la proclamación de la Segunda República en 1931. Hijo de Alfonso XII y su segunda esposa, Maria Cristina de Habsburgo-Lorena (reina regente hasta 1902, año en que su hijo alcanzó la mayoría de edad), se casó a los veinte años con Victoria Eugenia de Battenberg. Marchó al exilio tras las elecciones de abril de 1931.

AMÉLIE. Asistente personal de Modesto Lax Brusés, padre de Violeta y más tarde, segunda esposa de éste.

ANTONIA. Niñera de Teresa Brusés y sus hermanas y desde 1928, camarera y planchadora en casa de los Lax.

AURORA. Camarera en casa de los Lax. Más tarde, esposa de Higinio.

BASSEGODA. RAMÓN. La familia Bassegoda fue una saga de arquitectos, políticos y académicos de principios del siglo XIX, que con el tiempo se convertirían en conservadores de la obra de Gaudí. El personaje se basa libremente en algunos de los miembros del linaje.

BASTARDAS. ALBERT (1871-1944). Abogado y político barcelonés, miembro del Partit República Autonomista, con el cual en 1908 fue nombrado teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona. Se exilió después de que el dictador Primo de Rivera disolviera la Mancomunitat de Catalunya, en cuya fundación intervino activamente. Regresó a Barcelona con la proclamación de la Segunda República y en 1932 fue diputado en el Parlament catalán. Se exilió terminada la Guerra Civil, en 1939.

BESSA, MATILDE (1855-1913). Segunda mujer de don Casimiro Brusés, tía de Silvia.

BESSA, SILVIA (1874-1903). Primera mujer de don Casimiro Brusés. Madre de sus siete hijos, entre ellos Luisa, Maria, Silvita, Tatín y Teresa.

BRUSÉS, CASIMIRO (1868-1905). Padre de Teresa Brusés. Comerciante de tabacos y lanas. Muerto en el naufragio del transatlántico *Príncipe de Asturias*. Este suceso se sitúa en la ficción unos años antes a cuando ocurrió en realidad, el 5 de marzo de 1916. Murieron 457 personas.

BRUSÉS, LUISA. Hermana de Teresa Brusés. La cuarta en orden cronológico.

BRUSÉS, MARIA. Hermana de Teresa Brusés. La quinta en orden cronológico.

BRUSÉS, SILVITA. Hermana de Teresa Brusés. La sexta en orden cronológico.

BRUSÉS, TATÍN (1897-1936). Hermana de Teresa Brusés. La tercera en orden cronológico.

BRUSÉS BESSA, TERESA (1907-1936). La pequeña de las hijas de Casimiro Brusés y Silvia Bessa. Esposa e inspiración de Amadeo Lax.

CANALS AMBRÓS. FRANCESC (1877-1899). Conocido popularmente como el Santet del Poblenou, está enterrado en el Cementiri de l'Est de Barcelona, donde es objeto de un multitudinario culto popular. Según

parece, trabajó en los Grandes Almacenes El Siglo.

CARMELA. Camarera de casa de los Lax desde 1890.

CLELLAND, DANIEL (1965). Marido de Violeta Lax Rahal. Escritor.

CONDE JIMÉNEZ. EDUARDO (1838-1914). Nacido en Madrid, emigró siendo muy joven a La Habana, donde comenzó su carrera comercial. Tras viajar por todo el mundo y adquirir una notable formación financiera, conoció a quien sería su socio, Pablo Puerto, y también al padre de su futura esposa, Dionisio Gómez, que en aquel momento era uno de los empresarios de más renombre del mundo. Tras contraer matrimonio con Cecilia Gómez del Olmo, la familia se traslada a España y elige Barcelona para fundar, en 1881, una camisería que bajo el nombre de Conde, Puerto y compañía, tuvo su primera sede en la Rambla de Santa Mónica. Más tarde, el negocio se agranda y se traslada a la Rambla de los Estudios, donde a partir de 1921 pasará a denominarse Grandes Almacenes El Siglo. Hombre interesado por la cultura, fue un gran protector de las artes y, en muchos aspectos, un hombre adelantado a su tiempo. Sus aficiones espiritistas, sin embargo, pertenecen sólo a la ficción novelesca. Tuvo varios hijos, algunos de los cuales continuaron el negocio familiar.

CONDE GÓMEZ DEL OLMO, OCTAVIO (1899-1932). Hijo de Eduardo Conde Giménez y Cecilia Gómez del Olmo. Director, en la ficción, de los Grandes Almacenes El Siglo.

DE LA CUADRA. EMILIO (1859-1930). Empresario valenciano, fundador de la Compañía General Española de Coches Automóviles E. de la Cuadra, Sociedad en Comandita. Trabajó en el desarrollo de vehículos con motores eléctricos. Tras el fracaso de uno de sus omnibús, destinado al hotel Colón de Barcelona, solicitó su reingreso en el ejército, llegando a ser general de Brigada. Los componentes y restos de su trabajo fueron comprados por uno de sus principales acreedores (J. Castro), lo cual dio lugar a la marca Castro, Mark Birkigh continuaría con él para posteriormente crear junto a Damián Mateu, la conocida marca Hispano-Suiza.

DOMINGO SOLER. AMALIA (1835-1909). De origen humilde, fue una de las pioneras del espiritismo en España, fundadora de la revista *La luz del porvenir* y defensora de los derechos de la mujer y de la libertad de culto.

En los años setenta del siglo XIX protagonizó en los medios de comunicación una encendida polémica con el religioso Vicente de Manterola, quien afirmó que a los espiritistas les inspiraba Satanás. Sólo en 1880 escribió 125 artículos. Participó activamente en el I Congreso Espiritista que se celebró en Barcelona en septiembre de 1888.

ESTRUCH. JOSEP. De familia adinerada, hijo de un senador progresista, era gerente del Banco de Barcelona cuando en 1920 la entidad quebró. La junta de gobierno le culpó del descalabro.

EUTIMIA. Gobernanta de casa de los Lax entre 1880 y 1919.

ESPELETA TORRES, MONTSERRAT (1895-1930). Trabajadora de Hilados Lax desde los nueve años hasta que, a los dieciséis, debuta en el mundo del espectáculo. Convertida en la Bella Olympia, triunfa en la Barcelona anterior a la Exposición del 29 desde los escenarios del Salón Doré o el Arnau.

GAMBÚS, DR. (1856-1924). Médico de la familia Lax.

GENTILE, SILVANA (1971). Hija de Fiorella Otrante. Esposa de Aldo y madre de dos hijos.

GOLORONS, MARIA DEL ROSER (1866-1932). Heredera del imperio textil mataronés Manufacturas Golorons, se casa con Rodolfo Lax en 1890. Es madre de Amadeo, Juan y Violeta.

GOLORONS, HERMANOS. Ricos industriales textiles de la ciudad de Mataró, con casa en la calle de La Riera —la principal de la ciudad— y finca de veraneo en Argentona. Padre y tío, respectivamente, de Maria del Roser Golorons.

GÜELL. EUSEBI (1846-1918). Industrial y político catalán, yerno del marqués de Comillas. Amasó fortuna en Cuba y a su vuelta promovió diversas industrias. Su nombre es conocido universalmente gracias al mecenazgo que ejerció sobre el arquitecto Antoni Gaudí.

JASON. Segundo marido de Valérie Rahal —de quien fue profesor de inglés— y padrastro de Violeta.

JUANITA. Cocinera de casa de los Lax. Esposa de Felipe, el cochero, y madre de Julián, que sigue profesionalmente los pasos de su padre.

LAGUARDA I FENOLLERA. MONSEÑOR (1866-1913). Obispo de

Barcelona desde 1909, nombrado por el papa Pío X. Según algunos cronistas contemporáneos, era un hombre comprometido políticamente, sin pelos en la lengua y con fama de santo.

LAX FREY, RODOLFO (1860-1909). Nacido en Vic, muy pronto vende toda su herencia y se traslada a Barcelona, donde será uno de los responsables del crecimiento y la pujanza de la ciudad. Se casa con Maria del Roser Golorons en 1890 y es padre de Amadeo, Juan y Violeta.

LAX BRUSÉS, MODESTO (1933). Hijo de Teresa Brusés y Amadeo Lax. Profesor de teatro de la Universidad de Aviñón, especialista en Bertold Brecht.

LAX GOLORONS, AMADEO (1889-1974). Primogénito de Maria del Roser Golorons y Rodolfo Lax. Pintor novecentista de renombre universal. Padre de Modesto.

LAX GOLORONS, JUAN (1894-1963?). Segundo hijo de Maria del Roser Golorons y Rodolfo Lax.

LAX GOLORONS, VIOLETA (1898-1914). Hija menor de Maria del Roser Golorons y Rodolfo Lax.

LAX RAHAL, VIOLETA. Hija de Modesto Lax y Valérie Rahal. Especialista en la obra de Amadeo Lax.

LÓPEZ BRU. CLAUDIO (1853-1925). Segundo marqués de Comillas, hijo de Antonio López López y una de las mayores fortunas de su época. Fue propietario de la Compañía Transatlántica Española, la Compañía General de Tabacos de Filipinas o Ferrocarriles del Norte. Murió sin hijos.

MACIÀ. FRANCESC (1859-1933). Militar y político republicano, independentista catalán y presidente de la Generalitat de Catalunya entre 1931 y 1933. Fundador de los partidos Estat Catalá y Esquerra Republicana de Catalunya. Conoció el exilio durante la dictadura de Primo de Rivera, contra la que se opuso frontalmente. Proclamó la República Catalana, como parte de una España federal, en 14 de abril de 1931. Cuando este proyecto fracasó, negoció y fue el autor del primer Estatuto de Autonomía para Cataluña.

MALLAIS, MARGOT (1962-2010). Cantante y compositora, muy de moda durante la década de los noventa en España y Francia.

HIGINIO. Encargado de mantenimiento en casa de los Lax desde 1922 hasta 1936. Más tarde, militar y esposo de Aurora.

MARTÍNEZ CRUCES, CONCHA (1870-1941). Nodriz, niñera, dama de compañía en casa de los Lax desde 1890 hasta su muerte.

MAURA. ANTONIO (Palma de Mallorca, 1853-Torrelodones, 1925). Político español. Presidente del Consejo de Ministros en cinco ocasiones entre 1903 y 1921.

MONTULL, FELIPE. Chófer en casa de los Lax desde 1889 hasta 1903. Padre de Julián, esposo de Vicenta.

MONTULL, JULIÁN. Chófer en casa de los Lax desde 1900 hasta el estallido de la Guerra Civil.

MONTULL SERRANO, LAIA (1920-2010). Hija de Vicenta Serrano y Julián Montull. Camarera en casa de los Lax.

MUÑOZ SECA. PEDRO (1879-1936). Escritor y autor de teatro español de gran éxito en su época, cuya obra más conocida es *La venganza de don Mendo*. De ideología conservadora, había estrenado una serie de comedias criticando el gobierno de la Segunda República. El estallido de la Guerra Civil le sorprendió en Barcelona, donde asistía al estreno de su comedia *La tonta del rizo*. Fue detenido en plena plaza de Catalunya, trasladado a Madrid y fusilado días después por fuerzas republicanas, en la matanza de Paracuellos del Jarama.

OLYMPIA (ver Espelleta Torres, Montserrat).

OTRANTE, FIORELLA (1938). Heredera italiana, hija de Eulalia Montull y madre de Silvana Gentile.

PAREDES, SARGENTO. Sargento de los mossos d'esquadra.

PÉREZ, ARCADIO (1947). Secretario personal de Amadeo Lax desde el año 1968. Amigo de la familia.

PLANDOLIT. JOSÉ RAFAEL. Empresario barcelonés, socio de Manuel Girona en el Banco de Barcelona.

PRIMO DE RIVERA. MIGUEL (1870-1930). Militar, político y dictador español. Segundo marqués de Estella, séptimo de Sobremonte y grande de España. Fue capitán general en Valencia, Madrid y Barcelona. Con el visto bueno de Alfonso XIII y el apoyo de la Iglesia, ejército y fuerzas

conservadoras encabezó un directorio militar que concentró en él todos los poderes del Estado. Finalmente fue desautorizado por el rey y los altos mandos militares, presentando su dimisión en 1930 y exiliándose en París.

PUIG I CADA FALCH, JOSEP (1867-1956). Arquitecto, historiador de arte y político nacido en Mataró, ciudad de la que fue arquitecto municipal durante cinco años. Se le considera el último arquitecto modernista y el primero novecentista. Además de autor de emblemáticos edificios, fue regidor del Ayuntamiento de Barcelona, presidente de la Mancomunitat de Catalunya en 1917 y diputado provincial (de 1913 a 1924).

RAHAL, VALÉRIE. Madre de Violeta Lax y esposa de Jason.

ROSALÍA. Planchadora en casa de los Lax desde 1890 hasta 1925.

SANLEHY ALRICH, DOMINGO (1847-1911). Alcalde de Barcelona en 1906-1909. Marqués de Caldes de Montbui. Propietario, abogado y financiero. Se involucró en la fundación de escuelas laicas e inició la reforma del casco antiguo de Barcelona.

SAMA. SALVADOR DE (1861-1933). Político liberal, grande de España y senador vitalicio. Fue alcalde de Barcelona dos veces: en 1905-1906 y en 1910-1911. Tenía un palacio de inspiración oriental en Paseo de Gracia esquina Gran Vía. Era el propietario de los terrenos donde se asienta el Parque Güell, que le vendió a Eusebi Güell en 1899.

SELVAS, RICARD. Arquitecto encargado del proyecto Biblioteca Amadeo Lax.

SERRANO, VICENTA (1889-1937). Cocinera en casa de los Lax desde que en 1910 entra para sustituir a Juanita, hasta el estallido de la Guerra Civil.

TORRES-SOLANOT, VIZCONDE DE (1840-1921). Antonio Torres — Solanot y Casas. Tomó parte activa en la revolución de 1868, como secretario de la junta revolucionaria de Huesca. En 1871 abraza el espiritismo fundando la revista El progreso espiritista. Desde 1872 presidente de la Sociedad Espiritista española. Publica varios libros y estudios sobre espiritismo. Inaugura en España las primeras escuelas laicas junto a Fabian Palasí Martín. Murió soltero.

URGELL. MODEST (1839-1919). Pintor y comediógrafo catalán, conocido por sus paisajes rurales catalanes y sus imágenes de cementerios,

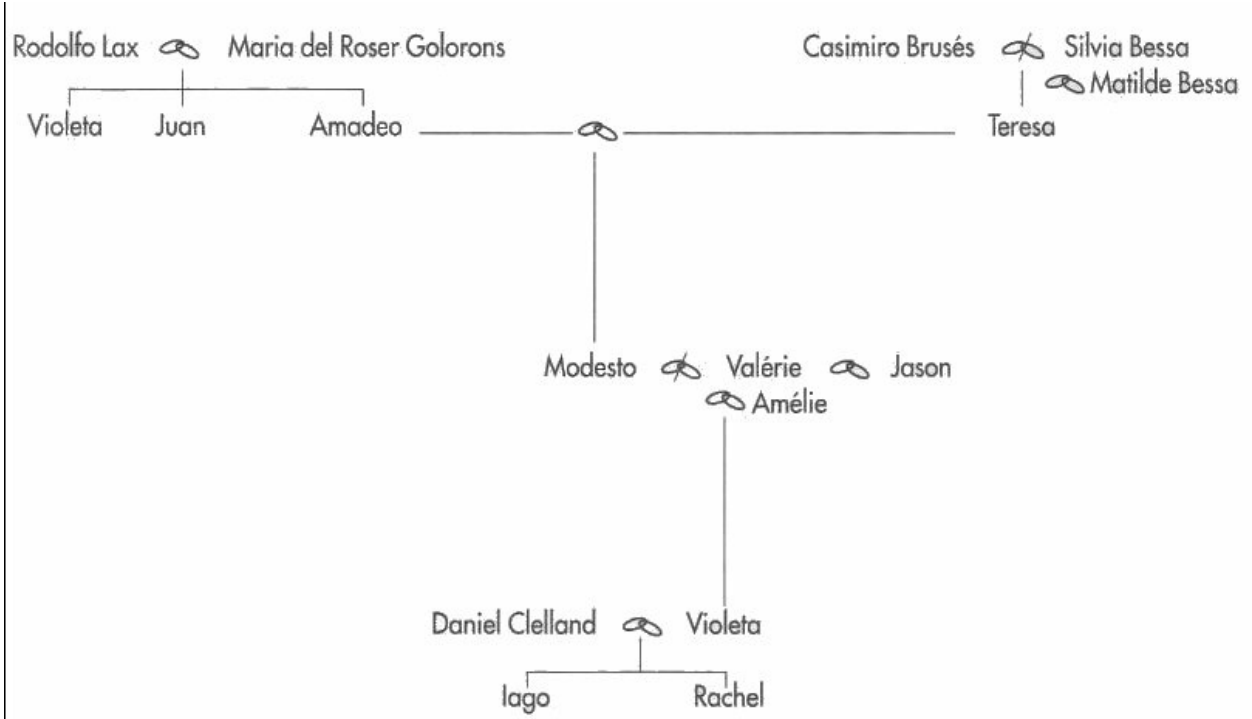
muy celebradas a finales del siglo XIX. Desde 1894 fue profesor de paisaje en la Llotja. Gozó de gran popularidad y éxito comercial. Hizo incursiones en el mundo del teatro, como empresario, escenógrafo y director.

VIÑAS. FRANCESC (1863-1933). Tenor nacido en Moiá. Debutó en Mataró en 1888 y en el mismo año en el Gran Teatre del Liceu de Barcelona y al año siguiente en La Scala de Milán, de donde pasó a algunos de los teatros más famosos de Europa y Estados Unidos. Se especializó en algunas obras de Wagner. Poco antes de retirarse, en 1918, se hizo muy popular por su atrevimiento de cantar a Wagner en catalán.

VICTORIA EUGENIA (1887-1969). Nieta de la reina Victoria de Inglaterra. Reina consorte de España por su matrimonio con Alfonso XIII.

VIVES. MIGUEL (1842-1906). Fundó la Sociedad Espirita del Vallés, de la cual surgió la Sociedad Espirita de Catalunya. Llamado el Apóstol del Bien por su gran calidad humana.

WALDEN, DRINA. Asistente de Violeta Lax.





Teresa ausente, 1936

Fresco, 300 x 197 cm

En la actualidad, no visitable

Teresa Brusés fue la gran obsesión y —se dice— también la gran desgracia de la vida del pintor Amadeo Lax. De los treinta y siete retratos que le hizo, sólo una tercera parte están datados durante los ocho años que duró su convivencia matrimonial. El más atípico de ellos, considerado la obra maestra de su autor, fue este fresco de grandes dimensiones ejecutado durante las obras de rehabilitación del patio de la casa familiar y datado en 1936 (probablemente a comienzos de verano). La técnica empleada fue la conocida como «fresco al seco», consistente en pintar con colores diluidos en agua sobre una capa de mortero todavía húmedo, que Lax empleó aquí por primera y —curiosamente— última vez. La obra muestra a la modelo de cintura para arriba, con el cuerpo ladeado y el rostro casi de perfil. Mira hacia algún punto que queda fuera del cuadro, con un cierto aire de desasosiego o de extravío. Todo ello viene subrayado por la gama cromática empleada —predominan los oscuros: azules, negros, ocre, añiles...— y por el trazo grueso, se diría que descuidado, con que se han resuelto algunos detalles, como el pelo o las manos. Se trata de una curiosidad en la obra de un pintor meticuloso, que siempre cuidó el contorno y el trazo y que en esta ocasión demuestra una proximidad a los expresionistas inédita en su trayectoria. Por supuesto, se ha escrito mucho acerca del estilo de esta obra, que la mayoría de los especialistas achacan al crítico momento en que fue concebida: precisamente poco después de que la modelo abandonara al pintor por otro hombre. Lamentablemente, el fresco no se expone al público, por encontrarse en el interior de la que fuera residencia del artista, cuyo proyecto museístico lleva varios años esperando el beneplácito de las instituciones, entre las que se encuentra el gobierno autonómico, a quien Lax instituyó como heredero de la

casa y de su obra.

*Joyas del arte catalán,
Ediciones Pampalluga. Malgrat de Mar, 1987*

De: Silvana Gentile

Fecha: 8 de febrero de 2010

Para: Violeta Lax

Asunto: Asunto importante

No nos conocemos. Mi nombre es Silvana y vivo con mi familia en Nesso, un pequeño pueblo junto al lago de Como, en el norte de Italia. Le escribo por encargo de mi madre, quien desea hacerle llegar una carta. ¿Sería usted tan amable de facilitarnos una dirección postal? Quedo a la espera de su respuesta y le envío un saludo amistoso.

Silvana

Nesso (Italia), 10 de febrero de 2010

Estimada señorita Lax:

Pensará usted que esta carta llega de otro mundo. Discúlpeme por no enviársela a través de esa vía endiabladamente rápida que las máquinas han puesto a nuestro servicio, pero soy de las que aún piensan que los trazos manuscritos contienen mucho más que un mensaje: el latido de la mano que los traza, la humedad de la lágrima que los acompaña y puede que el temblor de la emoción que los justifica. Pensará que quien le escribe es una desengañada de la modernidad, o eso que llaman una persona amante de las tradiciones, y sin duda habrá acertado. Debe de ser este lugar donde nací y de donde pocas veces he salido el que me ha hecho creer en el error de que el mundo es lento y plácido. Y a mis años, la verdad, prefiero mantenerme en el engaño. Sólo añado a este preámbulo mi agradecimiento por su generosidad. Si le sirve de compensación por haber proporcionado sus datos postales a una desconocida, le confieso que me habría costado mucho contarle nada valiéndome de esas feas teclas de plástico.

El asunto por el que la escribo le parecerá, en un principio, ajeno a su interés: mi madre murió hace unas pocas semanas. Espero tener ocasión de explicarle cómo era y cuánto amaba este lugar, al que llegó siendo poco más que una niña. Su ausencia nos ha dejado una desolación que nada puede calmar. Sólo, acaso, cumplir sus últimos deseos, a pesar de que éstos sean para nosotras —para mi hija y para mí— tan sorprendentes como, supongo, serán para usted.

Aunque al principio no entendíamos la razón, mi madre la nombró a usted en su testamento. Esa cláusula no fue la única que nos dejó estupefactas. Es por eso que hemos necesitado —yo, por lo menos— un breve tiempo para cotejar datos y asegurarnos de que cuanto en un principio tomamos por fantasías de una mente agotada de vivir, eran en realidad las bases de nuestra historia familiar y —sospecho— también de la suya.

Todo esto, como comprenderá, requiere algunas horas de conversación. Hay cosas que deben tratarse en persona, ante algo de comer y con un buen paisaje de fondo. Disculpe, por favor, la brevedad de mis palabras. No puedo extenderme en una carta. Ni siquiera en una de verdad, como ésta.

Así pues, Violeta, en este papel viaja mi invitación formal a visitarnos. Nuestra casa es un pequeño remanso de paz con vistas a uno de los parajes más idílicos del mundo. Puede quedarse el tiempo que desee, más allá de lo que nos ocupen los asuntos que debemos abordar. Si la información que poseo de usted es correcta, mi hija, Silvana, tiene aproximadamente su edad. Ella dirige ahora nuestro pequeño hotel, donde me consta que tiene una habitación reservada para usted. Sólo debe indicarnos el día de su llegada y nos encargaremos de recogerla personalmente.

Tenga por seguro que la trataremos como a una más de la familia.

*Con el anhelo de que tal cosa ocurra pronto, la saluda con afecto,
su*

FIORELLA OTRANTE

De:	Violeta Lax
Fecha:	1 de marzo de 2010
Para:	Arcadio Pérez
Asunto:	Viaje a Europa

Querido Arcadio:

Finalmente he decidido viajar a Europa. Drina, mi asistente, está intentando conseguirme un billete para la semana próxima. Dime cuántos días crees conveniente que me quede, para planificar bien mi estancia. Ya sabes que lo que más me interesa es ver el fresco de Teresa antes de que sea retirado del muro del viejo patio, pero te acompañaré —en calidad de entendida, de heredera o de amiga (lo que te sea más útil)— a esas reuniones terribles de las que me hablas. Te advierto, eso sí, que los políticos me ponen enferma.

Por lo demás, pienso viajar también a Italia. Mi intención, al principio, era ir allí primero y luego dar el salto a Barcelona, pero esta mañana recordé de pronto que las obras de restauración deben de estar a punto de comenzar y por nada del mundo querría perderme esta última oportunidad de ver la obra cumbre de mi abuelo en su emplazamiento original. Máxime cuando es una obra de la que he hablado, escrito y hasta pontificado durante años. Resumiendo: espero noticias. Besos.

Vio

P.S.: Por cierto, si me invitas a un vino prometo contarte las extrañas circunstancias en que una dama misteriosa y decimonónica me ha invitado a visitarla al lago de Como. Te juro que no es broma. Y pienso ir. Daniel dice que estoy loca. Ah, Daniel te manda saludos. Últimamente está tan ocupado con su novela que ni siquiera tiene tiempo para su familia.

De:	Drina Waiden
Fecha:	1 de marzo de 2010
Para:	Violeta Lax

Asunto: Europa

Te adjunto toda la Información de los vuelos europeos que me pediste: Chicago-Barcelona y Barcelona-Orio al Serio (Bérgamo/Milán). He averiguado que este último aeropuerto es el más cercano al lago de Como, que es donde te propones ir, ¿verdad? Ya me dirás si prefieres hacer un poco de turismo en Milán o está bien así. También necesito saber cuándo vuelves y desde dónde.

Ya sé que detestas estas cosas pero hay algo que necesito preguntarte. No en calidad de asistente, por una vez, sino de amiga. Al fin y al cabo, fui mucho antes lo segundo que lo primero.

Ay, Vio, ¿estás segura de que este viaje no es, en realidad, una huida? No sé, lo has decidido con tanta precipitación, en un momento tan extraño. ¡No entiendo por qué te vas precisamente ahora, cuando el Art Institute está a punto de inaugurar Tu exposición de los retratistas! Y eso que dices en tu correo me confunde más aún: ¿«Hacer las paces con una parte de mi pasado que dejé escapar»? No se me ocurre qué puede ser tan importante para ti como para renunciar a la satisfacción de pronunciar un discurso delante de todos los jefes el día de la inauguración. Ya sé que dices que eso sólo es colateral, que en realidad es un cúmulo de razones lo que te lleva a Europa, empezando por el fresco de Teresa, pero yo no termino de verlo claro.

Tal vez me estoy propasando incluso en mis funciones de amiga, pero tengo la sospecha de que todo esto tiene más que ver con la crisis de la que me hablaste el otro día. El trabajo de Daniel, tu falta de fe en vuestra relación de pareja, las obligaciones que ahora te imponen los niños... Todo eso irá pasando, querida. O mudando de piel. A todos nos ocurre. Sólo es cuestión de tiempo que lo veas de otro modo. Resumiendo: sólo quería decirte que estoy muy preocupada por ti. Tengo la impresión de que te ocurren muchas cosas al mismo tiempo, y no entiendo ninguna.

¿Me prometes que te cuidarás mucho? ¿Y que contarás conmigo, si te hago falta, para algo más que planificarte la agenda?

I

—Algún día contaré todo lo que recuerdo y los muertos se removerán en sus tumbas —le susurró Concha una vez a su querida Aurora.

La vida no le brindó demasiadas oportunidades para hablar largo y tendido. Aunque tal vez ése sólo fuera uno de los motivos por los cuales Concha nunca le contó a nadie todo lo que recordaba.

Nunca contó, por ejemplo, que el sábado 24 de diciembre de 1932 la señora Maria del Roser Golorons, viuda de Lax, después de oír misa de nueve en la iglesia de Belén, invirtió casi todo el día en visitar los Grandes Almacenes El Siglo. Pasó mucho rato en la sección de ropa blanca para niños del segundo piso, donde adquirió un ajuar completo para su primer nieto, que habría de nacer a mediados de primavera: pañales de tela rusa, mantillas festoneadas, camisas de batista y de hilo de Holanda y hasta media docena de enaguas de madapolán con bordados y volantes a la inglesa (para el caso de que el nieto fuera nieta). En la sección de juguetes eligió un perro saltador que causaba un gran efecto, un caballo de cartón y un coche de hojalata con sus caballitos al trote. Luego visitó la sección de cestería para adquirir un caminador, una chichonera adornada con borlas de lana y una cuna con pabellón, que era de mimbre pero costaba como una de la mejor madera. La ilusión de la señora por abastecer al primer hijo de Amadeo, su primogénito, y su querida Teresa se traslucía en el volumen de sus compras.

—Los niños de hoy son más complicados que los de antes, necesitan más cosas —decía para justificar sus compras.

Antes de pasar a lo siguiente, la señora se detuvo ante una casa de muñecas de dos plantas que costaba diez pesetas. Por un momento, Concha temió que aquella visión convocara en ella los peores recuerdos de su malograda Violeta, pero de nuevo le sorprendió oír:

—Éste será mi regalo de Navidad para tu hija. ¿Crees que será de su gusto?

Una señorita vestida con el elegante uniforme negro de la dependencia del establecimiento sonreía a ambas damas desde el otro lado de un mostrador de madera.

Concha acercó los labios al oído de doña Maria del Roser y con la mayor discreción dijo:

—Yo no tengo hijos, señora. Igual se refiere a Laia, la hija de Vicenta, la cocinera.

—¡Exacto, esa nena tan guapa, con esos ojos vivarachos! —La señora pareció entusiasmarse, pero en seguida se enfurruñó—. No. No es buena idea. No creo que a esa niña aún le interesen las casas de muñecas.

—Tiene doce años —puntualizó Concha—, y no ha tenido nunca ninguna. Creo que le encantaría.

—No, no, no. —La señora espantó la idea como si le resultara muy molesta y echó a andar, olvidando la casa en miniatura.

En la sección de baterías de cocina quiso que eligiera su fiel acompañante. Ese era en cierto modo su papel, la razón de su presencia allí. Los ojos de la señora la convertían en una especie de asesora omnisciente, vaticinadora de necesidades y hasta de catástrofes que podían paliarse con unas cuantas adquisiciones. En realidad era Teresa, la nueva señora de la casa, quien insistía a Concha en que no dejara ni un segundo sola a su suegra. No sólo la acompañaba y la asistía —su salud era ya delicada— sino que también velaba por que la avanzada demencia de la matriarca no trajera disgustos a la familia.

Ante un dependiente solícito que le mostraba ollas y cazuelas con el mismo orgullo con que habría enseñado sedas y organdíes, la señora Maria del Roser achinaba los ojos, llamaba a Concha con un ademán y decía:

—Elige tú, que en esta materia eres autoridad. Nunca se supo si aquella

ignorancia era real o fingida, aunque Concha sospechó siempre que la señora sabía más del gobierno de una casa de lo que en su vida estuvo dispuesta a reconocer y que su despiste siempre fue más producto de la falta de interés que de su incapacidad. Su enfermedad no disipó ninguna de estas dudas.

Aquella tarde, estudiando una sartén cuyo fondo le devolvía una caricatura de sí misma, dijo:

—Necesitaremos por lo menos una docena de éstas, ¿no es cierto, Conchita?

Sin saber cómo, la sirvienta logró que se llevaran sólo dos. La señora se encaprichó también de dos ollas y cuatro cazuelas de tamaños variados, todas de plancha de hierro y esmalte azul, de la mejor calidad. En realidad no necesitaban nada de aquello y en las cocinas sobraba la cacharrería, pero la señora Maria del Roser no comprendía que pudiera abandonarse El Siglo sin haber gastado por lo menos diez pesetas en la sección de baterías de cocina de la planta baja.

—Me gustan más las ollas que los brillantes —solía decir, risueña, cuando aún rebosaba facultades.

Aquel día se le metió en la cabeza que en la casa había una urgente necesidad de una cristalería de cristal fino que costaba más de cien pesetas y la añadió al pedido sin pestañear, justo antes de pasar a la sección de moda femenina para asistir a la última prueba del traje de banquete que tenía encargado, a cuya factura hizo sumar media docena de enaguas de batista y dos cubrecorsés de hilo bordado. Maria del Roser Golorons tenía un carácter demasiado díscolo para ser esclava de nada, ni siquiera de la moda, y durante toda su vida había vestido según un criterio regido por la limpieza, la comodidad y un uso adecuado de los colores, pero justo cuando se acercaba al último acto de su vida, se empeñó en volver al polisón y a la falda con cola que barría las baldosas.

—La mujer elegante sólo debe mostrar las puntas de los zapatos —sentenciaba, ante la mirada desesperada de la modista, que un momento antes le había estado mostrando unos bocetos de la última moda de París: unos abrigos con una sola manga que la señora halló extrañísimos, igual que el nombre que les daba la empleada, «asimétricos»—. Estos franceses no saben

qué hacer para timarnos —dijo, pasando a otra cosa.

Concha la seguía por el atestado establecimiento, feliz como una niña. Desde el año en que murió Violeta no había vuelto a ver a la señora tan ilusionada con los preparativos navideños. Sin duda, el próximo nacimiento tenía mucho que ver con ese buen humor. Gracias a eso, la casa recordaba un poco a la de otros tiempos, aquellos en los que el silencio aún no había llegado para quedarse.

Después de sus compras, la señora Maria del Roser quiso reponerse un poco en la cafetería. Acomodó sus faldones en una de las butacas, pidió a Concha que le trajera de la sala de lectura una revista de modas —«pero que no sea francesa», puntualizó— y pidió un vaso de agua fresca y una ración de croquetas. También manifestó su deseo de ver al propietario del establecimiento, a quien pensaba saludar, como hacía siempre que visitaba la casa.

—Siéntate, Conchita, no me pongas nerviosa —dijo, señalando la otra silla.

Don Octavio Conde acudió cuando ella saboreaba la segunda croqueta, tan puntual y galante como siempre.

—¿La familia bien? —preguntó, inclinándose a besar la mano de su querida Maria del Roser.

—Mire usted qué fatalidad —dijo ella—, me acabo de enterar de que Conchita no tiene hijos.

—A mi edad, me correspondería más bien tener nietos —bromeó la sirvienta, que conocía a don Octavio desde que era un niño. Y en un susurro junto al oído de su señora, añadió—: Es Octavio. Se va a extrañar de que le llame de usted.

Octavio sonreía, comprensivo, aunque había cierta inquietud o puede que cierta tristeza en el modo en que fruncía los labios mientras miraba a la madre de su mejor amigo.

—Conchita es un poco la madre de todos nosotros —terció—. Y lo será también de la tercera generación que viene de camino.

—Así es, así es —repuso Maria del Roser, con la mirada extraviada, antes de volver en sí de pronto—. ¿Cómo lo sabe?

Octavio dio una especie de respingo. Fue un gesto poco evidente, que sólo unos ojos adiestrados en la observación como los de Conchita habrían sabido reconocer.

—Porque su hijo y yo somos amigos desde el colegio. Nos conocimos en el pensionado de los jesuitas de Sarria. Ya se sabe —intentó reír, pero la carcajada le salió forzada—: las penurias de la vida cuartelada son grandes forjadoras de amistades.

—Ah, sí, el pensionado. —Maria del Roser puso los ojos en blanco y cruzó los pies bajo las faldas, poniéndose cómoda—. Cómo me gustaba ir a visitaros los domingos —suspiró, nostálgica.

—A nosotros también nos gustaban los domingos —siguió Octavio—, pero me temo que por otros motivos: con la presencia de las familias, los curas se volvían seres humanos. ¡Cómo envidiamos a Amadeo cuando se libró de ellos! Siempre fue más inteligente que todos nosotros. Y sigue siéndolo, sin duda.

Con la urgencia por abandonar un asunto espinoso, la señora cambió de conversación. No le gustaba hablar de los años en que su hijo fue alumno de los jesuitas de Sarriá.

—Inteligente, sí —musitó Maria del Roser, mordisqueando una croqueta—, lástima que se haya vuelto tan intratable, ¿no le parece? ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí. ¿Va a pasar usted las fiestas en familia?

—Me temo que no —repuso Octavio, frotándose las manos en un gesto de nerviosismo que en él resultaba extraño—. Mañana mismo parto hacia Nueva York, a emprender mis propios negocios.

Maria del Roser abrió tanto los ojos que su frente se plegó como un acordeón. Más sorprendida aún se mostró Concha.

—¿Nueva York? ¿Por mucho tiempo? —preguntó la sirvienta.

—No puedo saberlo, todo dependerá de cómo me vayan las cosas. —Y en un viraje brusco de la conversación, improvisó una disculpa—. Ha sido un placer verla, señora. Si me disculpan, tengo aún mucho que preparar.

—Claro, claro, lo comprendemos —dijo Concha.

Maria del Roser no hizo ningún eco de las sorprendentes noticias que acababan de recibir.

—Salude a sus padres de mi parte —prosiguió, como en un orden lógico de las despedidas que estaba desde antiguo programado en su cabeza—. Le veré después de fiestas, cuando vengamos a comprar la canastilla del bebé. Ha de nacer en... Conchita, ¿cuándo es que esperamos a mi nieto?

—En mayo, señora.

—La pobrecita de mi nuera ya tuvo un aborto, ¿sabe? Pero esta vez todo va bien, gracias a Dios.

Conchita comenzaba a incomodarse con aquellas intimidades. Tampoco Octavio Conde parecía a gusto con el cariz que cobraba la conversación. Deseoso por marcharse, repitió el besamanos, inclinó la cabeza hacia Conchita y antes de salir de la cafetería indicó al camarero de que las dos damas estaban invitadas.

No había hecho más que desaparecer cuando una grave contrariedad asomó al rostro de Maria del Roser.

—No nos hemos acordado de preguntarle si su mujer se encuentra mejor. Qué groseras.

—Don Octavio es soltero, señora. Seguramente se refiera usted a doña Cecilia Gómez del Olmo, que era su madre —dijo Conchita, prudente, mientras la señora le daba la razón con un cabeceo—. Recuerde que murió hace años, pobrecita.

—¿De verdad? ¿Y su marido ha vuelto a casarse?

—No, señora. Don Eduardo Conde siempre fue fiel a la memoria de su difunta. Hasta su muerte, de la que también hace mucho tiempo.

Doña Maria del Roser frunció el ceño.

—Vamos, Conchita, estamos comenzando a confundirnos.

Caminaron unos pasos, pero antes de llegar al ascensor, la señora se detuvo de nuevo. Un empleado vestido con una librea carmesí abrió la puerta para que entraran.

—¿Cómo dicen que se llamará mi nieto, Conchita? Nunca me acuerdo —preguntó la señora mientras arrastraba su falda dentro del ascensor.

—Modesto, señora. Eso suponiendo que sea un varón. Y si es mujer, no se sabe —lo dijo con temor.

Temor al dolor dormido que en cualquier momento puede despertar.

—Violeta me gustaría —opinó la matriarca—. Debería haber otra Violeta en la familia lo antes posible.

El dolor dormía, confirmó la sirvienta, tranquila.

—¡Mira que querer ponerle a mi nieto nombre de ascensorista...! — espetó Maria del Roser, ajena al empleado que tenía delante—. ¿Y sabes por qué han elegido un nombre tan horrible? Con la de santos que hay.

—En honor al pintor que fue el maestro de su hijo, señora.

Habían mantenido aquella misma conversación una docena de veces. Pero la repetición no dejaba mella en ninguna de las dos.

—Ah, sí, es verdad. Mi hijo pinta. Creo que no del todo mal.

—Desde luego que no, señora. Tiene mucho éxito. Le consideran mucho —repuso, con orgullo maternal, Conchita.

Esta conversación tenía lugar junto al gran cartel publicitario que ocupaba casi toda la pared lateral del ascensor. En él se veía a una dama joven vestida de gala. En una esquina destacaba el nombre del artista con grueso trazo negro: Amadeo Lax. El cuadro actuaba como reclamo para clientes, del mismo modo en que lo hizo cuando sirvió de cartel publicitario a los almacenes, una docena de años atrás.

—¿No te ha parecido que Octavio estaba raro hoy? No parecía él — preguntó de súbito Maria del Roser.

Conchita se había llevado la misma impresión. Lo achacó a los nervios del viaje que acababa de anunciarles.

—Si mi hijo hubiera puesto tanto empeño en dirigir las fábricas de su padre y su abuelo ahora no seríamos pobres —soltó la señora, antes de exclamar, pletórica—: ¡Nosotras bajamos aquí, joven! ¡Quítese de en medio!

Conchita salió del ascensor ruborizada hasta las orejas. La señora iba como si tal cosa, apremiada por alguna urgencia que sólo estaba en su cabeza.

—Usted no es pobre, señora —se apresuró a contestar Conchita en cuanto se alejó lo suficiente del ascensorista—. Sólo es un poco menos rica que antes.

—¿Que antes de qué? —Varias arrugas paralelas y delicadas aparecieron en la frente de la señora.

—De la crisis. Dicen que afecta a todo el mundo, no sólo a los

barceloneses. Quien más quien menos, todos han perdido algo.

—No, Conchita, no te dejes engañar. Los ricos de verdad casi nunca pierden nada. Lo único, tal vez, su desparpajo, porque con tanto anarquista suelto hay que disimular. ¿Tú conoces a algún anarquista?

—No, señora, a ninguno.

—Mejor. Sigue así. Los anarquistas se meten en las casas y roban las alfombras. Luego, le prenden fuego a todo. Pero primero las alfombras. Las alfombras les encantan. —Se sobresaltó otra vez—. Pero ¿qué hacemos aquí charlando como si nada? Tenemos que irnos a casa, Conchita. ¿Hemos comprado todo lo necesario? Piénsalo bien.

—Sí, señora.

—¿Seguro que no nos falta nada? ¿Alguna olla para la comida de mañana, quizá?

—No, señora. Tenemos ollas suficientes.

—¿Estás segura?

—Del todo, señora.

—Bien, entonces no sé qué estamos haciendo aquí.

Con paso algo cansino, pero tan elegante como siempre, la señora Maria del Roser salió a Las Ramblas. Julián esperaba unos metros más allá, al volante del Renault. En cuanto vio salir a las mujeres se apresuró a bajar del vehículo, abrir la portezuela trasera y ofrecer su brazo a la matriarca para ayudarla a subir. Luego hizo lo propio con Concha, pero con algo menos de entusiasmo. Ambas se agarraron del brazo del veterano cochero con más énfasis del que la cortesía permite. Para dos mujeres que superaban las seis décadas de vida, no era tarea fácil encaramarse a aquel trasto moderno, menos aún cuando por toda ayuda disponían de un cochero de casi setenta.

La señora ocupó al fin su lugar, resollando, Concha la secundó y Julián suspiró, tal vez aliviado de que la operación de embarque hubiera concluido sin descabros, para regresar a su puesto tras el volante.

En cuanto el motor comenzó a rugir, la señora dijo, echando un último vistazo a las puertas iluminadas de los almacenes:

—Esas croquetas me han sentado fatal, Conchita. Tengo una cosa aquí...

Se señalaba el estómago, comprimido por el corsé.

—Vámonos a casa., Felipe —apostilló—. No son horas de que dos damas decentes anden por las calles.

El veterano chófer no se ofendía de que la señora no recordara su nombre. Más bien se sentía muy honrado de que se refiriera a él por el de su padre, que pasó su vida en el pescante del carruaje del primer señor Lax, diligente y silencioso, como debe ser todo buen sirviente. Le había idolatrado en vida tanto como le recordaba tras su muerte, y últimamente agradecía que la señora lo reviviera con su memoria distraída.

Sobre la marquesina de la entrada principal de los almacenes, una familia de monigotes infantiles anunciaba la Navidad. Los escaparates refulgían. En el más grande, un tren eléctrico con los vagones cargados de paquetes diminutos daba vueltas sin descanso. Las Ramblas eran un bullicioso ir y venir de personas ajetreadas. Se escuchaba cantar, muy cerca, un villancico. Por las grandes puertas giratorias no dejaba de entrar y salir gente.

El Renault descendió el paseo más popular de la ciudad en dirección al mar. La señora entrecerraba los ojos. Concha se dejaba mecer por la alegría de la fiesta, por el último brillo del sol en el día helado, por la animación de las calles. Llamó su atención la rica ornamentación de la fachada de la Compañía de Tabacos de Filipinas, y se santiguó al paso por la parroquia de Belén, con la que a primera hora de aquel mismo día había cumplido su obligada visita anual, como tantos barceloneses. Vislumbró los puestos de las floristas a lo lejos, y sintió un poco de nostalgia de la época en que ningún motor molestaba a las flores con sus toses. Con gusto habría bajado a comprar un ramo de margaritas blancas, las favoritas de doña Maria del Roser, pero andaban ya apuradas y no era cuestión de entretenerse.

Al llegar a la altura de la calle Portaferriusa el coche dio la vuelta para enfilarse al otro lado, bordeando el Palacio Moja, que tenía las contraventanas abiertas, como si alguien hubiera decidido ventilar las nobles estancias. Algún transeúnte se había percatado, igual que Concha, y miraba con curiosidad las pinturas y los medallones del techo, detenido en mitad de su paseo. La curva despertó a la señora de sus ensoñaciones.

—¿Te has fijado si está preparada la mula de refuerzo? —preguntó—. No quiero perder más tiempo.

—Estos coches modernos no necesitan mulas, señora. Lo hace todo el motor.

El coche había sido un capricho del señor Rodolfo. Lo mandó comprar en Francia, casi tres décadas atrás, animado por un anuncio en el que se ofrecía «Renault 14 HP, con elegante carrocería limousine-torpedo». Ningún espíritu avanzado habría podido resistirse a semejante descripción. Fue uno de los primeros automóviles de la ciudad —la matrícula número cuatro— y tan celebrado que durante los primeros tiempos los transeúntes aplaudían a su paso.

—Tú no te fíes y mira a ver si está la mula... —respondió la señora, antes de inclinar la cabeza sobre el pecho y quedarse de nuevo profundamente dormida.

En el que antaño fuera el teatro Coliseum se anunciaba para el día de Navidad por la noche la sesión de gala de una película de Harold Lloyd. Algunas personas esperaban junto al despacho de billetes; sólo unos metros más allá un par de caballeros charlaban gesticulando y elevando la voz. Concha suspiró de aburrimiento: tanto entusiasmo sólo podía despertarlo el catalanismo o la crisis económica. Como le pareció que se expresaban en esa dulce y rica lengua que tanto vale para proclamar repúblicas como para vender melones, se decantó por lo primero.

Llegaron a su destino muy rebasada la hora de la comida. En otros tiempos, esa conducta habría sido inimaginable en la señora. Los horarios, cumplidos con una exactitud meticulosa, fueron siempre el engranaje que aseguró el buen funcionamiento de casa de los Lax. Se desayunaba a las ocho y cuarto, se paseaba entre las doce y la una y media, se almorzaba a las dos en punto, se pasaba el rosario a las siete —los miércoles un cuarto de hora más tarde— y se cenaba a continuación, sin alteración posible. Los miércoles la señora celebraba sus reuniones en la biblioteca, los jueves se recibía y los domingos todos acudían a la misa de doce de la parroquia de la Concepción, cuyo párroco —el padre don Eudaldo— solía comer luego con la familia. Y así, invariablemente, una semana tras otra, hasta que la Navidad, la Semana Santa o el veraneo alteraban las rutinas.

Aquel 24 de diciembre de 1932, la señora pidió que le sirvieran un té en

su habitación y se retiró sin saludar a nadie. Su hijo, que la había estado esperando sentado a la mesa —la espalda muy recta contra el respaldo acolchado—, comenzó a comer, cansado de ver cómo se le enfriaba la sopa y, por supuesto, se enfadó muchísimo. Teresa, la nuera, intentó disculpar a la señora sacando a relucir su enfermedad. El almuerzo de los dos esposos resultó, no sólo por eso, deslucido y triste. Y silencioso.

Por la tarde, un par de mozos de los grandes almacenes trajeron la compra, embalada con primor. El servicio la acomodó en el almacén junto a la despensa, a la espera de instrucciones. La cocina era un hervidero de preparativos para la comida del día siguiente. La cena de Nochebuena, en cambio, no era costumbre de la familia: todo se reservaba para el almuerzo del día de Navidad.

La señora Maria del Roser no salió de sus habitaciones en toda la tarde. Por la noche llamó a Antonia para que la ayudara a meterse en la cama. La mujer, que había llegado a la casa sólo cinco años atrás, a la vez que Teresa, salió del cuarto con el rostro desencajado del espanto, diciendo que jamás había visto a la señora tan descompuesta ni con tantas ocurrencias absurdas.

—Me volveré loca si la escucho un minuto más —añadió.

Teresa se ocupó de todo. Disculpó a su camarera y ella misma ocupó su lugar, solícita, dulce. Entró en el cuarto de su suegra como habría hecho un doctor ante una urgencia. Al rato salió y preguntó por Conchita. Las manos y la voz le temblaban cuando le dijo:

—Concha, por el amor de Dios, ¿tú sabes dónde se guarda la llave de la habitación de Violeta?

—Ay, no, señora. La dimos por perdida hace años, el día en que... —se interrumpió, pensando de nuevo en el dolor dormido, al que ninguna palabra dicha en voz alta debe despertar. Prosiguió—: Su suegra la utilizó para cerrar la puerta a cal y canto. Después de ese día, no la he vuelto a ver.

Esas palabras no amilanaron a Teresa:

—Pues ella debió de guardarla. Está convencida de que se encuentra bajo su cama y no hace más que insistirme en que la busque. Dice que quiere tenerla en la mano —explicó Teresa—. Y yo lo he hecho, la he buscado, pero ahí no hay nada. Ni siquiera polvo.

—La señora desbarra, lo sabe tan bien como yo. Y no debería agacharse así —señaló con la mirada la tripa apenas hinchada de Teresa.

—Es más que un desbarra, Conchita. Nunca la había visto tan mal. Acaba de pedirme que llame a su hijo Juan. Dice que quiere verle antes de morir. Estoy muy asustada. ¿Sabes si Amadeo está ya en casa?

Concha negó con la cabeza. Había visto salir a Amadeo un rato antes, sin chófer, al volante del Rolls Royce. Y, por supuesto, nadie allí sabía a qué hora pensaba volver. Como siempre.

—Tienes que ayudarme, Concha.

—¿Cree que la señora piensa entrar en la habitación de Violeta? —se atrevió a preguntar—. Me produce horror sólo pensarlo. Sería nefasto para ella. Recuerde que todo está igual a como ella lo dejó.

Teresa tenía la mirada triste. Bajo sus ojos se dibujaban un par de bolsas azuladas. Se llevaba las manos al vientre y arqueaba la espalda. Estaba agotada.

—Tenemos que encontrar esa llave —dijo— o no podrá dormir en toda la noche. En algún lugar tiene que estar.

Teresa reclutó de entre el personal de servicio a toda una brigada y los puso a buscar el diminuto pedazo de hierro. Aún no había aparecido cuando el señor regresó, a las nueve y cuarto, tan elegante y frío como siempre. Echó un vistazo sin interés, llamó a Conchita y pidió que le sirvieran la cena en su estudio. Acto seguido tropezó con la moldura, demasiado baja, de la escalera de mármol y dio un traspié antes de comenzar a subir, pero nadie hizo ningún aspaviento. Tampoco él.

Al saber a su marido en casa, Teresa subió al estudio a contarle lo que ocurría y a pedirle su autorización para llamar a su hermano. Bajó pocos segundos más tarde, con los ojos llenos de lágrimas. Conchita esperaba inquieta al pie de la escalera.

—¿Ha autorizado que llamemos a Juan?

Teresa negó con la cabeza.

—Lo temía —musitó la veterana sirvienta, con gesto contrariado.

Una media hora después, la joven Laia —que se había cansado en seguida de la búsqueda, y a quien su madre envió a la cocina— subía la escalera de la

buhardilla llevando en equilibrio una bandeja bien provista de viandas.

La nuera continuó buscando la llave, impermeable a la indiferencia de su marido y al desánimo. Concha le rogó varias veces que se acostara, le prometió que ellas continuarían buscando, pero tampoco esta vez quiso escucharla.

—No debería esforzarse tanto —dijo Conchita, de nuevo clavando los ojos en la tripa de la joven señora—. No me perdonaría que le ocurriera lo mismo que la primavera pasada.

—No me ocurrirá nada —sonrió Teresa, dulce—. Ya estoy de cuatro meses. El doctor me ha dicho que todo va bien.

Hacía tiempo que Teresa había aprendido a hacer de la tenacidad su mejor arma.

La llave apareció por fin a eso de las once, dentro del secreter que tenía la señora en su antecámara, que hacía las veces de saloncito privado. Los dedos de Teresa la rescataron de allí, triunfales, y se la ofrecieron a su suegra, quien la agarró junto con la mano que la llevaba.

—Quédate un momento, Teresa —ordenó— y haz que se vayan todos.

Su reunión duró unos cincuenta minutos. Cuando Teresa traspasó de nuevo la puerta del cuarto de doña Maria del Roser tenía los ojos enrojecidos y las mejillas muy pálidas. Se acostó sin cenar. El té con bollos suizos que Concha dejó sobre la mesa de su salón estaba intacto al día siguiente.

La noche transcurrió en una quietud absoluta. Ni siquiera el sereno paseó frente al gran portón de la casa. Puede que fuera esa gran quietud que, dicen, precede a los grandes cataclismos.

En las horas siguientes, que eran ya las del día de Navidad de 1932, ocurrieron tres cosas terribles: ardieron los Grandes Almacenes El Siglo, murió en su cama la señora Maria del Roser Golorons y Amadeo Lax pasó por primera vez parte de la noche en la habitación de Laia, la hija de la cocinera, de doce años.

NOTAS LOCALES

Ayer por la mañana fue conducido al camposanto el cuerpo de la señora Maria del Roser Golorons, viuda del constructor e industrial don Rodolfo Lax y la única heredera de las ricas manufacturas textiles del mismo nombre que tienen su sede en la vecina ciudad de Mataró. Todos cuantos se habían honrado con la amistad y el trato de aquella virtuosa dama —o de su familia— y hasta los que sin haberla conocido personalmente habían oído hablar de sus cualidades de carácter, acudieron ayer a rendir su último tributo a su memoria: unos acompañando al cadáver hasta darle sepultura en tierra sagrada y otros contemplando el paso del fúnebre cortejo y tributando una plegaria de bendición al alma de la desgraciada.

A las diez de la mañana, a la puerta de la casa del pasaje Domingo donde la madrugada del día de Navidad tuvo lugar la tragedia, se formó la comitiva en el orden siguiente: la escolanía de la parroquial iglesia de la Concepción con la cruz alzada; una nutrida representación del Instituto Obrero de San Andrés con su estandarte; buen número de mozos de las Industrias Lax portando hachones encendidos y llevando en el brazo derecho lazadas negras en señal de luto; los cantores de la capilla de música de la Concepción; cuarenta monaguillos también con hachas escoltando el ataúd, que fue llevado en hombros por algunos empleados de las dichas firmas; el clero parroquial precediendo el féretro.

Tras el coche con los restos de la desgraciada dama, tirado por seis caballos negros, ricamente guarnecidos, iban todos los varones de la familia presentes en Barcelona y aquellos seres queridos que, venciendo su dolor con un esfuerzo supremo, quisieron seguir sus restos hasta devolverlos a la tierra.

Así, acompañados por el párroco de la Concepción, padre Eudaldo, iban detrás del féretro el hijo de la difunta señora, el prodigioso pintor señor don Amadeo Lax Golorons; su hermano y sacerdote jesuita, padre Juan Lax y, junto a ellos, rompiendo la tradición que manda a

las mujeres permanecer en un segundo plano en los sepelios, doña Teresa Brusés de Lax, nuera de la fallecida. El resto de la comitiva no deparó más sobresaltos: el médico de la familia, doctor Gambús, el apoderado, señor Trescents y otros amigos y allegados, hasta conformar un cortejo de más de mil personas. En la presidencia del duelo acompañaba también el concejal señor Bremón, en representación del alcalde.

Es imposible retener los nombres de los que componían el numeroso séquito. En él vimos a los señores Conde Gómez del Olmo (don Octavio, don Javier, don Dionisio y don Ricardo); Sotolongo; Rosillo, marqués de Santa Isabel; Boada, Albert Despujol, Bassegoda, Seguí, Plandolit, Samà, Güell y Giró; también el señor Morcillo, de la Unión Municipal de Asociaciones de la Propiedad Urbana; el doctor Bach, de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana; el presidente de la Concepción, señor Serracanta; el señor Francisco Carreras Candi, presidente de la Real Academia de Buenas Letras; el señor Duran y Ventosa, ex senador; y otros muchos que sentimos no recordar.

Los nombres anteriores los citamos de memoria y rogamos a los ausentes que nos perdonen el involuntario olvido.

Detrás del acompañamiento iba la carroza de la Casa de la Caridad, el coche de respeto y tres coches repletos de coronas. Muchas eran las ofrendas de flores que fueron ofrecidas como último tributo por miembros de la familia, personas allegadas y amigas de la finada. Entre las coronas, una era recuerdo de los empleados de las Industrias Lax y llevaba la siguiente dedicatoria: «A nuestra buena doña Maria del Roser, que nos quiso como una madre». La mayor, enviada por la Sociedad Espirita del Vallés, llevaba esta otra: «A nuestra amiga y maestra, de sus desolados compañeros».

Por el Paseo de Gracia y el arroyo izquierdo de la calle Aragón se dirigió la comitiva hacia la parroquia de la Inmaculada Concepción, donde la comunidad entonó un solemne responso acompañado por la capilla de música. Luego, el cortejo marchó por el mismo orden hasta el cruce del Paseo de Gracia y la Gran Vía, lugar elegido para

despedir el duelo. Ese acto solemne de respeto y consideración duró larguísimo rato. Los dos hermanos Lax estrecharon la mano de cuantos les acompañaban y les dedicaron frases de agradecimiento.

Unas trescientas personas no se despidieron sino que se trasladaron, ocupando más de un centenar de carruajes, hasta el cementerio del Este, donde el cuerpo de doña Maria del Roser recibió cristiana sepultura en el panteón familiar, junto al de su infortunada hija Violeta, muerta de terrible enfermedad encontrándose aún en la flor de la vida. Para la ocasión, se mandó tallar en mármol un ángel doliente, que fue colocado en la cúpula del panteón. Antes habían sido rezadas las preces de rúbrica, seguidas de un poema que la nuera de la difunta quiso ofrecer en su memoria. A todo lo largo del Paseo de Gracia y en las calles por las que pasó el cortejo hubo estacionada una multitud inmensa que contempló el paso del féretro descubriéndose conmovida al tiempo que balbuceaba una oración.

El dolor que aflige a los señores Lax pudo hallar algún lenitivo y consuelo en el carácter sincero, solemne y general de la manifestación de duelo que ayer presencié Barcelona. Cuantos nos honramos con la amistad de la familia les acompañamos de todo corazón en el sufrimiento. Esta desgracia irreparable ha afianzado todavía más los lazos del cariño y del aprecio que los Lax han sabido captarse en todas las clases sociales de Barcelona, desde la más aristocrática hasta la más humilde.

De todos los corazones saldrá siempre un recuerdo a la buena memoria de aquella dama tan virtuosa como desgraciada y de todos los labios católicos una oración al recordarla. Descanse en paz la finada y su familia toda reciba de nuevo nuestro sincero pésame por su fallecimiento.

II

Concha guardó durante muchos años el artículo de *La Vanguardia* donde se hablaba del entierro de la señora. Cuando lo releía, era como si volviera a encontrarse allí, entre aquella multitud agradecida que aclamaba, rodeada de aquellas damas distinguidas que decían conservar de doña Maria del Roser un recuerdo antiguo de luchas sordas y revoluciones incomprendidas que apenas se atrevían a confesar en voz alta.

No habría faltado por nada del mundo. Se lo debía todo a aquella mujer buena que los dejaba para siempre. Derramó lágrimas, caminando al paso de la comitiva, sin acercarse al ataúd, tan bien custodiado. Y no sólo por el «nunca más» imposible de digerir: también porque tenía la certeza de que para la señora aquel entierro habría sido una especie de claudicación: ella jamás habría elegido aquel boato y aquel ritual que otros establecieron. «Al cabo, a las mujeres nos toca ceder siempre», se dijo Concha, recordando las ideas firmes de Maria del Roser, que tanta influencia habían ejercido sobre ella. Cuando vio que la multitud se alejaba por la calle Aragón sintió que se iba también una parte muy importante de su existencia. Sin la señora ya nada volvería a ser igual.

Durante toda su vida, Concha guardó la colección de recortes en su mesilla de noche, dentro de una caja de hojalata. La caja estaba serigrafiada con dibujos de niños jugando y había sido de galletas. Por eso, durante años la nostalgia de aquellos recuerdos estuvo acompañada de un agradable olor a canela.

En el fondo, bajo los recortes, conservaba un viejo catálogo de los almacenes El Siglo, correspondiente a la temporada de invierno 1899-1900. Ochenta páginas estampadas con los dibujos de productos de todo tipo, desde muebles hasta puntillas. En las explicaciones que acompañaban cada uno de los dibujos —«Sábanas de hilo, clase fina, con calados a mano, para cama de monja, camarera o matrimonio»— había aprendido a leer a la edad de veinte años, gracias a su tenacidad y al empeño de la señora Maria del Roser, que era una buena persona. Al recordarla, diría muchas veces:

—Sentí su muerte como la de una segunda madre. Concha Martínez Cruces entró al servicio de la casa en marzo de 1889, gracias a una prima suya, mayor que ella, que era camarera en casa de un Bassegoda:

—Los Lax buscan un ama de cría y yo puedo dar de ti buenas referencias —le dijo—. Por lo menos, sacarás provecho de tu desgracia.

Durante la entrevista, que fue al día siguiente, Concha apenas pronunció palabra.

—No te comportes como una pueblerina —aconsejó la prima—. Baja los ojos, no hagas ruidos feos y habla sólo cuando te pregunten, siempre añadiendo a tus respuestas «señora» o «señor». ¿Lo has entendido?

Por aquel entonces los Lax aún no se habían trasladado a su mansión del pasaje Domingo. Vivían en la ciudad antigua, en una vía estrecha y señorial que los nuevos planes urbanísticos borrarían del mapa llamada calle Mercaders. Era un lugar más pequeño, pero igualmente sobrecogedor para alguien de baja condición social. La señora Maria del Roser las recibió en la sala del piano, sentada de medio lado en un butacón de terciopelo de color burdeos. Su gesto era dulce, tenía ademanes delicados que jamás caían en el amaneramiento y una especie de distinción natural que a Concha le resultó de lo más curioso. Aquella mujer no ostentaba joyas ni hacía alarde de riqueza. Vestía con sencilla elegancia, más o menos al margen de las modas, se recogía el pelo en un moño sobre la nuca y trataba a la gente con una extraña amabilidad, incluso con una cierta confianza. Sin embargo, nada de todo eso rebajaba ni un ápice su distinción, que seguía siendo evidente, como si se tratara de un rasgo más de su carácter.

—¿Prefieres que te llamen Concha o Conchita? —fue su primera

pregunta.

—Me da lo mismo.

La prima le propinó el primer codazo.

—Puede llamarla como más le agrade, señora —contestó por ella.

—En ese caso, te llamaré Conchita. Siempre que no te importe, claro.

La interesada negó con la cabeza.

Otro codazo.

—No le importa, señora. Como más le acomode a usted —dijo la prima, sofocada.

—¿Qué edad tienes, Conchita?

—Diecinueve años, señora.

A Concha le parecía que su voz no quería sonar en aquel lugar, como si las paredes repletas de libros se la tragaran.

—Cumple veinte dentro de cuatro meses, señora —añadió la prima.

—¿De dónde eres?

—De Estopiñán. En la provincia de Huesca.

—¿Llevas mucho aquí?

—Veintitrés días, señora.

—¿Y te gusta Barcelona?

No supo qué contestar. Ni quería quedarse callada.

—Es muy grande —dijo. La señora sonrió. La mirada colérica de la prima la animó a añadir algo más—: Apenas he tenido tiempo de ver nada, señora.

—¿Crees que tu leche es buena, Conchita?

—Sí, señora.

—¿Es tuya la criatura que estás criando?

Sintió que un nudo le oprimía la garganta. Si se echaba a llorar, pensó, su prima se enfadaría mucho, de modo que intentó contenerse.

—No estoy criando a ninguna criatura, señora.

Maria del Roser Golorons la miró con extrañeza. Por una vez, Concha se alegró de que su prima saliera en su auxilio.

—El hijo de Conchita murió, señora, por desgracia. De unas fiebres.

La señora se removió en el butacón, arrugó el entrecejo.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Tres días —continuó la prima—. Le enterramos ayer.

Entonces aquella dama refinada hizo algo que a Concha le pareció de lo más inusual, incluso incómodo: se le inundaron los ojos de lágrimas. Le sorprendió mucho comprobar que lloraba, como ella. Hasta ese momento, siempre había creído que la gente fina no hacía esas cosas. Luego la señora se levantó, se acercó a ella y le agarró las manos como a una hija.

—Pobrecita —musitó—, ¿y aún te quedan fuerzas para buscar trabajo, después de esta desgracia?

—No tengo otro remedio, señora.

La anfitriona la abrazó. Concha estaba tan sorprendida que se quedó quieta como una sota, rígida. Hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba. Desde el interior de aquella caricia de lana tibia y olorosa escuchó a su prima que decía:

—Conchita es muy buena, señora, ya lo verá. Y a su hijo lo concibió de una manera decente, bajo la bendición del matrimonio. Pero la desdichada perdió a su marido el año pasado.

Fue la gota que colmó el vaso. De pronto Concha sintió que le fallaban las fuerzas y comenzó a llorar. Sólo se consoló cuando la señora le agarró el mentón, secó las lágrimas de sus mejillas y dijo:

—Puedes quedarte desde hoy mismo, si lo deseas. Mi hijo necesita a alguien como tú, joven, fuerte y de buen corazón. Necesito que le salves la vida por mí, porque yo no puedo darle nada.

—Lo intentaré, señora.

—Yo, a cambio, haré lo posible para que se te olvide que estás aquí porque, como has dicho, no tienes otro remedio.

Hubo un silencio, un cruce de miradas, una complicidad inaudita que selló entre ambas un pacto sin palabras.

—Espera, quiero que le conozcas ahora mismo —dijo la señora, saliendo en busca del pequeño Amadeo, que entonces tenía siete meses de vida.

Taconeaban sus pasos por el pasillo, fuertes, decididos. Al instante regresó, sonriente, con Amadeo entre los brazos y le pidió a Concha que le alimentara por primera vez. La chiquilla recién llegada tomó al niño con el

cuidado que siempre puso en su propio hijo, se sentó en un escabel y buscó su pecho derecho bajo la ropa gastada. La señora y la prima, que seguía esperando que lo echara todo a perder, la miraban de hito en hito.

Amadeo era un niño escuálido de piel amarillenta, que a pesar de la posición social de su familia inspiró a la nueva ama de cría una compasión inmediata. Tal vez porque se agarró a su pezón al primer intento y succionó con ansia, con desesperación, exactamente del mismo modo en que habría de hacerlo todo durante toda su vida.

—Bendita seas, Conchita —dijo doña Maria del Roser, al borde de las lágrimas, antes de inquirir—: ¿Y tú, hijita? ¿Quieres comer algo?

Aunque no se lo había dicho a nadie, Concha llevaba cuatro días sin probar bocado. Estaba en los huesos. Incluso ella misma se preguntaba cómo aquel cuerpo suyo tan saqueado era capaz de alimentar a otro ser humano. Asintió con timidez.

La señora llamó a la camarera:

—Diga a Eutimia que suba un momento, haga el favor —ordenó.

Eutimia era una mujer de cuarenta años más que cumplidos, bajita, sobrealimentada, ruda, larga de lengua y simpática sólo cuando le interesaba. Sus mejillas rubicundas y su piel bronceada de natural delataban sus orígenes agrícolas. Olía a heno y a lavanda. Daba órdenes con la naturalidad y el coraje de un capitán de navío. Y es que su papel en la casa no era muy distinto del de un viejo lobo de mar en su nave: ejercía de gobernanta desde hacía más de dos décadas y conocía los secretos de piedras y moradores con un detalle que su señora no alcanzaría jamás. Su jurisdicción comenzaba en la puerta de las cocinas y se extendía por toda la zona de servicio, donde también ejercía de ama de llaves, jefa de personal y hasta de administradora —puesto que era ella la que rendía cuentas semanales de los gastos de la casa a don Rodolfo y a nadie se le escapaba que a ella y sólo a ella los señores no la tuteaban— y su influencia parecía extenderse mucho más allá del cargo que desempeñaba, por el que cobraba hasta tres veces más que cualquier otra criada.

Eutimia era viuda. Se decía que a su marido se lo habían comido los lobos allá en su pueblo natal, aunque nunca supo nadie si era verdad o una

maledicencia inventada por los otros criados para pasar el rato en las largas noches de invierno. Si ocurrió, fue cuando ella aún vivía cerca del río Negro, en un lugar llamado Sierra de la Culebra cuya sola mención espantaba a los más jóvenes, incluida Concha. Se decía también que guardaba unos pelos del bigote de su difunto dentro de un medallón que jamás se quitaba, ni siquiera para dormir. Esos pelos eran para ella, por lo visto, un amuleto infalible y era gracias a ellos por lo que tenía aquel empuje de fiera salvaje.

—Eutimia, le presento a Conchita —dijo la señora—. Es la nueva nodriza de nuestro pequeño Amadeo.

La gobernanta llevaba un delantal blanco que parecía recién planchado, el pelo castaño recogido en un moño y sobre la cabeza una cofia igual de inmaculada que el resto de su indumentaria. Dedicó a la escuálida recién llegada una breve inclinación de cabeza, a la que Concha correspondió demasiado tarde. La mirada de la gobernanta le pareció, ya en aquel primer encuentro, reprobatoria.

La señora le dio las instrucciones con voz dulce:

—Le ruego que se ocupe personalmente de que Conchita cene bien. Que Rosalía le tome medidas para hacerle un uniforme. Y disponga que le preparen una de las habitaciones.

—Sí, señora —respondió Eutimia, con una nueva inclinación de cabeza—. Me permito recordarle que las únicas dos habitaciones libres que tenemos están sucias y llenas de trastos.

La señora no pareció consternada.

—En ese caso, encárguese de que las limpien. Y habrá que buscar un lugar donde acomodarla mientras tanto.

—En el cuarto de Carmela, la nueva camarera, hay una cama vacante —informó la eficaz capitana.

—Eso es. Que compartan habitación. Será sólo una noche o dos, mientras disponen la otra. ¡Ya está resuelto el problema!

—Muy bien, señora. ¿Tiene alguna preferencia con respecto a cuál de las dos habitaciones vacías se debería...?

—Ay, Eutimia, no me haga pensar en eso —interrumpió la dama—. Que elija Conchita. Seguro que ella tendrá sus propios gustos. Aunque, por ahora,

lo más importante es procurarle alimento. Por favor, no lo demoremos más. Esta chiquilla necesita comer.

—Sí, señora. Le pediré a Juanita que se dé prisa.

Eutimia se marchó derrochando su habitual energía y la señora dirigió a Concha otra mirada arrobada.

—¿Crees que te sentirás a gusto entre nosotros? —le preguntó.

Asintió, de nuevo atenazada por las lágrimas.

—Entonces no se hable más. Eutimia te explicará las normas de la casa. ¿Te quedas ya mismo con nosotros? Ay, qué tonta, tendrás que recoger tus cosas, despedirte de los tuyos... Discúlpame, soy demasiado impaciente. Dime cuándo podría ser. Pero que sea pronto, por favor. Aquí te necesitamos tanto...

Las cosas de Concha se limitaban a lo que llevaba puesto y a una pesada carga de tristeza y mala suerte. No tenía nadie de quien despedirse ni nadie a quien dar la noticia de su marcha, salvo la prima, que la miraba ahora con una mezcla de orgullo y extrañeza.

—Puedo quedarme desde ahora mismo —balbuceó.

—¡Bendito sea! —La señora se mostraba tan contenta que conseguía turbar a las dos primas con su entusiasmo—. Voy a dar las órdenes oportunas. Tú sigue, sigue, no te preocupes por nada.

Dicho esto, dio por terminada la conversación —como siempre, cuando a ella le pareció oportuno— y salió de la habitación.

Concha se sintió feliz allí desde el primer día. Doña Maria del Roser la trató, ya desde las primeras veinticuatro horas de su estancia en la familia, mejor de lo que la vida la había tratado jamás. Y no sólo porque la alimentó, le proporcionó un techo y un lugar cálido y seco donde dormir, sino porque de algún modo aquella vida estaba tan alejada de cuanto la muchacha había conocido hasta entonces que en todo momento tenía la impresión de hallarse dentro de una de esas historias maravillosas que oía contar de niña. Una vida de novela, eso le parecieron las primeras semanas en casa de los Lax. Luego, poco a poco, fue haciéndose a todo, a la familia, a las rarezas de algunos de sus miembros y, por supuesto, a las necesidades de Amadeo, a quien quiso

como a su propio hijo, acaso necesitada de hacer algo con aquel amor tan grande que se había quedado vacante de la noche a la mañana.

Lo que más le costó fue acostumbrarse a la presencia de ciertos moradores de la casa que parecían espectros. Aparecían de pronto en algún umbral, o en mitad del pasillo, sin hacer ruido y, como surgidos del aire, se quedaban mirándola con expresión ausente y en seguida se esfumaban de nuevo, en un silencio triste y solitario. Entendió que eran rémoras de otro tiempo, seres en retirada, a quienes cualquier signo de renovación, como los criados jóvenes o los niños, debía de parecer tan inquietante como resultaban ellos mismos al común de los mortales.

—Los espectros sienten curiosidad por lo nuevo, pero también lo temen. Por eso rondan las cunas, pero nunca se acercan demasiado —había oído decir de niña, en su aldea.

Una anciana consumida habitaba en la segunda planta una habitación tan pequeña que parecía un ropero. Las actividades de la mujer eran tan discretas y salía tan poco de aquellos dominios suyos que a menudo todo el mundo en la casa olvidaba que seguía allí. Murió cuando Concha apenas llevaba unos meses en el servicio y fue enterrada con una frugalidad de ceremonias que le hizo pensar en una tía abuela o en alguien más lejano aún. Nadie nunca le aclaró el parentesco de la difunta. Compartiendo pared vivían dos tías solteras que habrían parecido gemelas si no hubieran nacido con más de quince años de diferencia. Una se llamaba Roberta y la otra nunca lo supo, porque todo el mundo la llamaba Mimí. A pesar de la coincidencia de sus facciones, Roberta y Mimí no podían ser más diferentes. La primera era adusta, cejijunta y de voz grave, con el mismo trato que un general de gastadores. La hermana menor, en cambio, había quedado detenida en una especie de adolescencia eterna, de un romanticismo insatisfecho, y se pasaba el día suspirando, mirando a lo lejos y haciendo bordados de tambor. Sólo Mimí sobrevivió lo bastante para trasladarse a la nueva casa, donde ocupó brevemente una habitación del tercer piso. Murió con tal discreción que algunos dudaron de que lo hubiera hecho. Varios años después de su muerte, aún había quien escuchaba suspiros de ocasiones perdidas dentro de su alcoba.

La nodriza procuraba no pensar mucho en todas estas almas añejas. No le

resultaba difícil: la juventud repele lo caduco. Por aquel entonces, Conchita sólo vivía para Amadeo, a quien en seguida comenzó a ver como el hijo que la vida le prestó en desagravio por haberle robado tanto. Cuando nació Juan se ofreció a criarlo, puesto que creía tener leche suficiente para ambos, pero la señora la rechazó con dulzura: esta vez podía hacerlo ella misma. Concha fue feliz con aquella circunstancia, que le permitió invertir los papeles durante un tiempo breve, y adoctrinar a su señora acerca de los secretos de la crianza, en que ella era toda una maestra. Al mismo tiempo, Maria del Roser Golorons valoró aún más la labor de su fiel Conchita, y entre ellas crecieron lazos que ninguna de las dos había sospechado: los de las cosas verdaderas que existen al margen del dinero o las clases sociales.

Por supuesto, en la casa había quien no podía sufrir el nuevo orden de cosas. Eutimia, por ejemplo.

—Parece muda, pero a mí me parece una víbora. Esperemos que, además de la voz, no le falte nada. En esta casa no hay sitio para los sinvergüenzas.

Eutimia hablaba de Concha al resto de los criados sin importarle que ella estuviera presente. Lo hacía cuando la señora no escuchaba y mientras estaba a sus cosas, y también cuando se sentaba a la gran mesa de la cocina, cubierta siempre con un mantel impoluto, y comenzaba a jugar a las cartas consigo misma. Concha oía bien sus comentarios, claro, pero nunca se atrevió a decirle nada. Había algo violento en la gobernanta que le acobardaba. Durante los primeros meses en casa de los Lax, la única persona que le inspiró miedo y por quien llegó a sentirse maltratada fue Eutimia.

La gobernanta llevaba razón respecto a su silencio. Desde que se levantaba hasta la hora de acostarse, la nodriza apenas pronunciaba palabra. Otros hablaban en su lugar, o eso creía, y ella les escuchaba procurando no perder detalle. Nadie se daba cuenta. La mayor parte de los habitantes de la casa la ignoraba por completo. La mudez era su única defensa ante lo desconocido.

No era tan extraño que no le hicieran mucho caso: al fin y al cabo, se pasaba el día sin ver a nadie, salvo a Amadeo y, de tarde en tarde, a la señora. Su cometido era distinto al de todos los demás y lo mismo ocurría con sus horarios de trabajo.

Deambulaba con absoluta libertad por algunas zonas de la casa donde el resto del servicio apenas ponía los pies. Comía mejor que todos ellos, y según sus propios horarios. Recibía un trato preferente, como corresponde a la persona en cuyas manos está la vida del primogénito de la familia. Supo más tarde que otras nodrizas exigían esos privilegios antes de entrar en casa alguna pero a ella todo le vino dado, como un regalo que no creía merecer, y aunque siempre supo que nada de todo aquello era suyo ni lo sería jamás, supo disfrutarlo.

Eutimia no podía soportar que aquella mocosa tuviera privilegios que ella nunca había gozado. La envidia la corroía:

—Tú, maña, como me entere de que no tienes leche, te corto las tetas con el cuchillo de destazar, que te quede claro.

Su respuesta fue su primer silencio.

A Concha jamás se le había ocurrido engañar a nadie. Mucho menos a la señora, la única persona bondadosa que había conocido en mucho tiempo. Del mismo modo, la posibilidad de hacerle daño a Amadeo le abría un pozo de angustia en el pecho.

Al principio, su tiempo transcurría en una especie de burbuja de paz. Algunos días sólo se dejaba ver por la cocina unos minutos a la hora del almuerzo o tal vez un rato más por la tarde, si el bebé le otorgaba algún descanso. Sólo de noche bajaba la escalera que conducía al sótano, donde su habitación estuvo pronto dispuesta. Pero no lo hacía sola. Fue merced a una decisión de la señora, tomada a altas horas de una madrugada en que Amadeo lloró y lloró hasta agotarle la paciencia. Maria del Roser aporreó su puerta en camisón y le rogó que se ocupara del pequeño o iba a volverse loca. Desde ese momento y durante cuatro años, Amadeo compartió con Concha y el resto del servicio las noches del sótano.

Durante el día ambos, nodriza y primogénito, se trasladaban a lo que se denominaba «el cuarto de jugar»: una estancia del piso superior, más estrecha de lo deseable, que en otra época había sido el saloncito de recibir de una bisabuela cuya contribución a la historia familiar había consistido en dejarlo todo ribeteado de puntillas o vestido con tapetes de ganchillo. El lugar era soleado en invierno y resguardado en verano y estaba decorado con

pomposas molduras que no venían a cuento. Entre estos dos mundos, el abigarrado del saloncito y el austero del cuarto de servicio, transcurrieron los primeros años de la vida de Amadeo, exactamente hasta que se trasladaron a la casa nueva y Maria del Roser decidió que era necesario hacer algunos cambios.

Pero en estos días de los que estamos hablando, Amadeo era aún hijo único y Conchita se sentía ufana de que en sólo un mes hubiera engordado cinco kilos. También ella había añadido carnes a su enclenque figura y presentaba un aspecto más saludable y más acorde con su edad. En el rostro de doña Maria del Roser la preocupación había dejado lugar a una sonrisa de felicidad.

—¡Eres nuestro ángel, Conchita! ¡Un regalo del cielo!

Sí, las rencillas de las otras criadas quedaban lejos de sus preocupaciones. Su territorio era aquel cuarto del piso superior que al principio actuó como un bálsamo para sus heridas. Por las mañanas, mientras amamantaba al bebé, Carmela le traía el desayuno en una bandeja. Huevos, un bollo de pan blanco recién hecho, a veces algo de jamón, o requesón, una pieza de fruta y leche. La primera vez que vio aquellos manjares y entendió que eran para ella, no pudo evitar llorar y acto seguido sentirse ridícula: ¿lloraba por unas viandas quien tantas tristezas había conocido? ¿Tanto le había ablandado la vida de los ricos en unos pocos días? De momento tenía prohibida la achicoria —el café se reservaba para los señores—, porque se decía que amargaba la leche, lo mismo que el té, los espárragos, el vinagre y otras viandas. Pero incluso sin ellas su dieta era un lujo jamás conocido.

Después de desayunar, elegía un conjunto a su gusto de los muchos que había en el armario ropero y se tomaba su tiempo en preparar al bebé para el paseo diario. Doña Maria del Roser confió pronto en su criterio y nunca intervino en esos arreglos, que para Concha eran lo mejor de la jornada. Luego se vestía ella misma, cuidando los detalles. El uniforme azul oscuro, el delantal blanquísimo, la cofia almidonada, los zapatos lustrosos y una medalla de oro de la Virgen de Montserrat que la señora le había regalado por su cumpleaños. Así arreglada, ponía al niño en su carrito y salían de paseo.

Recorrían las calles Riera Alta y Ferran a paso de buey, saludando a las

otras niñeras —muy pronto conoció de vista a la mayoría—, disfrutando de la tibieza de aquel aire que olía a mar y sonriendo sin descanso. Un poco más tarde salían las jóvenes casaderas, algunas acompañadas de sus madres y otras del ama seca o la institutriz, entre el crujido de sedas, tarlatanas y tafetanes de sus trajes de paseo. Brillaba la sencillez de algunas junto a la excesiva ostentación de otras y todo aquel que buscara podía hallar en aquella exposición algo de su gusto. A eso de la una, las damas abandonaban sus casas a bordo de sus carretelas, acompañadas de cochero y lacayo, y también algunos señores se dejaban ver, bien a caballo o —los más modernos— en bicicleta.

Todo el recorrido se convertía en un desfile de galantería y elegancia, en un constante subir y bajar de sombreros de copa, en un rápido agitarse de guantes de piel de Rusia y en un rosario de parabienes para toda la familia. Y eso que no lucían mucho todas estas cosas en las estrecheces de la ciudad antigua y que por eso mismo ya andaban los señores más pudientes pensando adonde podían trasladarse para hacerse ver mejor.

Con todo, las medias sonrisas femeninas se guardaban con disimulo para mejor ocasión y alguno volvía de su paseo con el ánimo hecho una angustia. Otros, tal vez jóvenes de buena casa en pos de bellezas a las que pretender, interpretaban como ir refutable un ademán apenas entrevisto y se dejaban llevar por la euforia de los triunfadores. Otros se escandalizaban al paso del carruaje donde la entretenida de algún joven heredero se atrevía a medirse con quienes la criticaban, pero quedaban mudos al contemplar la belleza de la mujer, la cual según decían todos, iba pareja a su vulgaridad.

Todos estos aliños trastocaban el mediodía en una pompa que mantenía ocupados a unos y otros, incluida la multitud descalza, de pantalones amarrados con pedazos de cuerda, mejillas pálidas de hambre y caras sucias de carbón, que todos los días se arracimaba en los márgenes del paseo para ver de cerca a los ricos.

Conchita llevaba a su niño de once kilos, su medalla de oro y su sonrisa de verdad. Nunca hasta entonces le había importado tan poco el paso del tiempo ni había sido tan feliz.

Cuando miraba a Amadeo, ya entonces, intuía de algún modo lo que les

deparaba el destino. Las circunstancias la habían investido con el honor de ser testigo de otra vida. Y también consejera, testafarro, y acaso la única persona capaz de querer al mayor de los hermanos Lax después de saberlo todo de él. Concha no podía oponerse a eso. Amadeo siempre sería su criatura, y ambos lo sabían. Un niño vulnerable, iracundo, brillante... siempre distinto, siempre ajeno a los demás, cuando no enfrentado a ellos. Siempre incomprendido. Pretendida o inevitablemente solo.

Amadeo la correspondió, a su modo. Vertió lágrimas tras su muerte. Fue la única de las mujeres de su vida a la que lloró. Unos años antes la había utilizado como modelo de uno de sus primeros retratos, que tituló *El ángel de la infancia*. El cuadro fue su único modo de hacerle saber cuánto había representado para él.

Al entierro del ángel de la infancia no pudo asistir casi nadie. Su niño difícil, convertido ya en un hombre caprichoso, se encontraba muy lejos de allí. No hubo palabras ni cantos en el funeral, como ella había soñado tantas veces, ni su Amadeo pronunció palabra alguna. Fue un oficio rápido, casi clandestino, al que sólo algunas detonaciones lejanas pusieron música. Dos únicas personas acompañaron el cuerpo, de la nodriza hasta su última morada: Aurora e Higino. Ella tenía el triste honor de ser la última camarera que prestó su servicio en casa de los Lax. El, en cierto modo, fue el salvador de todo. Ambos lloraron con lágrimas verdaderas.

La escena que se plasma con trazo grueso, la del entierro de Concha, tuvo lugar el 24 de julio de 1941; y por aquel entonces, los nuevos tiempos habían desmadejado casi por completo el mundo al que perteneció algún día la familia Lax. El nombre de Amadeo, famoso en un mundo que ya no se impresionaba por nada, era cuanto quedaba de aquellos tiempos mejores. La casa seguía en pie y ellos la defendían, pero por las noches reinaba en las estancias un silencio sobrecogedor. El silencio que dejan los ausentes cuando aún hay quien piensa en ellos a todas horas.

El tiempo había avanzado, impasible, y lo peor era que pensaba continuar haciéndolo.

Pero, del mismo modo que la vida puede sorprendernos con un desenlace abrupto, también algunas veces nos regala una nueva oportunidad. Un

renacimiento.

Silencio. Gruñe un portón. Alguien traspasa el vetusto umbral de la entrada, mira con ojos sorprendidos, se atreve a dejar una huella sobre el polvo que cubre el mármol del vestíbulo.

Se adentra en el secreto. Avanza.

Siempre que ocurre algo así, las piedras y los fantasmas nos alborotamos.



El ángel de la infancia, 1905

Óleo sobre lienzo, 75 x 40 cm

Barcelona, MNAC, Colección Amadeo Lax

Concha Martínez Cruces (1870-1941) entró en casa de los Lax como nodriza del pintor cuando éste tenía unas pocas semanas de vida y ella apenas llegaba a los veinte años. Permaneció unida a la familia, a la que sirvió también como niñera, camarera, dama de compañía de doña María del Roser de Lax —la madre del artista— y de nuevo niñera, cuidando del único hijo del pintor hasta el estallido de la Guerra Civil y el posterior exilio en Francia del niño. Murió de una neumonía en 1941. Fue un personaje querido por varias generaciones y, sin duda, más decisivo de lo que este único retrato hace creer.

Se trata de una obra de juventud: Amadeo Lax la realizó cuando apenas contaba quince años. Es también una de sus primeras estampas familiares, que tanta importancia habrían de cobrar en su producción durante los años sucesivos. Se apuntan ya intereses que se desarrollarán muy pronto: la luminosidad, combinada con la sucesión de colores claros y con los motivos vegetales del fondo —entre los que destacan con viveza los geranios y las hortensias—, el gesto desenfadado de la modelo y la cotidianeidad de la escena, que muestra a la mujer sirviendo unas bebidas en cuatro delicados

vasos de cristal.

El título aparece, escrito de puño y letra del propio autor, en la parte posterior de la tela.

Como curiosidad, el patio del cuadro pertenecía a la casa familiar del pintor y fue reformado algunos años más tarde, durante el verano de 1936: se cubrió el suelo con parquet, se decoraron las paredes con mosaicos de estilo *art decó* y en el muro del fondo, las plantas y las flores dejaron paso al fresco *Teresa ausente*, considerado por muchos la obra cumbre del artista.

Amadeo Lax retratista. (Catálogo de la Exposición)
Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid, 2002

III

Violeta no llega sola.

La acompañan dos caballeros. El primero, joven, con americana azul y corbata a rayas, tiene ese aire un poco carnavalesco del jovencito que no se acostumbra aún a vestir como un hombre. Es el portador de las llaves. Durante la visita, se mantendrá en un segundo plano y sólo romperá el silencio para demostrar su candidez.

El otro es un hombre de complexión delgada, la espalda encorvada, un pelo abundante y entrecano que no delata en absoluto sus casi sesenta años y los ojos escondidos tras los gruesos cristales de unas gafas de concha. Se llama Arcadio Pérez y parece un ser aplastado por alguna circunstancia inevitable, aunque risueño y de gesto enérgico. Usa una camisa blanca que le queda grande, una ajada cazadora de lana, pantalones de color caqui, cinturón de piel con hebilla metálica y mocasines con borlas. A diferencia de los otros dos, conoce el lugar desde antiguo. Parece satisfecho en su papel de cicerone.

—Me habían dicho que era un sitio alucinante —dice el jovenzuelo, observando, al pie de la marmórea escalinata principal—. Usted dirá adonde tenemos que ir, Arcadio.

Violeta se ha detenido también. Mira hacia arriba. Niega con la cabeza, disgustada. Adopta un gesto de inequívoca elegancia a pesar de que viste con sencillez, casi con descuido: vaqueros, blusa amarilla, botines, chaqueta negra de piel. Su piel pálida contrasta con su media melena negrísima, un poco alborotada.

Tiene los labios finos, los ojos algo rasgados, la nariz rectilínea y los pómulos prominentes. Sus facciones no necesitan maquillaje para resaltar. No es una belleza, pero tiene un aire de simpatía entrañable, de natural optimismo, que la hace atractiva. Aunque lo que ve no le permite demostrarlo.

Por su modo de moverse, su presencia evoca de inmediato a ciertos antepasados. Tiene ese aire distinguido que caracterizó siempre a su abuelo Amadeo, aunque en ella la distinción no se confunde con la soberbia. La expresión del rostro, el brillo de los ojos, la delicadeza de los ademanes y la palidez de la piel son de Teresa, aunque nadie quiera ni pueda saberlo. Hay también en ella una sombra de los rasgos de Maria del Roser y su aparente fragilidad evoca de inmediato a la de la otra Violeta, su precursora, la desdichada niña muerta con los bolsillos llenos de futuro. No es una mujer quien ha llegado, sino una herencia familiar.

Los tres visitantes que han entrado juntos, sobra decirlo, proceden de mundos muy diferentes, de los cuales el vestíbulo de mármol es una suerte de punto de intersección.

—Ten cuidado, hay mucha suciedad —advierte Arcadio a Violeta.

—¿Cómo es posible? —pregunta ella en un susurro, abriendo atónita los ojos a cuanto hay a su alrededor, sin dejar de negar con la cabeza.

—Ya te dije que está todo muy abandonado. Es una lástima lo que han hecho con este lugar. O, mejor, lo que no han hecho.

El joven parece incómodo. Está aquí en representación de la misma instancia a quien se acusa de abandono y, aunque él no había nacido cuando comenzó a acumularse el polvo en la casona, no puede evitar sentirse mal. Pero sus acompañantes no se refieren a él, claro. Hace ya unos minutos que se han olvidado de su presencia.

Sin tocar los polvorientos motivos vegetales de la balaustrada, Violeta pone un pie en el primer escalón.

—Estoy deseando ver el fresco —confiesa, comenzando a subir.

Violeta marca el paso, que no es rápido. Necesita fijarse en los detalles, horrorizarse ante el estado de todo. Su espanto, sin embargo, no tiene nada de personal, o casi nada. Ella sólo estuvo aquí una vez, de muy niña, de la mano

de Modesto, su I »adre. Recuerda el portalón y la escalera, la seriedad de una criada llorosa, la luz filtrada a través de las magníficas vidrieras de colores del primer piso, el solemne ataúd frente a la chimenea escultórica y en su interior, como dormido, su abuelo Amadeo, un hombre al que apenas había podido conocer.

Treinta y seis años después, Violeta repite aquel recorrido. El portalón, la escalinata, el pasillo de mosaico con techo artesonado —los detalles y las dimensiones reales son nuevos para ella, y le impresionan tanto como entonces—, el salón principal, la chimenea imponente, las puertas acristaladas del antiguo patio...

Violeta está llegando al corazón de su recuerdo más antiguo. Se detiene más o menos en el lugar donde estuvo el ataúd de Amadeo Lax. Dirige a su alrededor una mirada consternada. Es Arcadio quien dice:

—Cómo debió de ser esto en sus buenos tiempos, ¿verdad?

Violeta se abstiene de hacer comentarios y continúa caminando. Empuja la puerta por la que se accede al antiguo patio. Los vitrales intactos esconden sus brillos de otro tiempo bajo una película de polvo gris. Se adentra en la estancia con los ojos fijos en la pared del fondo, desde donde la expresión ambigua de Teresa le da una bienvenida extraña. El fresco resplandece, a pesar de su estado lamentable. Aún es una obra impresionante, que corta el aliento. Pintada en tonos oscuros, en gruesos brochazos rabiosos, la figura femenina preside por completo el espacio. Violeta no la recordaba de la otra vez. Se pregunta si una obra como ésta puede pasar ante los ojos de una niña y no dejar ninguna impronta. O tal vez fueron las circunstancias: una vez rendidos aquellos breves honores al cadáver de su abuelo, Modesto y ella se marcharon de la casa como si ambos tuvieran urgencia por abandonarla. No puede mirarlo sin sentir, ahora sí, una gran emoción: al fin y al cabo, la mujer del retrato fue su abuela. Una abuela ausente, como reza el título, desconocida, de la que jamás se ha preguntado nada, de la que jamás habló nadie, sobre la que cayó un deseado manto de olvido.

Violeta no dice nada. Su silencio habla por ella. Y el brillo de sus ojos, que algo en común tienen con los del retrato que observan.

Arcadio la sigue y le guarda las espaldas, mirando también a Teresa.

—Me alegro de que hayas podido venir —dice él.

—No ha sido fácil decidirme. He estado a punto de cancelar el viaje. Mañana se inaugura en el Art Institute la muestra de los retratistas. Ya sabes que es un empeño personal por el que he batallado mucho. Al final ha quedado muy bien, pero me perderé las felicitaciones y los honores.

Se hace un silencio compartido. Las últimas veces que han hablado ha sido con la excusa de esa exposición, en la que Amadeo Lax está presente también, claro está, gracias a un préstamo del Museu Nacional d'Art de Catalunya y al de un coleccionista privado.

—Aunque bien pensado, prefiero estar aquí —sonríe Violeta.

El tono de gravedad se interrumpe con la llegada del joven funcionario. Nada más traspasar el umbral de la puerta acristalada se le escapa un:

—¡Hala!

Pregunta, con candidez:

—¿Y esto?

Nadie contesta. Violeta está pensativa. Tiene esa actitud reverencial que inspiran las obras maestras.

El joven insiste:

—¿Esto es de la Generalitat o de la familia?

La pregunta retrotrae a Violeta unos cuantos años, al momento en que comenzaron las disputas por la herencia del pintor.

—Por desgracia, de la Generalitat —responde Arcadio, quien siempre fue demasiado honesto para enfrentarse a las instituciones. O puede que careciera del arrojo necesario.

A pesar de todo, defendió los intereses de Lax como no habría hecho ninguno de sus herederos legítimos. Cuando Violeta recaló en Barcelona, durante sus años de estudiante, la casa estaba cerrada a cal y canto y ella demasiado ocupada en otras cosas. No le importaban en absoluto los pleitos en que andaban enzarzados los abogados de la familia y los del gobierno autonómico, a pesar de que por aquel entonces Arcadio ya le mantenía al corriente. Cuando se alcanzó el único acuerdo legal posible, ella ya vivía en Estados Unidos y Arcadio ya era el único interlocutor ante las instituciones. Por desidia o por comodidad, todos pensaron que aquella solución habría

satisfecho al propio pintor. Arcadio y Violeta se mantuvieron siempre en contacto e incluso se vieron algunas veces, siempre en Chicago, alimentando una amistad cimentada sobre su mutua admiración hacia Amadeo Lax.

—Bueno, una pintura no puede resistirse eternamente, supongo —musita Violeta.

Durante el largo silencio, el joven barrunta otra pregunta que no formula. La conversación entre Arcadio y Violeta, en un tono demasiado íntimo para su timidez, se acaba imponiendo:

—Era tu última oportunidad, Vio.

—Por eso mismo te agradezco tanto que me hayas involucrado en esto. Me habría arrepentido mucho de no venir.

—Alguien de la familia debe estar. Aunque sólo sea para llevar la contraria.

—Tú eres como de la familia.

Arcadio ha bajado la voz, dando a entender que hablaría con más libertad de no estar presente ningún representante institucional.

Durante unos segundos, los tres se quedan en un silencio espectador.

El joven consigue aprovechar la oportunidad.

—¿Es de Amadeo Lax? —pregunta, señalando con la mirada la obra de la pared.

—Su mejor obra —responde Arcadio.

—¿Y qué hace aquí?

—Eso —suspira el administrador— debería preguntárselo a sus superiores.

—Ah, perdón —responde el muchacho, acusando el golpe en el acto.

—Su mirada sigue dando miedo. Es tan desoladora... —dice Violeta, que en realidad no habla con nadie más que consigo misma. Para ella, su abuela Teresa nunca ha estado más presente que en este instante.

Arcadio esboza el inicio de una sonrisa.

—Ya lo creo. ¿Te he contado que la primera vez que pisé esta casa tu abuelo me recibió aquí, en el gabinete? Su butaca estaba en ese lado —señala un punto de la tarima—, de espaldas al mural. Yo me senté en un sillón que había ahí, junto a la puerta. Durante toda la entrevista me pareció que Teresa

nos vigilaba.

Por regla general, la memoria de los humanos es breve e inexacta. En esta ocasión, sin embargo, los recuerdos de Arcadio aciertan de pleno.

La primera vez que estuvo aquí, Arcadio Pérez era un estudiante de bellas artes con absurdas pretensiones de pintor cubista y una admiración desmedida por Amadeo Lax. El artista, próximo a su final, era un amasijo de piel traslúcida y huesos de vidrio que ya nunca salía de casa. Para franquear la entrada, Arcadio esgrimió la excusa de una entrevista para un periódico académico y debió de hallar a Lax en un buen día, ya que accedió a recibirle. Y eso que en aquella época —corría 1972— el pintor toleraba menos que nunca la invasión de foráneos en su espacio y no estaba de humor para hablar de arte ni de nada. Había dejado de pintar hacía más de diez años.

Arcadio traía consigo una caja de bombones de Casa Foix y dos docenas de preguntas, que tuvo el coraje de formular, una tras otra, desde el butacón donde se sentó con las rodillas muy juntas. Al dueño de la casa le pareció interesante el formulario y lo respondió con complacencia, sintiendo por el joven periodista una simpatía instantánea. La causa de semejante milagro es tan vieja como las debilidades del alma humana: nada mejor para encandilar a un artista de quien ya nadie se acuerda que un admirador que conserva el candor y la memoria intactos. En Arcadio todo se adivinaba sincero en el acto, no había impostación en su voz, ni un ápice de malicia en sus comentarios y sí una admiración rendida y « vidente. Era un alma pura.

Después de la entrevista, la vieja gloria lo guió en un recorrido por las plantas superiores, desamuebladas y oscuras, i pie atufaban a olvido y a cerrazón. Fue en aquellas envidiables circunstancias como Arcadio tuvo el privilegio de deambular por el mejor museo que puede ofrecerse a un curioso: el de la decadencia de una existencia humana.

Apenas quedaban vestigios de la vida de otro tiempo. Se apreciaba la huella de unas cenizas antiguas en la gran chimenea del salón. Las estancias del piso superior dormían un sueño de olvido y tedio y diría que echaban de menos a las mujeres que las habitaron: Maria del Roser, la primera Violeta, Teresa, Conchita... De los ausentes, en las habitaciones sólo quedaban objetos huérfanos: una chichonera destripada que aún conservaba una raída borla de

lana; un cepillo con el mango roto; las cuentas de un rosario, que rodaban como seres vivos sobre **los** suelos de madera...

Las puertas estaban abiertas y no había nada que ocultar. La casa era como una gran tumba vacía. Sólo el patio reconvertido y la buhardilla conservaban un aliento de vida.

Amadeo Lax se agarraba del brazo de su joven discípulo y se detenía ante sus propios cuadros, que ocupaban todas las paredes, sin mucho orden ni concierto, para comentarlos con altanería de creador, regocijándose en sus propias audacias pictóricas, presumiendo de anecdotario, esperando el eco de su impresionable pupilo.

—¿Conoce usted a Ramón Casas? —preguntaba.

—Sí, sí, cómo no.

—Le encantó este óleo. Creo que intentó imitarlo en alguna de sus últimas obras, aunque ahora no recuerdo cuál. Bueno, él dijo que era un homenaje, claro.

O, ante uno de sus retratos familiares:

—¿No es como si pudiera adivinar lo que piensa la modelo? Sea sincero.

Arcadio lograba decir lo que Lax deseaba escuchar y al mismo tiempo ser sincero. Ese día le abrió las puertas del último reducto del pintor: la buhardilla. Un desbarajuste de trastos y lienzos en el que casi nadie, además de Lax, había entrado nunca.

Fue allí donde Arcadio vio por primera vez aquel único y perturbador desnudo femenino de la colección. Le chocó desde el principio, por lo inaudito de la temática y por su burda resolución. Representaba a una mujer muy joven, sentada con las piernas abiertas en un sillón noble, mirando fijamente al espectador. La vulva —apenas dos brochazos oscuros— brillaba como una herida recién abierta. Llevaba por título *Il falso ricordo*.

—Pensaba quemarlo antes de morirme —le dijo Lax.

—¿Por qué? —preguntó con arrebato el aprendiz.

—Porque a nadie le importa.

Continuaron caminando.

—¿Y ha cambiado de opinión?

—Mejor que eso: lo he vendido. A un coleccionista privado. Un barón

holandés, suizo, húngaro, no recuerdo bien; un gran tipo. Me dijo que piensa instalarlo en su casa de Londres.

Perfecto, porque no quiero verlo expuesto en un museo, pero el dinero me vendrá bien.

Arcadio no hizo más preguntas. Sólo un comentario:

—Pensaba que no le interesaba el desnudo. Como tema, quiero decir.

Lax no respondió. Emitía sonidos guturales parecidos a los de las cañerías cuando se atrancan.

Deshicieron el camino y regresaron ante el retrato de Teresa, en el viejo patio. Cuando estuvieron de nuevo en el gabinete, sentados cada uno en su puesto, Lax susurró:

—El único modo de retener a una mujer es pintarla.

Poco a poco, las visitas de Arcadio a su admirado pintor se volvieron costumbre. Al principio, se amparaba en alguna excusa —mostrarle su propia obra balbuceante, pedirle consejo profesional, llevarle un ejemplar de la publicación donde acaba de salir la entrevista o, simplemente, interesarse por su salud, hasta que no necesitó más razón para franquear las puertas que la sincera complicidad que iba surgiendo entre ambos. Arcadio era, además, la compañía perfecta para el anciano Lax. Atento como un enfermero a domicilio, adulador como el admirador que era, detallista como un hijo. Y discreto. No solo en referencia a lo que veía, también a lo que permanecía oculto. Jamás le preguntó, por ejemplo, por la ausencia de familiares. Todo lo achacaba a la excéntrica vida del artista. No metía las narices donde no le llamaban. En suma, reunía en su sola persona cuanto Lax necesitaba para despedirse del inundo creyendo que aún era quien había dejado de ser tanto tiempo atrás. También respetaba sus costumbres.

Con los años y la soledad, Lax se había vuelto un ser sin horarios, que vivía según el dictado de curiosas aficiones. Estuchar la radio era una de ellas. Se levantaba a la misma hora que Carlos Herrera, y le escuchaba con interés profesional, sin hacer nada más, hasta que terminaba el programa. A menudo, por las tardes, comentaba con Arcadio lo que los contertulios habían dicho, como si la conversación hubiera tenido lugar en su propia casa. Y, por supuesto, nunca ponía en duda nada de lo que Herrera decía o pensaba.

Incluso le citaba a menudo —«Como dice Carlos Herrera...»— sobre todo al hablar de política, un terreno en el que se sentía hermano de su admirado periodista. Por las tardes, alternaba el sueño con los planes. Sólo se entregaba a la nostalgia para hablar de arte. Derrochaba emoción al nombrar a Modest Urgell, a quien sólo vio media docena de veces en su vida, pero a quien siempre consideró su maestro, y también a Roma Ribera y Francesc Masriera, cuyo éxito y popularidad en nada podían compararse a los suyos, pero a quienes continuaba viendo como a gigantes.

Lax no tardó en proponerle al señor Pérez —así le llamaba— que fuera su secretario personal. Había mucho que ultimar y el tiempo se le echaba encima. Durante meses, trabajaron juntos en el proyecto de un museo soñado que nunca habría de realizarse. Luego, el tiempo se agotó.

El velatorio del artista sirvió para que Arcadio y Modesto hablaran por primera vez. Violeta iba de la mano de su padre, aunque no puede guardar ningún recuerdo de aquello, puesto que sólo tenía cuatro años. Tampoco guarda memoria de las diferentes personalidades que llenaron el salón de la chimenea ni de los discursos que se pronunciaron y menos aún del momento en que el cuerpo de Lax atravesó los portalones de la entrada por última vez. No quedaba ni rastro, por aquellos días, de los fastos funerarios que tanto adornaron la despedida de sus ancestros. El de Amadeo fue un entierro triste, funcional. La mayoría de los presentes sólo estuvo allí para salir en las fotos que al día siguiente publicó la prensa. En las conversaciones susurradas se hablaba de cualquier cosa, sin mucho respeto por el muerto, y sólo unos pocos hacían referencia al testamento, tan estafalario como todo lo demás. Un hombre muere como ha vivido: Lax dejó fríos a los suyos, incluso después de traspasar, cuando se conocieron sus últimas voluntades. A su único hijo, Modesto, sólo le dejó los restos del naufragio de las empresas familiares y las menguadas cuentas bancarias. De la gran fortuna de los Lax no quedaba casi nada; lo que no se había arruinado había sido robado o perdido durante la Guerra Civil. A Arcadio le correspondió una pequeña cuantía en metálico. A la pequeña Violeta, el piso de la Rambla de Catalunya, en pleno centro de la ciudad.

Con respecto a su obra, Amadeo Lax lo tenía claro desde tiempo atrás: su

colección privada, compuesta por cuadros, estudios y bocetos la legó íntegramente a la Generalitat, lo mismo que la casa y todo su contenido, bajo condición de que abrieran allí un museo dedicado a su figura. No dejó nada al azar. Incluyó en el testamento un pliego de recomendaciones con respecto al futuro museo, nombró a Arcadio albacea y aportó todo el dinero que le quedaba a las arcas autonómicas para que nada hiciera peligrar su sueño.

No contaba con lo olvidadizos que son los políticos cuando se trata de cumplir la palabra dada.

Y eso que el testafarro se mostró dispuesto a luchar por ello con todas sus fuerzas. Incluso llegó a reunir varios miles de firmas a favor del proyecto, pero también resultó en vano. Una y otra vez se dio de bruces con los ardides de la administración. Muy pronto encontró cerradas las puertas de aquellos políticos que tantas palabras habían empleado en el funeral del pintor, y comenzó aquella guerra sorda de pasillos, llamadas, reclamaciones y recordatorios. Los representantes oficiales encontraron pronto excusas que esgrimir para retrasar el proyecto, pusieron a salvo los cuadros en los sótanos de otros museos y cerraron la casa, siempre bajo la promesa de unas obras futuras que nunca comenzaron. Su estrategia fue no esgrimir jamás una negativa tajante. Nunca hablaron del Museo Amadeo Lax como de un plan descartado, aunque sus acciones siempre lo proclamaron así.

Luego, se sacaron de la manga un descabellado proyecto de Biblioteca Provincial que los mantuvo entretenidos otras dos décadas. Aunque, al cabo, no fue tan absurdo: es esa obra la que hoy convoca a los tres visitantes en este lugar. Y pronto llegará una cuarta persona, con mucho trabajo que hacer.

Hoy, por lo menos, luce junto al portalón principal una placa dorada. La pusieron ahí para aplacar las molestas voces de algunos, el mismo año en que se cumplían cien años del nacimiento de Amadeo Lax. Para inaugurar la placa se limpiaron el vestíbulo y la escalera y se ofreció un aperitivo a personas que nada sabían de lo que aquí ocurrió alguna vez. A Arcadio le cedieron la palabra durante los parlamentos. Ni Modesto ni Violeta estuvieron presentes.

El recordatorio, encabezado por un escudo oficial, dice así:

**EN ESTA CASA NACIÓ Y VIVIÓ
HASTA EL FIN DE SUS DÍAS
EL PINTOR AMADEO LAX
(1889-1974),
RENOVADOR DE LAS ARTES PLÁSTICAS.
LA GENERALITAT DE CATALUNYA
DESEA HONRAR SU MEMORIA.**

Qué poca sintaxis y qué cargada de tópicos para resumir toda una vida.
Claro que, ¿acaso vale la pena añadir algo más? No. Lo que de verdad
merece la pena espantaría a los visitantes.

JUEVES, 15 DE MARZO DE EL NOTICIERO UNIVERSAL
1984 9

TERESA MÁS AUSENTE QUE NUNCA

La plataforma municipal Amigos del Museo Amadeo Lax reúne seis
mil firmas para pedir a la Generalitat que cumpla la palabra dada al
artista

Adela Farré

Un año antes de su muerte, el pintor Amadeo Lax (Barcelona, 1889-1974)
se reunió con representantes autonómicos y acordó la cesión de su casa —
situada en el pasaje Domingo, junto al céntrico Paseo de Gracia— y de casi
toda su obra a cambio de la creación de un museo monográfico centrado en
su figura. Para ayudar a la realización de este propósito, el artista cedió
también cuarenta millones de pesetas que debían emplearse en las obras de
acondicionamiento. Como albacea designó al licenciado en Bellas artes que
fuera su asistente personal, Arcadio Pérez, con el fin de que velara por el
cumplimiento de sus voluntades.

En estos trece años, la Generalitat no ha demostrado tener muy buena

memoria. El sueño de Lax nunca se llevó a cabo. La colección —compuesta por unas doscientas obras entre óleos, estudios y bocetos— fue repartida entre el Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC) y varios museos provinciales, aunque sólo una pequeña parte ha sido expuesta al público de forma permanente. Cansado de tamaña negligencia, hace cuatro años Arcadio Pérez decidió impulsar la plataforma ciudadana Amigos del Museo Amadeo Lax, con el fin de mantener viva la memoria de ese acuerdo y recordar a las instituciones de nuestra ciudad «el reiterado incumplimiento de la palabra dada a quien fue uno de los mayores representantes de nuestra cultura en todo el mundo».

En este tiempo Pérez, en nombre de la plataforma a la que representa, no se ha cansado de denunciar el estado lamentable del viejo palacete familiar, en el que no se han realizado obras de mantenimiento de ningún tipo desde que, en 1974, muriera su legítimo propietario. «Nos consta que la planta noble ha sido utilizada para banquetes institucionales y para recepciones, lo cual no puede estar más alejado del propósito que alentó a Amadeo Lax en sus últimas voluntades. Por no mencionar que en algún momento se habló de demolerla, lo cual sería, directamente, una aberración y un acto de insensibilidad artística.»

La casa de la familia Lax, de estilo modernista, está catalogada como monumento histórico desde 1980. Se trata de una construcción firmada por el arquitecto Josep Lluís Ayranch en el año 1899, que consta de cuatro plantas y sótano, las cuales supondrían una superficie de exposición de más de tres mil metros cuadrados. Su constructor fue Rodolfo Lax, padre del pintor, y conocido por haber sido uno de los principales impulsores del ensanche barcelonés durante el último tercio del siglo XIX. Al valor innegable de cuanto acabamos de mencionar se suma, según Arcadio Pérez, «la riqueza de los elementos decorativos de la casa, obra del mismo arquitecto y de su equipo de colaboradores, entre los que ocupa un lugar destacado la señorial escalera decorada con motivos vegetales, la chimenea escultórica y el original patio cubierto, que en 1936 fue reconvertido en una original estancia coronada por una cúpula de cristal». La joya de la corona es una pintura mural de grandes dimensiones pintada por el propio Lax, acaso con motivo

de la mencionada reforma, situada bajo dicha cúpula.

El mural, considerado por muchos la obra culminante de su autor, lleva por título *Teresa ausente* y representa a la joven esposa del artista, Teresa Brusés —hija de don Casimiro Brusés, un rico industrial barcelonés, conocido por sus negocios americanos— en una actitud que Pérez no duda en calificar de «inquietante». Pero lo mejor es la historia de la que la pintura nos habla en silencio: la desesperación de un hombre que acababa de perder al amor de su vida de una forma cruel y dolorosa. Según cuenta quien fuera durante cinco años secretario personal del pintor: «Lax pintó el fresco durante los días, tal vez las horas, que siguieron a la marcha de Teresa. Según parece, la joven abandonó a su marido y a su hijo para huir con su amante, el mayor de los hermanos Conde, propietarios de los históricos Grandes Almacenes El Siglo, que se había establecido en Nueva York poco antes. El esposo abandonado, un hombre modélico en todos los sentidos, volcó su desesperación a brochazos contra un muro recién encalado. De resultas surgió una de las obras más perturbadoras de la pintura española del siglo XX».

Es una historia que ha fascinado durante años a críticos de arte y a estudiosos aunque, por desgracia, se ha mantenido oculta a los ojos del público en general. Ahora el desamparo del fresco parece otorgarle un nuevo protagonismo. Podríamos decir —y la comparación tiene algo de metáfora— que Teresa, la del cuadro, está más ausente que nunca. No obstante, Arcadio Pérez sigue confiando. Tiene la esperanza de que las seis mil firmas recogidas para exigir la rehabilitación del edificio y la devolución de la obra de Lax a su ubicación original sirvan para algo. A sus demandas se han sumado los dos herederos legítimos —y directos— del pintor: su hijo, el catedrático de la Universidad de Aviñón, Modesto Lax y su única nieta, Violeta Lax, directora del Art Institute of Chicago, en la ciudad estadounidense, que se han mantenido siempre en un discreto segundo plano y con quien Pérez asegura mantener «una gran amistad a distancia».

IV

Regresemos al viejo patio donde, ajena a todo, Violeta se acerca al muro. Suena un teléfono móvil. El joven funcionario contesta. Intercambia tres frases, da instrucciones. Al fin, resume:

—Está fuera. Voy a buscarle.

Y desaparece escaleras abajo, asustando al polvo tanto tiempo dormido en los escalones.

—Me sacan de quicio —susurra Arcadio.

Violeta le da la razón con un asentimiento sutil de cabeza. Entrecierra los ojos para observar a Teresa.

—Está menos estropeado de lo que temía.

—La cubierta que construyó aquí tu abuelo ha resultado ser muy resistente. Ni una humedad, mira, parece increíble —Arcadio sonríe—. Estaba muy orgulloso de estas obras. Siempre hablaba de ellas.

—Pues a mí me habría gustado conocer más el patio original, el que sale en aquel cuadro de Concha, ¿lo recuerdas?

—Por supuesto.

Violeta ha hablado de Concha como si la hubiera tratado. En parte es así, aunque lo único que conoce de ella es ese gesto congelado que contiene su retrato. No puede saber que Concha estuvo aquí una vez, en el patio reformado. Una sola vez, cuando este lugar era ya otro. La que había sido la niñera de la familia, más amiga que empleada de la señora Maria del Roser, ángel de la infancia, tenía ya setenta y un años. Arrastraba aún las faldas

largas cuyos volantes barrían la suciedad del suelo. Su pelo estaba recogido en un moño. Sus formas eran blandas y protuberantes. Se cubría los hombros con un chal ligero. Abrió la puerta acristalada y se quedó detenida en el umbral, contemplando. Y ahí mismo, sin atreverse a avanzar un paso más, lloró como una niña. Luego cerró la puerta, se enjugó los ojos y salió.

El silencio de Violeta evoca ahora al de Concha. La mirada de su abuela tiene algo de perturbador que ella no puede explicarse.

—¿Qué fue de los muebles? ¿Y de los libros? —pregunta de pronto.

—No quedaba casi nada de antes de la guerra. Sospecho que los originales no sobrevivieron a los saqueos. El resto, quién sabe, puede que estos lerdos los echaran a la basura sin mirarlos. Tal vez debí aguantar más, pero me cansé de advertirles del valor de algunas cosas. Ya sabes que con ellos todo cuesta un mundo. De los libros no sé nada. No recuerdo haber entrado en la biblioteca las veces que estuve aquí, todavía en vida de tu abuelo.

—¿Y lo de dejar el mural donde está fue idea suya?

—Debo reconocer que sí. Fue una ocurrencia de uno de los peritos. Dejar a Teresa presidiendo la futura sala de lectura. Pretendían mantener el fresco en el muro, pero me negué en redondo. Les dije que el único modo de evitar que las obras lo dañaran era retirarlo y colocarlo en otro soporte. Aún no sé cómo me hicieron caso. Debí de pillarlos en horas bajas.

—Por lo menos, la futura biblioteca conservará algo de la esencia de mi abuelo. Es lo menos que podían hacer.

Arcadio asiente despacio, parece cansado. La batalla institucional en la que ha invertido treinta y seis años ha terminado por erosionarle el ánimo. Hay que reconocer que Amadeo Lax no se equivocó al elegirlo. Otro hubiera tirado la toalla mucho antes.

—¿Conoces al restaurador? —quiere saber Violeta.

Como si estas palabras hubieran convocado a los ausentes, en ese instante aparecen en lo alto de la escalera el joven funcionario portando un hato de tela de arpillera y un par de cubos. El hombre que le sigue luce un mono blanco estampado de manchas multicolores y parece algo ceñudo. Saluda a Arcadio con familiaridad y estrecha la mano de Violeta. Luego se acerca al

mural y evalúa los daños con detenimiento. De vez en cuando, emite un veredicto misterioso:

—Esta zona está un poco peor. —O mientras acaricia la pared—: Aquí parece más irregular.

Los demás le observan en el silencio de los humildes y de los ignorantes (a cada cual lo suyo).

Tras tan breve diagnóstico, el restaurador se pone manos a la obra sin perder tiempo. Los dos hombres le ayudan a traer el material y le asisten mientras saca de la bolsa todo lo necesario. Luego el hombre pregunta de dónde puede tomar agua para preparar la cola, y el funcionario mira a Arcadio en busca de una solución que, como tantas cosas, no ha previsto.

—Hay un pozo abajo, en la zona de servicio —explica Arcadio—. Dame el cubo, yo lo llenaré.

Ni Violeta ni Arcadio desean vigilar el trabajo de nadie. Le dejan preparando la cola y se excusan.

—Tengo cosas que hacer —dice Violeta.

El único que se queda es el joven funcionario, no se sabe si por obligación o por interés.

—Hoy dejaré la cola extendida —explica el restaurador—. En unos cuatro días, si la arpillera está seca, podremos retirarlo.

Violeta y Arcadio bajan la escalera. Hasta llegar a la puerta no le pregunta ella si el restaurador es bueno.

—De mi total confianza. No te preocupes.

—Me alegro —concluye—. No nos merecemos más chapuzas.



Il falso ricordo, 1962

Óleo sobre lienzo, 280 x 255

Museo Thyssen-Bornemisza, Colección permanente, Madrid

La primera incógnita que plantea esta obra deriva del título. El observador forzosamente se pregunta cuál es el falso recuerdo. ¿La modelo? ¿La abrupta sensualidad que desborda? ¿La juventud? Se desconoce quién posó para este retrato, ni qué relación tenía con su autor. Lo relevante de la obra es que en ella Lax abordó por primera y última vez su gran tabú: el desnudo femenino. Eso convierte este retrato en toda una rareza, que el artista tal vez pintara para sí mismo o para la mujer en cuestión. El segundo barón Thyssen se lo compró directamente al artista en el año 1972 con la pretensión de instalarlo en su residencia londinense. Allí permaneció hasta que en 1988 pasó a formar parte del fondo permanente de la sede madrileña del Museo Thyssen-Bornemisza, que perpetúa el nombre del coleccionista.

En la ejecución de la obra destaca el uso de la luz, que resalta la figura femenina, recordando a los desnudos idealizados de los románticos alemanes, y la fuerza de la expresión del rostro de la modelo, que configura la viva imagen del deseo sexual. Como curiosidad remarcable, el pintor sitúa a su procaz *ricordo* sobre el mismo sillón regio en que Velázquez retrató al papa Inocencio X (quizá quiso subrayar con este juego metapictórico el carácter del personaje o la intención de la mirada; tal vez pretendía rendir un homenaje al maestro del barroco español que tanto le había influenciado o acaso hacer una velada crítica al clero: sobre todo ello se ha especulado). Algún crítico contemporáneo ha señalado que el título alude, precisamente, a ese diálogo metapictórico, como si para el recuerdo creador del artista los retratos clásicos siempre fueran reinterpretables. No existe, como quiera que sea, una teoría unitaria, y Amadeo Lax, por desgracia, murió sin poner por escrito sus intenciones estéticas.

El museo Thyssen-Bornemisza en el bolsillo. Recorrido por las mejores obras de la colección privada de Heini Thyssen, Ediciones del Museo, Madrid, 2002

V

Entre los mejores apellidos que salían de paseo todos los días por la ciudad en aquellos últimos años del siglo XIX, había uno que concentraba admiraciones y envidias: el de los señores de Brusés. Él, don Casimiro, era un rico comerciante de tejidos estampados que muy rara vez se dejaba ver en bagatelas de sociedad. Sus viajes constantes le ofrecían una perfecta excusa para mantenerse apartado del bullicio y cuando se quedaba en casa era tan grande el deseo de encerrarse que se apartaba de todos modos. Se comentaba que sólo en leer el periódico tardaba todos los días más de tres horas. Por supuesto, el periódico era *El Diario de Barcelona*, el que mejor comprendía las necesidades de los empresarios de la ciudad, que hacían de su lectura un ejercicio profesional minucioso.

Su señora, doña Silvia Bessa de Brusés, era una dama formal, muy de su casa, muy buena parroquiana, muy generosa en sus obras de caridad cuya vida transcurría tan de puertas adentro que por nada habría desaprovechado la única oportunidad decente de salir que le brindaban las costumbres del momento. Por eso era una habitual de los paseos. Su reputación era tan alta y sus salidas tan puntuales que al ver su carruaje no había caballero que no aflojara el paso para saludarla con reverencias, justo antes de preguntar por el esposo ausente.

Doña Silvia no debía de tener más de treinta años, pero era tan rígida en sus costumbres y tan severa en sus juicios que había envejecido antes de tiempo. Maltrataba al servicio, se acostaba siempre antes de las nueve y se

ufanaba de llevar una vida de recogimiento y silencio que huía de cualquier frivolidad. Su única lectura era la Biblia y sus únicas compañías una tía solterona aún más amargada que ella y unos hijos a los que sólo dirigía la palabra para amonestarlos. Las malas lenguas decían que se le suicidaban las criadas y que una de sus cocineras, no pudiendo soportar más las humillaciones recibidas, metió la cabeza en una olla de escudella hirviendo. No faltaba quien, llegando aún más lejos, contaba entre sus víctimas a su santo esposo, un señor pequeño y bonachón como un bollito de leche, que antes de casarse con semejante inquisidora jamás se le había pasado por la cabeza abrir negocios en ultramar. Decían que no eran asuntos comerciales los que retenían al hombre tan lejos de casa, sino el pánico a tropezar a su regreso con los ojos de hielo de su mujer. Y añadían que en Cuba tenía don Casimiro todo un ejército de concubinas alegres y despechugadas que olían a café y a azúcar de caña y le concedían todos los caprichos que un hombre malcasado puede desear.

Con todo, era raro un regreso del marido del que no surgiera un nuevo descendiente, y esa infalibilidad y constancia de la pareja eran también admiradas por toda la ciudad. A fuerza de idas y venidas, antes de que se perdieran las colonias americanas los Brusés habían arrojado al mundo un total de cinco hijos, de los cuales sobrevivieron tres. Y ya perdida la guerra, establecidas nuevas plantaciones en otros países y enrolado el ambicioso señor en un negocio naviero con los Estados Unidos y en otro de lanas con Argentina, Brusés continuó volviendo una y otra vez y fecundando, puntual, a su legítima, que parió otros seis vástagos, dos de los cuales no alcanzaron el primer año de vida.

—La cara de vinagre se le pone a la pobrecita de tanto parir —decía Eutimia, convencida.

La última fue Teresa. Nació en un día regido por la desgracia: el 10 de mayo de 1907, curiosamente el mismo en que llegó al mundo el primogénito del joven rey de España, a quien llamaron con una retahíla de nombres horribles que concluía con el de Alfonso, que era también el de su padre. Teresa y el pequeño Borbón habían de tener en común el estigma trágico que marcó sus vidas. Más de un monárquico hubiera sabido apreciarlo, pero en

casa de los Lax la monarquía no provocaba exaltaciones, salvo entre algunas criadas.

Las desgracias del primogénito de Alfonso XIII, Alfonso de Borbón y Battenberg, son de sobra conocidas: enfermo de hemofilia, pasó más de la mitad de su vida en cama, soportando horribles dolores o sometido a tratamientos que antes o después acababan siendo del dominio público. Las de Teresa, en cambio, ocurrieron con discreción. A los dos días de traerla al mundo, su madre murió de sobrepeso. Don Casimiro se encontraba, como siempre, en sus plantaciones americanas y fue avisado por carta por doña Matilde, la tía beata y amargada, a cuyo cargo habían quedado los niños. Para cuando el hombre pudo conocer las tristes nuevas y regresar a casa habían ya pasado más de seis meses y la tía estaba tan enseñoreada de las propiedades de su querida sobrina que el pobre millonario no halló resquicio por el que meterse. La casa olía a iglesia, los niños parecían monaguillos mustios, la tía se daba aires de santurrón de escayola y el servicio guardaba un voto de silencio imperturbable. Acostumbrado a la libertad con olor a ron y café y a los muslos de las mulatas de veinte años, don Casimiro no pudo soportar aquello ni una semana. La tía beata, muy concedora de las debilidades del espíritu de su sobrino político, aprovechó para amenazarle con dejar la casa si su labor no encontraba compensación. Con tal de huir, el millonario, que siempre fue un blando, cedió a las amenazas de la codiciosa vieja y se casó con ella en una ceremonia que mantuvo en secreto por vergüenza. Terminado el papeleo, besó a sus hijos en orden cronológico y se embarcó en el vapor *Príncipe de Asturias* con rumbo a Argentina.

Debió haberse dado cuenta de que el nombre del navío era un mal augurio, aunque ninguno de sus mil novecientos pasajeros supo adivinarlo. Más de dos semanas después de dejar el puerto de Barcelona, cuando navegaba frente a las costas de Brasil, el trasatlántico golpeó un arrecife invisible y se hundió en menos de diez minutos. Eso dijeron, por lo menos, en versiones no del todo coincidentes, el centenar y medio de supervivientes. De modo que los siete hermanos Brusés, de edades comprendidas entre los seis meses y los dieciséis años quedaron huérfanos de padre y madre y librados a los cuidados de una madrastra de setenta y cinco otoños cumplidos.

El infierno de las pobres criaturas duró toda una década, que fue lo que tardó en morir la vieja. En esos diez años, la segunda señora Brusés tuvo tiempo de frustrar vocaciones, arruinar matrimonios, aguar ilusiones, desheredar a varios de sus hijastros y alejar de la casa a todo aquel que se opuso a sus planes. Como consecuencia, los hermanos quedaron repartidos en una diáspora sin vuelta atrás, después de conseguir la parte de la herencia de su padre que les correspondía. Ninguno continuó con el negocio familiar, que primero dejó de producir rentas sustanciosas y más tarde cayó en la ruina más absoluta. La tía Matilde abortó también aquella tradición, tan barcelonesa, del negocio fundado por el padre, agrandado por el hijo y arruinado por el nieto.

Con este interminable preámbulo no es de extrañar que los hermanos se vieran forzados a disimular la alegría que les produjo el traspaso de la madrastra. El párroco tuvo incluso que calmar sus urgencias por enterrarla, explicándoles que Dios necesitaba tomarse su tiempo para recibir en su seno tal y como merecía a una de sus hijas más cumplidoras.

Enterrada, por fin, la pía odiosa, siguió una temporada de disimulo inquieto. Las habladurías se dispararon cuando, sin respetar el duelo, los dos hermanos mayores contrajeron matrimonio con dos chicas de conocidas casas, se instalaron en su viejo hogar y comenzaron a organizar fiestas al mismo tiempo que se hacían cargo de la educación de los cuatro menores.

—Mal ejemplo para jóvenes honradas... —hablaban los lenguaraces.

Como suele ocurrir después de un invierno demasiado largo y frío, el despertar de la nueva estación familiar fue una explosión. Los hermanos, ansiosos de pasarlo bien, relajaron sus costumbres, cambiaron de modista, ampliaron el servicio, redecoraron todas las habitaciones, celebraron bailes, conciertos, actuaciones, aperitivos y tanto empeño pusieron en abolir las normas del antiguo régimen que por poco dejaron en ello la honra de las casaderas más jóvenes, entre ellas Teresa. El nombre de los Brusés despertaba tanta curiosidad como envidia. El Cadillac de la familia, conducido por un cochero de librea, se dejaba ver con frecuencia en la puerta de los restaurantes más selectos, como el Justin o el Maison Doreé. La tercera hermana, a quien todas llamaban Tatín —aunque en realidad la bautizaron como Maria Auxiliadora— frecuentaba tertulias de artistas, se vestía en París,

era íntima amiga de Alfonso XIII y no manifestaba la más mínima intención de casarse. Su aportación a las fiestas familiares marcó un toque de distinción en la familia, ya que consiguió que Carlos Gardel, Igor Stravinsky y no sé cuántos artistas más actuaran en los repintados pabellones del jardín y que una audiencia de amigos muy escogidos, entre los que estaban el general Primo de Rivera y el mismo rey, les aplaudieran cobijados entre las hojas de los rododendros.

En el espectáculo diario de la buena sociedad, que en esos años se había trasladado de la calle Riera Alta al nuevo Paseo de Gracia, fueron también protagonistas de brillo insuperable, aunque fugaces. Ante las solteras de la familia —con la excepción de Tatín— los jóvenes pretendientes se erizaban de inquietud sólo de pensar que aquellas bellas señoritas de bucles dorados y piel de porcelana tenían en sus venas sangre de la déspota doña Silvia, de quien tanto y con tanto horror habían oído hablar a sus padres. Un poco *in extremis*, tratando de evitar el escándalo al que la vida disoluta podía arrastrarlas, las cuatro hermanas menores —las nacidas en el triste periodo poscolonial— se casaron jóvenes, y al tiempo que acabaron con falsos rumores y habladerías envenenadas concedieron una merecida libertad a quienes con más amor que cabeza habían cuidado de ellas en los últimos tiempos.

Hay que puntualizar, sin embargo, que Amadeo no conoció a Teresa en uno de los paseos de la sociedad de buen tono, ni tampoco en una de las fiestas que tan rentables resultaron a la familia. Amadeo Lax detestaba las diversiones ruidosas y tenía a gala no haber bailado jamás. Conoció a la joven mucho antes, en su propia casa, en lo que todos consideraron el canto del cisne de la madrastra, por lo menos en lo que a gastos se refería. Amadeo fue el primer sorprendido cuando a principios de 1919 recibió el encargo de retratar a todos los miembros de la familia Brusés. La temida generala ya tenía digerido el dispendio que suponía contratar a un retratista, y fiel a su eslogan «cuando lo hagas, hazlo bien» llamó al más solicitado de la ciudad, aunque la misma fidelidad a sí misma la llevó también a regatear el precio hasta el final.

Doña Matilde fue la primera en posar, rubicunda y blanquecina como un

rape, adornada con las joyas que solía lucir las noches de estreno en el Liceo. Fue terminar el retrato y comenzar a morir, como un Dorian Gray virginal y apostólico. Luego los hermanos, de mayor a menor. Los varones posaron de chaqué. Tatín, con un traje oscuro que parecía un luto. Luisa, Maria y Silvita, de largo. A la última hubo que prestarle una falda azul marino de una hermana con la que apareció disfrazada de la jovencita que aún no era.

Teresa tenía once años, pero aparentaba menos. Lax le hizo un retrato enseñando las rodillas, vestida de corto. El posado duró cuatro días. Durante ese tiempo, Teresa observó al pintor tanto como él a ella. Le fascinaron su elegancia, su aire taciturno y su edad inalcanzable (Lax rozaba entonces la treintena), creyó ver un secreto escondido en el fondo de sus ojos y se prometió a sí misma no parar hasta descubrirlo.

Cuando Amadeo Lax se marchó de la casa de los Brusés dejó terminado el primero de los treinta y siete retratos de Teresa y a la joven modelo enferma de amor por él.



La niña Teresa Brusés, 1919
Oleo sobre lienzo, 180 x 70
Barcelona, MNAC, Colección Amadeo Lax

Pertenece este retrato a la primera etapa de Lax como retratista de la alta sociedad barcelonesa. Fue encargado por la madrastra y tía de la modelo y se cree que fue durante este posado cuando el artista conoció a la que nueve años más tarde convertiría en su esposa. Es también, por tanto, el primero de la serie de treinta y siete retratos de Teresa Brusés que Lax ejecutaría a lo largo de su vida.

Destaca la luminosa paleta de colores —el azul del traje de Teresa o los ocre del rubio del pelo— combinada con la expresividad del rostro, en el

que el artista captó la psicología de una joven inquieta y dulce, pero también muy interesada por la lectura y el estudio. La importancia que para la benjamina de los hermanos Brusés tenían estas actividades queda aquí reflejada en el libro que sostiene en su regazo. No sería ésta la única ocasión en que Lax plasmaría el gusto por la lectura de Teresa en uno de sus lienzos. La flor del pelo simboliza la feminidad y el gato que duerme sobre su regazo el mundo infantil que la modelo aún no había abandonado del todo. Suele resaltarse que tanto los libros como los gatos acompañan con frecuencia a la musa principal del pintor en sus posados. Con los años, además, experimentarían cierta evolución que ha sido algunas veces objeto de estudio.

*Amadeo Lax retratista. (Catálogo de la Exposición)
Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid, 2002*

VI

Un buen oído podría apreciar cómo crujen las telas de arpillera que el restaurador ha pegado con cola al retrato ausente de Teresa. Secan despacio, ajenas a su papel en este asunto pero acordes con el entorno. Después de todo, el tiempo nunca tuvo prisa en el patio de la casa de los Lax.

Las obras de la mansión, el sueño realizado del señor Rodolfo, duraron cerca de siete años, el último de los cuales estuvo [jara la familia marcado por la amenaza constante del traslado. Quienes habían visto la nueva casa contaban de ella maravillas. Eutimia, que había estado allí dos veces, explicó a los demás criados que más que una casa parecía un palacio, con sus cuatro plantas, sus ventanales abiertos a la calle y su zona noble muy bien ornamentada, a la que no faltaba ni un detalle. Por no hablar de la escalera, cuya exuberancia le hacía poner los ojos en blanco y la dejaba sin palabras, hasta el extremo que se llevaba las manos al pecho y tocaba el medallón con el bigote del marido cada vez que el recuerdo de los marmóreos pámpanos y racimos de uvas parecían dejarla sin aire.

La zona de servicio, seguía relatando Eutimia, estaba repartida entre la planta baja y el sótano, donde se había puesto cuidado en que ninguna habitación fuera muy estrecha y que todas —«to-das», remarcaba— dispusieran de un ventanuco de ventilación por el que —en las que daban a la calle— podían espionarse los pies de los transeúntes. Había dos cocinas, las dos alejadas del comedor, para evitar que los olores molestaran arriba, pero aireadas, espaciosas y provistas de un moderno montacargas. Tenían un

hogar tan amplio que dentro cabían dos bancos para seis personas cada uno, una cocina moderna de hierro fundido con un montón de compartimentos (todos esmaltados que daba gusto verlos) y dos neveras de madera grandísimas. El hornillo de la planchadora estaba en un cuarto aparte, sólo para ella. Y para el final dejaba lo mejor: había en la casa tres cuartos de baño independientes, uno de ellos abajo, junto a la cocina, con bañera de cinc y ducha de pared. «Y es para nosotros», aclaraba, por si alguno no lo había entendido.

Lo que no había en las estancias destinadas a los criados era una auténtica novedad que todos deseaban ver cuanto antes: la luz eléctrica autogenerada. En la casa vieja aún iban tirando con luces de gas y quinqués de petróleo, así que pocos podían imaginar cómo sería aquello de que al pellizcar con dos dedos un bulto de la pared se produjera una claridad como surgida de otro mundo.

La electricidad hacía recelar a muchos, y se contaban historias espantosas, como que en Italia la gente que pisaba las vías del tranvía se moría en el acto. Había quien se negaba a pasar bajo una lámpara encendida o —peor aún— quien ni siquiera entraba en una estancia conquistada por la luz eléctrica. Por eso la propia doña Maria del Roser se encargó de mostrar a todos los pormenores del invento durante el primer anochecer en la nueva casa. El servicio, congregado para la ocasión, pronunció un «ooooohh» de éxtasis. Todos menos Juanita, la cocinera, a quien la modernidad ponía de un humor de perros.

—¡Caprichos de ricos! —refunfuñaba—. ¡Si Nuestro Señor extiende la noche sobre el mundo, a qué venimos nosotros a encenderle luminarias!

Todo en la antigua residencia adquirió antes de la mudanza un aire de provisionalidad en el que nada encontraba acomodo. Ni siquiera la limpieza era la de siempre, contagiado el servicio de ese espíritu resolutivo de la señora de la casa, que era de la opinión, mil veces repetida, de que no debía perderse un minuto en limpiar lo que de todos modos iba a tirarse.

No se trataba de una metáfora: los políticos municipales, entre los cuales la opinión del señor Rodolfo era tomada muy en cuenta, habían decidido abrir una gran avenida allí donde antes sólo existía un laberinto de calles estrechas

y oscuras, jalonadas de viejos palacios y venerables iglesias. A falta de algo mejor, la habían bautizado con el poco inspirado nombre de «Gran Vía A». La obra, de proporciones faraónicas, incluía una avenida rectilínea entre el mar y la plaza Urquinaona, atravesada perpendicularmente por dos grandes arterias. La primera de ellas surgiría de ensanchar la existente calle Princesa. La segunda, a la que de momento llamaban sólo «C», conduciría hasta la catedral. Y eso sin contar las muchas calles menos principales, todas de nueva construcción, que harían de esa parte una ciudad diferente. La casa de los Lax quedaba, precisamente, al lado derecho de la nueva avenida, más o menos en el emplazamiento de la «Vía C», allá donde hoy sólo hay tráfico y bocinazos. Su demolición no dio lugar a otros edificios, sino a un holgado paseo hacia la catedral que partió el barrio en una cuadrícula extraña. Las expropiaciones afectaron a dos mil casas y generaron una oleada de protestas. Pero nada de eso detuvo a los responsables.

Rodolfo Lax lo encontraba todo muy lógico.

—La gente no es amiga de avanzar —decía—. Si todos los innovadores del mundo hubieran atendido las protestas de sus conciudadanos, aún pintaríamos bisontes en las paredes de las cuevas.

A él, en cambio, los cambios le generaban un cosquilleo de gusto en el estómago. Se emocionaba al hablar de la velocidad con que las excavadoras acabarían con «aquel laberinto de piedras insalubres». Colaboró a apaciguar los ánimos más contrarios apoyando el traslado piedra a piedra de algún palacio medieval y más de un convento, aunque de puertas adentro se le oyera decir:

—¡Ay, cómo se encabritan algunas madres abadesas cuando les tocan los claustros!

Rodolfo Lax Frey era un hombre de voz altisonante, carcajada fácil y mejillas coloradas como cangrejos. Era de esos hombres que con chaqué y sombrero de copa parecían siempre disfrazados, como si su cuerpo hubiera sido concebido para vestir la faja y la camisa amplia de los agricultores y como si sus pies, hechos al andar libre de las alpargatas, no logran acostumbrarse a los rígidos zapatos de piel. Era el único hijo de una rica familia de comerciantes de Vic, poco afecto al negocio que le correspondía

por herencia y por tradición, y tan ambicioso que cuando quedó huérfano con apenas veinticinco años decidió vender todas sus propiedades y marchar a Barcelona, donde tenía dos tías remotas y solteras que vivían atemorizadas en una casa demasiado grande que, a falta de herederos más directos, tarde o temprano sería para él. Rodolfo Lax, a qué decirlo, era un hombre de suerte. Se puso en camino, se presentó a las tías de buenas a primeras y les cayó en gracia al instante. Lo demás fue pura progresión ascendente.

En aquellos años previos a la Exposición Universal de 1888 la ciudad vivía una eclosión urbanística idónea para espíritus inquietos que desearan probar fortuna y jugarse los cuartos. Rodolfo en seguida se percató de que había muchos ricos, pero que la mayoría estaban un poco pochos. Para hacer prosperar la ciudad se requería con urgencia un relevo generacional y se empeñó a fondo en presentarse a sí mismo como la solución más a mano. Al mismo tiempo, estudió a conciencia los planes urbanísticos, calentó algunas sillas en fiestas de buen tono y se gastó hasta el último real en la compra de parcelas en el Paseo de Gracia, la calle Balmes y aún más arriba, donde por entonces sólo había tierras de cultivo. Impuso sus innovadoras ideas en reuniones influyentes, convenció a los expropiados de que su sacrificio era por la ciudad, frecuentó las barracas donde se ofrecía procaz diversión a los obreros hasta lograr que le vieran como uno de ellos, afinó su catalán para no pasar por campesino entre los más catalanistas, ensalzó la monarquía pero sólo porque era amiga de sus amigos, se hizo librepensador sin dejar de asistir todos los domingos a misa, se sumó a los huelguistas si con ello podía sacar tajada del gobierno de Madrid y frecuentó el hotel Palace madrileño cuando los ministros catalanes fueron mayoría en el gobierno. Su atolondrada simpatía, unida a su sinceridad y su evidente olfato para los negocios cayó tan bien entre esa clase tan sensible a las cuentas de beneficios derivadas del trato social que a los tres años de llegar a Barcelona ya era rico, gozaba de una merecida fama de visionario y la totalidad de sus nuevos amigos le pedían consejo cada vez que se disponían a invertir.

—¡ La Diagonal no está tan lejos como parece! ¡En unos años más será una arteria importante, aunque cueste crearlo! —afirmaba con vehemencia.

Quienes le hicieron caso vieron crecer con rapidez el dinero en sus arcas.

Su generosidad al compartir vaticinios tan útiles le granjeó, en poco tiempo, un buen puñado de amigos agradecidos. E influyentes. Ya se sabe: el dinero a espuestas es el mejor abono de las relaciones sinceras. El clarividente recién llegado se convirtió así en uno de los artífices del nacimiento de una ciudad nueva, donde se confundían los sueños de los idealistas y los negocios de los pragmáticos. Y unos y otros le hacían caso, antes o después de invitarle a cenar.

Como don Rodolfo no era aficionado a perder el tiempo, decidió aprovechar aquellas veladas sociales para prometerse. En casa de un amigo de postín tuvo conocimiento de la existencia de una señorita de Mataró, de muy buena familia, quien i pesar de haber recibido una educación esmerada y de saber bordar, cocinar lo justo y determinar cuánta ceniza necesita una buena colada, tenía la cabeza a pájaros. Eso, por lo menos, consideraban sus consternados padres viendo la afición de su primogénita a participar en escandalosos mítines en extraños congresos llenos de excéntricos, cuando no de locos de atar, de los que siempre salía peleada con todas las fuerzas vivas.

El apellido de la familia era de los que hasta en Inglaterra y América se asociaban de inmediato con los tejidos catalanes: Golorons. Tan febril fue la actividad exportadora de los dos hermanos Golorons, socios en el negocio que heredaron de su padre, que se vieron obligados a comprar varios buques para atender la demanda de sus numerosos clientes extranjeros. A pesar de que las dimensiones del negocio obligaban a mantener una oficina en Barcelona, los dos empresarios de provincias no soportaban la vida de la capital y procuraban salir lo menos posible de su palacio mataronés, que era céntrico y de aires venecianos (esto último sólo por fuera, porque por dentro reinaba una austeridad eremita). A lo sumo, los Golorons se trasladaban en verano a Argenton, donde continuaban haciendo lo mismo pero con menos ropa y más vegetación.

La desgracia de tan procelosos empresarios venía determinada por los hábitos que apuntaba su única heredera. Era una señorita demasiado jovial para las costumbres de la casa, sentía predilección por Barcelona y buscaba la mínima excusa para visitarla y mezclarse con un sinfín de malas influencias que, a ojos del padre y del tío, ponían en peligro todo lo que ellos y su

esforzado progenitor habían construido a lo largo de los años. El único modo de salvar la herencia, ya que Dios no había querido que el carácter emprendedor que caracterizaba a los varones de la familia pasara a la siguiente generación, era encontrarle a la loca de la niña un pretendiente capaz de hacerse cargo de todo aquello. Con esa finalidad comenzaron los insípidos Golorons, en compañía de la decaída esposa del segundo, a frecuentar fiestas de sociedad en la Barcelona que tanto aborrecían, y quiso la fortuna que al poco tiempo conocieran al joven con más futuro de toda la ciudad.

Rodolfo no aspiraba a ser el heredero de un imperio textil. Su talante distraído no le inclinaba a la premeditación. Si se dio la feliz coincidencia del encuentro fue más bien gracias a otras cosas. En el fondo, los industriales de Mataró eran tan provincianos como el prófugo agricultor de Vic. Les unía esa oposición a un tipo de vida estrafalario que no era el suyo, aunque cada uno hubiera desarrollado un modo muy distinto de combatirlo. Los Golorons se retraían. Lax presentaba batalla. El problema de la nenita casadera salió a relucir en la segunda conversación que intercambiaron los industriales con el joven Lax. Expusieron el problema en toda su crudeza, sin omitir detalles de importancia, como que la joven no era muy agraciada. «Y me temo que tampoco hogareña», apostilló la madre. El padre confesó, ya en confianza, su convicción de que sólo un marido con las ideas claras lograría meter en cintura a la díscola jovencita, y bajaron la voz para mencionar la dote, que a pesar de ser suculenta no impresionó en absoluto al candidato. Tal oferta se llevó a cabo durante el intermedio de la función inaugural de la temporada 1888-89 del Gran Teatro del Liceo, marcada por el dilema que azoró al respetable: algunos consideraban una blasfemia que el joven tenor Francesc Viñas se atreviera —sólo en los bises— a cantar a Wagner en catalán, que consideraban una incivilizada lengua de indígenas. Otros, en cambio, exaltaban la osadía con los ojos llenos de unos lagrimones que competían en aparatosidad con los brillantes que pendían de algunos lóbulos. Los Golorons tenían asuntos más importantes que resolver que aquellas menudencias filarmónicas y, además, Wagner también les parecía un incivilizado indígena. Abordaron a don Rodolfo con una gravedad muy nibelunga y éste prometió

contestar antes de la siguiente función, que tendría lugar cuarenta y ocho horas más tarde, teñida por las mismas polémicas.

Aquella noche, en la soledad de su cama demasiado estrecha, consideró la oferta como si se tratara de uno más de sus negocios. Ponderó los pros y los contras de contraer matrimonio e hizo un inventario por escrito del tiempo que sus nuevas obligaciones de hombre casado le requerirían. De la supuesta prometida no tuvo necesidad de hacer valoración alguna, porque cuanto le contaron de ella le había parecido fascinante y deseaba que llegara la hora de ampliar esos conocimientos.

En materia de mujeres, sobra decirlo, Rodolfo Lax era tan avanzado a su tiempo como en todo lo demás.

De modo que decidió correr el riesgo. Después de todo, no era más arriesgado casarse con semejante damisela que adquirir tierras en la Diagonal con Rambla de Catalunya. El mundo de las industrias textiles nunca le había interesado en exceso, pero la oportunidad de ganar mucho dinero le parecía un excelente motivo para cambiar sus gustos, así que al día siguiente envió a un criado muy bien vestido al palacio de estilo veneciano de los Golorons en La Riera de Mataró portando un breve billete donde solicitaba cita. Se la dieron para dos días más tarde, a las ocho y media de la mañana. Nunca supo si la elección de una hora tan proletaria respondía a la necesidad de abrir un hueco en la agenda ya repleta o es que el futuro suegro deseaba poner a prueba su interés.

Rodolfo Lax salió de Barcelona la noche anterior, a las nueve, en un carruaje de la casa Juan Rovira que había contratado para la ocasión. En El Masnou paró a comer algo, durmió un par de horas y se aseó como pudo. A las ocho menos cuarto de la mañana su transporte entraba en La Riera, sumida aún en el perezoso amanecer, y se deleitó escuchando las campanas de la basílica de Santa Maria tocar a misa de ocho. En la puerta del coche se leía el eslogan de la casa de transporte, que bien habría podido ser el suyo: «Esmero y economía». Estrenaba sombrero de copa y plastrón. «Una ocasión así bien merece un despilfarro», se dijo.

Encontró a los Golorons vestidos como para misa de doce. Tras la audiencia doble con padre y tío, se avisó a la muchacha, que disgustó mucho

a todos —menos a Lax— al bajar precipitadamente la escalera, muerta de ilusión y curiosidad. Por fortuna, supo refrenarse a tiempo y fingió una indiferencia muy poco convincente al llegar al último tramo, lo cual relajó los ánimos. En el lúgubre salón, repleto de muebles como retablos, el pretendiente improvisó como pudo una declaración amorosa ante la heredera, que le miraba sin pestañear y como a punto de echarse a reír, tratando de saber si su torpeza se extendería a otras cosas.

A pesar de todo, o tal vez para tener la ocasión de comprobarlo, ella aceptó, con todas las consecuencias.

Aquel día los Golorons comieron en el salón de gala y lucieron las porcelanas, las cristalerías y los cubiertos de plata de las grandes ocasiones. La intimidad del almuerzo dio pie a hacer recuento de las catástrofes familiares más recientes, a cuya enumeración eran ambos hermanos muy aficionados, y entre las que ocupaba un lugar de preeminencia la muerte de la esposa del hermano menor, ocurrida diez años atrás, nadie dijo a causa de qué. La desdichada ausente seguía conservando su sitio en la mesa, que nadie le quitaba nunca y en su honor su viudo lucía una corbata de luto que —según dijo— llevaría hasta el día de su muerte. Rodolfo aprobaba en silencio todas las costumbres, muy proclive a aceptar cualquier uso familiar, mientras se sentía observado por los ojillos vivarachos de la heredera. Se sirvieron cuatro platos, regados con media docena de botellas de vino y champán, escogidas de lo más granado de la bodega. Los atónitos criados de la casa pensaron que sus señores, siempre tan desaboridos, se habían arruinado. ¿De qué otro modo, si no, podía justificarse de pronto aquella dadivosidad nunca vista?

En cuanto los prometidos tuvieron ocasión de conocerse un poco se felicitaron por su suerte, en una época en que los disgustos posmatrimoniales estaban a la orden del día. A Rodolfo le arrebató el corazón aquella simpática revolucionaria que además de incansable era idealista, fea, respondona y de una bondad que superaba todo lo que había conocido hasta entonces. Se llamaba Maria del Roser, pero para él fue Rorro, Rorríta, Rorróríta y cuantas variaciones, a más vibrantes mejor, se le iban ocurriendo. La adoró desde el primer día que la vio pelear a voz en grito por sus convicciones encaramada a

una tribuna y segundos antes del final aún habría podido asegurar sin ambages que ella había sido la mayor fortuna que la vida le había concedido. Lo cual, en labios del heredero de Manufacturas Golorons y del fundador de Industrias Lax, no era poca cosa.

Ella, por lo que contó algunas veces, amó de él, en primer lugar, su torpeza. Por alguna extraña razón, Rodolfo era un hombre que nunca fue conocedor de las proporciones de su cuerpo. Tropezaba con las puertas, los escalones, las ventanas, los muebles... y eso una y otra vez, ya que, como descubriría con los años, el fenómeno ni mejoraba con la costumbre, puesto que ocurría siempre igual. Además era hereditario, aunque por entonces no podía sospecharlo. Por el momento, tenía aquella declaración de amor que parecía sacada de una junta de accionistas y que le despertó una ternura infinita. Luego supo que su prometido era un hombre moderno, divertido, inteligente y dotado con una especie de sexto sentido para los negocios a largo plazo. Y como la modernidad, la diversión, la inteligencia y el futuro a cualquier plazo eran objeto de su interés, se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Nunca ha habido, justo es decirlo, pareja mejor tramada.

Pero volvamos a la mudanza y no nos extraviemos por los atajos de la memoria, que todo lo revuelve, o esta historia corre el peligro de no tener final. Aquella mañana de fines de enero de 1899, la familia amaneció en una casa ya dispuesta para el último vistazo. Todo lo importante había sido embalado. Lo que permanecía en su lugar empezaba a ser víctima del abandono. Un ejército de mozos vestidos con guardapolvos azules llegó antes de que amaneciera y comenzó a cargar los carros. La señora se levantó antes de lo que en ella era costumbre y a las siete estaba ya vestida, perfumada y dando órdenes. Don Rodolfo había decidido ir en avanzada al nuevo hogar, y con él lo habían hecho también Eutimia y un puñado de operarios que debían terminar de montar los muebles.

A las doce del mediodía ya casi todos habían abandonado el viejo edificio. Algunos, como Juanita, la antigua cocinera, con lágrimas en los ojos. Otros, como los niños, con mucha más ilusión por el futuro que

aguardaba que melancolía por el pasado que quedaba atrás. Salvo Amadeo, que iba enfurruñado porque su madre no le había permitido cargar con la caja de las tortugas, y la había confiado a uno de los mozos, privando a los animalitos del honor de hacer el recorrido acompañando a la familia.

Felipe les esperaba en la calle, con cierto aire de solemnidad que las circunstancias subrayaban, observado por un grupo de curiosos atraídos por tanto movimiento. La señora mandó a todos salir en orden y pidió a Conchita que acomodara a los niños en la carretela. Cuando salía su hijo mayor le llamó:

—Amadeo. ¿Quieres hacernos el honor de cerrar tú por última vez?

Aquel ofrecimiento hizo olvidar al muchacho, que acababa de cumplir diez años, el desprecio de que habían sido víctimas sus tortugas. Agarró la llave y dándose aires de persona mayor echó el cierre, con dos vueltas, para siempre.

Luego, madre e hijo subieron al coche, donde esperaban Violeta —en brazos de Concha— y un Juan inquieto y deseoso de aventuras y todos juntos emprendieron el camino hacia la nueva vida. La señora saludaba con la mano a algunas damas y Concha hacía lo propio con sus criadas, pero sólo si éstas le resultaban simpáticas. Parecían princesas reales abandonando el palacio.

Salvar a aquellas horas el dédalo de callejuelas les llevó tiempo. Hubo que esperar varias veces a que el paso quedara libre. Recorrieron por última vez la calle Mercaders, atravesando la de la Avellana. Tropezaron con el afilador, con las burras de la leche en plena ordeña —la clienta esperaba de brazos cruzados en el portal y la señora le explicó a los niños que la leche de burra era muy buena para curar enfermedades del estómago—, con un carro cargado de pollos vivos, con el sastre a quien llamaban Pablo el Cojo a las puertas de su negocio y con el hedor de la vaquería de la calle de la Bomba, a cuya entrada rezaba un cartel:

SE DAN LAVATIVAS Y SE VISTEN DIFUNTOS

Giraron a la derecha, buscando la plaza del Ángel, pero la encontraron

atascada de campesinos proclamando sus mercaderías a voces. Sin saber cómo consiguieron llegar a la cuesta de la Prisión y girar hacia Frenería. La señora, ansiosa por llegar al Paseo de Gracia, no dejaba de murmurar:

—¡Cómo vamos a agradecer perder de vista estas estrecheces!

Cuando por fin salieron a Las Ramblas, todos se sintieron aliviados de abandonar aquellas callejas heridas de muerte, donde todo lo que miraban estaba condenado a desaparecer.

En la parte alta de la Rambla de Canaletas se había instalado un vendedor de melones. La mercancía se amontonaba en el suelo, sobre la arena, y la señora le pidió a Felipe que parara y mandó a Concha a comprar un par de piezas. La nodriza eligió dos melones enormes, que sonaban como tripas llenas, y regateó el precio a menos de la mitad. Con aquel botín succulento, atravesaron la moderna Plaza Catalunya. Se sentían alegres como excursionistas, aunque Amadeo parecía la excepción o, si estaba feliz, no lo demostraba. Se le veía tan serio como siempre, silencioso, observando. Nunca fue muy aficionado a los cambios, ni siquiera de niño, y por ahora la casa nueva presentaba para él más incógnitas que motivos de celebración. Su hermano, en cambio, cantaba, dispuesto a festejar cualquier cosa: un adelantamiento a un tranvía de mulas —que ya comenzaban a ser antiguallas en las calles—, la fachada del palacio de los Sama —en cuyo interior, decían, se escondían estancias de lujo oriental—, la marquesina brillante del teatro Eldorado o, sobre todo, el paso frente al hotel Colón, en cuya terraza tomaban el desayuno los visitantes más privilegiados de la ciudad. Frente al lujoso establecimiento, por cierto, su madre tuvo que llamarle la atención:

—Juanito, que la alegría no te haga olvidar los buenos modales —dijo, severa, y a continuación se volvió hacia Concha, que sostenía a Violeta, dormida, entre los brazos—: Espero que no nos encontremos con ningún conocido. No tengo ganas de alternar con dos melones en los pies.

Un edificio rematado con tejados puntiagudos, que recordaba a un castillo de cuento, les dio la bienvenida al Paseo de Gracia. La avenida era tal vez la mayor conquista de las clases acomodadas de la ciudad. Amplia como sus ambiciones y opulenta como sus sueños, se mostraba al mundo con esplendores de escaparate. Allí, los industriales enriquecidos y los

aristócratas de siempre podían pavonearse de su condición. El resultado era un bulevar tan espacioso y de horizontes tan abiertos como nunca se había visto en la ciudad. Algunas damas se detenían a saludar el paso de la carretela de los Lax y la señora correspondía con cantarina alegría, mientras se abrigaba con el rebozo de terciopelo. Hacía un frío intenso y pronto comenzó a caer una agüilla fina y congelada que los niños tomaron por nieve. En ese trote alegre de los corazones, que el caballo parecía secundar con su paso, alcanzaron el pasaje Domingo.

La casa de los Lax era en aquel momento el único edificio terminado de toda la calle, aunque había otros muy avanzados. Los obreros iban y venían a sus anchas por allí, descamisados y vocingleros. Los tres hermanos les miraban con espanto: demasiado rudos para sus costumbres de cachorros exclusivos.

En el interior la familia era esperada con nerviosismo. Cuando el coche pasó bajo el arco de la entrada de carruajes, la señora vio a todo el servicio formado en el patio, como una tropa lista para la revista. Sonrió con bondad, le pidió a Concha en un susurro que se hiciera cargo de los melones y de los niños y bajó, con la ayuda del cochero, a saludar uno por uno a sus fieles servidores.

—Bienvenidos seáis todos a la que también es vuestra casa —les dijo, antes de que la tropa se disolviera y cada cual volviera a sus tareas.

En el interior reinaba un aire de provisionalidad que todos se esforzaban en combatir. En las cocinas, Eutimia daba órdenes a un ejército de criadas afanadas en desembalar lozas, aluminios y cristales. Las alfombras se terminaban de clavar sin demora, se arreglaban en los ventanales los gruesos cortinajes dorados de damasco de seda, cada alzapaños encontraba su correspondiente abrazadera, algunas mesas se cubrían con tapetes de fantasía y no faltaba quien a la vista de tanta delicadeza se preguntara cómo se las iban a apañar aquel invierno para quitarse el frío de los huesos.

Y es que el frío era un enemigo a batir en aquellos tiempos dominados por los hornillos, los braseros y las «estufas Salamandra» de hierro colado. Contra él se desplegaba en los meses más desapacibles todo un arsenal de recursos, que no sólo pasaban por vestir la casa de riguroso invierno y

proveerse de buena leña para la chimenea. Las camas estaban cubiertas por tal cantidad de mantas y tan pesadas que los niños se quejaban a veces de que no podían respirar. Se dormía con gorro, con camisón de lana y con medias. Si estando en la cama se deseaba asomar algo más que la cabeza se utilizaban prendas adecuadas, como manguitos o mañanitas. Una de las misiones más importantes de las camareras cada anochecer era llenar de brasas los calentacamás y dejarlos con cuidado entre las sábanas de los señores una media hora antes de que éstos sintieran deseos de acostarse. No había nada más desolador que un braserillo de pies cuyas brasas se habían apagado.

De día, se deambulaba por las habitaciones bien abrigado, y una de las máximas preocupaciones de Eutimia, a petición de la señora, era que a los miembros del servicio no les faltara ropa con la que cubrirse. En los días más fríos, el único recurso era refugiarse en uno de los pocos rincones caldeados de la casa. En esto se puede decir que los criados salían mejor parados que los señores, puesto que en la cocina siempre había un rescoldo vivo o una olla hirviendo a cuyo alrededor cobijarse. Ese lugar, junto al fuego del hogar, constituyó desde el primer día el punto de reunión favorito de los criados. Para el verano estaba la mesa con sus bancos larguísimos, que tanto servía para las multitudes como para las confidencias.

Para esos días gélidos que en Barcelona apenas superan la media docena todos los años, se había instalado en la biblioteca una estufa de hierro, marca Tortuga, que funcionaba con leña o carbón. La chimenea escultórica del salón principal era demasiado engorrosa y sólo se encendía los domingos y en algunas fiestas especiales, como Navidad. Lo mejor era refugiarse en la biblioteca. Y, si no, siempre estaban los braseros de siempre, aunque la señora sólo los aceptaba si no había otro remedio.

—Esos chismes son como los niños pequeños. Hay que estar pendiente de ellos todo el tiempo o terminan por provocar una desgracia.

Como la mudanza fue en un invierno inclemente, se puso cuidado en todos estos detalles. El ajuar de verano, con el que la casa se aliviaba de tanta severidad en cuanto comenzaba el buen tiempo, aguardaba su turno en los almacenes del sótano. Mucho más liviano, compuesto en casi su totalidad por estampados florales comprados en París estaba, como todo, por estrenar.

Se habían tomado muchas decisiones en los últimos meses. La más compleja de todas había sido, sin duda, dónde instalar otra de las novedades que incorporó la nueva residencia: el teléfono. Don Rodolfo creyó que uno de aquellos aparatos modernos sería útil a sus negocios. Mandó instalarlo en sus otras oficinas y en las fábricas, con las que tendría desde ahora una comunicación rápida y directa. Pero cuando llegó el momento de decidir la ubicación doméstica del aparato, lo tuvo claro:

—En mi gabinete no puede estar. Su sola presencia me impediría trabajar —afirmó, convencido.

—Pero si sólo vas a utilizarlo tú —rezongó la señora.

—Lo más apropiado sería ponerlo en la biblioteca —se defendió él.

—Ah, no, ¡ni hablar! No dejaré que tus cacharros modernos contaminen mis libros —replicó ella, firme, instantes antes de buscar un arreglo que no disgustara al marido—. No te preocupes más, ratoncito, ya he pensado una solución. Le pondremos una habitación para él solo.

Así fue como el teléfono tuvo en aquella casa un privilegio que le estaba negado a muchos de sus habitantes. Encargaron a un ebanista un revestimiento que diera un aspecto noble a los bajos de la escalera. Una alfombra hecha a medida, una mesita de estilo inglés y un par de sillones Luis XVI ampararon al aristocrático aparato, que medía más de medio metro y era de pared, solemne como un reloj y extraño como un pararrayos, rematado con auriculares de madera y cuero. Y para que ningún miembro de la casa salvo los señores tuvieran la tentación de utilizarlo y malgastar los treinta céntimos de peseta que costaba en 1899 una conversación de no más de treinta palabras, se puso una puerta a aquella celda y la llave se la quedó don Rodolfo en el mismo bolsillo del chaleco donde llevaba el reloj.

Durante los primeros tiempos, cada vez que alguien de confianza les visitaba, tanto don Rodolfo como doña Maria del Roser incluían una demostración del funcionamiento del teléfono en el itinerario de cortesía, que dejaba a todo el mundo muy impresionado.

—¿Y a los de Mataró se les oye bien desde aquí? —preguntaba alguna señora encopetada, señalando la rareza.

A veces, las visitas aplaudían de entusiasmo. Y es que en la nueva casa

todo era muy moderno y muy caro.

Ya en aquellos días inaugurales, merecía mención aparte la escalera de mármol, uno de esos caprichos que a don Rodolfo le salían de dentro y para los que no hallaba justificación. Siempre fue lo bastante honesto para reconocer que la decoración había quedado algo abigarrada: todos aquellos racimos de uva, alternados con pámpanos y tallos retorcidos, formando volutas de mármol que llegaban hasta el suelo resultaban excesivos —¡y eso que el escultor se lo había advertido!—, máxime cuando uno de los pámpanos estaba justo a la altura del primer escalón y desde el primer momento se convirtió en un escollo insalvable para él. Desde ese día y hasta el último de su vida, no habría jornada en la que Rodolfo no tropezara con el ornamento de la baranda por lo menos una vez. Y lo mismo haría más tarde su hijo Amadeo, como si la escalera hubiera arrojado algún maleficio sobre el linaje de los Lax.

—¿Y si limamos el estorbo ese? —preguntó Maria del Roser, pragmática.

—¡Rorrita! ¡Una obra de arte! —exclamó, indignado, el esposo, prometiendo poner más atención.

Por descontado, continuó tropezando. Aunque tal vez, pensaba su mujer, lo habría hecho igual de no haber existido el impertinente pámpano.

Poco a poco y a pesar de los tropiezos, las cosas fueron cobrando su aspecto definitivo y las personas se acostumbraron a tanta novedad. El señor consiguió concentrarse en las noticias de la jornada cuando, pasado el mediodía, se encerró en su gabinete a leer el periódico. Los muebles nuevos parecían en armonía con los pocos que habían llegado desde la vieja residencia. Eutimia daba órdenes acerca de la colocación de cada objeto con una seguridad asombrosa. Los niños lo miraban lodo con incredulidad.

Amadeo preguntó por sus tortugas.

—Seguro que Eutimia se ha encargado ya de eso, cariño. No te preocupes más por esos bichos aburridos —le dijo su madre.

Fue extraño que Amadeo no protestara el adjetivo con que mi madre definió a sus mascotas. Concha se aventuró por la casa, sorteando a los atareados instaladores, que estaban por todas partes. Los niños iban tras ella. Violeta, agarrada con fuerza a sus faldas. Juan, de la mano de su hermana.

Amadeo unos pasos atrás, mirando indiferente cada rincón. La escalinata principal hizo evocar a la nodriza el acceso de un teatro de ópera, que sólo conocía por las ilustraciones de las revistas. El pasamanos de la escalera, en cambio, le recordó a la vendimia de su pueblo.

—Lo primero, buscaremos nuestra habitación —dijo Concha—. Estoy segura de que nos va a encantar.

Los más pequeños se emocionaron al ver el ropero, el escritorio y las camas nuevas. Estas eran de hierro, altísimas, y tenían dosel. La de Violeta estaba cubierta por una colcha rosada. Las otras dos eran de un verde agua. También Concha encontró allí su cama nueva, con un dosel que la hizo soñar antes de estrenarla.

—Yo quiero dormir solo —protestó Amadeo, nada más evaluar la amplísima estancia, la mejor de la casa, por cuyo ventanal entraba a raudales la luz del sol.

—¿Dónde está mi caballo de madera? —inquirió Juan.

—Lo hemos dejado en la otra casa, cielo. Estaba muy viejo.

Al segundón estos argumentos no le agradaron lo más mínimo. Sintió ganas de llorar de rabia, pero esperó a ver si la casa le compensaba de algún modo esa importante carencia.

Después de tomar posesión de su cuarto, los tres hermanos se dirigieron, guiados por la niñera, hasta el piso principal. Atravesaron el salón noble, mirando a todos lados como si alguno de aquellos vistosos ornamentos pensara atacarles, hasta que vieron la vidriera multicolor de la puerta.

—Mirad qué colores más bonitos. —Concha bajó la voz—. ¿No os dan ganas de lamerlos?

Violeta ahogó una risilla picara. Amadeo miró a otro lado, incómodo por un comentario que le pareció absurdo, demasiado infantil para él. Concha empujó la puerta del patio.

—Es un lugar estupendo para el verano. ¿Os gustará que almorcemos aquí cuando ya no haga frío?

En el patio comenzaban a crecer las hiedras y los rosales. Había un pequeño surtidor de estilo rústico. A un lado, una misteriosa puerta que parecía hundirse en el muro del vecino.

El suelo era de baldosa rojiza, las paredes estaban pintadas de blanco. Más allá de los muros comenzaba a divisarse un paisaje urbano en construcción: el de los edificios colindantes.

—Aquí no hay nada —protestó Amadeo.

—Por ahora, pero sé que tu madre piensa cubrirlo todo con un toldo y comprar una gran mesa y unas cuantas sillas. ¿Querrás que le pregunte si nos dejará ser los primeros en utilizarlas?

Amadeo se encogió de hombros. Sus hermanos habían descubierto peces en el surtidor del fondo y se acercó a ellos con disimulada curiosidad. Una vez allí se reencontró por sorpresa con sus tortugas, a quien alguien había dejado en un rincón. Concha aprovechó ese momento para advertir a Amadeo de que había disgustado a su madre sin necesidad, porque al cabo sus tortugas habían llegado sanas y salvas.

—Deberías aprender a moderar tu genio, sobre todo con tus mayores. Y no vendría de más que fueras algo más sociable.

El niño mantuvo la mirada fija en la de su nodriza durante unos segundos. A pesar de su corta edad, la mirada fija de Amadeo resultaba turbadora. Concha sintió que sus pulsaciones se aceleraban, pero no le dejó ganar. Un instante después, Amadeo se dio por vencido.

—No metáis la mano en el agua, niños, está muy fría —dijo la nodriza.

Juan frunció el ceño para preguntar:

—¿Por qué los peces no tienen abrigos?

—Porque ellos no los necesitan, cariño. Tienen la sangre fría. No sienten lo mismo que nosotros.

La explicación dejó al niño pensativo sólo un segundo. Los movimientos de los animalitos le parecían mucho más emocionantes que su naturaleza. Mientras tanto, Amadeo forcejeaba con la puerta lateral. Conchita se percató de que aquella puerta era lo único de toda la casa que parecía viejo. Iba a decirle al niño que no la tocara cuando sonó un crujido y la puerta cedió.

—Es un cuarto secreto —dijo Amadeo, con un atisbo de emoción inédita.

Sus dos hermanos acudieron a ese nuevo e interesante reclamo. Se asomaron al interior del cuarto. Era largo y desigual, formado por dos paredes que no discurrían paralelas.

—Es un cuarto de escobas —observó Concha, viendo que el lugar no entrañaba ningún peligro, pero tampoco ningún interés—. Vamos, niños, hace frío aquí. Entremos.

En el salón, un grupo de mozos descargaban unos sillones tapizados de hermoso terciopelo amarillo.

Pero los hermanos ya estaban celebrando una reunión secreta, las cabezas muy juntas, incitados por el misterio del escondrijo. El cabecilla era Amadeo, claro, quien rodeaba los hombros de sus hermanos menores con sus brazos y les susurraba, para que Concha no pudiera escuchar:

—Este es el principio de la sociedad secreta del cuarto de las escobas. Yo soy el presidente y vosotros los socios de honor. Nos reuniremos todos los lunes a la hora de la merienda, aquí mismo. Está prohibido contar a nadie lo que acabamos de hacer, bajo pena de muerte. ¿Lo habéis entendido?

Con cara de susto, los dos hermanos asintieron. Amadeo les estrechó la mano, muy formal, y salió con ademanes de presidente recién investido. Juan se volvió hacia Violeta y repitió:

—Ya sabes: si lo contamos se matará.

Violeta palmoteo, contenta, sin comprender nada. Repitió:

—¡Se matará, se matará!

VII

El hombre del mono blanco estampado de manchas regresa al cuarto día. Con él lo hacen también Arcadio y un funcionario autonómico; no el joven de la otra vez, sino su superior inmediato. El restaurador tiene la misma actitud que ya conocemos: no pierde el tiempo. Desde luego, no en hablar. Comprueba que la arpillera con que cubrió el fresco está seca, se encarama a la escalera, cabecea lentamente y finalmente sentencia:

—Se puede retirar.

La operación requiere manos expertas. Consiste en tirar de los paños de modo que junto con la arpillera se desprenda también una película de yeso de aproximadamente un par de centímetros de grosor. En esa película está Teresa, la de la mirada que perturba. El restaurador necesita ayuda y Arcadio le socorre. Entre los dos retiran la tela y la dejan caer lentamente, como si ayudaran a un animal delicado a mudar la piel. Al final de la jornada, el fresco que llevaba más de ochenta años deslumbrando desde la pared del fondo no es más que una suerte de pergamino gigante y extraño desmayado sobre la madera oscura del suelo.

En la pared queda una diluida huella del paso de Teresa. Parte de los pigmentos naturales penetró más allá de los dos centímetros, y, allá donde el yeso permanece, lo hace teñido de sombras oscuras, de modo que alguien que conozca bien la obra recién retirada puede aún imaginarla viendo esas improntas: son la sombra irreal que sigue a lo tangible.

Excepto en el lado izquierdo, donde la película retirada ha dejado a la

vista un material de otra naturaleza.

—¿Qué es eso? —pregunta el funcionario, señalando un punto que queda a un metro del suelo, más o menos.

El restaurador lo examina, elimina pequeños fragmentos de yeso, rasca con la uña.

Los acompañantes se incomodan.

—Vaya —dice, arqueando las cejas— aquí tenemos una sorpresa.

Arcadio se acerca a la zona que centra la atención de los tres. Bajo el yeso se perfila una placa de hierro.

—Parece una cerradura —confirma el profesional.

Falta la manecilla, aunque el mecanismo está a la vista. Tiene algunas manchas de óxido.

—¿Una puerta? —pregunta Arcadio, entornando los ojos—. ¿Puede haber una puerta en un muro maestro?

—No, no. El muro maestro acaba aquí. —El restaurador señala la frontera exacta—. De aquí para allá tenemos otra estructura. Habría que ver los planos originales de la casa, pero si esto fue un patio, lo más probable es que aquí hubiera un trastero o algo así. Reformado, tal vez. Estas casas solían tener una escalera que unía el patio con las cocinas o con las habitaciones del servicio. Lo intrigante es que lo hayan escondido.

Arcadio duda. Mira la puerta sin saber qué hacer. El funcionario se impacienta:

—Abrámosla.

—Tal vez habría que llamar a Violeta —dice Arcadio.

—¿A Violeta? ¿Para qué? No creo que debamos molestarla por esto.

—Al fin y al cabo, la casa era de su familia. Es de su interés.

—Sinceramente, señor Pérez, no creo que debamos molestar a la señora Lax por este motivo. La casa es propiedad del gobierno autonómico desde hace muchos años, y usted y yo somos los únicos responsables de lo que ocurra aquí. No se inquiete: yo asumiré todas las responsabilidades. Vamos a abrir la puerta. Las obras comenzarán dentro de tres días y conviene evitar sorpresas de última hora.

Arcadio se reserva su opinión acerca de las obras. Su talante moderado es

otra de las razones por las que ha llegado hasta aquí: es de ese tipo de personas cuya prudencia toman por estupidez los fanfarrones. Aunque hace años que se resigna también a eso. Suspira, paciente. El restaurador tercia en la conversación y la cambia de rumbo.

—Técnicamente, abrirla no es posible —asegura, señalando la placa de hierro—. No hay manecilla. Además —la empuja—, está cerrada. Habría que derribarla.

—Entonces, vamos allá —prosigue el técnico, con orgullosa seguridad—. No creo que nos resulte muy difícil. Está hecha un asco.

Arcadio frunce los labios. Observa la puerta, que el restaurador sigue limpiando de fragmentos de yeso. La madera está reseca y astillada. Incluso un niño podría romperla sin esfuerzo.

El funcionario de la Generalitat se comporta con la diligencia de quien está acostumbrado a tomar decisiones, a seguir el plan establecido, sin perder el tiempo en hipótesis. Un hombre de su tiempo, que pronuncia muchas veces al día la palabra «operatividad» y que no vacila en sus juicios de valor. Nunca.

Aparta al restaurador, toma impulso y le propina una contundente patada al pedazo de madera despintada que antaño fue una puerta. La quiebra con un crujido seco, entre una explosión de astillas.

—Tantos años de taekwondo tienen que servir para algo —dice, triunfal, el funcionario, tirándose de los faldones de la americana.

La tarima oscura está ahora sembrada de esquirlas reseca. Un olor acre escapa de la oquedad recién abierta.

Los tres hombres retiran los restos de la puerta. No es una labor tan fácil como parecía. Es como si la madera quisiera remarcar que, al cabo, todas las cosas se aferran al lugar al que pertenecen. Cuando dan por terminada la operación, dejando en un rincón los restos del desastre, su atención se centra en el interior, apenas un zulo, más estrecho en su embocadura y flanqueado por dos muros que no discurren paralelos. No tiene salida visible. Al fondo, se amontonan media docena de cepillos y escobas, aunque los tres extraños ni siquiera reparan en ellos. Sobre el suelo mugriento, ocupando gran parte de la superficie útil, hay algo que llama mucho más su atención: la momia

consumida de un ser humano.

El cuerpo está desecado por completo. Por fortuna, no pueden verle la expresión del rostro, aunque sí la mata de pelo estropajoso que conserva sobre el cráneo, los jirones de la ropa que aún lleva puesta y un par de chinelas de tacón que en otras circunstancias bailarían en tan flacos pies.

—¡Joder! —exclama el funcionario, amagando un gesto de rechazo ante la visión.

—Tal vez deberíamos avisar a Violeta Lax —añade Arcadio, con el mismo tono neutro que ha utilizado hasta ahora, aunque con íntima satisfacción.

El restaurador concluye:

—Y también a la policía.

Patrulla número 19 (Acció Ciutadana / Mossos d'esquadra)

Atestado número 19.854

El día 10/3/2010 la patrulla recibe la llamada de un hombre que dice llamarse Arcadio Pérez Iranzo e informa de que, debido a las maniobras efectuadas sobre una pared, ha aparecido tras la misma un cadáver momificado. La patrulla se persona en la dirección indicada, sita en el pasaje Domingo número 7, que corresponde a un edificio, declarado Patrimonio Histórico-Artístico, del cual es titular el gobierno de la Generalitat. En él se encuentran don Arcadio Pérez Iranzo (encargado de la instalación por delegación); doña Violeta Lax Rahal (experta en arte, relacionada con la familia que construyó la casa); don Antonio Moya Soler; funcionario autonómico adscrito a la Conselleria de Cultura; y don Sergio Uix Massagué (restaurador).

Mediante inspección ocular, se confirma la presencia de un cadáver en una cavidad del muro situado en un antiguo patio cubierto del primer piso del inmueble. Los testigos dicen no haber tocado en ningún momento el habitáculo donde se encuentra el cuerpo, aunque han derruido la puerta por métodos mecánicos (a patadas). El cadáver

está en posición de decúbito supino. Es una momia cubierta con los restos de un vestido (color inapreciable), con los pies enfundados en un par de zapatillas o zapatos (muy estropeados). También conserva abundante pelo sobre la cabeza y alrededor del cuello lleva una cadena de metal (muy sucio, indistinguible) del que pende una alianza también de metal. A simple vista, parece una mujer.

Dentro de la cavidad se encuentra también lo siguiente: dos escobones, un recogedor (de pala), un plumero y el cadáver de un gato (también momificado).

De los tres testigos, sólo los dos primeros guardan relación con el inmueble. Don Sergio Uix se encontraba en él con la finalidad de realizar los trabajos de restauración de un mural de grandes dimensiones (la retirada del cual ha dejado la puerta al descubierto). Por su parte, don Antonio Moya manifiesta haber roto él solo la puerta, llevado por la necesidad de saber de qué modo la presencia de una estancia inesperada alteraría el curso de las obras que van a realizarse en el lugar a partir de la semana que viene. Don Arcadio Pérez, el mayor conocedor del lugar, afirma que no conocía la existencia de ese pequeño cuarto tras el muro. Lo mismo afirma doña Violeta Lax, quien añade que, además de hoy, sólo estuvo en la casa dos veces más: una hace cuatro días y la otra hace treinta y seis años. Asegura, además, ser la nieta del último propietario del inmueble, de nombre Amadeo Lax Golorons, de profesión pintor (artista).

Preguntados los tres acerca de la identidad del cadáver, todos manifiestan desconocer quién pudo ser. Violeta Lax, además, afirma que de ningún modo podía imaginar que iba a encontrar una sorpresa tan desagradable en la que fue la casa de su familia.

Procedemos a explicar a los testigos las medidas que deben tomar para no contaminar el entorno donde ha aparecido el cuerpo. A continuación, se comunica el hallazgo al jefe de turno y se activa el protocolo de homicidios. Se informa a los testigos de que muy pronto llegará el sargento Paredes. Se desaloja el viejo patio y se acordona la zona.

* Se adjunta croquis sobre el terreno de la situación del cuarto de escobas en la planta primera del inmueble.



De: Drina Walden

Fecha: 11 de marzo de 2010

Para: Violeta Lax

Asunto: ¡A sus órdenes!

Querida Violeta:

Empezaba a estar preocupada. Me gusta saber de ti, aunque sea de un modo tan breve. Aquí tienes el teléfono de tu padre, como me pides. Según tu madre, ella misma te lo dio hace más de un año, remarcándote que había cambiado de número y que lo sustituyeras por el anterior. También según tu madre, nunca la escuchas y nunca le cuentas nada. Me pide que te recuerde también su correo electrónico, por si tienes la tentación de escribirle (esto último me lo ha dicho

enfaticando las palabras). Tranquila, que ya he conseguido que se calme. Parecía muy sorprendida de que necesites el teléfono de Modesto. Creo que, como todas las madres, imagina en seguida que ocurre algo terrible.

He sabido por las noticias que ha caído una nevada de impresión en Barcelona. ¿Estás bien? ¿Ha sido tan grave como dicen?

¿Finalmente piensas viajar al lago helado para conocer a la italiana misteriosa?

¿No te interesa la crónica de la inauguración de los retratistas o es que ya la has leído en la prensa?

Anda, no seas tan tú y escribe más de tres líneas.

Drina

De: Violeta Lax

Fecha: 13 de marzo de 2010

Para: Valérie Rahal

Asunto: Señales de vida

Hola, mamá:

Adivino que estás un poco molesta conmigo por no haberte dicho nada desde no sé cuándo pero, por favor, reserva los reproches para mi vuelta, porque ha ocurrido algo realmente fuerte. Es por eso que ayer te pedí el teléfono de papá. Ya he hablado con él. Creo que los dos nos quedamos igual de petrificados al escuchar la voz del otro. Le llamé a petición de la policía. No te asustes. Tu ex es un desastre, pero no ha matado a nadie: necesitan tomarle muestras de ADN. Y también a mí.

Voy por partes, aunque no tengo mucho tiempo. Le estoy usurpando el ordenador a Arcadio (te manda saludos), que tiene la bandeja de entrada atestada de correos por contestar. No te lo vas a creer, pero la nevada que cayó hace dos días cortó el suministro eléctrico en un montón de zonas y dejó la ciudad incomunicada. Es por eso que Arcadio me ha dado asilo político: mi piso parece la Antártida. El suyo también, pero por lo menos está limpio. Todo esto es increíble, lo sé, en algún momento te lo contaré con todo detalle. No hago más que pensar en las carcajadas que soltarán mis amigos de Chicago cuando sepan que una sola nevada colapsa de este modo Barcelona, acostumbrados como estamos allí a salir de casa a treinta grados bajo cero para retirar

la nieve de la puerta a paletadas. En fin.

Voy con la noticia que aún me tiene en estado de choque. Hace un par de días se retiró el fresco de Teresa del muro del patio. En teoría, las obras de restauración de la casa comenzaban mañana. Digo en teoría, porque ha habido un súbito cambio de planes. Cuando el restaurador retiró el retrato de Teresa —con una profesionalidad increíble, por cierto— descubrió una puerta en un lateral de la pared. Resultó ser un viejo cuarto de trastos, un escobero, o algo así. Y dentro encontraron una muerta. Completamente momificada, pero vestida, calzada y con el pelo en su sitio. Yo no estaba en ese momento, pero sí cuando llegó la policía, poco después. Hubo interrogatorios, se acordonó el patio, llegó la científica, el forense, el juez y una verdadera invasión de extraños. Hicieron preguntas para las que nadie teníamos respuesta: quién era la momia o cuándo fue la última vez que alguien entró en el patio. Ya les dije: por mucho que sea de la familia y lleve toda mi vida oyendo hablar de algunas de las personas que vivieron en la casa, no tengo ninguna información de primera mano; para mí la historia familiar es como una novela de fantasmas.

Aunque no fui del todo sincera, mamá.

Es cierto que no tengo ni la menor idea de quién es esa pobre mujer del cuarto de escobas, pero lo es también que desde el primer vistazo tuve una sospecha terrible, una especie de corazonada imposible de explicar, casi una certeza. No hago más que darle vueltas desde entonces, formularme preguntas sobre lo poco que sé de la vida de los abuelos y regañarme a mí misma por ser tan truculenta. Aunque, ¿qué ocurriría si estuviera en lo cierto? ¿Qué crees tú? ¿Tienes alguna sospecha de quién puede ser? ¿Quién es la primera persona que se te viene a la cabeza?

Durante el interrogatorio, el restaurador aportó detalles técnicos muy interesantes. Dijo que, según su opinión, el mural jamás fue retirado de su ubicación original, aquélla en que fue pintado. Cree que primero se extendió una capa de yeso sobre la pared, bloqueando la entrada al cuarto de escobas, y acto seguido se pintó el fresco. Nos explicó toda la técnica paso a paso: la pintura al fresco siempre suele ejecutarse sobre cal sin fraguar, con pigmentos naturales, compuestos básicamente por óxidos de hierro, que penetran en la pared hasta, por así decirlo, fundirse con ella. La policía preguntó si la capa de yeso suele aplicarla el propio artista. El restaurador contestó que no lo veía probable en el caso de Amadeo Lax, que era un pintor de prestigio y no habría perdido el tiempo en algo que podía hacer cualquier otra persona. Eso en circunstancias normales, claro. Pero de las circunstancias en las que

pintó a su Teresa ausente nadie sabe nada, en realidad. Y así quedó la cosa.

Bueno, no. Arcadio defendió a Lax, claro. No sería él si no siguiera fiel a la memoria del abuelo. Les contó de la huida de Teresa, del gran sacrificio y entereza que demostró el abuelo haciéndose cargo de papá sin la ayuda de nadie —al servicio o a la prima Alexia no se refirió— y tuve que intervenir para que se callara, amablemente, porque me estaba dando un poco de vergüenza escucharle. ¿Cómo puede la admiración llevar a tanto, y tantos años después? Terminó pidiendo un poco de respeto hacia un hombre cabal y justo, o algo así. Nada nuevo, en definitiva.

El sargento me preguntó qué sabía de la abuela Teresa, cuál era «mi versión» (son sus palabras). Le dije que mi versión poco va a ayudar, porque por fuerza será incompleta. Le conté que por ti llegué a saber que el abuelo había establecido sobre el recuerdo de su mujer un pacto de silencio, que él cumplió al pie de la letra, lo mismo que papá. Le dije que si no fuera por los famosos treinta y siete retratos ni siquiera sabríamos lo mucho que esa mujer significó para él.

—Así que los cuadros son la única prueba que tenemos, ¿no es eso? —dijo el sargento.

—Me temo que sí —repuse—, el arte siempre es la prueba de algo. Del dominio de los muertos sobre los vivos, al menos. Esa es su finalidad. Nos permite retener lo que el tiempo destruye.

Paredes terminó por pedirme que llamara a papá. Necesita que entre todos reconstruyamos este suceso, dijo. No le dije que papá no es, precisamente, la persona más apropiada para ese propósito. A pesar de todo, me temo que no puede elegir. La juez que instruye el caso también quiere conocer «su versión».

Así las cosas, he querido escribirte para que sepas en qué ocupó mi tiempo. Con tanto ajetreo, he perdido mi vuelo a Bérgamo, pero igualmente creo que la nevada de ayer dejó incomunicado el aeropuerto, de modo que cuando sea capaz de tomar de nuevo las riendas de mi vida, intentaré averiguarlo y continuar con mis planes. Aunque me da que esta ola de frío polar que asola Europa no es lo mejor para viajar a un lago que está en medio de los Alpes.

Ay, mamá, yo siempre tan oportuna.

Tu ingrata hija, que te quiere con disimulo.

Vio

P.S.: No intentes llamarme. Resulta que en cuestión de tarifas, la aldea

global no lo es tanto. Dejé el móvil en casa.

P.S.2: ¿Te suena alguien llamado Francesc —o Francisco— Canals Ambrós? Piensa un poco. Es importante.

De: Violeta Lax

Fecha: 13 de marzo de 2010

Para: Daniel Clelland

Asunto: No te lo vas a creer

Hola, cielo:

Como te he prometido esta mañana por teléfono, te cuento por escrito los detalles de la macabra sorpresa que nos ha deparado la vieja casa de mi familia. Perdona que antes haya sido tan lacónica, pero me siento fatal cuando llamo a larga distancia desde casa de otra persona. Arcadio es muy amable, aunque no creo que sepa lo que cuesta una llamada a Estados Unidos.

Esto es lo que han averiguado los de la policía científica antes y después del levantamiento del cadáver:

—El cadáver corresponde a una mujer joven. Quiero decir que era joven cuando murió. La edad no se puede estimar a simple vista, pero las pruebas del laboratorio lo harán de un modo bastante aproximado (según me han contado, estudian el esmalte de los dientes).

—El cuerpo llevaba escondido tras el mural mucho tiempo. Lo más probable es que lo metieran en el cuarto de escobas cuando aún estaba caliente. Iba vestida de estar por casa (según alguna moda pasada). También había un gato muerto.

—La momia llevaba un colgante al cuello: una cadena roñosa sujetando un aro. La policía dijo al instante que podía ser una alianza y se la llevaron para analizarla. Unas horas más tarde aportaban un dato más: en el interior de la alianza había una inscripción con un nombre: Francisco Canals Ambrós. No me suena de nada, no tengo ni idea de quién pueda ser. Arcadio tampoco lo sabe. Veremos qué dicen los viejos (le he preguntado a la Mamipedia).

—La difunta tiene una marca en el cuello. El forense la miró mucho con una lupa durante un buen rato, pero no soltó prenda.

¿Quieres saber lo que más me impresionó a mí de todo aquel espectáculo? Las uñas de la muerta: largas y arregladas. Y negras.

Después de que se la llevaran hacia el laboratorio dentro de un ataúd

de plástico, el encargado de Servicios Funerarios me preguntó quién se haría cargo del entierro una vez todo terminara. No supe qué contestarle. Le dije que espere un poco a que la policía termine su trabajo.

El entierro. Es lo que menos me apetece del mundo.

Ya casi todos se habían ido cuando Paredes, el sargento, que no dejaba de consultar sus notas, me preguntó si podía hablarle «de esa mujer de la familia que desapareció sin dejar rastro». Le dije que Teresa no desapareció, sino que abandonó a mi abuelo para fugarse con otro hombre. Me preguntó si teníamos constancia de eso, algún dato que confirme la presencia de Teresa en alguna otra parte. Le contesté que mi abuelo debió de saberlo, en su día, pero que nunca le dijo nada a nadie. Y que en la familia todo el mundo respetó su dolor.

Me llamaba de usted. Me estaba haciendo sentir muy mayor. Le pedí que me tuteara.

«¿Y tu padre? ¿Nunca sintió curiosidad por volver a ver a su madre?», preguntó. Traté de explicarle cómo es mi padre, por lo que sé y por lo que sospecho. «Aunque nunca lo mencione, creo que siempre estuvo resentido con ella —confesé—. Creo que lo mejor para ambos fue que nunca intentara encontrarla.»

«¿Y tú? ¿Tampoco sentiste curiosidad?»

No me sentí bien al decirle la verdad: me he pasado la vida viendo a Teresa en los cuadros, hablando sobre ella, dictando conferencias, especulando. Conozco la postura, el ademán exacto, el brillo de los ojos de mi abuela en cada uno de sus treinta y siete retratos. Soy experta en ella. Y, de algún modo, con eso me bastaba. Era un asunto cerrado, una materia de estudio. Ni se me ocurrió ir más allá.

«¿Tú crees, Violeta, que el arte tiene algo que ver con esto?»

Me acordé de Goethe (¡en ese momento!): «La vida de un creador es su obra y su obra es su vida.»

El sargento suspiró y yo también. Aquella conversación ya no tenía más vías de escape. Hasta que él lanzó la última pregunta:

«¿En serio ningún miembro de la familia pensó jamás que Teresa pudo haber sido asesinada?»

VIII

A pesar de lo dicho hasta ahora, lo más importante que Maria del Roser Golorons hizo por la nodriza de su hijo fue enseñarle a leer. Las lecciones no podían tener periodicidad fija y se intercalaban en las obligaciones de ambas, a veces tan espaciadas que cuando las retomaban ninguna de las dos recordaba dónde se habían quedado. El resto lo hizo el empeño de Concha y la paciencia de la señora.

—Progresas muy deprisa, Conchita —la animaba Maria del Roser—, eres empecinada como una bestia de carga.

—Claro, señora, soy maña.

La predisposición de la joven para el estudio le hizo ganar enteros a ojos de una mujer que vivía entre libros y papeles. Y la influencia de la señora fue decisiva para ella, en todos los aspectos. Antes de llegar a la casa, Conchita estaba convencida de que las mujeres no tenían más habilidades que las que lucen en la cocina, los campos de labranza y la cama (refiriéndose los partos, claro está), quedando lo intelectual desterrado por completo.

La señora se indignó cuando le expuso sus ideas.

—Tienes la cabeza llena de trastos viejos, criatura. Las mujeres somos capaces de las mismas cosas que los hombres, siempre y cuando no seamos tan estúpidas como para limitarnos a nosotras mismas. Apréndelo bien, porque tienes mucha vida para comprobarlo. Debes estudiar. Sólo si te cultivas un poco serás capaz de levantar la voz sin que nadie se atreva a mandarte callar.

Ponía tanta vehemencia en sus explicaciones que a veces atemorizaba a la discípula.

—¿Y el señor sabe que piensa así? —preguntaba la joven nodriza.

—¡Pues claro que lo sabe!

—¿Y no se enoja con usted?

La señora soltó una carcajada que hizo temblar su escote.

—¡Se enojaría si de pronto dejara de llevarle la contraria!

Conchita no había oído hablar así a ninguna dama educada y a veces temía por la salud mental de la señora, o se convencía de que estaba frente a una revolucionaria. Su capacidad de escándalo era pareja, como suele ocurrir, a su corta visión del mundo. ¿Una mujer que se atrevía a pensar distinto que su marido? ¿Que recibía a sus propias visitas y salía cuando le venía en gana? Lo primero que pensó fue: «Pobre señor Rodolfo, qué cruz más pesada lleva a cuestas.»

Más allá de las reuniones de los miércoles, la señora Maria del Roser llevaba una ajetreada vida social. Salía casi cada tarde y a veces regresaba después que su marido. Cuando esto ocurría, él la esperaba despierto, trabajando en su gabinete, y la cena se servía —a veces a deshoras— en el saloncito de ella, donde había una mesa con faldones y un brasero. La sobremesa se les alargaba mucho a fuerza de explicarse lo que habían hecho durante la jornada, y a menudo desde la escalera se les oía reír a gritos sin ninguna contención. Luego, el señor solía quedarse a pasar la noche en las habitaciones de ella y al día siguiente se trastocaban algunas costumbres, como la de leer el periódico o la de abrir los cortinajes temprano, porque los señores seguían encerrados. Más de una vez fueron sorprendidas las camareras espiando por la cerradura una escena que nunca vieron pero que de todos modos nunca entró en su cabeza. Yes que no era nada normal que una pareja convenida y bendecida según las necesidades familiares y económicas de todas las partes fuera feliz con tanta ostentación. Lo habitual era que los matrimonios languidecieran en una indiferencia esquiva, cada cual en su parte de la casa y entretenido en sus propios asuntos, hasta que algún acontecimiento —por lo general, extrafamiliar— les daba la oportunidad de un encuentro nefasto, helado y cargado de reproches, que más valdría no

haber propiciado.

En casa de los Lax las cosas transcurrían de un modo tan distinto que el servicio —sobre todo el femenino— de ningún modo desperdiciaba la ocasión de contarle a todo el mundo las impropias y estrafalarias costumbres de sus señores.

—¡Qué vergüenza! ¡A oídos de sus hijos! —protestaba Eutimia, colérica. Y añadía—: Claro que todo es preferible a que sepan que su madre es una hereje.

Rara vez se atrevía alguien a hacer preguntas. Acaso alguna sirvienta nueva, aún poco familiarizada con lo extraordinario:

—¿Qué quieres decir con que es hereje?

—¿No lo sabes? ¡Si no se habla de otra cosa! ¡La señora no cree en Dios! Aquella acusación generaba en la cocina un coro de bisbiseos.

—Pero lo peor —continuaba Eutimia— es que se atreve a decirlo en lugares públicos. Me han contado que incluso lo escribe en los periódicos, sin ningún reparo, y que está orgullosa de ello.

—Pero si rezamos el rosario todas las tardes... —hacía notar alguien.

—Sí, pero no son los rezos que manda nuestra Santa Madre Iglesia, ¿o es que no os habéis dado cuenta de que los misterios nunca son los que tocan? ¡Son rezos heréticos! Y me temo que si los seguimos iremos directos al infierno. Por eso, yo procuro concentrarme y siempre digo lo que Dios manda. —Eutimia bajaba la voz para la mejor parte—: También sé de buena tinta que la señora ha pedido que la entierren en un camposanto no bendecido.

Una nueva exclamación trastornada.

—¿Y don Eudaldo? Es íntimo de la casa —preguntaba alguien, refiriéndose al párroco de la Concepción—. ¿No puede hacer nada?

—¿Por qué te crees que viene cada domingo? ¡Con la intención de arrastrarla al buen camino! Dicen que al señor Rodolfo le cuesta una fortuna. Hacen falta muchas misas para recuperar ovejas descarriadas.

Llegado a este punto, la camarera se persignaba y la gobernanta ponía cara de compasión.

—Dios la perdone —decía alguien, con voz contrita.

Y añadía Eutimia, que no perdía ocasión de alterar el ánimo de toda la casa:

—Y también a todos nosotros, por estar a su servicio.

La relación de Concha con Dios siempre fue algo conflictiva. Nunca terminó de comprender por qué un ser con fama de bondadoso era aficionado a imponer castigos tan terribles. Al principio, atribuía todas aquellas dudas a su ignorancia. Se creía sin derecho a manifestar su opinión, que juzgaba errada de antemano. Gracias a lo que aprendió de las murmuraciones de Eutimia y del resto del personal, se atrevió a preguntar por ese Dios del que sólo había recibido agravios. Lo hizo durante una de las clases de lectura, sin previo aviso, mientras el corazón le latía en las sienes.

—La señora me perdone el atrevimiento —balbuceó, dejando para mejor ocasión las consonantes labiales—, pero tengo una duda muy gorda.

La señora Lax dejó la pluma sobre el cuaderno, enlazó las manos, sonrió.

—No quisiera que se enfadara conmigo por lo que voy a decir —añadió Conchita.

—Si no formulas la pregunta nunca tendré ocasión de saberlo.

Musitó, avergonzada:

—Ya sabe la señora que soy una ignorante y que a veces puedo estar equivocada en mis...

—¡Por Dios, Conchita! Pregunta lo que sea de una vez y déjate de circunloquios.

La palabra desconocida —«circunloquios»— la atoró un momento. Le sonó a algo terrible, pero logró continuar:

—¿Podría usted informarme de si Dios existe? —soltó.

Doña Maria del Roser lanzó un suspiro, se fijó en las molduras del techo, dejó suspendida la mirada un instante.

—Me formulas una pregunta difícil, querida, para la que temo no tener la respuesta irrefutable que tú deseas. —Hizo una pausa, eligiendo con cuidado las palabras—. Sólo puedo decirte que Dios es algo diferente para cada uno de nosotros, y que es dentro de tu corazón donde debes buscarlo.

En efecto, aquella respuesta no satisfacía a la alumna en absoluto. No tenía mucha costumbre de llegar a sus propias conclusiones y menos mirando

dentro de sí misma. Viendo que la explicación la había dejado más confusa todavía, doña Maria del Roser añadió:

—Ocurre con esta cuestión lo mismo que con las ideas propias de las mujeres. Nadie puede ayudarte a encontrar tu modo de creer o de pensar. Debes ser tú quien lo halle. Sólo tienes que preguntarte qué es Dios para ti. ¿Qué necesitas que sea?

El corazón de la nodriza no le daba tregua. Cuestionarse la naturaleza de Dios no era algo que por aquel entonces pudiera hacerse con naturalidad. Menos aún una chiquilla de poco más de veinte años que aún no sabía leer ni escribir.

—El confesor siempre dice que no debemos hacer preg...

—No me interesa lo que te diga tu confesor. Él también se equivoca.

Concha negó con la cabeza, rotunda, defendiendo a un confesor que desde el primer día le resultaba antipático.

—¡No, no, no! A él le inspira Dios —replicó.

—También a ti, Conchita. A todos nos inspira Dios. Todos somos criaturas tuyas. No te menosprecies. Vales igual que tu confesor.

La muchacha negó otra vez, cada vez más asustada. No estaba dispuesta a aceptar aquella comparación por nada del mundo. En su fuero interno, comenzaba a darle la razón a Eutimia y al resto de las criadas. La señora faltaba al respeto a lo más sagrado.

—¿Qué es Dios para ti? —insistió doña Maria del Roser, sin levantar la voz—. ¿Eres capaz de responder a esta pregunta?

—Dios... —más balbuceos.

A su cabeza acudía la imagen del cuerpo inerte de su pequeño, su carita cadavérica entre sus brazos, la última vez que lo acunó, mientras su adorado cuerpo se enfriaba, esperando aún un milagro como los que había oído contar de niña en las vidas de santos.

Pero el milagro no llegó.

—Dios me hizo mucho daño —contestó, con lágrimas en los ojos.

La señora le ofreció un pañuelo, sonriendo. Se limitó a esperar, a estar allí, a su lado, sin dejar de mirarla. Muy poca gente se atreve a mirar a los ojos el dolor ajeno.

—No creo que ése sea el Dios que tu corazón necesita —dijo, al fin, cuando Conchita se calmó un poco—. Yo creo que Dios no nos odia, ni quiere castigarnos. Todo lo contrario: es generoso y nos ama a todos por igual, sin distinguir nuestra procedencia ni nuestro sexo. No quiere robarnos lo que más amamos, sino que nos recuerda que los vivos estamos mucho más cerca de los muertos de lo que podamos imaginar. ¿No te consuela saber que tu hijo tal vez no se marchó del todo? ¿Que vive dentro de ti, en lo más profundo de tu corazón?

La impresión que le produjeron estas palabras le cortó las lágrimas a la desconsolada nodriza.

—No te asustes, Conchita. No estoy loca, como dicen algunos. Y no te estoy hablando de extraños fenómenos. Estas son las cosas que creemos algunos librepensadores, aunque muchos no están de acuerdo y por eso nos atacan. —Hizo una pausa, se golpeó el regazo con las palmas de las manos y prosiguió—: ¿Sabes qué vamos a hacer? Te invitaré un día de estos a asistir a alguna de nuestras reuniones, y así podrás juzgar por ti misma. Debes perder el miedo a pensar, y tenerte un poco más de consideración. Y ahora, si no quieres perder del todo la lección de hoy, volvamos a las labiales. ¡Se hace tarde!

Transcurridas algunas semanas, también durante otra de las lecciones, la señora anunció:

—El próximo martes por la noche hay una velada espiritista en el teatro Calvo-Vico. Si crees que puede interesarte lo que allí trataremos, te doy permiso para tomarte la noche libre.

Concha nunca había conocido a nadie que cumpliera sus promesas. Y, por supuesto, nunca había pisado un teatro.

—¿Y quién atenderá al niño? —preguntó con cara de susto.

Amadeo dependía de ella por completo y por las noches aún solía despertarse reclamando comida.

—Llegarás antes de eso —le aseguró la señora.

—Pero no tengo ningún vestido apropiado —añadió Concha, buscando nuevos pretextos.

—Estás muy guapa con tu uniforme. Y no serás allí la única que lo lleva.

—¿Asisten criadas a esas veladas?

—Claro que sí, mujer. Asisten hombres y mujeres de cualquier condición. ¿No recuerdas lo que te dije acerca de la igualdad entre las personas?

A Concha todo aquello no le cabía en la cabeza: ¿cómo podía la señora creer que en algo eran iguales? ¿Ella, una pobre analfabeta que lo único que había hecho en su vida era pasar hambre y Maria del Roser, una mujer distinguida, elegante y considerada por todos? Como la señora no halló palabras para sacar del error a la cabezota, se limitaba a negar con la cabeza todo el tiempo.

—Da lo mismo, Conchita, tú ven el martes al teatro Calvo-Vico —zanjó — y descubrirás que lo importante de cada uno de nosotros no es lo que más relumbra.

Casi a regañadientes, sufriendo como una madre que deja a su bebé por vez primera, Concha se tomó la noche libre, sólo después de asegurarse de que Amadeo tomaba su cena y se dormía satisfecho. Para la ocasión había planchado su mejor uniforme y dado lustre a sus zapatos de salir. Creyó apropiado lucir también la medalla de oro de la Virgen de Montserrat, así si alguien la reconocía podría saber que su señora era generosa por partida doble. La prendió, bien visible, sobre la chaqueta que ella misma había tejido con varias madejas de una preciosa lana azul marino que doña Maria del Roser le regaló por su cumpleaños.

Con tanto arreglo y el rato de caminata hasta la Gran Vía, llegó cuando el acto ya había empezado. Le impresionó ver la fachada del edificio iluminada con luces eléctricas. Frente a la entrada remoloneaban algunos indecisos. A un lado de la puerta principal distinguió las grandes letras que anunciaban la «Velada Espiritista» y al otro, el reclamo de la exitosa zarzuela que aquellos días estaba en cartel, de la que ya había oído hablar, y que se llamaba *Señoritas toreras*.

Sus pasos crujieron al atravesar el umbral. La sala principal del teatro era toda de madera y las butacas estaban tapizadas de un terciopelo de color sangre. No habían adoptado aún la moderna luz incandescente y las lámparas funcionaban a medio gas, creando un ambiente misterioso. La nodriza buscó

un asiento libre y lo encontró muy cerca de la puerta, en la penúltima fila. Le aterrorizaba la idea de llamar la atención y mucho más la de molestar a alguien. Una vez sentada, se desprendió como pudo del chal de lana y del sombrero, respiró hondo para tranquilizar sus nervios y sólo entonces consiguió prestar atención a lo que allí estaba ocurriendo.

En el escenario, una señora tocada con un elegante sombrero hablaba con una seguridad asombrosa:

—Creedlo: nuestras ideas se van abriendo paso. Hace cuatro lustros no habríamos conseguido reunir en este local a veinte personas. Ved hoy cuántos somos.

En efecto, la sala estaba llena. Apenas quedaban unos pocos asientos libres, que los rezagados iban ocupando. Junto a Concha, un caballero escuchaba con atención. Había muchos más, dispersos por la sala, aunque el número de mujeres era superior. Y entre éstas las había que, como ella, vestían el uniforme del servicio de alguna casa buena, pero también obreras, con sus pañuelos anudados bajo la barbilla y sus mantones de lana sobre los hombros, y hombres que llevaban en las manos sus gorras azules con visera junto a otros que sostenían sobre las rodillas el sombrero de copa. Había damas tocadas con pamelas, cuya condición social costaba descifrar en aquella penumbra, y varias personas con arreglos mucho más humildes. En las hileras más próximas al escenario se sentaban las más elegantes, aunque vestían sin ostentación y escuchaban las explicaciones de la oradora con el mismo interés que todos los demás, como si fuera cierto aquello de que allí no había distinciones entre unos y otros.

Después de los aplausos, la mujer del sombrero anunció la siguiente intervención: la del vizconde de Torres-Solanot. La sola mención de su nombre fue muy aplaudida, así que Concha pensó que debía de ser alguien importante en toda aquella cuestión del espiritismo. El vizconde era un señor más bien grueso, de bigotes puntiagudos y voz de barítono. Su papel fue breve y se limitó a celebrar tanta asistencia y declarar inaugurada la velada. Vino luego la actuación de dos mujeres cantantes que interpretaron dos canciones preciosas de las que Concha no entendió una sola palabra, pensó ella que porque estaban compuestas en algún idioma extraño. A pesar de todo

se emocionó mucho al escucharlas —al fin y al cabo, la música es un lenguaje que en todo el mundo se entiende— y tuvo que hacer esfuerzos para no echarse a llorar. En ese estado se encontraba cuando doña Maria del Roser fue invitada a subir al estrado, y ella la aplaudió hasta que le dolieron las manos. No fue la única en aplaudir, pero sí la última en dejar de hacerlo.

En su parlamento, la señora desgranó la historia de la extraña ciencia que allí les congregaba, dijo algo del materialismo que intentaban combatir con ideas y creencias innovadoras y habló del amor fraterno y de la salvación de las naciones. Obtuvo un gran éxito, a juzgar por la ovación que sonaba cuando descendió hasta su asiento.

Luego hubo un recital de poesías, nuevas actuaciones musicales y un discurso de clausura lleno de palabras incomprensibles para Concha que pronunció un señor llamado don Miguel Vives. Cuando ya todos creían que la velada había acabado, el vizconde volvió a subir al estrado, rogó silencio con su voz atronadora e hizo un anuncio sorprendente:

—Queridos amigos, hoy tenemos para vosotros una sorpresa muy especial. Por gentileza de uno de nuestros socios, el respetado señor Eduardo Conde, hemos tenido recientemente el privilegio de conocer a un jovencito que a pesar de sus pocos años y de su condición humilde demuestra un innegable talento para la ciencia espírita. Tengo la seguridad de que oiremos hablar mucho de él, puesto que posee un don prodigioso y por eso mismo se ha convertido ya en uno de nuestros faros. Hoy queremos invitarle, con mucho orgullo, a subir a esta tribuna y a disertar ante todos nosotros acerca de la significación que para él tienen nuestras ideas. Damas y caballeros, tengo el honor de presentarles, en su primera aparición pública, a Francisco Canals Ambrós.

El aplauso explotó alrededor de un muchacho que debía de tener poco más de veinte años. Era espigado, tenía un abundante pelo castaño, labios carnosos, ojos tristes y mejillas coloradas. Su aspecto no se correspondía con la grandilocuencia de la presentación que le había precedido. Llevaba una chaqueta que le quedaba enorme y sus movimientos eran titubeantes.

Sin embargo, en cuanto abrió los labios por primera vez toda aquella inseguridad pareció disiparse. Se refirió primero al espiritismo como moral,

ciencia y filosofía, y explicó que la comunicación con el más allá y la reencarnación eran hechos demostrados. Habló mucho rato y dijo muchas cosas —para Concha, algunas eran difíciles de retener y otras directamente incomprensibles—, sin sufrir un solo tropiezo ni equivocarse una sílaba. Tuvo al público suspenso de emoción y cuando terminó recibió aplausos y admiración unánimes.

Sólo el señor que se sentaba junto a Concha permaneció impassible. De pronto la miró y le preguntó, enérgico:

—¿A usted le ha gustado lo que ha dicho este joven?

—Sí —musitó ella, un poco turbada por estar hablando con un desconocido—. ¿A usted no?

—Mucho. Pero no aplaudo porque no es él quien habla —respondió.

—¿Quién lo hace, entonces? —inquirió, desconcertada.

El caballero levantó una mano adocrinadora señalando hacia el estrado y espetó, cargado de razón:

—Está bien claro, señorita. Por su boca se expresa un espíritu superior desprendido de su envoltura material.

Dicho esto, el señor se levantó, le hizo una reverencia a la nodriza, le pidió permiso para salir y se marchó antes de que el público abandonara en masa el recinto.

Aquella noche, Concha apenas durmió pensando en lo que había visto y oído. Por la mañana, más serena, le agradeció muchas veces a la señora la oportunidad que le había dado. Ella estaba muy interesada por conocer sus impresiones. Se atolondró tanto al responder que doña María del Roser intervino:

—Necesitas un tiempo para asimilar tantas novedades, Conchita, pero has dado un primer paso muy importante —fueron sus palabras, antes de anunciar—: Te avisaré de nuevo cuando organicemos otra velada, para que continúes tu formación. El espiritismo necesita personas entusiastas, como tú.

Cuando, el miércoles siguiente, a las tres y media de la tarde, comenzaron a llegar los invitados de cada semana, algunos resultaron a Concha más familiares que de costumbre: el vizconde Torres-Solanot, la oradora de la pámela, don Miguel Vives y hasta el jovencito que dejó boquiabiertos a todos

con su don de palabra. A diferencia de los demás, a éste era la primera vez que se le veía por la casa.

De:	Violeta Lax
Fecha:	15 de marzo de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	Recuperar el tiempo perdido

Hola, mamá:

Te advierto que ésta va a ser una carta larga, de esas que tanto te gustan y que nunca te escribo. Nunca se me había ocurrido que ésta podía ser una vía de comunicación entre nosotras, pero ahora que la he descubierto, que tengo tiempo y que me encuentro a varios miles de kilómetros de distancia, no pienso desaprovecharla. Sé, además, que te hago feliz si te cuento muchas cosas. Y aunque no te lo creas, me gusta contribuir ni que sea un poco a tu felicidad.

Ya sabes que nunca quise vender el piso de Barcelona que el abuelo me dejó. Lo alquilé durante unos años. Luego quedó vacío y lo conservé así, como un lugar al que podía volver si lo necesitaba; un espacio donde dejar que los recuerdos acumulen polvo. Siempre supe que terminaría regresando.

La primera noche tuve que vencer el asco antes de echarme sobre mi vieja cama. Como la lavadora no funcionaba —habría sido un milagro que lo hiciera—, tuve que conformarme con sacudir las sábanas en el balcón. A pesar de todo, dormí vestida, con abrigo incluido. La incomodidad ahuyentó la nostalgia de mis primeras horas barcelonesas y me obligó a preguntarme si en efecto sería aquélla la misma cama de mis veinticinco años. De pronto, me pareció increíble haber sido capaz de dormir acompañada en un catre tan estrecho y me pregunté qué se había estropeado: la cama o mi romanticismo. Sí, ya sé que en teoría tú no sabes nada de mis aventuras de entonces, que bien me cuidé de escondértelas, pero sospecho que siempre imaginaste que en esta ciudad había algo —o alguien— que me retenía mucho más que la investigación sobre el abuelo.

Me apetecía decírtelo. Liberarme por una vez de la pesada condición de hija. ¿No te apetecería a ti también no ejercer de madre, ni que sea por un rato? Me temo que esta historia mía no es apta para madres.

Pero te hablaba de la cama.

El caso es que la he tirado y he comprado otra, el doble de grande. No me he librado de la nostalgia, eso ya sabía que no iba a ser tan fácil. Todavía no.

Bueno, al grano: ayer llegó papá.

Su saludo, nada más verme, fue:

—Qué mala cara tienes, hija, estás horrible.

Es decir, está como siempre.

Le expliqué que casi no había dormido, pero sin darle detalles. Sólo traía una maleta diminuta. Le pregunté si ése era todo su equipaje.

—Mis pastillas, una muda y el cepillo de dientes. Si necesito algo más, ya lo compraré —contestó—. Estas compañías baratas lo pierden todo, no quería arriesgarme.

Me extrañó que llegara solo, porque me habías dicho que tenía amiguita nueva.

—Amélie llegará el jueves —se adelantó—. Tenía cosas que hacer. No podía marcharse tan de repente.

No tengo ni idea de quién es Amélie ni recuerdo si me lo has contado. Supongo que será otra de esas señoritas efímeras a quienes llama «mi asistente» y que nunca le duran más de unos pocos meses, ¿verdad?

Como sé que te interesa saberlo, te diré que veo a papá mejor que nunca. Está bien de salud y tan coqueto como siempre. Su aspecto recién bajado del avión era el de un dandi en traje de paseo: zapatos lustrosos, la raya del pantalón muy bien definida y la suave chaqueta de piel sobre los hombros. Ese tipo de prendas carísimas y hechas a medida que en él siempre parecen informales. Conserva su abundante mata de pelo entrecano, su bigote negrísimo —es decir: se lo sigue tiñendo— y su porte elegante. Ya sé que queda un poco raro que lo diga yo, mamá, pero no me extraña que te embaucara. Con los años que tiene y sigue resultando arrebatador.

Lo único que han cambiado en él son sus dimensiones. Su cuerpo no es tan robusto y recuerda un poco a la fruta puesta a secar. ¿Es posible que haya dejado de ir al gimnasio? Por lo demás, es el de siempre. Se fija en cualquier nadería, no se le pasa nada, bromea sobre cualquier cosa... Las baldosas como espejos del suelo de la nueva terminal del aeropuerto, por ejemplo.

—¡Qué mareo! —dijo—. ¿No se quejan las señoras? ¡Si esto es un deleite para mirones!

No lo puedo evitar, mamá: me sigue poniendo enferma ese afán suyo de coleccionar anécdotas. Reconozco que es ingenioso, y que sabe meterse a la gente en el bolsillo, pero tengo la teoría de que es su modo de evitar las conversaciones serias, donde antes o después se acaba

aludiendo a lo personal, ese terreno que para él es un campo de minas. Una charla con mi padre, tú lo sabes, siempre consiste en una sucesión de asuntos banales a cual más divertido y descabellado. Y cuando termina el anecdotario, él pide la cuenta.

Por cortesía, le pregunté si quería alojarse en mi casa. Olvidaba que papá nunca se queda en casa de nadie.

—He reservado en Le Meridien, como siempre —me contestó, indiferente—. No quiero perderme ni un minuto de Las Ramblas.

En ese momento me acordé de ti, mamá. De unas palabras tuyas, pronunciadas hace mucho:

—Tu padre no soporta la idea de tener que adaptarse a la vida de nadie.

¿Recuerdas cuándo las dijiste? ¡Apuesto a que no! Te voy a refrescar la memoria. Fue la primera vez que me hablaste en serio, sin condescendencia, de tú a tú. Estábamos en el coche, frente a aquella casa que papá había alquilado en Hendaya, tú estabas a punto de irte y yo iba a pasar las primeras vacaciones de mi vida con él. Creo que fue tu modo de advertirme de lo que me esperaba.

Es como si te estuviera viendo. Llevabas una blusa roja y el pelo suelto sobre los hombros.

—Modesto nunca ha hecho tal cosa por ningún ser vivo, ni siquiera durante los escasos dos años que duró nuestra convivencia. Sencillamente, nadie le enseñó a vivir con otra persona. Hasta que me conoció a mí, siempre estuvo solo. Y ahora que yo ya no estoy con él, siempre lo estará.

Eso dijiste. Tus palabras se me grabaron a fuego. Supongo que porque me di cuenta de algo que el paso del tiempo ha ido confirmando. De algún modo, el reencuentro con Modesto, su negativa a instalarse en mi casa, mi alivio inmediato, fue un aviso, tanto tiempo después: soy igual que él. Yo también estaré siempre sola, mamá, siempre lo he estado. Soy incapaz de adaptarme a la vida de otra persona. Lo único que me diferencia de él es mi capacidad de disimulo y de sacrificio. Aunque esas cosas, como casi todo lo que nos obliga a un esfuerzo enorme, no pueden mantenerse mucho tiempo. Algún día mis hijos me lo reprocharán, y tendrán razón.

Pensaba en todo esto cuando papá me sorprendió con una pregunta típica de él:

—¿Nos van a tener ocupados todo el tiempo? La policía, quiero decir.

Le dije que no tenía ni idea.

—Tengo un montón de cosas que hacer —añadió.

Empecé a temer lo que iba a ocurrir: papá se ha tomado su visita a

Barcelona como una escapada de fin de semana. Creo que ni por un momento se ha planteado que la situación pueda revestir alguna gravedad.

Le acompañé hasta la recepción del hotel, al que entró como a su propia casa.

—Modesto Lax Brusés —enfaticó, golpeando suavemente el mostrador con su mano ensortijada.

Y cuando el empleado fue a pedirle un documento para proceder al registro, se adelantó, autoritario:

—Búsqueme en el ordenador. Soy cliente habitual.

Como imaginarás, no podía dejar de sonreír. En el fondo es como un niño, con esos aires de grandeza.

Le asignaron una habitación con vistas a la calle Pintor Fortuny.

—¡Estupendo! —se congratuló, nada más entrar, apartando las cortinas de la ventana—, ¡esta noche alternaré con los fantasmas de las cajas de El Siglo! Por lo visto eran guapísimas.

El mozo y yo le miramos, divertidos. La explicación la recibí en exclusiva, cuando nos quedamos solos, aunque parte de la historia ya la conocía: exactamente en ese lugar se alzaron los primeros grandes almacenes que hubo en la ciudad, y que fueron también los primeros de España. Según papá, que es tan aficionado a las grandilocuencias, eran algo de otro mundo. Se llamaron Grandes Almacenes El Siglo. Se incendiaron en los años treinta. No quedaron ni los cimientos. El suceso fue tan grave que el ayuntamiento aprovechó para reurbanizar la zona. Parte del solar que dejó el fuego se limpió para darle a la calle Pintor Fortuny, antes ciega, una salida a Las Ramblas.

—Son los mismos que dirigía la familia Conde, supongo. El abuelo pintó a alguno de ellos. Don Octavio Conde en su gabinete de El Siglo, un retrato magistral, ¿lo recuerdas?

Está en manos privadas, pero conseguí que estos días viajara a Chicago, a mi muestra de los retratistas.

—¡Claro! —saltó papá—, ¡siempre me olvido de que trato con una autoridad mundial! ¡Exacto, ésos son! Los que dirigió la familia Conde.

Le pregunté si en el incendio había muerto mucha gente.

—Nadie, que yo sepa —explicó—. Más bien murió un sueño colectivo. Era un lugar mítico.

Quise conocer sus planes para ese mismo día.

—Nada especial. Comeré por ahí. Ramblejaré.

Lo dijo así, en catalán. Ramblejar. Ya sabes: es un verbo muy barcelonés, que designa el paseo sin rumbo fijo por la famosa avenida.

Le pregunté si quería que cenáramos juntos. Pareció aceptar por

compromiso. Típico de papá: tres años sin vernos y se comporta como si estuviera hartado de mí. Tuve que ponerme seria, decirle que debíamos hablar, aunque sólo fuera para preparar un poco la entrevista que tenía al día siguiente con el sargento de los mossos d'esquadra.

—¿Preparar la entrevista? Ni que fueran unas oposiciones —bromeó.

Saqué a relucir el hallazgo tras el fresco de Teresa. Le dije que me gustaría conocer su teoría al respecto. Salió por la tangente:

—Teoría es una palabra demasiado rimbombante. Yo de eso no gasto.

—Tu opinión, qué más da —insistí, encarándole de nuevo con la cuestión—. ¿Piensas que esa mujer pueda ser alguien de la familia?

Me negaba a creer que papá no se lo hubiera planteado. Que no hubiera llegado a nuestra misma conclusión. La mera referencia al asunto pareció fastidiarle mucho.

—Después, hija. No me agobies con eso ahora. Déjame disfrutar de mi llegada —protestó, quitándose los zapatos.

Le hablé claro. Le dije que por mucho que echara balones fuera tendríamos que tratar el asunto antes o después.

Mucho mejor después, Violín. ¿No vamos a cenar juntos? ¡Pues ya nos cortaremos la digestión hablando de eso!

Dio media vuelta y se encerró en el cuarto de baño. Ya sabes: su viejo modo de decir «asunto concluido».

Ya me conoces. No sé discutir. Lo mío es quedarme petrificada y de ahí a la resignación, apenas hay distancia. Después de todo, debo reconocerlo, admiro esa capacidad de papá de no sufrir por nada. Siempre he deseado tomarme la vida como algo que no tiene importancia.

De modo que, por una vez, hice lo que él deseaba que hiciera.

—Voy a arreglarme un poco, papá, esta noche ceno con un hombre guapo —le dije.

Su voz ya no acusaba ninguna contrariedad cuando repuso:

—Qué casualidad. Yo he quedado con una chica impresionante.

He hecho una pausa para pensar cómo te cuento lo siguiente, mamá. Nunca hemos hablado de la «temporadita» que pasé con papá. Nunca con mucho detalle, al menos. Entrecomillo esa palabra, que aprendí a detestar, porque fue la que tú pronunciaste entonces: pasaría una «temporadita» con papá, en Aviñón, mientras tú y Jason abríais vuestro restaurante español en Filadelfia. Luego la «temporadita» se prolongó durante dos años en que yo me sentí la más desdichada del mundo. Te odié mucho, en aquella época, y de muchas maneras. Te odié por

enamorate de nuestro atractivo profesor particular de inglés, te odié por ser correspondida y también por atreverte a casarte con él. Te odié por no incluirme en tus planes durante veinticuatro larguísimos meses, mientras tú te instalabas en Estados Unidos y vivías tu merecida luna de miel con Jason. Ya sé que nunca fui una niña fácil, que con catorce años me había vuelto intratable, que tú merecías tu espacio y tu tiempo, que a mí me sentó bien aprender francés y conocer otra realidad... Aunque todo eso me ha llevado más de veinte años comprenderlo. Entonces lo veía de otra forma.

En aquel momento, yo tenía catorce, no hablaba bien el francés, no tenía facilidad para adaptarme a los lugares y las personas nuevas, arrastraba dolorosas nostalgias de mi Barcelona natal, en el instituto tenía mala suerte con los chicos y aún peor con las amigas y, por si no bastara, compartía casa con una especie de ermitaño que sólo me dirigía la palabra para contarme cosas raras. Lo que yo necesitaba era un padre. Alguien que me escuchara, que me soportara, que de vez en cuando se enfadara conmigo. No un anacoreta y, menos aún, un conferenciante.

Modesto Lax Brusés, el hombre ajeno. Es cierto que nuestra relación nunca fue muy estrecha. El único recuerdo infantil que conservo de él va asociado a la muerte del abuelo y a la alegría de pasar las Navidades con vosotros dos mientras él arreglaba el papeleo. Durante esos dos años aprendí a conocerle. También a quererle, aunque toda mi infancia había transcurrido sin él, como sin él seguiría el resto de mi vida. Comprendí lo que tantas veces me habías dicho: «Querer a tu padre significa aprender a no necesitarle». Y cuando le conocí un poco mejor, te di la razón de nuevo, cuando decías: «El mayor problema de Modesto es que la vida le aburre.» Ahora creo que sabías muy bien lo que pretendías cuando me dejaste en Aviñón. Si no lo hubieras hecho, mi padre y yo nunca nos habríamos dado cuenta de que somos idénticos.

Mi primer gran descubrimiento fue reparar en que la única cotidianeidad que no deprimía a Modesto era la de los libros. En el mundo académico se movía como pez en el agua, tal vez porque era el único entorno donde su brillantez y su curiosidad encontraban una recompensa inmediata. De vez en cuando, sacaba la cabeza al mundo real para recolectar rarezas, anécdotas con que impresionar a sus alumnos, a los asistentes a sus conferencias o a los amigos a los que invitaba a cenar muy de tarde en tarde. Aprendí que lo único que le interesa de la realidad es aquello que la desmiente.

En nuestra vida en común, mi padre no alteraba sus costumbres lo más

mínimo. Nos encontrábamos en la biblioteca. Yo solía pasar horas allí, buscando tesoros perdidos. El aislamiento como escapatoria y la independencia como filosofía: he aquí los dos legados más importantes que me dejó Modesto.

Cuando me llamaste para anunciar que vuestro nuevo restaurante funcionaba de maravilla y que tenías mi habitación lista, papá corrió a comprar un billete para la semana siguiente, urgido —creo— por una prisa que yo compartía: la de librarse de mí. Cuando me dio un beso de despedida —en la frente— en la puerta del taxi que me llevaba al aeropuerto, descubrí que teníamos la misma expresión de alivio. Lo demás, más o menos, ya lo sabes: tardé mucho en regresar a su casa y sólo lo hice como huésped y nunca por más de una noche. Ya conoces mi máxima: «A casa de los padres, siempre de visita.»

En la distancia, en cambio, Modesto fue un padre ejemplar. Siempre sentí que se alegraba de verdad de mis logros. Se acordó de mí a menudo, y me lo demostró convirtiéndome en destinataria de aquellas divertidas tarjetas postales que manda a todo el mundo. Tengo centenares, igual que tú. A veces pienso que mi biografía, desde los dieciséis hasta ahora, está muy bien contenida en ellas. Hace poco me propuse buscarlas y clasificarlas. Las coloqué en un archivador, por orden cronológico. Después de mucho estudiar los anversos, que nunca corresponden a ningún lugar turístico sino más bien a alguna rareza de las que tanto gustan a papá, decidí colocarlas de modo que pudieran leerse sin necesidad de retirarlas. La caligrafía de Modesto es siempre clara como la de un colegial. Algunas me las sé de memoria.

Nunca me he atrevido a decirle lo que me gusta que sus postales me hayan perseguido por medio mundo. Los dos años que viví en Londres no dejaron de llegar. La primera decía: «Volvemos a estar en el mismo continente pero separados por una peligrosa franja de océano. Voy a comenzar a creer que lo haces a propósito.» Me envió una a Barcelona, al piso que el abuelo me dejó en herencia: «Una casa no es tuya del todo hasta que recibes en ella la primera carta. Bienvenida a tu nueva casa, Violín.»

Ya en mi adolescencia me llamaba así: Violín. A mí me sacaba de quicio. Qué bobos somos los hijos, a veces.

No se mostró muy efusivo cuando me propuse investigar la obra de su padre, pero diría que se alegró. «Tienes todos los ingredientes para convertirte en la mayor especialista del mundo en la obra de Amadeo Lax. Incluso ¡a cabezonería y los genes, que son la misma cosa», me escribió en una postal, tras la foto de una rana. Corría el año 1995. Yo era un espíritu independiente y él un espectador complacido. No estuvo

muy de acuerdo cuando le anuncié que regresaba a Estados Unidos: «Es una pena que abandones ahora, pero supongo que si huyes de esa ciudad que amas con todas tus fuerzas es porque tienes tus motivos», escribió.

Huí. Exacto. Fue el único que se dio cuenta. O el único que se atrevió a decírmelo.

Cuando, poco después, le escribí para contarle que me habían ofrecido trabajo en el Art Institute de Chicago, me mandó la foto de un reloj de arena y este mensaje: «Los muertos tienen mucho tiempo y una paciencia infinita. Tu abuelo te esperará. Carpe Diem.» Ya ves, acertó en la predicción. Los muertos me estaban esperando.

He bajado a comer algo. Venga, prometo no ponerme reflexiva hasta el próximo correo y terminar de contarte el reencuentro.

Pensé que a papá le apetecería recuperar los sabores de la tierra y reservé en el Quo Vadis. Fuimos dando un paseo desde su hotel, acicalados y satisfechos como una pareja de novios.

Una vez allí estudió la carta, ponderó la presencia de productos naturales, me contó que últimamente sólo compra verduras por Internet, criticó lo mal que comen sus estudiantes y, de paso, la comida de la universidad, y terminó pidiendo una sopa de cebolla y una ensalada, como si una cosa le hubiera llevado de forma natural a la otra.

Yo, que no había abierto la boca hasta entonces, me decanté por verduras a la brasa y huevos.

Cambió de tema. Me preguntó por los niños. Dijo que debían de estar muy mayores. Para demostrárselo, le enseñé las fotos de Iago y Rachel.

Buscó sus gafas, miró las fotos con calma y soltó:

—Ten cuidado cuando este Iago tuyo encuentre a su Desdémona.

La llegada de la sopa de cebolla dio un nuevo giro a la conversación. A modo de homenaje a los brebajes del mundo, lanzó una de sus preguntas-preámbulo:

—¿A que no sabrías decirme cuál es el país más soperero de Europa?

Por supuesto que no sabía decirle. ¿Alguien sabe eso? ¿Tú fuiste capaz alguna vez, en el tiempo que estuvisteis casados, de responder a una sola de sus preguntas?

—¡Polonia! —repuso, triunfal—. Allí la gente toma dos platos de sopa al día. Un dieciséis por ciento de los alimentos que ingieren los polacos son sopas. ¿Y a que no dirías cómo se llama la más famosa? —Un silencio teatral, aliñado con sus sonrisitas picaras. Y luego, el desenlace

—: ¡«La tentación de Jackson»! Un nombre interesante, ¿verdad? No sólo para una sopa, también para un bar o para una comedia de enredos... ¿O mejor un drama expresionista? Vaya, tendría que pensarlo. El caso es que la receta lleva patatas, cebolla gratinada y arenques. ¡Una mezcla muy confortadora! Ah, y se cocina en el horno, como ésta que estoy tomando.

Yo no me daba por vencida. Le recordé que debíamos hablar de lo ocurrido. De la momia.

Lanzó un largo suspiro, dando a entender que prefería hablar de sopas que de momias.

—Está bien, hablemos de la momia.

Le pregunté si antes de mi llamada había oído hablar alguna vez del cuarto de escobas.

Negó con la cabeza, lacónico.

Le pregunté por su madre. El corazón me latía muy rápido. Sabía que me adentraba en zona de arenas movedizas.

—¿Recuerdas algo de la abuela o del momento en que el abuelo pintó el fresco?

Papá negó de nuevo con la cabeza.

—Se supone que tú tenías cuatro años —añadí—. Sería raro, pero podías conservar algún recuerdo.

—Yo pasaba todo el tiempo con Concha, me parece. Mis padres preferían no ejercer —dijo.

Me animé a seguir:

—¿Sabrías decirme cuál es tu recuerdo más antiguo, papá? ¿Podrías bucear un poco en tu memoria?

Suspiró.

—No tengo ni idea, hija. Con lo desordenado que soy, seguro que lo perdí hace mucho. Mi memoria es como el cajón de abajo. —Se rió, pero su risa sonó forzada—. Todo lo que no encuentra su sitio, termina aquí.

—Sería muy útil que recordaras algo.

—¿Útil para quién?

A juzgar por su actitud, nada de aquello le interesaba lo más mínimo. Apartó el cuenco de la sopa, cruzó los brazos. Me miró, como preguntándose, despreocupado: «¿Qué viene ahora?» Volví al único tema:

—La policía quiere saber si tienes fotos.

—¿Fotos de qué? ¿De Teresa? Sólo conozco una, que se publicó en una monografía sobre tu abuelo, en la colección Gent Nostra. ¿Recuerdas? Era una colección de opúsculos centrados en diversas

personalidades de la cultura y la política catalanas. Uno de los números estaba dedicado a Amadeo Lax. Seguro que lo has tenido alguna vez en las manos. Y luego estaba aquella otra —achinó los ojos—, una donde salgo yo. ¿No te la envié, hace años?

Algo se iluminó en mi mente. No sólo recordé haber comprado una vez en el mercado de Sant Antoni un ejemplar de esa monografía, sino dónde podía encontrarla.

—¿Para qué quieren fotos de Teresa? —preguntó.

—Dicen que les serían útiles para la investigación.

—¿Investigación? —Soltó una risita incrédula—. ¿De verdad están jugando a policías y ladrones, después de tanto tiempo? ¿No tienen nada mejor que hacer o qué?

Le pregunté si no le interesaba conocer la verdad.

—¿Qué verdad?

—La de esa mujer. La muerta.

Martilleó en la mesa con sus dedos de manicura perfecta, lanzó una mirada en derredor, chasqueó la lengua, entornó los ojos.

—¿Para qué? ¿Va a cambiar algo la verdad?

—El pasado puede cambiarse —susurré.

El segundo plato llegó en medio de un silencio fúnebre.

Esperé a que el camarero rellenara nuestras copas de agua para preguntarle a papá si pensaba ayudarme a recordar algún detalle o sólo estábamos perdiendo el tiempo.

—Me temo que nadie se ocupó jamás de lo que yo pudiera o no pudiera recordar. Y en todo caso, ahora ya no interesa. El pasado es una momia, como esa señora que tanto te preocupa.

Continué haciendo preguntas, a pesar de sus reticencias. Papá conoce la obra del abuelo, lo sé, la ha estudiado en profundidad. Su artículo sobre la simbología de los gatos en los retratos de Teresa aparece citado en todas partes como una obra de referencia. Le pregunté si por lo menos me ayudaría a buscar pistas en los cuadros.

—¿Qué tipo de pistas?

—De todo tipo. Los cuadros pueden decirnos la verdad.

—El arte puede decir cualquier cosa —dijo.

Se llevó una aceituna a la boca, la masticó con parsimonia, me observó largo rato y concluyó:

—Ya veo que te lo tomas muy en serio.

Sentí que las palabras que habíamos pronunciado instalaban una distancia incómoda entre nosotros. A los dos nos resultó imposible recuperar el tono que teníamos al principio de la noche.

Estábamos ante un par de cafés descafeinados cuando, haciendo un

último esfuerzo, le pregunté qué ocurriría si esa momia fuera su madre. Se entretenía en alinear los intactos sobres de azúcar sobre el estampado del mantel. Tenía el ceño fruncido y la mirada ausente. Esa expresión suya de profundo disgusto.

—Violeta, que el pasado pueda cambiarse no significa que debamos hacerlo —sentenció, a modo de veredicto. Levantó una mano para pedir la cuenta y añadió—: Es muy tarde. Va siendo hora de que nos vayamos a dormir.

Añado lo mismo, mamá. Es muy tarde. Esta cronista se despide. Prometo seguir así y contártelo todo con pelos y señales.

Un beso para ti y otro para Jason.

Vio

P.S.: Aún no he podido echar un vistazo al enlace que me adjuntas en tu último correo, pero voy a hacerlo ahora mismo. ¿De verdad tienes algo sobre nuestro hombre misterioso? Espero que ese blog merezca la pena, porque me muero de sueño.

Extracto del blog *Una parcela en el infierno*, administrado por Blackboy

Entrada correspondiente al día 31 de octubre de 2007

El Santo que nunca lo fue

En su tumba nunca faltan visitantes y, mucho menos, flores. Los responsables del cementerio han tenido que desalojar los seis nichos colindantes para dar cabida a la gran cantidad de exvotos, ramos y ofrendas que recibe a diario. Su eterno descanso es el más concurrido del Cementiri de l'Est, el más antiguo de toda Barcelona. ¿De quién hablo? Dejádme que os presente a un curioso personaje...

En vida se llamó Francesc Canals Ambrós. Murió con apenas veintidós años, el 27 de julio de 1899, dicen que de muerte natural. Era de origen humilde, como muchos de los que ahora le veneran, y trabajó en los míticos Grandes Almacenes El Siglo, que marcaron

toda una época en la ciudad. Se cuenta que en vida ya todos lo conocían por su buen corazón y sus buenas acciones, que se sacrificaba a menudo por ayudar a la gente e incluso que poseía el don de adivinar la fecha en que alguien iba a morir sólo con mirarle a los ojos. Por lo visto, llegó a pronosticar su propia muerte. Aunque de todo esto no hay más constancia que el decir de la gente.

El nicho está protegido por un cristal. En el interior, una fotografía lo muestra como debió de ser: cándido, aniñado, de mirada limpia y mustia. En ocasiones, el retrato no se aprecia, porque sus «feligreses» utilizan ese espacio como una urna y arrojan papelitos a su interior, donde cuidadosamente han anotado sus más íntimos deseos. Los cuidadores retiran los papeles una vez al mes, pero en seguida vuelven a aparecer. Y es que, según se dice, no hay deseo que se solicite a Francesc Canals que quede sin atender: cuanto se le pide, es concedido. Es por eso que la gente lo venera como a un santo popular y le conoce, más que por su nombre de pila y sus apellidos, por su sobrenombre: *el Santet*, el Santito, en catalán.

Aprovecho mi visita para leer algunas de las notas más visibles.

Sé que no está bien, pero es difícil resistirse. Las hay para todos los gustos. Algunas emocionan de verdad: «Quiero que mi hijo vuelva a caminar», «No quiero volver a la cárcel...», «Deseo olvidara Maria». Algunas no son tan extraordinarias: «Trabajar en lo mío», «Cúrame la pierna», «Dinero», «Suerte y salud»... Y algunas realmente estrambóticas: «Ver el Moncayo antes de morir», «Una cobaya», «Ganar el Premio Nobel»... Intento adivinar, guiándome por la caligrafía de cada deseo, a la persona que lo depositó en la improvisada urna. Tomo algunas fotos. Mientras termino, una mujer se acerca con un ramo de flores. Me hago a un lado. Deposita el ramo entre los demás y reza en silencio durante unos pocos segundos. Luego, se marcha. Me atrevo a preguntarle si es la primera vez que visita al milagroso personaje y por qué motivo lo ha hecho. La respuesta me deja de piedra:

—Vengo cada lunes, para agradecerle lo que hizo y sigue haciendo por mí —contesta.

No me explica nada más, ni yo me atrevo a insistir. La dejo marchar, impresionado. Un gato la mira, imperturbable, desde un panteón cercano.

Antes de irme yo también tengo un intercambio de impresiones con el conserje del cementerio. Me cuenta que la veneración que la gente tiene por el Santet viene de antiguo.

—Yo llevo aquí desde 1979. Cuando entré, esto ya era así. Centenares de personas cada semana venían a pedir deseos y traer ofrendas al Santet de Poblenou, que así le llaman, por el nombre del barrio, como si alguien se lo fuera a quitar. En alguna parte he leído que esta costumbre empezó a los pocos días de su muerte, cuando algunas de sus compañeras de trabajo visitaron su tumba y le formularon deseos. Por lo visto, pensaron que si había sido tan bueno en vida lo sería también después de muerto. Sus peticiones se cumplieron y corrió la voz de que Francesc Canals hacía milagros. Y ya ve usted, hasta hoy. Los milagros no se agotan. Y los necesitados, tampoco.

Le pregunto si alguna vez recurrió a los poderes del muchacho.

—Alguna vez, pero no voy a decirle qué le pedí.

—¿Y puede decirme si se lo cumplió?

Cabecea, serio, esquivo:

—Me lo cumplió, sí. Y eso que no era nada fácil.

Tengo suerte de que al hombre le guste hablar y hoy no tenga mucho trabajo. Me lo paso en grande con la conversación. Me cuenta una jugosa creencia.

—Puede que no te hayas fijado, pero hay una grieta que atraviesa la lápida de lado a lado. La gente piensa que si te quedas mirándola fijamente ves una luz muy blanca al otro lado. Es el más allá, el reino de los muertos. Yo nunca me he atrevido a intentarlo, porque creo que es cierto. He conocido gente a quien mirar esa luz les ha cambiado la vida. Hay muchos que creen que ese chaval ya debería estar santificado. Hay otros santos, cómo decirlo, menos profesionales. El

no falla nunca. ¿No dicen que para que le santifiquen a uno debe acreditar cinco milagros? ¡Pues no hace tiempo que el chaval cumple los requisitos básicos! ¡Anda ya! ¡Si seguro que ya lleva miles! Lo que pasa es que en este país todo funciona igual. Los curas no quieren santos pobres. Da lo mismo que seas un instrumento de Dios en la Tierra o que todo el mundo te adore. ¿Para qué van a pensar en nosotros, las personas humanas? No se dan cuenta de nada. Yo se lo digo a todo el mundo, para que quede claro de una vez: ese muchacho es santo, un santo a la medida del pueblo, ¡socialista, público, independiente!, y lo era ya cuando nació, y es evidente que mientras estaba vivo no paraba de demostrarlo y ya saben lo que dicen, ¿no?: que por sus obras les conoceréis. Pues eso. ¿A qué coño esperan para mandarle al cielo y nombrarle santo oficial? ¿No ven que desde allá arriba nos ayudaría mucho más que ahora? ¿No ven que merece una corona dorada, un altar en una iglesia, un día en el calendario y ser nombrado patrón de los trabajadores de todos los grandes almacenes del mundo?

IX

El jueves 9 de abril de 1925, en contra de su costumbre y acompañada de su hermana pequeña, Tatín Brusés hizo una visita a Maria del Roser Golorons.

—Comprenderá, querida, que no podía tratar este asunto tan inusual más que en persona —dijo, dejándose caer sobre el terciopelo amarillo, envuelta en una nube de olor a rosas, las piernas de seda cruzadas con elegancia, en los labios una sonrisa casi desdeñosa y en las manos y las orejas un conjunto de rubíes que desecaría de la envidia a más de una, aunque no a su anfitriona, por cierto.

Al lado de la sofisticación de Tatín, el gesto discreto de su acompañante destaca sin remedio en la escena. Es Teresa, la pequeña de los siete vástagos que dejaron en el mundo los Brusés. Quiere causar buena impresión, pero sus ojos recorren de un lado a otro la estancia, tal vez como lo haría ella misma si no tuviera que guardar las formas. La viuda de Lax sabía de ella por un retrato que le hizo su Amadeo algunos años atrás, aún vestida de corto, pero se ha llevado una gran sorpresa al verla aparecer transfigurada en una joven de belleza turbadora y expresión triste.

Las dos hermanas se parecen en muchos de sus rasgos. Comparten las ondas doradas del pelo, el claro de los ojos —aunque los de Teresa son más grandes y de un azul más intenso— y la delicadeza de pómulos y mentón. Sin embargo, más allá de estas coincidencias, son bien distintas. Tatín tiene una corpulencia compacta, rectilínea, el cuello grueso y las manos y los pies

demasiado grandes. Teresa es todo lo contrario. Posee un talle fino y hermoso y un aire de hada desgraciada que la hace irresistible. Viéndolas una al lado de la otra, Tatín parece una versión más tosca de la misma obra, como si el escultor hubiera ensayado con ella para luego esmerarse en la ejecución definitiva.

—Ya ves, Tessita —dice Tatín Brusés, con el estilo directo que suele emplear en cualquier reunión—, la señora Lax te comprende y nos ayudará.

La hermana menor no parece muy alegre. Sigue observándolo todo, silenciosa. Tiene una sonrisa mustia dibujada en los labios. Parece una flor esperando la primavera.

La entrevista tiene lugar a esa hora de la tarde en que el sol dora los ambientes y lo reviste todo de una pátina de sensualidad. Para que el fenómeno sea apreciable en todo su esplendor, la viuda de Lax ha mandado recoger los cortinajes lo justo y ha situado a sus invitadas de perfil a los ventanales. La chimenea está apagada y el *Tannhäuser* de Wagner otorga al gramófono un romántico protagonismo.

La elección de la música ha sido una de las decisiones difíciles de la tarde, después de que un cochero dejara una tarjeta caligrafiada por la propia Tatín, anunciando su visita con la intención de exponer «unos asuntos muy delicados». En plenos preparativos, la señora ha creído de pronto que en el salón había demasiados tapetes de ganchillo y ha mandado retirarlos a toda prisa mientras Conchita enumeraba la discografía disponible, pero a la viuda de Lax nada le parecía bien. Ni el *Ave Maria* de Schubert («muy beato para esta hora»), ni Carlitos Gardel en *Pobre mi madre querida* («¡qué tristes son estas canciones modernas!») ni *El relicario* de la Meller («no, no, en ésa todas son morenas y ella es rubia como el oro, a ver si se va a ofender») ni *La Santa Espina* («Jesús! ¡Tira eso ahora mismo! ¿Es posible que desde que manda Primo no hayamos puesto música?»). Cuando Concha encontró el *Tannhäuser*, la señora logró relajarse porque, según opinó «Wagner va con todo».

Otra decisión complicada fue el refrigerio. Todos sabían que Tatín Brusés no era una de esas mujeres aficionadas a calentar sillones en salones ajenos. Cuando Tatín Brusés salía de casa, siempre envuelta en su perfume de rosas,

lo hacía con la intención de conquistar el mundo. Era de dominio público que lo había logrado repetidas veces. Para la visita había elegido, además, una hora crítica: las seis de la tarde; demasiado pronto para un aperitivo y demasiado tarde para un té con pastas. Y no ofrecer nada habría sido una descortesía imperdonable, se decía Maria del Roser. El café se le antojaba tan vulgar como el licor, encargar dulces a alguna confitería era precipitado y poco original y, en fin, ninguna solución era de su gusto y el tiempo se le echaba encima. Hasta que fue con sus dilemas a Vicenta y ésta les puso fin con sólo cuatro palabras: «Usted déjeme a mí.»

Y ahora la conversación se ha agotado, igual que la merienda, y ambas señoras pueden considerar cumplidos sus propósitos: Tatín el de encontrar eco al mal de su hermanita y Maria del Roser el de sorprender a su difícil invitada con algo diferente. Satisfechas ambas, el sopor amenaza con llegar a la reunión. Sin embargo, quien llega es Amadeo.

La viuda de Lax oye el familiar tropezón con el pámpano y al instante se enorgullece de anunciar:

—Aquí está mi hijo.

La florecilla revive de pronto, amagando un grito de emoción.

Tatín la mira con reproche. «Bien está que te hayas enamorado como una mema, pero compórtate como una dama», parecen decirle sus ojos.

es que por eso, ni más ni menos, han venido. Las cuestiones delicadas a que ha aludido en su billete la siempre sorprendente Tatín Brusés han resultado serlo mucho más de lo que a cualquiera se le hubiera ocurrido pensar.

—Odio los circunloquios innecesarios, señora —ha espetado, nada más intercambiar los saludos iniciales—, y por lo que sé de usted, tengo el presentimiento de que puedo hablarle con franqueza. No sé cuánto hace que mi hermana siente hacia su hijo Amadeo un amor como una enfermedad, que la tiene todo el tiempo triste e insoportable. Me he decidido a venir para ver si entre las dos, usted y yo, se nos ocurre algo que hacer para remediar en algo el sufrimiento de la criatura. Y, de paso, para invitarles a usted y a don Amadeo a su puesta de largo, que celebraremos el próximo mes y que temo que más recuerde a un funeral si la festejada no está de mejor humor.

Maria del Roser tampoco se ha andado por las ramas. De una vez le ha explicado a las dos hermanas que su hijo detesta las reuniones sociales y que jamás asiste a puestas de largo ni a cualquier otro acto donde deba alternar con más de diez semejantes. Para suavizar un poco la rudeza de la información, ha añadido:

—Él se debe por entero a su talento, háganse cargo. Encuentra estas cosas una mera distracción.

—Como debe ser —ha estado de acuerdo Tatín.

Teresa, en cambio, a punto ha estado de comenzar a sollozar allí mismo. Si no lo ha hecho ha sido porque en ese momento llegaba por el pasillo Conchita, arrastrando un tintineante carrito de plata.

—Ah, la merienda —ha suspirado la señora.

Sobre la superficie bruñida de la bandeja lucían tres tazas de porcelana. Parecían de consomé, pero en su interior temblaba un líquido blanco espolvoreado con una sombra parduzca. Desprendía un olor dulce y delicioso. Las señoras han olisqueado, sin hacer preguntas. Todavía.

—Me encanta la canela —ha afirmado Tatín, eufórica, en cuanto Concha le ha entregado su taza y su cuchara.

—Nuestra cocinera inventa cosas originales todo el día —ha aseverado Maria del Roser.

La sorpresa ha sido mayúscula cuando han encontrado arroz dentro del líquido.

—Dan ganas de migar pan —ha opinado Tatín.

—Tal vez en ese caso sería mejor servirlo caliente —ha apuntado la viuda de Lax.

La única que no ha dado su opinión ha sido Teresa, pero ni el silencio ni la tristeza ni siquiera el amor le han impedido terminar su ración hasta más allá de lo que la buena educación manda.

—Por Dios, Tessita, deja algo para los criados —la ha amonestado su hermana mayor. La niña ha enrojecido. La dulzura del momento ha animado a Tatín a insistir—: Volviendo sobre lo nuestro, querida... ¿Cree usted que habría alguna posibilidad de desviar a don Amadeo por unas horas de sus obligaciones con el arte? Toda nuestra familia se sentiría muy honrada con su

presencia. Hágase cargo que le admiramos desde que tuvimos ocasión de posar para él por deseo de mi tía Matilde.

—En el cielo esté —ha susurrado Maria del Roser, sin pensar.

—¡Sí, sí, y que nos espere allí muchos años! —ha apostillado Tatín, como sin querer, como si aquellas palabras se hubieran deslizado en su discurso sin ella pretenderlo. Ha proseguido—: En fin, señora mía, le aseguro que la fiesta será agradable. Hemos contratado una orquesta de Sabadell que interpretará cuatro fantasías de Wagner, nada ruidosas —ha señalado el gramófono—; ya veo que en eso también coinciden nuestros gustos. Y le prometo que haremos lo posible para que se sientan ustedes como en su propia casa.

Maria del Roser se ha visto en el compromiso de proporcionar alguna esperanza a su invitada:

—Está bien, haré cuanto esté en mi mano. Pero no puedo prometerles que...

—¡Por supuesto que no! —Tatín ha meneado la cabeza—. ¡No quiero comprometerla a nada! ¡Demasiado me he atrevido ya con esta petición!

Cuando Conchita ha devuelto las tazas al carrito, su señora tenía ya la certeza, y la tranquilidad, de que la merienda había sido todo un éxito.

—¿Y tiene algún nombre la receta de su cocinera, señora Lax?

La señora ha pedido auxilio con la mirada a su fiel Concha.

—Vicenta lo llama arroz con leche —ha contestado la nodriza.

—¡Qué original! ¡Arroz en la leche! ¡Cómo se le habrá ocurrido!

Maria del Roser, crecida de orgullo, se dejaba mecer por aquellas palabras que le sonaban a gloria. Después del milagroso potaje, hasta la criatura pasmada tenía mejor color.

Y en éstas, decíamos, llega Amadeo, a una hora en que nadie le esperaba aún y que sólo un año atrás habría sido impensable. Pero la edad, o tal vez el éxito, le están volviendo más hogareño.

Habría sido muy desconsiderado pasar de largo. De habitual, si no halla a nadie en su recorrido, anuncia su llegada a través de alguna camarera y corre a refugiarse en su estudio de la buhardilla. Pero hoy es jueves, día de visita, y dos damas conversan con su madre en el salón. Se desvía de su camino para saludar. Sólo unos metros y sólo unos minutos. Eso piensa, por lo menos.

Pero ahí está Teresa. Hermosa como una aparición funesta. Lánguida como la protagonista de una ópera. A punto de cumplir dieciocho años. Vestida a la moda, con una falda que le llega a media pantorrilla, un sombrero en forma de casquete adornado con una flor, los bucles de su melena rubia escapando del recogido que lleva en la nuca, los ojos más azules que ya no recordaba.

Al verla, Amadeo siente ganas de llevársela a algún lugar donde nadie les moleste.

Al verle, Teresa siente que la emoción la deja sin aire.

En el salón flota un olor dulzón que otorga al momento una ambientación como de confitería selecta.

—Ah, hola hijo —saluda Maria del Roser, mientras su hijo la besa en la mejilla—, precisamente estaba hablando de ti con las señoritas Brusés.

Amadeo se inclina para besar la mano de Tatín. Cuando hace lo propio con Teresa, la muchacha abre mucho los ojos, como si estuviera ante un espejismo.

—Tatín ha tenido la gentileza de invitarnos a la puesta de largo de Teresa —prosigue la madre—. La recuerdas, supongo. El mes que viene cumple dieciocho años.

—¿Puesta de largo, ya? —Amadeo se vuelve a mirarlas—. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Si parece que fue ayer cuando la retraté a usted enseñando las rodillas. Aunque observo que los años se han encargado de mejorar mucho a la modelo. —Teresa enrojece. Amadeo aprovecha la ventaja para añadir—: Será todo un honor sacarla a bailar el día de su entrada en la edad adulta. Si su guardiana me lo concede, claro.

Amadeo comprueba satisfecho el efecto de sus palabras. La joven siente como si su corazón fuera a reventar. La hermana mayor se levanta, dispuesta a marcharse y convencida de que la visita ha tenido un estupendo colofón. Las plumas de su sombrero rivalizan en altura y aparatosidad con los flecos de la lámpara del techo.

Maria del Roser frunce el ceño, pensativa. Cuando puso tanto énfasis en la animadversión de su hijo hacia las fiestas no tuvo en cuenta un detalle fundamental: que a Amadeo le vuelven loco las jovencitas.

El pintor inclina la cabeza, farfulla una disculpa y desaparece escaleras

arriba.

El espejismo desaparece con él.

De:	Violeta Lax
Fecha:	20 de marzo de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	Dos fotografías

Querida mamá: tienes razón.
Soy mejor hija a distancia. Estos mensajes torrenciales son la mayor evidencia.
Haz el favor de no preocuparte en exceso. Estoy bien. El tono «jactancioso» de mis cartas (conste que la palabra es tuya) se debe a que me hago mayor y me vuelvo grandilocuente. No me tomes muy en serio, ¿de acuerdo? Soy una pesada, ya lo dice Daniel.
Y el misterio de mi pasado sentimental barcelonés no es tal. Te lo explicaré, lo prometo, cuando tenga mi propio ordenador y algo de tiempo. De momento, sigo siendo una parásita en casa de Arcadio.
Te escribo porque he encontrado la foto de la que me habló papá el otro día. Y no sólo ésa. Hace mucho tiempo guardé una caja con papeles y libros en el trastero, junto con unas pocas cosas que no quería imaginar en manos de los inquilinos del piso. Te ahorro la descripción de las capas de suciedad que tuve que atravesar para encontrarlas. No puedes imaginar qué emoción experimenté al abrir la caja. Me pasé horas admirándolo todo. Sobre todo las dos fotos, que son impresionantes. En cuanto pueda te las adjuntaré, para que también tú las tengas a mano.
¿Cómo fue la verdadera historia de Amadeo y Teresa, mamá? ¿Hay alguien de la familia que se haya preocupado por saberlo? Se conocieron cuando él la pintó a los doce años, vamos a suponer que eso es cierto, pero ¿qué ocurrió después? ¿Cómo intimaron? ¿Cómo fue el día de su boda? ¿Cómo era su convivencia? ¿En qué se basaba su relación?
Estas dos fotografías son la única respuesta que tenemos a estas preguntas.
La primera es de la biografía cuya existencia me recordó papá la otra noche. Se publicó en la colección Gent Nostra. La foto aparece en la página doce. En el pie dice: «Amadeo Lax y su esposa, en la única

imagen de estudio que se conoce.»Es un retrato de boda, en tonos grises. Teresa está sentada en un escabel. A su espalda, de pie, está el abuelo. La mano de él reposa sobre el hombro de ella. Parece un gesto tierno pese al acartonamiento de la situación. Teresa corresponde a la caricia, también con su derecha, y no pasan inadvertidos al observador los anillos que lucen sus dos anulares. Ella descansa la mano izquierda en el regazo, una delicadeza de tules que se prolongan hasta el suelo. El vestido tiene mangas largas y un escote muy modoso. Lleva también un tocado de tul, muy a la moda de los años veinte, del que surge un velo bordado. Está un poco inclinada hacia delante, como si esperara ansiosa el final de la sesión para comenzar a celebrarlo y sonríe con sinceridad infantil. Parece muy joven, aunque tenía veintiún años. Es preciosa.

La expresión del abuelo, por el contrario, es la de la serenidad satisfecha. No es para menos: se ha casado bien, con una joven bella y de buena familia. El matrimonio ha sido bendecido por todos, incluso por él mismo. El rictus de su boca reprime una sonrisa. Tal vez se divertía observando los esfuerzos de su joven esposa, a quien el retratista puede que reprochaba su falta de seriedad, su ímpetu. Tiene un porte distinguido, enfundado en su chaqué oscuro, con chaleco, leontina de oro, plastrón de raso y sombrero de copa. No le falta ni uno solo de los complementos que delatan la clase privilegiada a la que pertenece, incluidos los guantes de piel de Rusia, que sujeta con la izquierda. Resulta un hombre todavía joven y atractivo. Seguro que Teresa también sería muy envidiada por tenerle como esposo. Pero lo mejor de su expresión es su mirada, fija en el objetivo, iluminada por el brillo inconfundible de la felicidad.

La segunda foto me la envió papá hace algunos años y de ésta, que yo sepa, no existe otra copia. Es decir, nunca se ha publicado. Tal vez por eso ni él ni yo nos acordábamos de su existencia. Se tomó en el estudio del mismo fotógrafo cuatro años más tarde. En ella, Amadeo Lax aparece vestido con su usual elegancia. Como la moda masculina evoluciona con lentitud, se diría que no se ha cambiado de ropa en todo este tiempo. Sobre el chaleco, destaca otra vez la leontina. El sombrero reposa sobre una mesilla, a su lado. Sin embargo, ahora sus labios se fruncen en un rictus antipático. Ha ganado unos kilos desde la última vez que posó en este lugar. Se diría que ahora no siente necesidad alguna de complacer a nadie. Ni siquiera a quienes posan a su lado.

Frente a él, Teresa se acomoda en una silla. Va vestida con una sofisticada elegancia. Falda tobillera, blusa bordada y zapatos de tacón. Lleva el pelo recogido en un moño algo suelto. Ya no es la jovencita

alocada e impaciente de su foto de boda. Tiene veinticinco años — estamos en 1932—, pero parece una cuarentona. Está flaca, ojerosa y desmejorada. Tal vez no se ha recuperado aún del parto. Entre los brazos, sujeta al bebé de apenas unas semanas de vida —papá, vestido con su ropa de bautizo— y le sonrío amorosamente. Sólo esa sonrisa diluida recuerda a la mujer de la otra fotografía. La felicidad, en esta ocasión, no ha pasado a la posteridad.

De todos los retratos de Teresa que conozco, éste es el más cruel. Papá recién nacido. El abuelo representando su papel de padre respetable. Y ella, esa gran incógnita.

Qué curioso. Durante años, procuré que estas fotos no se reprodujeran en ninguna de las biografías del abuelo. Lo hice por respeto a su memoria, a su dolor antiguo, pero también a papá, que no necesita hablar de su madre para mostrar hasta qué punto le duele haber crecido sin ella, hasta qué extremo le reprochó siempre que le abandonara.

La historia de la pintura, del arte, de la literatura, está repleta de personas insufribles que derrochaban talento. Son seres que adornan los manuales pero que constituyen un verdadero castigo para quienes tuvieron la desgracia de convivir con ellos. Puede que el abuelo fuera de éstos, aunque a tanta distancia de su rictus de superioridad no hay modo de saberlo. La posteridad alarga las sombras y borra los perfiles. De otro modo, tal vez las generaciones futuras no hallaríamos nada que admirar.

Durante años contribuí, con absoluto convencimiento, a borrar a la Teresa real de la memoria familiar. Para mí, Teresa sólo era un motivo artístico, una inspiración afortunada, igualada en rango a las damas de la alta sociedad que gracias al abuelo mantuvieron su encanto y su fama indemnes al paso de las décadas.

Ahora ya no. Ahora siento que los ojos de Teresa me reprochan haber sido tan crédula. Siento que mi abuela me pregunta por qué nunca me atreví a ir un poco más allá. Hacia la verdadera expresión de su rostro al mirar a su bebé, por ejemplo.

Creo que nunca debimos dejar de mirar esas fotos, mamá. Contienen una verdad capaz de cambiarlo todo.

Buenas noches,

Violeta

P.S.: ¡Se me olvidaba! Ayer visité el Cementerio de Poble Nou, sólo

para comprobar si es cierto lo que se dice en aquella entrada del blog que me enviaste. La tumba de Francesc Canals Ambrós es un lugar increíble. Exactamente como se describe en el artículo. No te rías, pero no pude resistir la tentación de pedirle un deseo al santito popular. Lo escribí en un papel y lo eché por la ranura.
Si se cumple, te lo cuento.

X

Comienza una nueva función en el viejo patio. Se oyen voces por la escalera. Siete personajes irrumpen en la escena. Por orden de aparición: Arcadio Pérez, el cachorro de funcionario, el sargento Paredes, un ayudante de uniforme, Violeta Lax, una jovencita con dicción francesa de nombre Amélie que ha sido presentada como «la secretaria de mi padre» y Modesto Lax, cuya presencia logra acaparar toda la atención incluso antes de abrir la boca.

—Mejor «asistente», por favor —puntualiza éste, con respecto a la joven.

Si fueran actores, sus distintas actitudes podrían obedecer al papel que desempeñan. Modesto cuchichea al oído de Amélie. Violeta y Arcadio parecen inquietos; son observadores deseosos de que ocurra de una vez lo que debe ocurrir. Los hombres de uniforme se dan aires de importancia, cada cual según su rango. El funcionario busca en el bolsillo su teléfono móvil apenas traspasa la puerta acristalada. Descuelga. Espeta:

—Estoy en una reunión, luego te llamo. —Cara de contrariedad, ligeramente ablandada por lo que oye al otro lado—. Sí, claro, el partido es en mi casa. Trae lo que quieras.

Y cuelga, fingiendo que ha despachado un asunto importante. Modesto arquea una ceja.

—Ah, el Barça. Casi me había olvidado de que ésa es la verdadera religión de esta ciudad. —Lo contempla todo con el aire ausente del que quiere mantener la distancia, como temiendo que el polvo estropee su

impecable aspecto. O tal vez no es el polvo, sino el pasado, lo que teme. Tal vez como parte de su maniobra de defensa, pregunta—: ¿A que no saben, por cierto, de dónde proceden los colores del Barça?

Violeta pone cara de fastidio. Paredes parece divertido. Arcadio levanta las cejas, admirado, y susurra:

—Me encantan sus anécdotas. Son divertidísimas.

Modesto, crecido por el comentario, responde:

—¿No? ¡Pues menudos culés están ustedes hechos! Son los colores del escudo de Tesino, un cantón de la suiza italiana cercano a Winterthur: mitad azul, mitad rojo. De allí era oriundo un señor de nombre complicadísimo que una vez aquí se hizo llamar Joan Gamper, por simplificar la cosa a los lugareños. Fue el fundador del club. Antes, por cierto, había sido delantero del Basel, un equipo suizo que también juega de azulgrana. Se suicidó acosado por las deudas, pobrecillo.

—¿De dónde saca todas esas historias? —pregunta el funcionario autonómico—. ¡Parece una enciclopedia!

Modesto ríe, busca con los ojos a Amélie, cuya complicidad desborda admiración. Ese tipo de admiración que en las mujeres siempre termina por convertirse en enamoramiento.

—Ésta es *vox populi*, no tiene mérito. Las demás... ya sabe, quien busca encuentra —dice Modesto.

Paredes, que da por terminado el preámbulo, se sumerge de lleno en la ceremonia de la cual es el oficiante. Invita a Modesto a entrar en el cuarto de escobas pasando bajo el cordón policial. Modesto rechaza el ofrecimiento con un gesto elegante, pero observa el cuartucho tomando distancia. Luego menea la cabeza e informa:

—No tenía ni idea de que eso estaba ahí. A Modesto todo este asunto le aburre mucho, como demuestra su indiferente cordialidad.

—Sin embargo, aparece ya en los planos originales del edificio —explica el sargento.

—Qué curioso —musita Modesto, con el mismo tono que habría empleado para evaluar la novena pata de una araña.

—Bien. Vamos allá, señores. —El sargento eleva la voz mientras de una

carpeta saca algunos papeles—. Les agradezco mucho que hayan venido. Dada la importancia de lo que debo decirles, me pareció que vernos todos las caras era lo más oportuno. Además, teníamos mucho interés en que el señor Lax contemplara con sus propios ojos el lugar donde apareció el cadáver. Dadas las circunstancias, su memoria es la fuente más antigua de que disponemos.

—Entonces es una investigación condenada al fracaso —bromea Modesto.

—También tengo algunas novedades que quería comentarles —continúa Paredes, revisando sus papeles—. Empezando por lo anecdótico: el gato que encontramos junto al cadáver. Estaba muerto cuando lo metieron ahí. Parece que aún era un cachorro, estaba bien alimentado y respondía por *Dickens*. Eso, al menos, decía en la plaquita de plata que llevaba al cuello, junto al collar. ¿Qué les parece?

—Que es un buen nombre para un gato. Una vez conocí uno que se llamaba *Tolstoi* —dice Modesto.

El sargento Paredes no sonríe. Quiere terminar con esto. Prosigue:

—Está también la alianza de oro que el cadáver llevaba al cuello, con su cadena correspondiente. Hemos averiguado quién era Francesc Canals Ambrós. Seguramente les sorprenda lo que les voy a contar.

Arcadio y Violeta intercambian una mirada acompañada de una media sonrisilla cómplice. «Qué lentos», parecen decirse. El sargento aporta datos y más datos sobre el santito popular. Modesto escucha con atención. La historia es del tipo de cosas que le interesan.

—Entonces, ¿está demostrado que concede milagros? —pregunta.

—Eso dicen —responde Paredes—. En la red hay mucha información. Nosotros hemos investigado un poco y hemos conseguido algún dato más. Vivía en la calle Valencia número 344 y pertenecía a la Parroquia de la Concepción. Seguramente en los archivos parroquiales había información sobre él y su familia, pero fueron destruidos durante la Guerra Civil. Era soltero. De profesión, en el archivo del cementerio consta «comercio» (no hemos podido comprobar dónde trabajaba). Fue inhumado el 28 de julio de 1899 en el nicho número 1.682 del Departamento 1º, Isla 3ª del Cementiri de

l'Est. En este primer nicho, situado en un sexto piso, habían sido enterradas entre 1876 y 1924 otras seis personas, dos niños y tres adultos. Tengo los nombres, si les interesan. En septiembre de 1908 sus restos fueron trasladados al nicho número 138 de la Isla 4ª, Departamento 1º, Interior, que es donde se encuentra actualmente. El motivo del traslado no consta, pero lo más seguro es que tuviera algo que ver con sus feligreses. Es muy incómodo rendir culto a alguien que está enterrado en un sexto piso. Sus padres ocuparon el mismo nicho, años más tarde. Se llamaban Francisco y Antonia. Coincidiendo con el traslado de los restos mortales la sepultura fue redimida de impuestos a perpetuidad, y convertida en una especie de santuario apócrifo de peregrinación. ¿Han estado allí? Es impresionante.

Otra negativa general. Violeta calla.

—Por ahora, la única conexión que se me ocurre entre este joven y su familia es que ambos pertenecían a la Parroquia de la Concepción.

—Hay otra —añade Violeta, sorprendiendo a casi todos—. Los Grandes Almacenes El Siglo. Mi familia tenía una estrecha relación con sus propietarios, la familia Conde. Mi abuelo retrató a uno de ellos, don Octavio Conde, que era amigo suyo, en 1927. El retrato está ahora en Chicago, precisamente, en una exposición organizada por el museo para el que trabajo.

Paredes arquea las cejas.

—¿En serio? —pregunta—. Sea como sea, es una conexión poco clara. Ese joven, el santurrón, murió en 1899, cuando la víctima que nos ocupa ni siquiera habría nacido. No creo que debamos seguir esa línea de investigación, ni creo que tenga mucho sentido hurgar más en esto.

—¡Totalmente de acuerdo! —subraya Modesto, dispuesto a darlo todo por zanjado.

Pero Paredes no ha terminado.

—Tenemos los resultados de las pruebas de ADN, y son concluyentes —se vuelve hacia el funcionario, que manipula de nuevo su teléfono—. Disculpe, ¿le importaría salir un momento? Esto es un asunto que sólo atañe a la familia.

Arcadio emprende una retirada que Violeta detiene.

—Tú eres como de la familia —dice.

Arcadio busca la aprobación de Modesto, y la obtiene en forma de cabeceo. También Amélie se queda.

En cuanto la puerta acristalada se cierra tras el funcionario, Paredes prosigue:

—Como verán —señala el informe—, el grado de coincidencia entre el ADN del señor Lax y el de la difunta es altísimo. En pocas palabras: en el laboratorio están seguros de que esa mujer era su madre, señor Lax.

La confirmación de lo que Violeta ya sospechaba cae como una losa de silencio. Modesto mira a Paredes, pensativo. Le pregunta si puede ver los papeles y se toma unos minutos en leerlos. Le gustaría encontrar algo en ellos que desmintiera lo que acaba de escuchar. Se los entrega a Violeta, cuya respiración se ha acelerado.

—Lo temía —susurra, al ver por escrito lo que Paredes acaba de decir—. ¡Qué horror!

Paredes intenta sobreponerse y continuar:

—Con respecto al cadáver... —Paredes se corrige—, a la difunta, la investigación ha arrojado datos muy concretos. Era una mujer de aproximadamente 1,60 metros de estatura, de raza blanca, que en el momento de la muerte tenía alrededor de treinta años. Iba vestida con algo que parece un camisón de raso, puede que también una bata (había corchetes y botones forrados de raso entre los restos) y llevaba zapatillas en los pies. Creemos que la muerte se produjo en verano, entre 1935 y 1940, lo cual coincide con la fecha en que se pintó el mural y también con la desaparición de Teresa Brusés. Si es ella, y sirviéndonos de los datos que ustedes mismos nos han aportado, podría haber muerto en 1936, a los veintinueve años de edad (lo cual, en efecto, cuadra). La causa de la muerte, también confirmada: estrangulamiento. La inhumación se realizó post mórtem, pero fue inmediata, cuando apenas había comenzado a manifestarse el rigor mortis. Entendemos que el cuerpo nunca se descubrió, en parte, por la presencia del fresco que cubría el muro, incluida la puerta, aunque no podemos descartar otros factores. Con respecto a la autoría del crimen, me temo que no podemos aventurar nada. No sabemos quién vivía en la casa entonces ni quién podría tener algún interés en hacer algo así, aunque me temo que no tiene mucha

relevancia, porque el crimen prescribió hace años. Teresa Brusés no heredó casi nada de la fortuna de su familia, lo cual en principio descarta el móvil económico. Nos queda el gran clásico en este tipo de crímenes, que concuerda con el modus operandi: el pasional. Pero después de tanto tiempo es imposible averiguar nada y mucho menos apuntar a un sospechoso. Pueden ver todos los detalles de cuanto les acabo de contar en los informes del laboratorio y del entomólogo forense. Verán que hemos actuado con la máxima discreción. Y créanme —ahora mira a Modesto y a Violeta—: lo siento mucho.

Violeta lee el informe, muy impresionada: «Marcadores genéticos», «localización cromosómica», «alelo transmitido»...

—¿Qué es esto? —pregunta, señalando una de las páginas.

—Es el informe donde se detallan las circunstancias que evitaron la descomposición del cuerpo —informa Paredes—. Verán que la humedad relativa dentro del escondite era del 5%.

—Ha dicho que la mataron en verano —interviene Arcadio, que hasta ahora escuchaba con los labios fruncidos—. ¿Cómo puede saberse eso?

—Es un descubrimiento del entomólogo forense, tiene que ver con ciertos parásitos que surgen en los hematomas, pero al parecer sólo en los meses de calor. No siempre se tiene la suerte de encontrarlos.

Violeta lee, con la voz rota, ilustrando la conversación:

—«Tejidos muy deshidratados, con presencia de ejemplares del parasitoide facultativo conocido como *Megaselia Scalaris* y también de derméstidos y de sus restos».

—Exacto. *Megaselia Scalaris* —confirma Paredes—, eso es.

El sargento recopila los papeles y los devuelve a su carpeta.

—Mandaré que les entreguen una copia —dice—, imagino que querrán conservarlo.

—La verdad, no me imagino leyendo esos informes antes de dormir —dice Modesto, antes de preguntar—: ¿Hay algo más?

—Por desgracia, no. Salvo enterrar a la difunta en cuanto la jueza lo autorice —responde Paredes—. Nuestra investigación termina aquí. A efectos legales, pronto será caso cerrado. Les aseguro que siento mucho no

haber podido hacer más.

—Ha hecho usted mucho más de lo necesario, se lo aseguro —añade Modesto, sin pretender sonar cordial, pero Paredes sonríe con agradecimiento.

—La jueza les llamará para las últimas diligencias. Luego podrán celebrar el sepelio y volver a su vida normal. Si no tuvieran inconveniente, me gustaría asistir.

Nadie contesta hasta que Modesto reacciona.

—Ah. Claro que no tenemos inconveniente. Venga usted, si gusta. —Da una palmada al aire, resolutivo—. Dígame, sargento, ¿hemos terminado ya o hay algún otro detalle morboso que debemos conocer?

—Por mi parte, es todo. Pero creo que el señor funcionario tiene algo que decirles.

El jovencito del teléfono móvil se impacienta. Alguien le avisa de que ya puede entrar.

—El cordón policial se retirará hoy mismo —le informa Paredes—. Podrán comenzar a preparar su festejo en seguida.

El funcionario resopla, aliviado, pero al mismo tiempo parece incómodo. La razón es la expresión de algunos de los presentes.

—¿Festejo? —pregunta Arcadio.

—Bueno, yo no me atrevería a llamarlo así —se justifica el joven—. En realidad, sólo se trata de una especie de inauguración de las obras, algo simbólico. Nos pareció buena idea, como un modo de devolver el edificio a la ciudad.

Violeta arruga la frente.

—¿Se acercan elecciones autonómicas? —pregunta Arcadio.

La experiencia del funcionario aún no alcanza a resolver con diplomacia una situación tan tensa como ésta. Más bien todo lo contrario. Cada vez que abre la boca mete más la pata. Como cuando dice:

—Me alegro que hayan terminado la parte desagradable de todo esto. Verán, yo debo pedirles algo. Desde la Generalitat se cree conveniente no dar publicidad al asunto del cadáver. Para los futuros usuarios de la infraestructura no sería muy agradable saber que están leyendo en un lugar

donde se cometió un asesinato, ¿comprenden? No creo que pudieran concentrarse.

Modesto comprende:

—Por supuesto, por supuesto. Cuando se lee, hay que evitar distracciones.

—He traído un documento para someterlo a su firma. Es un compromiso a cuatro bandas. Ustedes dos —mira a Modesto y Violeta—, en calidad de herederos de la difunta. Don Arcadio Pérez, en calidad de comisionado y albacea del testamento del artista, cuyos derechos siguen vigentes. Y nosotros, como herederos y administradores del patrimonio de Amadeo Lax.

Todos los firmantes se comprometen a no revelar nada acerca del hallazgo de los restos humanos ni sus pormenores y a no publicar sobre ello artículo, libro ni comentario alguno hasta que hayan transcurrido veinticinco años a contar desde este preciso momento.

El joven funcionario extiende su maletín a modo de mesilla. Modesto ni siquiera se toma la molestia de leer. Saca una pluma de plata del bolsillo interior de la chaqueta de terciopelo y estampa su firma donde el muchacho señala. Luego dice:

—Listo.

Violeta y Arcadio leen el acuerdo con recelo. Como para animarles, el funcionario añade:

—No podemos arriesgarnos a dejar este cabo suelto. Vamos a hacer una gran inversión en este lugar y, sinceramente, creo que la discreción favorecerá a todos.

Violeta musita:

—A todos, menos a Teresa.

—Vamos, hija, no lo demoremos más —protesta Modesto—. Si te lo tomas tan en serio, vas a perder tu avión.

Violeta asiente. No le gusta cómo ocurren las cosas, y su actitud lo demuestra. Aunque, en el fondo, entiende por qué el documento agrada tanto a Modesto: le ofrece mucho más que un acuerdo práctico. La posibilidad de dejar el pasado en el lugar donde estaba. En un rincón, donde no pueda molestar. Comprende que está en minoría y, además, ni siquiera está segura.

Termina por firmar donde le indican y acelera las despedidas.

—Discúlpeme —dice—, pero tengo que salir hacia el aeropuerto. Mi avión sale dentro de dos horas.

Se despide de su padre y de Arcadio con dos besos en las mejillas, estrecha la mano de Paredes, sonrío a Amélie y cabecea ante los otros dos. Antes de irse, le dice a su amigo:

—Te escribo.

Terminados todos los trámites, apurados los últimos jirones de conversación, los últimos en abandonar el escenario son Modesto y Amélie. Se detienen en mitad de la tarima sucia, vigilados por el viejo cuarto de las escobas y las manchas de la pared y miran hacia la cúpula que cubre el gabinete.

—Es un buen lugar para una sala de lectura —dice Modesto—. Contagia paz.

Ella, cómo no, está de acuerdo.

—¿Estás bien? —le pregunta, arreglándole el pañuelo de color verde botella que lleva al cuello, perfectamente conjuntado con los pantalones.

El le agarra la mano al responder:

—No mucho. Me fastidia tener que disimular.

Amélie le dedica una mirada tierna.

—Ah, *chérie*, será poco tiempo. Se lo diremos en cuanto vuelva de Italia, ten un poco de paciencia. Hoy no era buen momento. —Amélie mira hacia el salón de la chimenea, donde ya no se oyen las voces de los presentes, pone cara de niña traviesa y estampa un beso fugaz en los labios de Modesto.

Luego le suelta la mano y sale delante de él, con el paso seguro que toda asistente debe tener.

También sus voces se pierden más allá del crujiente pasillo. Escuchamos con atención. Nos divierte hacerlo. Ya deben de estar llegando al final de la escalera. Se acerca el momento de ver renovada una entrañable tradición familiar.

Ahora: ahí está. El sordo zapatazo. La risita nerviosa. El mutis final.

Modesto ha tropezado con el pámpano.



Retrato de don Octavio Conde, en su gabinete de El Siglo, 1927

Oleo sobre lienzo, 102 x 45

Barcelona, colección particular

Préstamo especial

Sólo una vez pintó Amadeo Lax a quien consideró durante años su mejor amigo. Octavio Conde era el mayor de los hijos del fundador de los Grandes Almacenes El Siglo, cuyo consejo directivo presidió entre 1927 y 1932. Nacido, como Lax, en 1889, coincidió con él en la escuela-pensionado de los jesuitas de Sarria, donde al parecer se forjaron los lazos de su relación. Más tarde compartieron un próspero destino, cada uno en su campo, que les llevó más de una vez a colaborar. El retrato, que se muestra al público por primera vez, es una sobria muestra del poder económico de los Conde. Su protagonista aparece vestido de chaqué, en posición erguida tras su mesa de trabajo, sobre la cual sitúa el pintor una serie de objetos que despliegan un interesante mensaje simbólico: la rama de olivo —en referencia a la laboriosidad—, la jarra de agua —la pureza, la clarividencia—, el libro-la sabiduría —y la balanza-la honestidad del comerciante—. El cuadro, de acentuada verticalidad, refleja el interés de Lax por el realismo contemporáneo, que se refleja en un cuidado y atento estudio del natural, llevado a cabo con pincelada larga y suelta. Octavio Conde y Amadeo Lax mantuvieron una estrecha relación hasta 1932, año en que el primero abandonó la ciudad en compañía de Teresa Brusés, la esposa de su amigo, con quien se estableció en Estados Unidos. A partir de ese momento, su vida adopta una natural discreción. Como era de esperar, este desenlace truncó también la amistad de Lax y Conde, quienes nunca más volvieron a encontrarse.

Lax pintó carteles publicitarios para los almacenes desde 1919 hasta 1932, así como retratos de don Eduardo Conde y doña Cecilia Gómez del

Olmo —progenitores de su amigo—, y de otros miembros de la familia fundadora del vasto imperio comercial, como don Ricardo Gómez. Estos retratos, y el que nos ocupa, estuvieron expuestos desde 1915 en la sala de juntas de la sociedad y la mayoría siguió un trágico destino, ya que se quemaron en el incendio que destruyó los almacenes la noche de Navidad de 1932. Si el de Octavio ha llegado hasta nosotros es porque justamente en esos días había sido prestado a la Sala Parés con motivo de una exposición monográfica que fue inaugurada el 12 de diciembre de 1932. En esos mismos días los almacenes El Siglo mostraban en su sala de exposiciones toda la cartelería que Lax había realizado para el establecimiento, que también se perdió por completo en el citado siniestro.

Retratistas españoles del siglo XX. (Catálogo de la Exposición)
Chicago Art Institute, Chicago, Estados Unidos, 2010

XI

En los sótanos de casa de los Lax y hasta en algunas partes de los pisos superiores se extrañaron de saber que la festiva Vicenta y el desmayado Julián habían dormido juntos.

—Parecían aceite y agua, y ya ves —refunfuñaba Eutimia.

Vicenta Serrano llegó a la casa en 1910, hambrienta pero bien recomendada, para suplantar a Juanita, que había muerto de repente, mientras dormía, a la edad de setenta años. No era una papeleta cualquiera: los tres niños de los señores habían crecido gracias a los guisos de la difunta, los mismos por los que seguían suspirando todos los adultos de la casa y, por si fuera poco, su viudo se pasaba el día sentado a la mesa de la cocina, mirando los fogones con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblones.

Pero Vicenta tenía veinticuatro años, era de campo, un poco bruta, muy salada y más trabajadora que nadie. Traía algunos ases en la manga, como aquella receta materna de arroz con leche que tanto sorprendía a los ricos catalanes, y cierta sabiduría ancestral que la tenía convencida de que con lo sencillo y verdadero podía una conquistar el mundo.

Qué vio en ella Julián resultaba evidente. Vicenta tenía los ojos negros, las cejas muy pobladas y una melena abundante y ondulada que le llegaba a la cintura. Su aspecto hacía pensar en un animal salvaje. Además era desenvuelta, reía a todas lloras y cuando creía que nadie la miraba, cantaba coplillas en la cocina:

*Caracoles, caracoles,
ay mi negro no te atontoles..*

Más misterio encontraban todos en saber cómo se las apañó Julián —que era escurrido y lacio como un bacalao y no mucho más hablador— para conquistarla. Antes de eso, todo el mundo le creía medio tonto de puro pasivo e indolente y porque casi nunca se le oía la voz ni le veían despierto cuando no tenía trabajo. Ya se sabe: el deseo o el amor o la ilusión de tener una hembra para él solo cuando ya la juventud había quedado atrás hacía tiempo resultaron grandes estímulos. De todos modos, el carácter del pretendiente influyó en el resultado final: fueron precisos ocho años de coqueteos de Vicenta y varias vueltas al repertorio completo de las coplillas antes de que Julián se decidiera. El no se volvió más hablador, pero gracias al embrujo femenino rebasó la edad de cincuenta años con un aspecto menos triste. Y ella no dejó de cantar, pero sí de disimular. Julián se sentaba a la mesa de la cocina y aplaudía a su cocinera, mientras ella iba de un lado a otro, entonando con mucha intención:

*La pulga maldita que a mí me devora
hace que la busco lo menos dos horas.
No saben ustedes lo que mortifica
pues todo mi cuerpo me pica y me pica...*

A veces se unía a ellos el octogenario Felipe, cuyo ánimo había mejorado mucho desde que sabía que su hijo ya no era virgen.

Como Vicenta y Julián no estaban casados, ni falta que les hacía, Laia Montull Serrano fue hija natural, que era en aquel tiempo como no ser nada, y vino al mundo el sábado 23 de octubre de 1920, día tibio de vientos flojos y mar tranquila que amaneció cubierto y anocheció despejado.

Nada más nacer, la señora Maria del Roser le regaló una medallita de oro

de la Virgen de Montserrat para darle la bienvenida a la familia. Como no había otros niños en la casa, Laia tuvo una infancia de juegos solitarios y adultos consentidores. Heredó algunos juguetes de lujo, todos usados y a veces medio rotos que ya no emocionaban a nadie y no hubo Navidad en que doña Maria del Roser no se acordara de ella y le comprara algún oso de trapo o alguna muñeca de trapo, que ella agradecía al día siguiente, de la mano de su madre, con una reverencia y un beso en la mejilla muy poco convincentes.

Esas ceremonias de gratitud, que se repetían con periodicidad anual, constituían la única ocasión en que la niña pisaba las plantas superiores. Cuando lo hacía abría mucho los ojos, deslumbrada por cuanto encontraba a su paso, y al regresar a su cuarto en el sótano y al ventanuco desde el que sólo se veían pies en movimiento soñaba con vivir arriba.

Durante sus primeros años, Laia compartió cuarto con su madre. Luego ocupó una cama libre en la habitación de Rosalía y cuando ésta se marchó, se encontró dueña y señora de un cuarto con dos lechos y un armario. En otro tiempo, esta situación no habría durado mucho antes de que una nueva camarera viniera a ocupar la plaza, pero las cosas habían cambiado desde que terminó la guerra y toda la ciudad pareció perder el ánimo. El nuevo señor Lax, además, estimaba que no precisaban tanto servicio. Por desgracia, Violeta había muerto, Juan no volvería, él no utilizaba más que la buhardilla y el gabinete y la única que vivía más o menos donde y como siempre — aunque más ajena que nunca— era doña Maria del Roser, que ya nunca se separaba de Conchita. En la tercera y la segunda plantas abundaban ahora las habitaciones cerradas. También allí sobraba el espacio.

El día prolongaba la buena estrella de Laia. Lejos de habitar en la agitada comunidad que a principios de siglo fue la familia Lax, ella conoció una casa en calma. Durante los primeros años de su vida nunca la requirieron para nada, creció en ausencia absoluta de obligaciones, haciendo lo que más le apetecía.

Vivía prácticamente en la cocina, al lado de su madre, aunque solía zascandilear por el aparcamiento y cuando los señores no estaban arriba, su padre le permitía entrar en los automóviles. Su favorito era el La Cuadra, con sus dos divanes de piel y sus ruedas de radios pintados de color rojo, que

parecía un juguete gigante. El Rolls Royce lo encontraba demasiado sobrio, más propio de viajes de negocios. Dentro del Hispano Suiza jugaba a ser una gran señora, como Teresa, la hermosa nueva señora Lax. Soñaba que también a ella alguien le mandaba regalos sólo para concederle el capricho de rechazarlos. O mejor: soñaba con ser la novia de un gran señor —muy rico, por supuesto, y casado—, igual que aquella mujer dormida que descubrió en el asiento de atrás una noche en que no podía dormir.

—¿Quién es? —le preguntó a su padre.

Julián, que ya estaba sentado tras el volante, a punto de salir, se enfadó mucho con ella. Por eso Laia pensó que la mujer dormida era alguien importante. Por eso y porque fue devuelta a su cuarto casi en volandas.

—¿Adonde la llevas? —insistió—. ¿Está borracha?

—Eso no es asunto tuyo —fue la respuesta de él, antes de cerrar la puerta de la habitación.

Con la llegada de la nueva señora Lax, la casa revivió un poco. Se había retomado la costumbre de almorzar en familia, por las tardes se servía un té con pastas en el salón para las señoras, la biblioteca volvía a ser uno de los lugares más transitados y hasta había una cara nueva en el sótano: la de Antonia, una camarera picada de viruela que no tantos años antes había sido niñera de Teresa. Se le asignó la habitación que había sido de Eutimia, porque sólo alguien que no hubiera conocido a la gobernanta podía atreverse a profanar su espacio sin miedo a encontrarse con su fantasma.

Por orden de Teresa, Laia comenzó a ser útil. Había cumplido once años cuando se estrenó como ayudante en el cuarto de la plancha. Le asignaron pequeñas tareas y su madre la introdujo en los misterios de la cocina, como ayudante. Entre sus funciones estaba la de sacar las viandas a la mesa durante las comidas familiares. Rosalía le hizo un uniforme azul marino, con su cofia y su delantal, y con él comenzó la niña a presentarse ante sus señores, con las bandejas de plata repletas de canelones, de asado o de merluza. Se acercaba, solícita, y en el orden adecuado a los comensales para que cada uno se sirviera su ración: primero la señora de más edad, luego las casadas, finalmente las solteras y al final los caballeros, comenzando también por el mayor, y así hasta llegar al último de ellos. Se lo tomaba como un juego

facilísimo. Si no había invitados, primero le tocaba a la matriarca, doña Maria del Roser, y Laia tenía que hacer esfuerzos para que no se le escapara la risa con sus ocurrencias, a pesar de que su madre le había contado que el mal de doña Maria del Roser era una desgracia. Un día Laia vio cómo la señora se echaba dos cucharadas de arroz en el regazo, aprovechando que ningún miembro de la familia la miraba y luego le guiñó un ojo, picara. En otra ocasión, mientras Teresa se servía el primer plato, pudo verla escondiéndose seis cucharas de la cubertería de plata en la manga, una tras otra. Desde entonces, antes de iniciar el recuento de los cubiertos, Conchita inspeccionaba primero el cuarto de Maria del Roser, por si acaso.

Sólo la frialdad del señor Lax le imponía respeto a Laia. Cuando llegaba a él, en último lugar, rezaba para que no se le cayera la bandeja o le flojearan las piernas. Se agarraba a la plata atiborrada de canelones como a una tabla de salvación. Al principio, Amadeo ni siquiera la miraba. Laia dudaba de si la veía, hasta que una vez le oyó preguntar, a su espalda:

—¿Quién es esa mocosa?

—La hija de Vicenta y Julián —informó Teresa—. Ya tiene edad de hacer algo de provecho.

—¡Es precioso que las cocineras tengan hijos con los cocheros! —añadió Maria del Roser, jacarandosa, refiriéndose a los progenitores de Julián, Felipe y Juanita, quienes también habían sido, a su vez, cochero y cocinera de la casa.

La invisibilidad de Laia duró poco. Apenas lo que tardó en dejar pequeño el uniforme. En un año había crecido más de diez centímetros y su cuerpo se había transformado por completo.

Ahora Amadeo la miraba cada vez que se acercaba con la bandeja. Se cruzaba de brazos y le pedía que le sirviera, para así poder observarla de arriba abajo.

La siguiente escena es una funesta consecuencia.

Una madrugada, muy tarde, Laia oye pasos que bajan la escalera. Al principio piensa que puede ser Conchita, que busca un remedio para su ardor de estómago, como otras veces. O tal vez algo para la señora, que está indispuesta desde por la tarde.

No. Estos pasos suenan distintos.

Ve una luz débil bajo su puerta. Oye la mano en el tirador. Cuando por la estrecha rendija ve al señor Lax con una palmatoria y su bata de terciopelo, no entiende qué ocurre. Se tapa con la sábana. Finge dormir. Para su sorpresa, el señor cierra la puerta muy despacio, casi sin hacer ruido, y se da la vuelta. Un paso, dos. El corazón de la niña late con todas sus fuerzas. El está junto a la cama. La observa. Respira fuerte.

—No me engañes, sé que no estás dormida —susurra.

Deja la palmatoria en el suelo, se sienta a su lado, en el borde de la cama. Extiende un brazo, despacio, en busca de su cuerpo. Se posa sobre el estómago. Un poco más abajo. La niña abre los ojos.

—Buena chica —sonríe él.

Es la primera vez que ve sonreír al señor Lax. También es la primera vez que le dirige la palabra fuera del comedor.

—Si no gritas, te haré un regalo —susurra.

Está tan asustada que se ha olvidado de respirar. A él le ocurre lo mismo, piensa Laia, porque le oye jadear cada vez más fuerte.

—¿Quieres un regalo? —insiste él.

Asiente con la cabeza. El tira de la colcha. Dos manazas calientes caen sobre sus muslos, tiran de sus pantalones. Siente frío. Y vergüenza.

El señor Lax se desanuda el cinturón. Se acerca. Tiene una mirada extraña, como si no se encontrara bien. Todo su cuerpo se le echa encima. Pesa mucho y es desagradable. Lo único suave es el tacto del terciopelo en sus piernas.

De pronto, Laia siente algo horrible rompiéndola por dentro. Duele. Por poco se le escapa un grito (por poco se queda sin regalo). La manaza le oprime la boca. Tiembla pero ya no de frío. El se ahoga más aún. Luego gruñe, suspira muy hondo, se levanta.

Se acomoda la ropa.

—Ve pensando lo que quieres —le dice, mientras recupera la palmatoria — y me lo dices mañana por la noche, cuando vuelva.

Sale sin hacer ruido. Va satisfecho, pensando que por fin ha habido algo bueno en su día nefasto. Esta vez no tropieza en la escalera.

Laia no puede dormir en toda la noche. Permanece atenta a la puerta, por si el señor decide regresar.

A partir de ahora, así será cada madrugada. Hasta que se acostumbre.

De:	Violeta Lax
Fecha:	20 de marzo de 2010
Para:	Arcadio Pérez
Asunto:	Desde el lago de Como

Me he comprado un ordenador portátil. Lo necesitaba y además me moría de ganas de escribir. Con este mensaje lo estoy estrenando. Necesito ordenar un poco mis pensamientos. Si no retengo algo de lo que me está ocurriendo voy a terminar por creer que no es cierto. Por otra parte, no encontraré ningún lugar más inspirador que éste para enviar cartas largas y decimonónicas, por mucho que viaje.

Estoy en Nesso, un pueblito diminuto a orillas del lago de Como, a unos tres cuartos de hora de navegación desde Varenna. Varenna tiene buena comunicación ferroviaria con Milán y con Bérgamo y a escasos metros de la estación se encuentra el muelle de los trasbordadores. Hay decenas de barcos cruzando el lago en todas direcciones. Los hay lentos, rápidos, semirrápidos, algunos salvan largas distancias y otros sólo cruzan a la otra orilla. Todo en ellos es estupendo siempre y cuando no pretendas comprender sus horarios.

Mis anfitrionas regentan el único hotel de Nesso, un establecimiento modesto —diez habitaciones— situado literalmente sobre el agua. Tienen su propio embarcadero y la casa sirve de apoyo a un puente románico. Se llama Villa Eulalia, y no es ni mucho menos uno de esos lujosos palacios que se ven por aquí, sino más bien un sobrio capricho de ricos construido con la aspiración de pasar inadvertido. Hay que reconocer, desde luego, que si la intención de quienes lo pusieron ahí era desaparecer del mundo, el lugar está muy bien elegido.

La actual propietaria del hotel es Silvana, madre de dos gemelos de seis años, cuyo marido, Aldo, es el médico del pueblo. Además, juntos regentan varios pequeños negocios por los alrededores. Alquilan lanchas, organizan excursiones y cosas así, todo muy centrado en el lugar. Durante los meses de invierno, en que escasean los visitantes, disfrutan de un largo periodo de calma. Por las mañanas, llevan a sus

hijos al colegio a Como —es la única ciudad de los alrededores que merece ese nombre, con sus semáforos, sus centros comerciales y sus prisas—, a veces aprovechan para hacer compras o comer en algún restaurante y por la tarde regresan después de recoger a sus pequeños. O va uno de ellos, mientras el otro espera en casa, preparando la cena en la cocina de la villa, mirando la superficie del agua. En resumen, su vida es tan idílica que me corroe la envidia.

Cuando llegó mi tren, Silvana estaba esperándome en la estación. Es una mujer encantadora. De hecho, ya me lo había parecido la tarde anterior, cuando le anuncié mi llegada y se ofreció a recogerme en Milán. Por supuesto, me negué. Fue un acierto: el trayecto en tren bordeando el lago merecía la pena.

Silvana es un año más joven que yo, pero diría que aparenta treinta y cinco o menos. Será su manera informal de vestir, o esa serenidad que la acompaña todo el tiempo. Subimos el coche en el ferry. Llegamos a Bellagio, y de allí por carretera hasta Nesso (no me digas que los nombres de estos pueblos no son, por sí solos, evocadores). «Has tenido suerte de encontrar buen tiempo. En esta época hay muchos días grises», me dijo. En el trayecto hablamos de la coincidencia de que ambas seamos madres de gemelos. Le enseñé las fotos de Iago y Rachel, ella hizo lo mismo con las de sus hijos —dos varones— y ambas estuvimos de acuerdo en que los cuatro son guapísimos.

Me llamó la atención lo bien que habla el español, con un ligerísimo acento italiano. Se lo dije. Su respuesta fue: «Claro, el español es mi idioma. Con mi madre y, sobre todo, con mi abuela jamás he hablado otra cosa.»

Ya en este primer momento me di cuenta de que el único hombre en la vida de Silvana parecía ser Aldo. Por lo menos, el único del que está dispuesta a hablar con una desconocida. Por el camino me explicó cómo le conoció, el año en que él y otros compañeros llegaron al lago para practicar el esquí náutico. Aldo acababa de romper con su novia y sus amigos buscaban distraerle. No sospechaban lo rápido que se consolaría y lo decisivo que sería ese verano en su vida. Al año siguiente, recién licenciado, se estableció en Nesso.

«Todos sus amigos se preguntan cómo no echa de menos la ciudad, pero para conocer la respuesta hay que pasar aquí algo más que unas vacaciones de verano», rió Silvana.

En la casa nos recibió un olor delicioso a comida recién hecha.

«La cocinera es mi madre, que se resiste a retirarse. Hoy comprenderás por qué no insisto en que lo haga», bromeó.

El enlosado del zaguán es de motivos geométricos. Hay un espejo, una

alfombra y un mostrador. Es como entrar en tu propia casa.

«Pasa, mamá debe de estar en la cocina», me indicó Silvana, abriendo una puerta a la derecha.

El comedor es pequeño, apenas seis mesas, muy acogedor. Las ventanas dan al lago y al embarcadero. Una chimenea y, sobre ésta, un retrato femenino. Me hubiera fijado en él, aunque fuera por deformación profesional, si en ese momento no hubiera salido la madre a recibirme.

«Qué alegría tenerla en casa, Violeta», dijo Fiorella Otrante, besándome con más efusividad de la que yo esperaba.

En seguida reparé en que madre e hija se parecen mucho, también en lo de no aparentar su edad. Fiorella tiene —lo supe luego— alguno más de setenta y te aseguro que sigue siendo muy guapa. «Y eso que no me conoce usted en mi mejor momento», fue su respuesta a mi cumplido.

Se refería a la pérdida de su madre. Aproveché para darle el pésame y pedirle que me tutelara. Me sentía como el personaje de una comedia de Oscar Wilde.

Cenamos una trucha rellena que, me dijeron, es un plato típico de esta zona. Fiorella la cocinó en mi honor. Luego la conversación se alargó hasta que oímos tocar las doce en un campanario cercano.

Me extrañó que no estuvieran los niños en casa.

«Hoy se han quedado en Milán, con su otra abuela», dijo Silvana.

Mientras la hija preparaba café, la madre entró en harina.

«¿Quieres que abordemos hoy la cuestión de la que te hablaba en mi carta o prefieres esperar a mañana?», preguntó.

Fui absolutamente sincera.

«La verdad es que me muero de curiosidad», contesté.

«Es ese caso, alcánzame unos papeles que encontrarás en el primer cajón del aparador. Y también mis gafas, si eres tan amable.» Fiorella apartó con cuidado las migas de pan, depositó frente a ella los documentos, se puso los lentes, achinó un poco los ojos, como si quisiera fijar la vista en algo, pero se detuvo. Se quitó de nuevo las gafas, me observó.

«Antes de nada, quiero que sepas que mi hija y yo estamos dispuestas a cumplir las últimas voluntades de mi madre hasta el más pequeño detalle. Confiamos en que nos ayudes a lograrlo.»

No comprendí a qué se refería, pero asentí. Se puso las gafas y continuó:

«El testamento de mamá nos deparó algunas sorpresas curiosas. Junto con las disposiciones que ya conocíamos, que afectaban al hotel y a las cuentas bancarias, el notario nos habló de una disposición adicional,

sujeta a condición. En mi vida había oído hablar de nada semejante. Nos entregó una carta de mi madre y un puñado de llaves. En el llavero había escrita una dirección extraña, un punto kilométrico de la Via Borgonuovo, la carretera que separa Nesso del pueblo vecino de Cavagnola. Es una zona agreste, de acantilados, donde no vive nadie. Nos extrañó mucho, no sólo por la orografía del lugar, sino porque jamás nos había dicho que tuviéramos allí propiedad alguna. Decidimos ir a conocerla nada más salir del notario. Descubrimos una cabaña de piedra y adobe escondida entre la vegetación, encaramada al acantilado. En algún momento debió de ser una ermita semiderruida que alguien decidió reaprovechar, cuando esas cosas podían hacerse impunemente. Si te parece bien, nos gustaría llevarte a ese lugar mañana por la mañana. De momento, quisiera que le echaras un vistazo al testamento y a la disposición de la que te he hablado.»

Desde luego, mi anfitriona es una maestra del suspense. El testamento era lo esperado: un montón de retórica jurídica escrita en italiano y firmada por una señora cuyo nombre me llamó la atención: Eulalia Montull Serrano.

Puedes imaginar con qué zozobra dormí aquella noche.

Por la mañana me llevaron a la cabaña. Quien la puso allí no quería saber nada del mundo, desde luego. El tejado había sido reparado, algo que también las sorprendió a ellas, porque significa que su madre se preocupó de mantener el lugar en buenas condiciones, aunque nunca pusiera los pies allí.

«Creo que vas a llevarte una buena sorpresa», me advirtió Silvana, cuando entramos en aquel santuario.

No creas que exagero al llamarlo así, «santuario». Entramos en un estudio de pintor. Tenía un aspecto irreal, pero sólo porque estaba ordenado: los pinceles amontonados en cajas, los caballetes recogidos, todo el material clasificado. Si no fuera por el olor y las capas de polvo, se diría que esperaba la llegada de alguien. Junto a una pared distinguí un gran bulto cubierto por una sábana. Al apartarla, quedaron a la vista varias decenas de lienzos. Treinta y dos, para ser exactos. Estaban alineados con cuidado, ordenados según el tamaño, separados cuidadosamente por papeles de periódico.

«Mi madre debió de ordenarlo todo. También tapó los cuadros. Para protegerlos o porque no deseaba verlos, quién sabe.»

Me enseñaron uno. El primero. Era un desnudo femenino. Reconocí el estilo al instante. El trazo, el detalle, los contornos... la obsesiva preparación del lienzo (demasiadas grapas, demasiada tela...), y antes de fijarme en la firma ya me estaba formulando decenas de preguntas.

¿Lo has adivinado? Son cuadros de mi abuelo. Auténticos. Y todos son desnudos femeninos.

«La modelo fue mi madre —desveló Fiorella—. Cuando los veas comprenderás que quisiera ocultarlos.»

«¿Y todo esto?», señalé la cabaña.

«En este lugar trabajó tu abuelo durante su estancia aquí», explicó.

Fruncí el ceño.

«Pero... No me consta que Amadeo Lax estuviera aquí. Ningún biógrafo lo ha dicho nunca.»

«Tienes ante tus ojos la evidencia —Fiorella señaló a nuestro alrededor—: Los biógrafos pueden equivocarse.»

«Tómame el tiempo necesario, Violeta —terció Silvana—. Ya te dije que podías quedarte en casa cuanto quisieras. Tal vez desees estudiar mejor los cuadros, para asegurarte de que son auténticos.»

Asentí, pero sólo para ganar tiempo. Mis pensamientos iban a mil por hora. Con respecto a la autenticidad de los cuadros, te aseguro que apenas albergaba ninguna duda. Estaba clarísimo. Cuando los veas, te darás cuenta de qué hablo.

A modo de aperitivo te contaré algo: se trata de treinta y dos desnudos, ¡treinta y dos! ¡Increíble! Uno de ellos es idéntico a *Il falso ricordo*, pero en bueno. Quiero decir que aquél parece una copia burda de éste, que sin duda es el original. Las fechas lo confirman, además. Porque, como puedes imaginar, todos los cuadros están datados y titulados escrupulosamente, como todos los de Lax.

He pasado los últimos dos días analizándolos uno por uno y he redactado un inventario. Creo que será del interés del Patronato del MNAC. Te lo adjunto para que lo hagas llegar a las manos oportunas, que tienen mucho que decir en esto, y por si estimas conveniente, una vez esté todo cerrado, dar a conocer el asunto a la prensa. Silvana y Fiorella están de acuerdo. Y es que cuando sepas la condición que la difunta estableció en su testamento vas a chillar de emoción (y vas a desear pregonarlo a los cuatro vientos): lega las treinta y dos obras al Patronato del Museu Nacional d'Art de Catalunya, sí, pero con tres condiciones. La primera, que se expongan con el resto de la obra de Lax y en una zona bien diferenciada de un museo principal. Ha dejado bien claro que no quiere verlas mezcladas con cuadros de otros artistas ni alejadas de las colecciones de arte más importantes. La segunda, que yo sea la responsable del proyecto museístico que las albergue. Y la tercera, que todo ello se realice en un plazo de tres años a contar desde el día de su muerte. Si transcurrido ese tiempo la Generalitat no ha hecho nada, las obras pasarán automáticamente a formar parte de

los fondos del Museo del Prado. Ah, y me nombra a mí albacea testamentaria, para asegurar el tiro. ¿A que parece un sueño?

Un sueño o una broma, lo sé. Al cabo, es lo que tú llevas intentando todo este tiempo. Lo que mi abuelo quería.

Para terminar, creo que este lugar me está ayudando también a digerir todas las novedades de los últimos días. He estado tan confusa que ni siquiera he sido capaz de llegar a las conclusiones más obvias.

Como cuando la otra noche, después de pasar horas viendo los cuadros, le dije a Silvana:

«No me extraña que mi abuelo decidiera quedarse aquí un tiempo y ser el invitado de tu abuela. A mí me dan ganas de quedarme también. Ya ves, la historia se repite.»

Silvana me miró con incredulidad.

«¿Invitado? No, no, Violeta. Es mucho más complicado que eso. Fue el amor de su vida. Amadeo Lax también era mi abuelo.»

Inventario de las 32 obras inéditas de Amadeo Lax legadas por doña Eulalia Montull Serrano al patronato del Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC).

Por Violeta Lax, doctora en Historia del Arte (especializada en pintura modernista y novecentista) y directora del Art Institute de Chicago. Nesso, Como, Italia. 26 de marzo de 2010

Descripción general del legado:

Se trata de 32 óleos correspondientes a los años de madurez del pintor Amadeo Lax (Barcelona, 1889-1974). Todos están fechados entre 1935 y 1940, correspondiendo al primer año un 47% de los mismos (14 cuadros) y repartiéndose el resto del siguiente modo: 5 cuadros de 1936; 2 de 1937; 4 de 1938; 3 de 1939 y 3 más de 1940. La temática del desnudo femenino también es común. En 29 de ellos la modelo es la misma, los 3 restantes son detalles anatómicos en los que no es posible la identificación.

Todas las obras están firmadas y datadas por Amadeo Lax, además de tituladas en el reverso, como era costumbre del artista. Los bastidores también presentan las características comunes de los utilizados por su autor, incluyendo su celo a la hora de clavetear la tela en los ángulos (un detalle que facilita la identificación y la autenticación del material).

Se han numerado los cuadros respetando el orden en que habían sido dispuestos junto al muro del estudio. Esta ordenación se hizo obedeciendo al tamaño de las obras, estando la mayor más cercana al

muro.

Aspectos destacables:

El innegable valor artístico se acrecienta por el hecho de abordar las obras una temática prácticamente inédita en la obra de Amadeo Lax. Con una sola excepción —*Il falso ricordo*, una obra de 1962 adquirida por el barón Heini Thyssen que actualmente forma parte de la colección permanente del Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid— el pintor siempre rehuyó, y dijo aborrecer, el desnudo femenino.

Se estima el valor económico del legado completo en 15 millones de euros.

Descripción de las obras (resumen)

Nº 1: *Frío*, 200 x 170 cm . Óleo sobre tela, 1939

Es el cuadro de mayor tamaño de la colección. Representa una escena de interior. La figura femenina centra la mitad izquierda de la escena. Es una mujer joven, hermosa, desnuda, sentada en un sillón cubierto por una funda blanca, con las manos extendidas hacia la lumbre, la cabeza vuelta hacia el espectador y una abundante y larga cabellera negra cayéndole por la espalda. La viveza de su mirada y la seriedad de su expresión consiguen centrar la atención del espectador. En la parte derecha destaca la chimenea encendida, el fragmento de un espejo y unas hojas vegetales.

Nº 11: *Si las paredes hablaran*, 170 x 140 cm . Oleo sobre tela, 1936

Muestra a la modelo reclinada sobre un diván, junto a una ventana por la que se divisa el paisaje del lago de Como. Lleva el pelo recogido y viste un traje de inspiración campestre, cuya falda ha subido por encima de la cintura, dejando al descubierto un par de piernas enfundadas en medias blancas y un poblado vello púbico. La actitud desmayada de la figura femenina, la laxitud de sus brazos, la separación de sus piernas o los pies desnudos acentúan la enorme carga erótica de la composición. Como curiosidad, subrayando lo anterior, el centro geométrico de la escena lo ocupa, precisamente, el pubis de su protagonista. De nuevo conviene señalar lo atípico que asunto y tratamiento resultan en los retratos de su autor.

Nº 17: *Cruda verità (La verdad desnuda)*, 165 x 94 cm, Oleo sobre tela, 1940

Representa a la misma modelo sentada en un sillón regio,

completamente desnuda y con las piernas separadas, enfrentada a la mirada del espectador. De nuevo la zona pùblica cobra un absoluto protagonismo, ocupando el centro geométrico del lienzo. En este caso, además, no se aprecia vello y la abertura vaginal —trazada con gruesas capas de pintura roja y blanca— es de enorme realismo. Hay que remarcar que se trata de una versión mejorada —casi con toda seguridad anterior— de la obra *Il falso ricordo* (fecha da en 1962), que actualmente forma parte de los fondos expuestos en la sala Amadeo Lax del MNAC. A la espera de un futuro análisis de ambos cuadros, éste presenta una ejecución más meticulosa, de más fino trazo y mayor gama cromática.

Nº 20: *Siesta*, 150 x 150 cm . Óleo sobre tela, 1936

La misma modelo, dormida. De entre los pliegues de una sábana sobresalen la cabeza —el negro de la melena esparcida sobre la almohada contrasta con la blancura de la cama— y un seno cuyo pezón —de nuevo— ocupa el centro geométrico de la composición. El erotismo se hace presente en ese detalle, en una obra que, de otro modo, rebosaría ingenuidad.

Nº 26: *La herida abierta*, 120 x 93 cm . Oleo sobre tela, 1935

Revisión del clásico tema del «espinario». La modelo aparece aquí sentada en una roca junto a las aguas tranquilas del lago, en actitud de arrancarse una espina clavada en su pie izquierdo. Tiene el tobillo izquierdo apoyado sobre la rodilla derecha, las piernas desnudas y la falda descansando sobre los muslos, de modo que queda a la vista del espectador la zona pùblica. Una vez más, destaca el realismo y la meticulosidad anatómica con que el pintor trazó la vagina de la modelo, que aquí parece mostrarse de un modo accidental, de modo que el artista —y con él el espectador— adoptan el papel de un *voyeur*.

Nº 29: *Lo nuestro*, 70 x 70 cm . Óleo sobre tela, 1935

Uno de los tres detalles anatómicos de la colección. Muestra una mano apoyada sobre un seno. Es imposible determinar si se trata de un retrato parcial de la misma modelo, aunque todo parece indicar tal cosa. El trazo grueso deja al descubierto el lienzo en varios fragmentos. Es posible que se trate de un estudio.

Nota: el listado completo ha sido remitido al Patronato del MNAC para una primera valoración. El presente resumen ha sido elaborado con la

finalidad de dar a conocer el legado a la prensa. Bajo petición, se dispone de fotografías de los cuadros referenciados. Para más información, sírvanse contactar con Arcadio Pérez.

XII

El 10 de marzo de 1908, Maria del Roser Golorons dio por terminada la autoimpuesta prohibición de abrir el joyero francés de oro y cristal que había pertenecido a su abuela. A puerta cerrada, lo llevó hasta el saloncito, lo dejó sobre su tocador, accionó la diminuta llave y levantó la tapa. La visión del contenido la dejó al borde de las lágrimas. Se sintió culpable de una deslealtad inexistente, que la trasportó a su primera infancia, cuando abría a escondidas el cofre del tesoro y se probaba a hurtadillas pendientes, collares y pulseras. Los broches le daban miedo, porque la pinchaban con sus tentáculos de filigrana. Entonces no comprendía que su madre apenas encontrara ocasiones para lucir aquellas maravillas, siempre tan modosa como hija de costurera, siempre encerrada en casa, y le gustaba imaginar la opulencia de su antepasada, aquella bisabuela rubicunda que había sobrevivido a las guerras carlistas sin quitarse jamás sus alhajas, y se derretía de admiración, pensando que un día también ella sería así, una dama tremenda y enjoyada.

Ahora que eran suyas y que, tres meses después, el duelo por su madre comenzaba a caducar, no se sentía igual en absoluto. Mientras la belleza de las joyas le aceleraba de nuevo el corazón lamentó que no existiera aquel otro motivo de angustia, el de saber que en cualquier momento podía regresar la legítima propietaria y encontrarla otra vez con las orejas sobrecargadas de piedras preciosas, desobedeciendo de forma manifiesta y jugando a ser lo que ninguna mujer de la casa se había permitido ser jamás.

—Te llegará el momento de lucirlas cuando yo me muera, hija mía —le

dijo una vez su madre, devolviendo todo a su lugar—, pero antes tendrás que hacerte merecedora de ellas.

Maria del Roser comenzó a sacarlas del joyero y las extendió sobre una toalla limpia. Debía elegir las que luciría aquella noche, la primera en que saldría después de los rituales agotadores de la muerte, la primera en que las joyas se acomodarían a su piel y no a la de su madre, su abuela o su bisabuela. Pensó que no las merecía, que la premisa materna no se había cumplido, y en cada alhaja vio, no un capricho de la sofisticación y el lujo, sino una parte de su madre misma. Tenía un nudo en la garganta cuando oyó el zumbido de los motores aproximándose y comenzó a oír un revuelo muy extraordinario en la calle, que se detenía exactamente frente a su portal. Apartó un poco el visillo de la ventana para averiguar qué ocurría. Entonces vio al mismísimo rey Alfonso XIII descender del Hispano Suiza de Rodolfo con la ayuda de un par de señores que le resultaban familiares y subir con esfuerzo los pocos escalones de entrada a la casa. Pensó que más de un criado no sobreviviría a aquella impresión de encontrarse cara a cara con el rey y ni tiempo tuvo de devolver las joyas al cofre francés. Comprobó su aspecto frente al espejo, dejó el saloncito cerrado con llave y bajó la escalera sin perder el paso, para recibir como era debido a tan ilustre visitante.

Encontró al monarca recostado sobre uno de los sillones de terciopelo amarillo, con la cabeza desmayada hacia atrás y apoyada en un almohadón, mientras varios hombres de su séquito se esforzaban en quitarle las botas. Llevaba un uniforme que parecía muy incómodo, con sobrepeso de condecoraciones. Los soldados de la guardia real, vestidos de gala, eran como un rebaño desorientado al que se le acaba de extraviar el pastor. Los integrantes de la comitiva real, de las mejores familias de la ciudad, entre los que no faltaban jovencitos de edad similar a la del real anfitrión, tenían sudores fríos sólo de pensar cómo podía terminar aquello. Las criadas se persignaban en el rellano de la escalera, afanadas por contemplar lo que estaba ocurriendo frente a la chimenea y por resolver las urgencias que se presentaban. Por ejemplo, cuando el señor Maura pidió un abanico con que darle aire a la corona de España, Conchita se apresuró a sacar del secreter el pai-pai de mimbre que años atrás utilizaba para abanicar a los niños, y

ponerlo en manos del presidente del gobierno.

—Se ha mareado, la pobre criatura —susurró Rodolfo al oído de su esposa, en cuanto ella se incorporó al coro de almas desorientadas por el vahído real—, no me extraña, con el programa de actos que le han organizado. No le han dejado ni un segundo libre para ir al baño.

Se mandó un coche a buscar al doctor Gambús, quien llegó dispuesto a todo. Para entonces, ya el rey movía la cabeza por sí mismo y parecía delirar en voz baja. Sus labios temblaban como en una salmodia íntima. El médico le echó un vistazo cuidadoso, como si temiera romperlo, con expresión de gravedad absoluta. Igual que el resto de los presentes, debía de convenir que el rey no tenía edad de desvanecerse en ninguna parte. Y es que en aquel 1908, Su Majestad acababa de cumplir los veintidós años. Muy bien aprovechados, eso sí.

Mientras la reanimación seguía su curso y Gambús desplegabá por todo el salón las esencias de su maletín, Maria del Roser invitó a todos los presentes a salir al patio y ordenó servir un refrigerio.

—Mira que no avisarnos —protestaba Eutimia—, con lo que me habría gustado a mí engalanar la casa.

Don Rodolfo halló un momento para contarle a su esposa en qué se había ido la mañana, mientras subía a su cuarto a cambiarse los zapatos nuevos, comprados para la ocasión, por otros viejos que no le torturaran los pies. Maria del Roser trató de impedirlo, pero Rodolfo fue taxativo:

—Si no me los cambio, acabaré por proclamar la República —dijo, sentándose en la banqueta para descalzarse, mientras Maria del Roser ardía en deseos de escuchar la crónica que estaba a punto de llegar—. Creo que el pobrecillo arrastra un catarro. Me di cuenta nada más verle bajar del tren, a las nueve y cinco en punto, en el apeadero del Paseo de Gracia. Antes de subir al coche ya nos preguntó si alguno de nosotros llevaba un pañuelo y no habíamos llegado a Las Ramblas que ya había dejado inservibles dos o tres. Con semejante congestión, la compañía de los concejales, el cardenal, el jefe del Estado Mayor y el obispo, que le atosigaban todo el rato con chistes horrorosos, le ha sentado fatal. Ha llegado pálido a la iglesia de la Merced y daba angustia verle avanzar, bajo palio, hacia el *Te Deum*. Parece que el

oficio le ha mejorado un poco, y para la Salve y el besamanos a la Virgen ya parecía repuesto. Era falsa apariencia. Sin prisas, él ensuciando pañuelos y nosotros buscando otros que ofrecerle, nos hemos dirigido al cruce de la calle Reina Regente con la del Consulado, a continuar con el orden del día. Es allí donde se encuentra el número 71 de la calle Ancha, propiedad del marqués de Monistrol, precisamente el lugar elegido para iniciar la demolición. No puedes imaginarte, Rorrita, la de sillas y banderolas y estandartes y guardias de gala que caben en aquel fragmento de calle. Yo mismo he sido incapaz de contarlos. Y como algo así no puede hacerse sin los acordes de una música apropiada, también estaban allí, muertos de los nervios y embutidos en sus mejores uniformes, los miembros de por lo menos cuatro bandas municipales, incluidas las de los Talleres Salesianos y el regimiento de infantería de Alcántara, que daba gusto verlos. Para cuidar todos los detalles, alguien había colocado tiestos con plantas en la tribuna del rey, pero como él no hacía más que estornudar, corrieron a quitarlos, temerosos de haberle provocado una alergia. Ay, Rorro, te habría encantado verle allí, tan ufano y tieso como siempre, pero como asomado al balcón de su casa. También ha habido un pendón con el nombre de Cerdá, digo yo que por guardar las formas y convencer en Madrid, porque todos sabemos que nadie le pagó nunca sus planos ni sus desvelos, a no ser que ahora las críticas y las ofensas valgan como pago, que todo cabría esperarlo de estos politicuchos. Cuando han comenzado los parlamentos, no quedaba una silla que no estuviera ocupada por un gran prohombre. A mí me ha tocado la tercera fila, con una panorámica única del pescuezo del director del Banco Hispano Colonial, ufano como el padre del novio (que es quien paga la boda, claro). Al diputado Puig i Cadafalch se le ha visto también un poco congestionado, y tú y yo sabemos que no es por darle la razón al rey, precisamente. Más bien parecía barruntar qué contestará mañana cuando los republicanos le acusen en el pleno municipal de monárquico y antibarcelonés. Cambó, en cambio, estaba tan tranquilo, como si en presencia de Maura, los mauristas y el mismo rey, no echara en falta ni a su señora. El discurso de Sanllehy ha sido falto de sustancia y demasiado largo, como buena intervención del alcalde, y sólo la referencia al concejal Bastardas le ha dado un poco de aliciente, más que

nada porque el asunto de la ausencia de algunos ha elevado los cuchicheos y ha disipado los bostezos. Algún despistado ha llegado preguntando dónde estaba Bastardas, si es que también estaba resfriado. «No, sino que Bastardas quería que la inauguración fuera el martes», le ha dicho alguien, encantado de facilitar la información en tono poco discreto. «Ah, ¿acaso tiene algo contra los miércoles?» «No, salvo que el martes Maura y el rey no podían venir.» Juraría, por cierto, que durante los discursos he visto al marqués de Comillas, y no sólo a él, dar una cabezada. Los aplausos le han salvado del oprobio, pues ha vuelto en sí renovado y listo para gritar, como todos los demás y en perfecto catalán: «*Visca el Rei!*». Y ya que hablamos de las fuerzas conservadoras, debo decirte que Maura nos ha dejado a todos petrificados con un discurso que más parecía de ingreso a la Real Academia, de tan florido y recargado como se lo han escrito: «Al igual que el árbol pletórico de savia que echa nuevos y vigorosos brotes y rompe en rica y abundante eflorescencia, Barcelona, que está llena de vida, necesita realizar su reforma, sustituyendo por grandes vías las calles estrechas de la ciudad antigua y bla bla.» Ha dejado a todo el mundo aturdido, meditando acerca de la floración, mientras las autoridades, Maura y el rey a la cabeza, caminaban ya hacia el número 71 de la calle. Allí les esperaban un ujier piqueta en mano. No era una herramienta cualquiera, no te asustes, sino una fundida en plata y oro para la ocasión, con mango de acacia. Una pieza de museo, vamos, aunque no se sepa aún en qué museo ponerla. La ha agarrado primero Sanllehy y solemne como quien entrega una custodia se la ha ofrecido al rey. ¿Y te puedes creer que éste la ha empuñado sin extrañeza y hasta con cierta profesionalidad, como si tuviera práctica en esto de demoler ciudades? «¿Y qué pasará si no derriba la piedra?», ha preguntado alguno de esos que siempre recelan de las aptitudes de los Borbones. Comillas le ha explicado (y yo mismo no entiendo cómo podía saberlo): «Imposible, caballero, no sufra. La piedra ha sido descalzada y está más suelta que muela de vieja.» También ha habido algún comentario malintencionado: «¡Esto es lo que yo quería ver: al rey picando piedra!» Al fin, sin sobresaltos, la piedra se ha descalzado, como era de esperar, y todo el mundo ha aplaudido, felicitándose, y entretanto el rey ha corrido a pedir un pañuelo. Después de las fotografías

para la prensa y los saludos de rigor, la comitiva se ha puesto en marcha de nuevo, camino de la audiencia, el almuerzo y la recepción, que debían sucederse, por este orden, en la Capitanía General. Pero al subir al coche el pobrecito Alfonso estaba pálido y sudoroso. Alguien le ha preguntado si se encontraba bien, si deseaba alterar el programa, si bien él se ha limitado a decir: «No, no. Continuemos. Ahora, ¿qué toca? ¿Ya vamos a comer?» Y cuando le han explicado que seiscientos industriales le estaban esperando para explicarle sus conquistas más recientes, ha cerrado los ojos, se ha enjugado el sudor con la manga del uniforme de almirante y ha dicho: «Así sea, pues.» Pero ya no ha sido posible continuar. Al llegar a la puerta de la Capitanía General, el rey no abría los ojos y no respondía ni a los zarandeos de los nobles más almidonados de su séquito. Alguien ha bromeado diciendo si ha sido Bastardas quien ha organizado este no parar. Algún exagerado ha hablado de un envenenamiento, de otro atentado y de no sé cuántas exageraciones más. Menudeaban los comentarios y todos parecían más preocupados por el retraso en el orden del día que por la salud del desvanecido, y como, en suma, nadie sabía qué hacer ante la contrariedad, he dado órdenes de traerle a casa de inmediato y todos han estado de acuerdo. Así de paso, he pensado, me cambio de zapatos. Y no te enfades conmigo, Rorrita, que sé de sobra cuánto te disgustaría tener un marido cojo.

Rorro sonreía, complacida con aquellas crónicas de Rodolfo, tan detallistas que la transportaban a las escenas descritas. Le dirigió una mirada benévola.

—Has actuado muy bien, cielo, como siempre —sentenció.

Rodolfo, que acababa de calzarse sus viejos botines, lanzó un suspiro de alivio.

—Estaba seguro de que me comprenderías, mujer. Y ahora, vamos, oigo revuelo abajo y no quiero que diga nadie que los anfitriones se esconden.

El revuelo se debía a la llegada del cardenal y su séquito, dos o tres obispos y un arcipreste, quienes no bien bendijeron las sabias y diminutas manos del doctor Gambús se dirigieron derechos a la zona del refrigerio, como si conocieran el camino. Allí descubrieron que en aquella casa se comía muy bien y que la concurrencia sólo hablaba de la recepción de gala que

estaba prevista aquella misma noche en el Liceo. Y ambas cosas fueron de su agrado.

—Yo no creo que deban ustedes suspenderla. No creo que por un simple catarro se arriesgue Su Majestad a disgustar a tantos y tan queridos amigos — dijo monseñor Laguarda, que además de obispo era experto en los mecanismos que hacían funcionar las relaciones de los poderosos.

El cardenal y sus acólitos asentían con la boca llena, dando la razón a su excelencia.

La situación había dado alas a Eutimia para protagonizar el último gran despliegue de su vida. Había cumplido ya sesenta y tres años, pero el mando le devolvió milagrosamente la juventud durante unas horas y se la vio disfrutar mientras ordenaba a las camareras que pusieran a enfriar más champán, que corrieran a preparar más canapés y que se apresuraran a cortar más embutidos. Al final del día, sin embargo, obtuvo lo que sintió una recompensa por sus muchos años de servicio y dedicación, cuando Alfonso XIII, ya más sonrosado, con una media sonrisa, le dijo que lo había encontrado todo delicioso. Eutimia sintió que le daba un vuelco el corazón y corrió a tocarse el medallón donde guardaba el bigotito de su difunto para que también él participara del momento. Y el resto de sus días fue feliz pensando que le había devuelto el sentido al rey de España.

—Qué triste es un *vernissage* al que sólo asisten caballeros, aunque algunos lleven plumeros en la cabeza y el pecho lleno de medallas — musitaba Concha al oído de Juanita, viendo la presencia de todos aquellos señores uniformados en el patio—. Si lo llegamos a saber, habríamos colgado la bandera.

Maria del Roser le habría dado la razón en silencio. Ella también echaba de menos la bandera y el adorno de los trajes de gala de las señoras, que lucirían en todo su esplendor aquella misma noche en el Liceo. Había decidido asistir por Rodolfo, quien detestaba las conversaciones de antepalco y se desinspiraba en cuanto se habían pronunciado las cortesías de rigor. Maria del Roser sabía lo violentos que resultan los silencios en los encuentros de sociedad, sobre todo los que derivan de la torpeza de los contertulios, de modo que decidió acompañarle con la intención de hablar por los codos,

como de costumbre.

La elección del traje vino tan cargada de condiciones que la modista casi pierde los nervios: «Nada de negro, que a Rodolfo le pone triste. Blanco, menos, eso se lo dejamos a las señoritas de puesta de largo. Después de los treinta y cinco, el rosa es equívoco. Ni el verde, ni el turquesa, ni las cretonas ni las sedas se avienen con mi ánimo. Y los horribles marrones los dejo para dentro de veinte años. ¿Usted qué opina?» La modista estaba ofuscada. Como último recurso, puso sobre la mesa una muestra de fina seda recién llegada de París y, jactanciosa como quien muestra una carta jugadora, dijo: «Lo que usted necesita, señora, es el malva.» Maria del Roser Golorons lo encontró de lo más acertado. Aquel color solemne conjugaba la última moda con la rancia solemnidad eclesiástica. Mandó que la cola y el escote fueran más breves que de habitual y se empeñó en llevar mangas abullonadas por debajo del codo. Como siempre que tomaba una decisión, no hubo forma de hacerle cambiar de parecer.

La preocupación por el acto del Liceo no sólo tenía que ver con la salud del rey.

—¿Ya se sabe dónde lo colocarán? —preguntó el marqués de Robert.

—Ay, por Dios, no hable del rey como si fuera un jarrón —le regañó el señor Milá i Pi, del Círculo del Liceo—. Claro que se sabe, hombre. Los marqueses de Juliá y de Sotohermoso han cedido sus palcos para que los ocupen las autoridades. Maura, el rey y el séquito.

Julia, que andaba cerca, persiguiendo las lonchas de salchichón de Vic que una camarera portaba en una bandeja, intervino, oportuno:

—Si esos papanatas antitodo no hubieran eliminado el palco de su abuela, ahora no habría que hacerle sitio en cualquier parte.

—Claro, pero si Isabel II quería que sus nietos vieran las funciones, haber pagado la reconstrucción del teatro, como se le pidió después del incendio. Qué gesto más feo por su parte —opinó Milá i Pi.

Rodolfo asentía, sabedor de que sus conciudadanos, por lo menos los que tenían tratos con él, eran capaces de perdonarlo todo, menos que alguien no pagara su parte.

—¿Y cuál es el programa previsto para el concierto? —quiso saber el

joven Albert Despujol, enarbolando una ostra—. Espero que sólo Wagner.

—No, señor —se adelantó Maria del Roser—, también incluye Grieg y Paul Gilson. Piensen que tal vez el rey no es tan wagneriano como nosotros.

—¡Qué tontería! ¿Por qué no iba a serlo? —replicó Camilo Fabra.

—Hay quien no soporta su música y hasta le inventa ripios —terció don Emilio de la Cuadra—. Ya sabe: «De Wagner, viejo teutón / fueron a oír un tostón», y cosas así.

—¡Tonterías! —añadió Fabra, indignado—. Toda persona de buen gusto adora a Wagner. Quien haya compuesto esos versos, merece quedarse sordo.

Algunos pensaron que esa defensa de lo germánico resultaba curiosa en un hombre que acababa de asociarse con un inglés para extender su producción algodonera a todo el mundo, pero no comentaron nada, pues de todos era sabido que la ópera y los tejidos de algodón discurren por caminos muy distintos.

De dentro llegaron buenas noticias. El rey había abierto los ojos. Las camareras, azoradas de vergüenza, le estaban sirviendo un pisco. Por ahora, el médico estimaba oportuno que no viera a nadie. Las buenas nuevas relajaron los ánimos.

Albert Despujol dejó por un momento las ostras y preguntó a los anfitriones por su hijo Amadeo, que tenía su misma edad. A los Lax les llamó la atención oírle hablar en un horriso castellano y no supieron si lo hacía por respeto a la compañía o por darse aires de nobleza.

—Está de viaje —informó Rodolfo—, no sabemos si en Italia o en París.

Maria del Roser añadió:

—Le autorizamos a completar su formación artística y personal con un viaje de estudios. Lleva fuera dos años.

—Qué suerte tienen algunos —opinó Despujol—. Yo, en cambio, no puedo pensar en marcharme a ninguna parte por culpa de los sacrificios que me imponen mi prometida y el trabajo. Mi suegro espera que la renuncia me convierta en un hombre responsable, digno de la gerencia de sus industrias. Yo también lo espero, les confieso. Me casaré a finales de año, ¿saben si su hijo habrá regresado para entonces? Quisiera pedirle que me honre siendo uno de los testigos de mi boda.

El porte del joven Albert Despujol, unido a sus modales refinados y la ambición que se adivinaba bajo su afición al trabajo, le había convertido en una de las piezas más buscadas por las cazadoras jóvenes de la buena sociedad. Al fin se había prometido con una Muntadas, acorde a las expectativas de su familia y de sí mismo.

—Le escribiré —dijo Maria del Roser—. Estoy segura de que le encantará adelantar su vuelta para una ocasión tan especial. Ya sabe que mi hijo le estima mucho.

Maria del Roser cumplía su papel, por supuesto, aunque en realidad tenía sus dudas de que Amadeo no detestara a Despujol, como le ocurría con casi todo el mundo.

También Octavio Conde Gómez del Olmo formaba parte del escogido grupo de jóvenes que acompañaban al rey en su periplo por la ciudad y, en consecuencia, también él departía en el patio en aquel momento. Cuando los Lax se acercaron a su grupo, saltando de flor en flor como buenos anfitriones, sorprendió con una pregunta:

—¿Ya saben ustedes que los hijos de don Eusebio Güell son un par de héroes?

Refirió a continuación una historia que en esos días estaba en boca de todos. Hacía referencia a los dos hijos del archiconocido industrial:

—Ocurrió esta semana en la fábrica de Santa Coloma de Cervelló. Un obrero de catorce años cayó de pie en una de esas cubas de tinte que se denominan «barcas». Los ácidos le quemaron las dos piernas y los médicos informaron que sólo los implantes de piel podían evitar la amputación. Se requerían veinte voluntarios, que aportaran cada uno un rectángulo de piel de unos veinte centímetros de lado por siete de ancho. El primer voluntario en ofrecer su piel fue el sacerdote de la colonia, un santo varón apellidado Cobarrubias. El segundo y el tercero fueron los dos hermanos Güell, Santiago y Claudio, el gerente y el vicedirector de la fábrica, respectivamente. Y no fue un gesto falso, porque al día siguiente fueron los primeros a quienes se extirpó del costado aquel pedazo de sí mismos.

—¡Eso es exactamente lo que necesitamos! ¡Héroes aristocráticos! —saltó el alcalde Sanllehy, con chispeante alegría—. ¡Si Llimona los esculpe

en piedra de Montjuïc yo me comprometo a colocarlos en la Plaza Cataluña!

—Desde luego, estarían allí mejor que todas esas palmeritas enanas que nos ha plantado usted, don Domingo —terció Salvador de Sama, que además de rico, marqués, diputado y ex alcalde era aspirante a la alcaldía—. ¡Pero controle a los artistas, no vaya a ser que representen a los dos valerosos jóvenes en cueros y entonces no habrá quien coloque las estatuas en la vía pública!

Lo que de verdad le salía bien a Salvador de Samà era pavonearse ante Rodolfo de haber sido más rápido que él. Se diría que ambos vivían por adelantarse al otro y recordar de por vida las ocasiones en que lo habían conseguido. Para el testarudo Lax, la espinita que Samà le había clavado más hondo fueron aquellos terrenos montañosos que parecían lejos de todo y que luego vendió a Eusebio Güell a un precio exorbitante para que su protegido, ese Gaudí que no sabía trazar líneas rectas, los utilizara para su último adefesio.

—¡Déjensela a don Salvador —bromeó Rodolfo—, y seguro que nos llena la Plaza Cataluña de obeliscos!

Doña Maria del Roser se había acercado a don Octavio Conde. El joven, por cierto, era el único de los presentes que podía enorgullecerse de ser amigo de Amadeo. También era el único con quien el mayor de los Lax se mantenía en contacto de vez en cuando. A él recurrió Maria del Roser en cuanto pudo hablarle a solas:

—Por favor, Octavio, ¿podrías escribirle a Amadeo y preguntarle si piensa regresar pronto? No deseamos verle tan apartado del mundo y de sus obligaciones. Tarde o temprano deberá tomar lo que le pertenece, y en esta ciudad las ausencias prolongadas se pagan muy caras.

—Por supuesto que sí, señora Lax, se lo preguntaré con mucho gusto. Aunque debo advertirle de que su hijo no va a hacerme caso. Ni a mí, ni a nadie más que a su voluntad.

—He leído que últimamente os acusan de lerrouxistas —interrumpió don Rodolfo, siempre más interesado por las cuestiones que contaban los periódicos que por lo que ocurría en su casa.

—¡No me hable! ¡Mi padre está trastornado con todo esto, pero dice que

ni por ésas piensa aprender el catalán! Ya le digo que no es necesario llevar las cosas a ese extremo, que al fin y al cabo el catalán es un dialecto agradable al oído y parece que incluso apropiado para algo más que vender bueyes, como se quiere demostrar hoy día, con la de poetas y dramaturgos que brotan por todas partes. Pero mi padre sigue convencido de que en Barcelona, para merecer el título de ciudadano, hay que estar en contra de algo o de alguien. Ya saben que es un hombre testarudo.

Maria del Roser sonreía con benevolencia al escuchar al hijo de su amigo y compañero. Precisamente en esos días, la testarudez de don Eduardo Conde había reportado grandes satisfacciones al grupo espiritista al que ambos pertenecían.

—Su padre es un gran hombre —dijo Maria del Roser— y muchos lo saben y lo reconocen.

Maria del Roser se refería al traslado de los restos mortales de Francisco Canals Ambrós, operación en que don Eduardo había puesto gran empeño. Gracias a él los feligreses del joven milagrero, que se contaban por miles, tenían por fin un lugar donde rendirle culto. Iba a contárselo a don Octavio, a quien suponía ajeno a esos méritos de su padre, pero las veleidades de la nobleza, cuyos ánimos se encendían en cuanto afloraban ciertos asuntos, se lo impidieron.

—Hablando de catalanistas... —apostilló Claudio López, segundo marqués de Comillas, propietario del Banco Hispano Colonial y apodado «el Limosnero Mayor del Reino» por su afición a las obras de caridad— he oído que el rey va a quedarse en Barcelona para asistir al Palau de la Música. ¡Tomen ejemplo, caballeros! ¡Eso es solidaridad catalana, y no lo de Prat de la Riba!

—Sí, sí... yo diría que lo que le interesa, más bien, es conocer la guarida del enemigo, ¿no creen? —intervino el señor Plandolit, del Banco de Barcelona.

Los marqueses asentían. La reunión los tenía distendidos y propicios a las confidencias. Aseveró López:

—Es sabido que Barcelona le gusta al rey mucho más que Madrid.

—¿No será que los barceloneses le gustamos más que esos nobles

madrileños que parecen todos sacados de un cuadro de Velázquez? — preguntó otro insigne banquero, el señor Estruch.

Rió don Rodolfo:

—Yo más bien diría las barcelonesas.

—Tiene razón —asintió Plandolit—. Victoria Eugenia se descuida en exceso. Su marido es demasiado joven y ella demasiado inglesa para que la comedia no termine en sainete.

Justo en ese momento se unió al grupo don Ramón Bassegoda, barbudo y prominente octogenario, además de pertinaz emisor de humo de tabaco.

—¿Qué hay, jóvenes? —saludó, antes de inclinar la cabeza ante Maria del Roser—. ¿Están todos ustedes bien?

Octavio respondió con un gesto de cortesía.

—¿Cómo se encuentra su padre, conde? ¿Se ha recuperado ya de la pérdida de la dulce doña Cecilia?

De nuevo Octavio respondió con una convención. Breve, porque no deseaba hablar de la muerte de su madre, producida por accidente, cuando una botella de gasolina incendió sus largas faldas. La prensa, por fortuna, silenció la causa y toda la ciudad apoyó a la familia en su dolor. La discreción hizo la desgracia más soportable.

—¿Y a usted, Rodolfo? ¿Le va bien? Me han informado de que además de demoler ciudades, ahora traslada conventos de monjas piedra a piedra.

Rodolfo puso los ojos en blanco, como diciendo: «Ay, no me hable.» Se refería a las monjas del convento de Santa Maria de Montesión, tan caprichosas como aficionadas a las mudanzas difíciles.

Bassegoda acusó con un dedo índice al anfitrión y bajó un poco la voz:

—Por cierto, don Rodolfo, ¿usted no podría conseguirme algún pórtico o alguna columnata de esos que ahora sobran en todas las iglesias? Me gustaría tener un detallito con mi señora, con motivo de nuestras bodas de oro. He oído decir que gracias a usted cierta baronesa compró a precio de ganga el portal del convento del Carmen y que lo luce en su jardín, junto a aquellas catorce columnas que les sobraron a las monjitas de Junqueras. Le sobraron a precio de oro, dicho sea de paso, pero a mí me da lo mismo, porque puedo pagarlo. Me parece tan bonita esta costumbre moderna de reducir conventos a

la escala de Cerda. También Dios tiene que cuadrícularse, para adaptarse a los tiempos. Para ser sinceros, yo no esperaba grandes cosas de alguien que sólo piensa en poner cloacas por todas partes. ¿Usted cree que a esta ciudad le faltan porquerías subterráneas? ¡Qué disparate! Por cierto, he sabido que Plandiura, el comerciante de azúcar, no hace más que comprar retablos y pilas bautismales dondequiera que va. La verdad es que un retablo tampoco me disgustaría, siempre y cuando no esté lleno de demonios y quede bien en el jardín. ¿Qué le parece?

Como Rodolfo se abstuvo de opinar, Bassegoda prosiguió:

—¡Ah! ¿Se acuerda usted, Rodolfo, cuando llegamos a Barcelona? Qué tiempos. La ciudad tenía puertas que se cerraban de noche, con un soldado enemigo apostado frente a cada una. Cuando empezamos a gritar aquello de «¡Abajo las murallas!» siempre había un aristócrata decrepito mirándonos como si fuéramos a quitarle lo suyo. Ustedes no saben lo que hemos hecho, jóvenes. Lo de ahora no tiene ningún mérito comparado con lo de entonces, igual que los inviernos ya no son lo que eran. Si es que el progreso se nota hasta en el tiempo, ¡ahora ya no hiela como antes! Pero díganme, caballeros, ¿prosperan ustedes? ¿Ganan su buen dinero? ¿Piensan en casarse? Porque sin dinero y sin mujer no se puede hacer nada bueno en la vida, recuérdelo siempre.

Dicho lo cual, Ramón Bassegoda, socio fundador de la sociedad Constructora Catalana S. A., arruinado durante la crisis del mercado inmobiliario de 1866 y surgido de sus cenizas algo más tarde para devenir empresario teatral, se alejó al paso cansino que imponían sus ochenta y cuatro venerables años.

En éstas se abrió la puerta del patio y la figura larguirucha del rey Alfonso XIII se perfiló sobre los cristales multicolores. Todas las conversaciones se disolvieron en el acto. Los miembros de la guardia real se apresuraron a soltar los canapés y las croquetas y se dispusieron en formación. Los banqueros dejaron los chascarrillos para otro día. El cardenal y su recua corrió a santiguarse. Los militares taconearon y los industriales se sintieron a salvo. No había duda de que el rey tenía mejor aspecto, lodo, excepto su nariz, que estaba colorada como un pimiento. Maria del Roser

Golorons le saludó con una reverencia.

—Señora Lax, no sabe cuánto le agradezco su hospitalidad —dijo Alfonso XIII, con una sonrisa aguada en los labios, tomando las manos de su anfitriona— y le aseguro que encontraré el modo de devolverle el gesto.

Alguno de los presentes vieron en esta frase del rey la promesa de un título nobiliario. Al fin y al cabo, Alfonso XIII era tan aficionado a repartir prebendas de ese tipo como los burgueses adinerados lo eran a recibirlas.

—Mi pago es su mejoría, Majestad —dijo Maria del Roser, bajando la mirada a las baldosas del suelo.

Aprovechando la felicidad del momento, la señora de la casa mandó traer a Violeta y formar al servicio. La niña, muerta de vergüenza, compareció ante el rey con aquel aire suyo de pajarito recién caído del nido. El rey la besó en las mejillas y le preguntó cuántos años tenía.

—Casi once —informó ella.

—Le va a pegar el catarro —susurró Conchita para sí.

Maura propuso un brindis, para el que hicieron falta otras dos cajas de Veuve Cliquot que provocaron en Eutimia un ataque de furia.

—Ese hombre debería entender que esto no es el Parlamento, ni aquí podemos sacar bebida de la chistera, como hace él con las leyes —refunfuñó la gobernanta.

Después del brindis, el rey quiso reanudar el programa previsto. Como el pisco servido en el patio de los Lax había sido abundante, se optó por suprimir el almuerzo y pasar directamente al besamanos. Todos volvieron a los coches en el orden protocolario y sin más sobresaltos, mientras Violeta interpretaba la Marcha Real en el piano del salón. Los últimos en bajar fueron don Rodolfo, el cardenal, Antonio Maura y el propio rey. Doña Maria del Roser los observó desde el piso superior, orgullosa de ver a su ratoncito tan bien acompañado. Hubo una nueva demora mientras Alfonso XIII saludaba a los criados, firmes y en fila, al pie de la escalera, con Eutimia a la cabeza. La pausa salvó la piel a los seis lacayos que acompañaban al rey, vestidos a la Federica —es decir, con tirabuzones blancos, tricorno con plumas, casaca roja, calzón corto y medias blancas— y que se habían dejado engatusar por Vicenta, quien les servía su propio *vernissage*, encantada de la prestancia que

imprimían a su cocina. Cuando el rey bajó al fin la escalera y pisó el pasaje Domingo, era una persona nueva y los lacayos estaban en sus puestos. Luego subieron todos a los coches y desaparecieron, dejando la casa mucho más revuelta pero tan silenciosa como la habían encontrado.

Aquella noche, después de que en el Liceo todo saliera según lo deseado, cuando don Rodolfo roncaba como una locomotora vieja, una manada de pensamientos incómodos mantenían en vela a la señora Maria del Roser. No sólo meditaba acerca del inesperado privilegio que le había deparado el día, por el que se sentía muy afortunada: no podía quitarse de la cabeza al joven Albert Despujol o a su querido Octavio Conde, la soltura con que se desenvolvían en sociedad, la familiaridad que utilizaban para dirigirse al rey, y en lo lejos de todo aquello que se encontraba su hijo, a quien habría querido ver tan integrado y natural como a sus amigos. No podía soportar la sospecha de que Amadeo era incapaz de comportarse como ellos. Y no podía evitar sentirse culpable de ello: «Debí atenderlo más de pequeño, no dejarle tanto en manos de Conchita, no permitir que Rodolfo interviniera de aquel modo tan brusco cuando comenzaron los problemas», se decía, lúcida, en la oscuridad.

Impelida por ese convencimiento, que la culpabilidad espoleaba, se levantó de la cama, fue a oscuras hasta el escritorio, prendió el diminuto quinqué, tomó papel de carta y escribió una nota a Amadeo anticipándole el enlace matrimonial de su amigo Josep Maria Albert Despujol con la chica Muntadas y el deseo de aquél de solicitarle su presencia en calidad de testigo. Escribió la dirección del hotel de Roma que Amadeo le había indicado como su paradero más definitivo y dejó la carta lista para ser llevada al correo a la mañana siguiente. Regresó a la cama, cargada con el peso de aquel disgusto tan inoportuno.

Tres semanas más tarde llegó a vuelta de correo la respuesta de su hijo.

«Querida madre: por ahora no preveo regresar. En cuanto decida hacerlo, se lo haré saber. Le ruego envíe de mi parte un regalo apropiado al señor Despujol, junto con mis deseos de felicidad y descendencia. Su hijo, que le quiere,

Amadeo.»

La señora Maria del Roser no se sintió mejor después de esto. Por fortuna, en seguida llegó el veraneo, que siempre apaciguaba sus ánimos. La brisa marina y la lejanía de los problemas urbanos la ayudaron a acostumbrarse a la idea de que su hijo no daba ninguna importancia a las cosas que a ella le quitaban el sueño. Decidió prolongar su asignación y dejarle un poco a sus anchas. Después de todo, eso era menos trabajoso que disgustarse a todas horas.

La estancia de Amadeo en el extranjero se prolongó todavía doce meses y habría durado aún más de no haber ocurrido algo que cambió el rumbo de los acontecimientos. Años más tarde, el heredero de los Lax consideraría ese momento como el final abrupto de su juventud.

El 30 de julio de 1909 el joven pintor recibió un telegrama urgente.

«Papá muerto. Regresa de inmediato.»

LUNES, 1 DE MARZO DE 2010

EL CULTURAL, 19

IMPROVISACION DESPUÉS DE TREINTA Y SEIS AÑOS

Nuria Azancot

Después de una tortuosa historia que comenzó con la apertura del testamento del pintor novecentista Amadeo Lax en 1974, por fin la Generalitat de Catalunya se ha decidido a dar algún uso al palacete que fue del artista y que aquél legó al gobierno autonómico con la intención de destinarlo a espacio museístico. Pero como los designios de las instituciones son inescrutables, después de treinta y seis años de pasividad, ayer se presentó a la prensa el proyecto arquitectónico — que firma Ricard Selvas— de una nueva biblioteca que llevará el nombre del pintor y que, según sus responsables, podría inaugurarse en el año 2013, después de quince meses de obras de

acondicionamiento. La nueva infraestructura tendrá, reza el proyecto, una superficie de tres mil metros cuadrados y acogerá un fondo especializado en arte contemporáneo único en la ciudad, con más de cien mil volúmenes. Contará, además, con videoteca, fonoteca y una pequeña sala de exposiciones. La muestra inaugural se dedicará, como era de justicia, a Amadeo Lax. La presentación del proyecto a los periodistas estuvo a cargo del propio arquitecto quien, preguntado por la ausencia de autoridades en el acto, bromeó diciendo: «Los políticos tienen cosas más importantes que hacer.» Es una lástima que ni siquiera las próximas elecciones sean motivo para que los responsables de la vida pública den la cara por un proyecto que lleva casi cuatro décadas esperando ver la luz. Y que, cuando por fin lo hace, sea desvirtuado por completo y con un incomprensible grado de improvisación.

XIII

He aquí lo que no sale en los periódicos: por la mañana, temprano, el arquitecto encargado del proyecto, de nombre Ricard Selvas, desembarca en la casa. Tiene la actitud imperturbable de una apisonadora. No es tan descabellada la comparación, puesto que la primera misión de los hombres que comanda será derribar los tabiques que estorban al proyecto de la futura biblioteca. Aquellas paredes, ajenas al paso del tiempo, tienen hoy las horas contadas.

La visita es de exploración, aerosol de pintura en mano. El arquitecto condena con una cruz roja las paredes que deben ser eliminadas. Luego se retirará a su despacho y a sus proyectos, para que el polvo no le ensucie el traje. Pero no cuenta con un inconveniente. Al segundo día de comenzadas las obras, recibe una llamada del capataz.

—Hemos encontrado una puerta detrás de un tabique del segundo piso. ¿Quiere verla o la echamos abajo directamente?

El arquitecto es un hombre responsable y curioso. Quiere verla. Llega antes de mediodía. Los obreros han salido a comer. Una niebla sucia invade la casa. El capataz le conduce hasta el segundo piso. Por la brecha abierta en una de las paredes laterales se distingue una puerta de doble batiente. La demolición ha partido por la mitad uno de ellos y ha abierto un boquete en el otro, pero la pintura, de color rosa pálido, aún es apreciable. Igual que la manecilla, que sobrevive.

—Es raro —observa el capataz—. Está cerrada con llave.

Selvas examina el hallazgo. Empuja la madera rota para hacerla ceder. Al otro lado hay una oscuridad misteriosa.

—He leído cosas de altares y capillas tapiados, pero ¿para qué se tapia una habitación?

—¿Habría que avisar a alguien? —pregunta el capataz.

El arquitecto ya lo ha pensado. Hay dos posibles soluciones. La primera, llamar al pesado de Arcadio Pérez, dejar que meta sus odiosas narices, resignarse a un retraso de las obras nada más comenzar. La segunda, fingir que el hallazgo no les sorprende. O mejor: fingir que no ha ocurrido. De todos modos, una vez terminen de derribar paredes nadie reconocerá los antiguos espacios.

—Échala abajo —ordena—, yo me hago responsable.

Selvas es un hombre ocupado. Tiene una reunión a las tres, cerca de aquí, ha llegado en seguida porque le pillaba de camino, pero ahora tiene que irse. No han pasado ni tres cuartos de hora cuando el capataz le llama de nuevo.

—Estoy reunido, hombre.

—Es sobre el cuarto tapiado, señor. Tiene cama y todo. Y está lleno de trastos antiguos. Yo creo que alguien debería verlos, no vaya a ser que haya algo de valor.

—Muy bien, ya me ocupo yo. Dejadlo todo como está.

—Perfecto. Además, nadie se atreve a entrar. A los chavales les da miedo.

—Ni que fuera la tumba de Tutankamon. Dígales que son mayorcitos.

—La verdad es que muy mayorcitos no son. Además, la mayoría no me entiende cuando hablo. Son rumanos. Y marroquíes. Dos pueblos muy supersticiosos, que ven muertos por todas partes, jefe.

Pensando en los muertos, y en la madre que los parió, Selvas llama a Arcadio Pérez. También él comparece en la casa en seguida, a pesar de que no esperaba volver antes de que la transformación hubiera terminado, ni deseaba verla así, en ruinas. Con él llega Violeta.

El capataz les muestra el camino hasta el descubrimiento. El suelo está sembrado de cascotes. Lo que queda de la puerta rosada está apoyado junto a una de las paredes maestras. El hueco en el muro parece un pasadizo a otra

dimensión. Ambos irrumpen en ella, observan a su alrededor.

Hay una cama de armazón de hierro, con su colcha raída y su almohada, presidida por la imagen de una Inmaculada Concepción niña. Sobre la cama, descansa una muñeca de porcelana vestida de tul. El mobiliario se completa con una silla, un armario rectangular con luna de cuerpo entero y una cómoda de cuatro cajones. Encima de ésta, varios objetos parecen recién abandonados: una escribanía de bronce, un jarrón, un misal, una vieja caja de hojalata, un rosario, un par de guantes, un pasador de pelo... Violeta toma este último. Es un pequeño rectángulo de nácar y perlas, muy similar al que aparece en aquel estupendo retrato de Violeta, aburrida frente al piano. Un objeto con su propia inmortalidad.

Abre el armario. Una docena de vestidos cuelgan a un lado. Al otro, unos cuantos sombreros se apilan en un par de estantes. Abajo están los zapatos. Seis pares. De mujer.

—La cómoda también está repleta de ropa. —Arcadio señala un cajón recién abierto.

Violeta husmea en las cosas que hay sobre el mueble. Se prueba los guantes, que se adaptan perfectamente a sus manos pequeñas. El misal tiene letras de oro en el lomo. El otro libro es una novela: *Espirita*, Teófilo Gautier, lee en la cubierta. Es una impresión tipográfica de 1861, firmada por la Librería madrileña de Alfonso Durán. En las guardas lleva un ex libris de estilo modernista que representa un libro cerrado sobre el cual reposan una jarra de agua, una rama de olivo y una balanza, todo entrelazado con las iniciales O. C. G. O. Lo hojea. Tiene pasajes subrayados. Se detiene en el primero que encuentra, en la página 86: «A partir de este momento, todas las mujeres que había conocido se borraron de su memoria.» De entre las páginas cae al suelo un sobre de esquinas desgastadas. En el remite descubre un nombre que no le suena de nada: Montserrat Espelleta. Está dirigida a Teresa Brusés, pero no lleva dirección. Por su parte superior, limpiamente rasgada, Violeta extrae tres hojas de letra redonda y perfecta, que de inmediato le recuerda a la caligrafía de las monjas de su colegio. El encabezamiento reza: «Estimada señora.» La carta es demasiado extensa para leerla ahora. La guarda de nuevo en su envoltorio y continúa la pesquisa.

La caja de hojalata está serigrafiada con ilustraciones infantiles y lleva la marca de una vieja fábrica de galletas escrita con letras modernistas. Está llena de recortes de periódico y papeles viejos. Los mira con la expresión desolada de quien sabe que, por mucho que se esfuerce, no conseguirá entender tantos misterios.

El pasado, visto desde el presente, tiene este aspecto: un rompecabezas al que le faltan piezas.

—¿Pueden trabajar en las otras plantas mientras nos llevamos todo esto?
—pregunta Arcadio.

Selvas concede el deseo, benévolo:

—Está bien. Pero háganlo cuanto antes.



Violeta se aburre de esperar, 1913

Oleo sobre tela, 95 x 41 cm

Barcelona, MNAC

El único retrato conocido de Violeta Lax Golorons, la hermana del pintor, es acaso uno de los más delicados de toda la trayectoria del artista. En él se representa a la joven vestida de largo y sentada al piano, de lado, con una mano apoyada en la mejilla y la otra pulsando las teclas con escaso interés. Las perlas del pasador de pelo que luce la modelo, junto con el cuadro que se aprecia en la pared del fondo —al parecer, un plano de la ciudad de Barcelona— han hecho que a menudo se vea esta obra como un tributo a Vermeer. Se han destacado muchas veces la expresividad del rostro femenino, el brillo de los ojos, la fugacidad del momento captado, la sutileza de la escena y el gusto por el detalle, tan notables en los retratos familiares de Lax. Destaca la firmeza en la ejecución, la pincelada amplia y limpia y el modo tan original de tratar el espacio, simplificando los planos. En cuanto a

la gama cromática, la obra se asienta sobre el blanco del vaporoso vestido y los tonos pardos del piano —una pieza de la fábrica Cassadó y Moreu, de 1902, de caoba de Cuba y marquetería, perfectamente reconocible—, destacando la nota de color que aporta la rosa azul que la muchacha luce en el escote. En el lenguaje Victoriano de las flores, que Lax empleó con frecuencia en sus retratos, la rosa azul significa lo imposible. En este caso, el símbolo aludía a la curación de su hermana, que murió un año después de posar para este retrato, cuando sólo contaba dieciséis años.

Retratistas españoles del siglo XX.

(Catálogo de la Exposición)

Art Institute of Chicago, Chicago, Estados Unidos, 2010

XIV

Maria del Roser Golorons tenía sus razones para pensar que no había atendido bien a sus hijos. De hecho, a nadie de su posición se le pasaba entonces por la cabeza perder el tiempo cuidando mocosos. Para eso estaba el servicio, que sus buenos cuartos les costaba. Los niños afeaban las reuniones sociales y entorpecían las conversaciones. Era mejor mantenerlos apartados hasta que supieran comportarse como verdaderas personas.

De ese modo, los hijos de los ricos llevaban durante sus primeros años una existencia doble, que tanto les permitía conocer los aromas intensos de las cocinas como las delicadezas orientales del tocador materno y en que la felicidad dependía de actividades que harían sonrojar a sus padres, como amarrar la cola de los ratones que capturaban en la leñera o probar el rancho de legumbres y patatas de que se alimentaban los criados. Como todos los niños, los de los ricos también llegaban al mundo dotados de ese talento natural y caduco que les permitía distinguir las cosas que de verdad son importantes de las que no merecen la pena.

Amadeo no fue, en eso, una excepción. Durante los cuatro primeros años de su vida durmió en los sótanos, encajonado en el cuarto de Concha, donde su madre decidió instalarlo aquella noche en que desesperada bajó la escalera en camisón. El nacimiento de Juan requirió a la niñera más arriba y entonces se optó por trasladarlos a ambos al cuarto de jugar, donde las costumbres que habían comenzado en el subsuelo encontraron perpetuidad sin que nadie hiciera nada por evitarlo. El territorio de los niños no era de la incumbencia

de nadie, salvo de la niñera. Conchita dictaba las normas con buen tino y, cuando no lo hacía, nadie se daba cuenta.

Una mañana, durante esa hora tan atareada que mediaba entre el desayuno y el paseo, Concha llamó con los nudillos a la puerta de la señora. Faltaba menos de una semana para que la familia se trasladase a la nueva casa.

—Ah, eres tú —dijo Maria del Roser, al verla por encima de las gafas, mientras escribía—. ¿Qué hay?

—Me gustaría contarle algo antes de que lo vea con sus propios ojos o le llegue por terceras personas —dijo.

Ante anuncio tan solemne, Maria del Roser dejó de escribir.

—¿Qué ocurre?

—Esta noche Amadeo se ha hecho una herida en la cabeza. Nada grave, apenas un rasguño.

—¿Y eso?

Conchita suspiró.

—Los dos hermanos se han peleado. Les he impuesto un castigo a ambos. Amadeo se ha ido a la cama muy enfadado. Daba tantas vueltas que ha terminado por caerse y golpearse la frente.

Maria del Roser se quitó los lentes, frunció los labios.

—¿Cuál ha sido el motivo de la pelea?

—Celos. Los dos querían dormir en mi cama.

La señora ponderó el caso.

—Creo que has obrado bien, Conchita. Gracias por informarme.

La nodriza no parecía satisfecha. Vacilaba ante la puerta.

—De todos modos, este tipo de conflictos terminará pronto —añadió la señora—. Amadeo ya tiene casi diez años y su padre y yo hemos decidido matricularle en el pensionado que los padres jesuitas tienen en Sarriá. A partir del quince de septiembre, nos despediremos de él hasta el próximo verano. Los padres son muy estrictos en eso, y no dejan salir a sus alumnos ni siquiera en las fiestas más señaladas. Eso sin contar que en la casa nueva tendrá su propia habitación, claro, como corresponde a un hombrecito como él.

La noticia cayó sobre Concha como un jarro de agua fría. No fue capaz de

contestar.

—Eso es todo, Conchita. Retírate ahora, por favor. Debo terminar un artículo.

La niñera cerró la puerta tras de sí y se quedó en el pasillo, mirándose las manos, ajena a todo lo que no fueran sus pensamientos. Amadeo, su niño, su tierna criaturita, se iba a estudiar a un pensionado. Había pensado en ello alguna vez, hacía mucho tiempo, justo cuando comenzaron a llegar a casa aquellos profesores lacios y escuálidos, que lo mismo impartían dibujo que latín, todo con la misma desgana, y se convenció de que los señores se habían decidido por dar a los niños una educación privada a la antigua usanza. Ahora la noticia le había tomado por sorpresa.

Con el corazón acelerado, regresó al cuarto de los niños. Allí esperaba Amadeo, sentado sobre la cama, mirando hacia la puerta como el reo que aguarda su última hora. Sus hermanos tomaban el desayuno ayudados por Carmela.

—¿Me has delatado? —le preguntó, nada más verla.

Conchita cerró la puerta despacio. Negó con la cabeza. El niño se lanzó a sus brazos, con tanta fuerza que por poco la hace caer. Ella acercó la cara al pelo recio y oscuro del chiquillo, aspiró con fuerza y de inmediato sintió ganas de llorar. Su criatura, su Amadeo, su Tito. No podía dejar de pensar en las palabras de Maria del Roser y en lo que vendría ahora. Cuando el niño regresara, ya se habría acostumbrado a estar sin ella, a comportarse como el hombre que sería algún día.

Se sobrepuso para regañarle, como era su obligación:

—He mentido por ti, como me has pedido, pero si incumples tu promesa se lo contaré todo a tu madre, ¿me has entendido bien?

—¡Claro que sí, Conchita! ¡Eres la mejor! ¡Te quiero mucho! —Amadeo se aferraba a su cintura y la ahogaba con su abrazo. Su fuerza ya no era la del niño pequeño que ella se empeñaba en proteger.

—Y ahora, ve a desayunar. La leche se está enfriando.

Amadeo la besó aún media docena de veces antes de unirse a sus hermanos. Como en otras ocasiones, Conchita disfrutó de las muestras de cariño, pero sin dejar de preguntarse si estarían bien en un niño tan crecido.

Juan sólo tenía seis años y ya no se comportaba así. Claro que cada cual tiene su modo de ser y sus necesidades, que se muestran ya en la tierna infancia, se convencía la nodriza, mientras sus pensamientos se alejaban de nuevo. El pensionado. Los jesuitas de Sarriá. Septiembre. Una habitación para él solo.

Ni siquiera se atrevió a decírselo a Amadeo. El conflicto de la madrugada pasada era uno de los motivos. Juan se había levantado de pronto, asustado por una pesadilla, y había acudido a la cama de Concha. Pero al apartar las cobijas se encontró con que Amadeo ya estaba allí, durmiendo un sueño tibio, muy abrazado al cuerpo de la mujer.

—Tengo miedo. Quiero dormir contigo —suplicó Juan.

Amadeo se revolvió. Sin despertar del todo le dijo a su hermano que se marchara, que aquél era su sitio.

—Tú llevas ahí un buen rato. Ahora me toca a mí. Tengo miedo —repitió Juan.

Conchita creyó que el pequeño tenía razón. Trató de hacérselo entender a Amadeo. Pero Amadeo no estaba dispuesto a entender.

Entonces Conchita le dejó su cama y se instaló en la de Juan, con el miedoso entre los brazos, pero Amadeo no se conformó. Comenzó a llorar, desesperado, mientras le gritaba que volviera con él y le aseguraba que él también tenía mucho miedo.

—Si no vienes ahora mismo, me moriré —decía, en pleno ataque de rabia.

Se levantó, intentó arrancar a Concha del lado de su hermano, y como ella se mostró inflexible regresó a la cama a regañadientes, furioso, y comenzó a golpearse a propósito la frente contra la cabecera. Una, dos, tres, cuatro veces, hasta hacer que Conchita se levantara, alarmada, y le detuviera justo en el momento en que se disponía a herirse otra vez. Se había abierto una brecha en la cabeza. La mujer tuvo que dejar a Juan y a la pequeña Violeta — que dormía en su cuna, ajena a todo— para ir en busca de agua y jabón con que lavarle a Amadeo la herida. El resto de la noche la pasó con él, sentada sobre la alfombra, acunándolo como si fuera un bebé, susurrando junto a su oído:

—¿Por qué has hecho esto, criatura? ¿Por qué me haces esto?

Amadeo se acostumbró pronto a salirse con la suya. Lo demostró desde el primer momento, poco después de llegar con su cuna al cuartucho de Conchita, en esa época en que a ella le gustaba dormirse mirando la carita plácida de su bebé y deslizar una mano entre los barrotes para acariciarle la mejilla. Cuando el niño le agarraba el dedo, ella cerraba los ojos y se sentía afortunada.

—Tienes un nombre muy grande para lo pequeñito que eres —le dijo una vez—. Te voy a llamar Bonito. Porque eso eres, lo más bonito del mundo.

Una noche, tendría ya quince meses, su niño bonito estableció una nueva norma. Despertó a las tres de la madrugada, miró a su nodriza y sin pensarlo dos veces escaló los barrotes de la cuna y se acurrucó junto a ella. Concha sintió un calor agradable, como de animalito, y en la duermevela sólo consiguió pronunciar una frase:

—Bonito, vuelve a tu cuna.

No le sirvió de nada. Amadeo, como haría muchos años después en aquel mismo sótano, acababa de disponer de otra cama y de otro cuerpo como si fueran de su propiedad.

—Bonito... —susurraba ella, impotente.

—Tito aquí —dijo él, con aquellas palabras balbuceantes que tenían a Concha fascinada, y cerró los ojos.

La nodriza no volvió a recordarle a su pequeño que debía dormir en su cuna. Disfrutaba demasiado de su amor sin condiciones, de su abrazo cálido, de su seguridad a la hora de quererla, de preferirla. No le había ocurrido nunca nada igual. Con nadie.

Cuando se mudaron a la habitación de arriba el hábito continuó, aunque ya no todas las noches. Amadeo abandonaba su cama cada vez que le venía en gana y se instalaba en la de ella. Cuando fue algo mayor y la cama quedó estrecha, Concha no pegaba ojo en toda la noche por miedo a relajarse y que se le cayera el niño. Incluso así, le compensaba. Ahora Amadeo la abrazaba más fuerte y le decía al oído lo mucho que la quería. A menudo lloraba desconsolado, con hipidos de niño muy pequeño, y ella le calmaba con palabras y con caricias. Siempre lo conseguía. Conchita era, por entonces, el único bálsamo capaz de quitarle al primogénito de los Lax aquella tristeza y

aquel inconformismo con los que, si razón aparente, había nacido.

Durante la semana que siguió al anuncio de la nueva etapa escolar, Concha lloró todas las noches. Esperaba que Amadeo se durmiera para dejar correr sus lágrimas. No le servía de nada decirse a sí misma que un niño de su condición debía estudiar, que ya lo había disfrutado mucho más de lo que habría sido esperable y que ahora debía dejarlo ir a convertirse en aquello que sus padres esperaban de él. No hacía más que pensar que la mejor etapa de su vida estaba tocando a su fin. Y por dentro sólo podía repetirse: «Tonta, tonta, tonta...»

En la casa nueva, las rabietas de Amadeo se convirtieron en algo mucho más preocupante. El detonante, o uno de ellos, fue el cuarto para él solo. Era una habitación preciosa, nada infantil, con una ventana que daba al patio de atrás, un escritorio, una librería y un montón de cosas más que él no deseaba.

Más bien al contrario, su nueva vida de chico mayor había desterrado de cuajo su única gran pasión: el dibujo. Hasta ese momento todos habían visto con buenos ojos su interés por emborronar álbumes y más álbumes con sus ceras de colores. Era capaz de invertir horas en ello a diario, además de cantidades ingentes de papel. Maria del Roser incluso bromeaba con el asunto:

—¿Más papel, hijo? Necesitas más tú solo que todos los contables de tu padre juntos. ¡Vas a llevarnos a la quiebra!

Pero ahora parecía que aquello de dibujar no era apropiado y su madre le había encargado a Conchita que procurara que el primogénito «no se pasara el tiempo haciendo monigotes» y lo decantara hacia la lectura, que creía más provechosa. Conchita, como en todo, procuraba seguir las instrucciones recibidas, pero cuando de vez en cuando necesitaba alguna argucia para hacer sonreír a su niño difícil, le susurraba al oído:

—¿Buscamos una hoja y me haces uno de esos retratos tan preciosos?

Siempre funcionaba. Cuando Amadeo le traía el dibujo, orgulloso como un Leonardo, le preguntaba:

—¿Lo guardarás para siempre en tu caja de galletas?

Conchita le decía que sí, pero luego —con gran dolor— lo hacía trizas y

lo arrojaba a la basura, por miedo a que la señora descubriera la conspiración. Con todo, logró conservar algunos. El que más le emocionaba era el primero: un palitroque para el cuerpo, una esfera coronada de garabatos para la cabeza, dos manos grandísimas con dedos como chorizos y una sonrisa que se salía del óvalo de la cara. Con sólo cuatro años, Amadeo supo captar lo feliz que era cuando estaba con él. Con lágrimas en los ojos, Conchita le dijo:

—Lo voy a guardar para siempre en mi caja de galletas.

—¿Hasta que seas vieja? —preguntó él.

—Hasta que sea muy vieja.

—¿Y entonces todavía me querrás?

—Sí, cielo. Entonces todavía te querré.

Pero todo eso era de mucho antes de la mudanza. Ahora la escena era otra.

La primera noche en la casa nueva fue el primer desastre. Amadeo recorrió el pasillo, descalzo y aterido, para entrar en el cuarto de sus hermanos y buscar a la nodriza. De nuevo encontró a Juan durmiendo con Concha. Amadeo tuvo uno de sus ataques de rabia y temiendo que ocurriera como la otra vez, ella terminó por acogerlo también y dormir con ambos, en una cama cuyas dimensiones le permitían ser algo más hospitalaria. Por la mañana habló con Amadeo. Intentó hacerle comprender que debía comportarse de otro modo.

—Ya eres mayor, Tito. Dentro de nada te dará vergüenza venir a mi cama. Ya no necesitas niñera, lo cual es una suerte para ti, ¿no lo sabías? Podrás hacer cosas de persona mayor. Todo lo que tú quieras.

Pronunció estas palabras con el corazón desgarrado. Amadeo asentía, inquieto.

—¿Ahora quieres más a Juan? —preguntó con un hilo de voz.

Conchita le agarró con fuerza y le estrechó contra su pecho.

—¡Ay, criatura, no me hagas responderte a esa pregunta!

La llegada de las vacaciones estivales representaban un gran revuelo y una gran felicidad. El primer anuncio de la estación era la llegada del zapatero, acompañado de un aprendiz que cargaba con un baúl enorme. Los

niños desfilaban por los sillones del salón, en riguroso orden de edad, para probarse con paciencia los modelos de la temporada, que el aprendiz iba sacando ante sus ojos. Tras aquella visita, quedaban grandes y pequeños abastecidos para las excursiones que se avecinaban, y también para las navegaciones y los paseos por la playa.

El sombrerero era el siguiente. Traía un cargamento de tocados de paja italiana, frescos y livianos, apropiados para los meses de calor. Para los caballeros —y en esa categoría estaban momentáneamente incluidos Amadeo y su hermano Juan—, alas anchas que les protegieran los ojos del sol. Para las damas, pamelas adornadas con cintas, flores o pájaros. Y una vez tocadas todas las testas, comenzaba el traslado de personas y cosas. Los primeros en marcharse siempre eran los criados. Lo hacían en batallón con el cometido de preparar la casa para la llegada de los señores. Por supuesto, Vicenta se quedaba en la ciudad hasta el último momento y delegaba en una camarera instruida la puesta a punto de los fogones veraniegos.

Los niños, en compañía de Conchita, hacían el viaje en el coche de la familia, conducido por Felipe, que en aquellos días quedaba exhausto de tanta ida y vuelta. Tardaban unas cinco horas, con las paradas necesarias, y la llegada a Caldes d'Estrach era una verdadera fiesta. En el Paseo de los Ingleses siempre encontraban caras conocidas que les saludaban al pasar, y la sola visión del mar cercano hacía latir los corazones con más fuerza. Una cena suculenta les estaba esperando en la mesa puesta y sus habitaciones olían a sal y ropa limpia. En Barcelona, los últimos en marcharse se preocupaban de dejar todos los muebles de la casa cubiertos con sus fundas blancas hechas a medida. Excepto la cama del señor y el gabinete, claro, porque entonces los cabezas de familia no tenían la costumbre —o las ganas— de veranear con sus familias.

En Caldes, los Lax se entregaban a los caprichos del veraneo. Los niños dormían a pierna suelta y hacían mucho ejercicio, los parientes llegaban de visita y se quedaban durante semanas, la señora leía y escribía sentada bajo los pinos del jardín, contemplando a intervalos el horizonte, los vecinos daban fiestas en sus propias arboledas y, cuando estaba allí, don Rodolfo escandalizaba a los lugareños paseando por el pueblo en albornoz y

zapatillas, mientras Felipe, de librea, le seguía a todas partes con el coche. En general, la vida transcurría sin que nadie mirara el reloj ni se preocupara mucho por nada.

El grave accidente que vino por primera vez a alterar tal bonanza ocurrió al principio de una de esas apacibles tardes veraniegas. El mar era un rumor que invitaba a la siesta. Los señores tomaban café en sus hamacas, alargando la sobremesa en compañía del industrial don Emilio de la Cuadra, viejo amigo de la familia. Las cucharillas tintineaban en las tazas de porcelana y el invitado desgranaba con susurrante voz la consternación que le producía el último fracaso de su empresa, del que ya no sabía cómo reponerse.

—¡No camina, Rodolfo! ¿Usted se lo explica? ¡Tantos años de investigación y esfuerzo, y el cacharro se mueve menos que un bloque de granito! Pero lo peor no es eso. Lo peor es que los directivos del hotel Colón esperan que les sirva en octubre dos de mis autobuses de lujo, con los que piensan recoger a los clientes que lleguen a la estación de Francia. Como no se conformen con las cortinillas y los asientos de terciopelo...

Don Rodolfo escuchaba, atento y taciturno, las penas del fabricante de automóviles. Los pajaritos piaban en los árboles, indiferentes. El mar iba y venía. En el otro extremo del jardín, Concha vigilaba los primeros pasos titubeantes de Violeta y los dos hermanos Lax practicaban una de sus aficiones favoritas: derribar piñas a pedradas.

Los cuatro años que le llevaba a su hermano, habían dado siempre la ventaja a Amadeo, a pesar de que no era muy ágil ni especialmente mañoso. Juan, en cambio, era un alumno listo, rápido y decidido. Era fácil darse cuenta de que sólo era cuestión de tiempo que le ganara terreno a su hermano mayor.

Aquella tarde se habían fijado un objetivo, como siempre elegido por Amadeo: una piña gordísima, cargada de piñones. Por primera vez, fue Juan quien acertó. Un tiro parabólico, un golpe seco, la pieza que cae a sus pies. En cuanto el autor del tiro se acerca, eufórico de satisfacción, a recogerla, Amadeo la reclama:

—Le he dado yo —miente, y una arruga parte su entrecejo.

Comienzan a forcejear. Juan es más fuerte de lo que Amadeo había

previsto. Un nuevo contratiempo con el que no contaba.

—¿Qué dices? ¡Es mía! ¡Dámela! —grita el segundón.

Amadeo no piensa permitir que gane. Responde:

—¡Tú nunca has tenido puntería!

—¡Tengo más que tú! ¡Eres un tramposo!

Conchita toma en brazos a Violeta y llega a la discusión justo en el momento en que Amadeo suelta la piña de golpe y se aleja llorando hacia la casa. Juan cae al suelo, con su tesoro en las manos.

—Es idiota. La piña es mía —refunfuña.

—No llames idiota a tu hermano —dice Conchita, mientras se pregunta si debe ir tras Amadeo o darle un tiempo para que se le pase el berrinche.

Antes de que pueda decidirse, Amadeo está de vuelta, con las mejillas y los ojos colorados y el rostro desencajado de rabia. Lleva algo en las manos y mira retador a su hermano, como si todo lo demás hubiera desaparecido del mundo. Camina a grandes zancadas, marcando el paso. Hay en él algo terrible que Concha no logra identificar.

El hermano mayor llega hasta ellos, se detiene en seco y muestra lo que trae: un pequeño revólver de culata nacarada. Parece de juguete, pero es muy real. Perteneció a la madre de Rodolfo, que en otros tiempos lo llevaba siempre bajo la falda, por si había que protegerse de asaltantes inesperados. Por esa misma razón, él lo guarda en el mueble de la entrada, siempre a mano. Amadeo se apoya el cañón del arma en la sien y suelta un grito destemplado:

—¡Dame la piña o me mato aquí mismo! —aúlla.

Conchita ahoga un chillido. Intenta quitarle el arma. El niño se escabulle.

—¡Déjame! —grita Amadeo, fuera de sí.

La mujer se detiene en seco. Abraza a Violeta. Tiende una mano a Juan.

—Dame esa piña —le ordena al segundón.

—¡Es mía! —protesta—, ¡yo la he derribado!

—Dámela ahora mismo, Juan. Obedéceme.

El corazón de Concha late a mil por hora. No sabe qué hacer, pero intenta disimularlo. Juan le entrega la piña. Ella se la ofrece a Amadeo sobre la palma de su mano.

—Te la cambio por la pistola —le dice, con voz temblorosa.

—No quiero. La pistola es de mi padre.

—Por eso mismo se enfadará mucho de saber que la has cogido.

—¡Dámela o disparo! —insiste Amadeo, con el dedo en el gatillo.

Concha arroja la piña entre los árboles. Corre hacia Juan, lo levanta del suelo y le abraza junto a su hermana. La mirada de Amadeo infunde tanto miedo que lo único que se le ocurre es proteger de ella a los pequeños.

Entonces se oye un disparo y hay un alboroto de pájaros. Amadeo echa a correr hacia la playa. Los dos hermanos menores comienzan a llorar. La nodriza, también. Cuando los tres adultos —Maria del Roser, Rodolfo, don Emilio— llegan al lugar del jardín donde todo ha ocurrido, hallan a tres personas desoladas —cada una a su modo— y en el suelo, la Smith & Wesson calibre 32 que fue de la anterior señora Lax y los restos tiroteados de una piña piñonera.

Después del terrible incidente, que Concha describió con lujo de detalles, don Rodolfo Lax decidió tomar parte en la educación de su hijo mayor. Lo dejó dos días encerrado en una habitación de la buhardilla, comiendo sólo lo que las camareras le servían, bajo su supervisión. Luego, decidió llevarlo con él de vuelta a la ciudad y emplearlo tres semanas en la fábrica del buen don Emilio, que se había atrevido no sólo a ayudarle sino también a aportar sus ideas con respecto a la educación de los niños caprichosos. La decisión fue recibida con lágrimas por parte de Conchita y Maria del Roser. Amadeo, en cambio, escuchó la sentencia sin desmoronarse. Sólo Concha podía imaginar cuántos esfuerzos le estaba costando aquella pantomima orgullosa.

Amadeo se marchó con la cabeza gacha, sin mirar a nadie, tras una breve despedida supervisada por su padre. No se abrazó a ella, como siempre: don Rodolfo le había prohibido esas debilidades de niño malcriado. Se limitó a mirarla a los ojos, muy serio, y a decir:

—Adiós, Conchita. Hasta las vacaciones del año que viene.

«¡Hasta las vacaciones del año que viene!», repitió en sus pensamientos. Con voz gangosa susurró:

—Adiós, Tito. Tápate por las noches.

Don Emilio de la Cuadra era valenciano —de Sueca— pero había viajado mucho. De una de sus visitas a París regresó convencido de que la electricidad acabaría con todos los males del mundo. La electricidad era para él como el espiritismo para doña Maria del Roser: la única energía capaz de transformar las cosas. Ambos tenían en común, además, el deseo de que todo ocurriera pronto. Y, por supuesto, el de vivir para verlo. Dispuesto a aportar su granito de arena al progreso, don Emilio lo dejó todo, se instaló en la Barcelona de los grandes cambios y fundó una fábrica de automóviles eléctricos en el paseo de San Juan con la calle Diputación. Habría preferido fabricar motores de explosión, pero un catalán de nombre Bonet se le había adelantado por poco. Y desde entonces la electricidad sólo le daba al pobre Emilio quebraderos de cabeza que no conseguía resolver. Rodolfo era su paño de lágrimas y su consejero.

—¿Qué te parecería si busco un socio extranjero? Me han hablado de un suizo muy joven que podría ser mi salvación...

Para Amadeo Lax, el mayor cambio de su vida comenzó aquella misma semana. En la fábrica de don Emilio se sintió el más desdichado del mundo. Había otros niños de su edad trabajando como aprendices, pero sentía que no tenían nada en común. Eran duros como animales, llevaban las uñas sucias y le dirigían profundas miradas cargadas de desconfianza. Lo único que aprendió en la fábrica fue a apartarse de ellos. Y a hacerse todavía más reservado y silencioso.

Cumplido este tiempo insoportable, ingresó en el pensionado. Don Rodolfo le dejó allí un lunes a las ocho de la mañana y se despidió de él con una palmada en la espalda y una sola frase:

—Espero que los padres jesuitas hallen el modo de hacerte un hombre, hijo mío.

—Sí, padre —aceptaba él.

Decir que el pensionado de Sarria estaba en la zona alta de la ciudad era entonces inexacto. En el año 1900, cuando Amadeo Lax se convirtió en alumno de los jesuitas, el pensionado era un edificio casi nuevo a estrenar que se encontraba muy lejos de la civilizada vida urbana: en un pueblo

vecino, en mitad de la montaña, rodeado de bosques, viñas, huertas y zonas ajardinadas. Los apellidos de los discípulos impresionaban, ya que las mejores familias enviaban allí a sus vástagos, pero las razones que tenían para hacerlo siempre se escaparon al entender de Amadeo. Salvo los fines de semana, en que el colegio abría sus puertas y los alumnos recibían a sus padres de uniforme, en el patio, el resto del tiempo lo pasaban vestidos con una especie de sayal pardo, que en invierno no les quitaba el frío pertinaz que invadía las espartanas estancias. La comida era insuficiente, los curas eran hoscos y la enseñanza —lo único de calidad demostrable— se basaba en aquellos viejos principios de la humillación al alumno y la arbitrariedad del maestro. A eso había que sumar el apartamiento del mundo que los padres imponían. Entre mediados de septiembre y San Juan —casi a fines de junio—, los alumnos pertenecían en exclusiva al colegio y no tenían permiso para regresar a sus casas bajo ninguna circunstancia, ni siquiera fiestas señaladas, cumpleaños propios o ajenos o enfermedades. En este último caso, los muchachos eran atendidos en la enfermería del colegio. No era extraño, a la vista de todo eso, que algunos llamaran al centro «el castillo de irás y no volverás»

Con todo, había alumnos que se adaptaban a las duras normas e incluso algunos que le encontraban gusto. Amadeo era un alma demasiado sensible para no sucumbir a todo ello. Por las noches, tiritaba y lloraba a escondidas, bajo las mantas. La campana estridente que, aun de noche, anunciaba la hora de levantarse, a menudo le encontraba despierto y aterido. En la iglesia, durante los maitines, el frío le parecía aún más intenso. En el patio se sentaba con la espalda pegada a la pared, viendo cómo otros jugaban a la pelota. En el refectorio, comía con la cabeza gacha, observándose los sabañones de las manos —otros los tenían también en los pies y las orejas— y luego volvía a la capilla, al aula, al patio, al refectorio, a la capilla... y así durante nueve interminables meses. Los días pasaban para él en un estoicismo heroico, reprimiendo las ganas de llorar, incapaz de pedir ayuda a los legos que ayudaban a los padres en algunas tareas, y que representaban la cara más humana de la institución. Pero ya entonces, Amadeo detestaba dar muestras de debilidad. Prefería morir a pedir ayuda. De modo que pasaba las jornadas

atento al momento en que iba a ocurrir lo que su padre había anunciado: su transformación, por fin, en un hombre. Uno al que nada de todo aquello le importara lo más mínimo, que no temiera la dureza de un nuevo día ni añorara con dolor su casa. Uno cuya debilidad nadie fuera capaz de sospechar.

Sus notas fueron buenas, a pesar de todo. No fue un genio en matemáticas ni en gramática francesa, pero destacó en latín y conquistó a los hermanos por su sensibilidad artística. Su padre llegó a creer que se había redimido, que los jesuitas habían hallado, como él vaticinó, un modo de encarrilarle. Seguía siendo un joven lacónico y más bien huraño, pero nadie podía tener de él una sola queja. Hasta que su hermano ingresó en el pensionado y demostró que iba a convertirse en uno de sus mejores alumnos.

Juan Lax Golorons no sólo era en apariencia todo lo que se esperaba de su linaje —es decir: guapo, educado, limpio, esforzado e inteligente—, también desbordaba entusiasmo por aprender. En seguida tuvo un latín tan perfecto que podía darle la réplica al bueno del padre Eudaldo durante las sobremesas y su afición por los clásicos le hizo experto en Cicerón y en Virgilio antes de alcanzar la pubertad. En el pensionado descubrió el teatro, destacó en geometría, declamó en los festivales de fin de curso, se llevó un buen número de premios y hasta fue privilegiado por los curas con la obligación de tocar la campana en el refectorio. Y si en lo académico destacó en todo, en lo personal eclipsó por completo a su hermano desbordando una simpatía y una alegría innatas. Tenía a sus pies un futuro que ilusionaba por igual a sus profesores y a sí mismo.

Amadeo no acertaba a comprender cómo lo hacía. Y se moría de la envidia.

Detengámonos en una tarde de invierno de 1905. Pervive un rescoldo encendido en el interior de la chimenea del salón de los Lax. La débil luz de una lámpara eléctrica, que ya no impresiona a nadie, titila en un rincón. La lluvia golpea en los cristales multicolores, que la noche ha vuelto grises. La señora vestida de oscuro, con la cabeza gacha y las cuentas de oro entre las manos, ocupa su sitio junto a la chimenea. A su lado, Violeta, de apenas seis años, mueve los labios en un susurro aplicado.

Es la hora común del rosario. En éstas, el timbre de la puerta interrumpe el rezo. La señora frunce la boca y esboza una mueca de disgusto. Ordena, tan quedamente que casi se confunde con la letanía que estaba pronunciando:

—Ve a abrir, Conchita, y dile a quien sea que tendrá que esperar.

Mientras la niñera abandona el salón, el rezo se retoma:

—... *Sancta Maria mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae.*

Concha recorre el pasillo, desciende la escalera de mármol, atraviesa el zaguán, entreabre la mirilla para asegurarse de que no hay peligro. Al otro lado está Amadeo. Tiene catorce años. El hombre que comienza a ser devora los rasgos del niño al que ella tanto amó. Más aún esta noche, en que llega con el uniforme azul marino hecho jirones y los faldones de la camisa colgando. Tambaleándose, empapado por la lluvia, con una herida en la mejilla y sangre en la comisura de los labios. Tirita de frío.

Cuando Concha le abre la puerta, se cuele en la casa como un mal viento.

—¡Tito! ¿Qué te ha ocurrido? —pregunta Concha, muy asustada.

—Nada... —dice él, atravesando el umbral, rígido, parco en palabras, como será el resto de su vida—. No pasa nada, Conchita. Sólo que he tomado una decisión. ¿Está padre en casa?

—Tu padre llegará tarde hoy. Creo que tiene pleno municipal.

Amadeo resopla, parece que la información le satisface. Un mal cálculo al subir la escalera, o su heredada torpeza, le hace tropezar donde siempre.

—¡Maldita sea el que puso aquí este pedazo de mármol! —espeta, comenzando a subir de nuevo.

No tiene intención de saludar a nadie. Va directo a su habitación. Tras él va Concha, angustiada. Cuando alcanzan el rellano, Amadeo se vuelve a mirar a su ángel del hogar y dice:

—Dile a mi madre que no pienso volver al pensionado nunca más. Y por favor, Concha, no me avergüences más con ese nombre ridículo.

De:	Valérie Rahal
Fecha:	22 de marzo de 2010

Para: Violeta Lax

Asunto: Circuitos de la memoria

Querida Violeta:

Sigo preocupada. Por mucho que tú me digas que las locuras en las que andas no son de la naturaleza que yo pienso, no me convences en absoluto. Sé que tarde o temprano cometerás el tipo de locura que temo. Entre otras cosas, para eso viajaste a Barcelona, ¿no? Para saldar deudas pendientes, dices, que yo ignoraba que tenías. Y conste que lo de enterrar a tu abuela más de setenta años después de su muerte también a mí me parece la locura más grande de todas.

De cuanto explicas en tu último mail, lo que más me llama la atención es esa caja de galletas llena de recortes que fue de Concha. Daría lo que fuera por tenerla entre las manos. Qué emocionante, de pronto, encontrarse así con otra época. Los dibujos infantiles que dices pueden ser de cualquiera de los niños de la casa: de Violeta, de Juan o de tu abuelo. Pienso, incluso, que podrían ser de tu padre. Si no recuerdo mal, llegó a conocer a la niñera. Aunque, me temo, si no llevan firma no será posible saberlo. Otro misterio a sumar a la lista. Si traes esa reliquia de vuelta a casa (suponiendo que tú misma vuelvas a casa, claro), me gustará echarle un vistazo a las postales, los artículos de periódico, las fotos y todo lo demás. En especial, el artículo de la revista ésa espiritista donde se menciona a Teresa tomando parte en un homenaje a su suegra, antes de la Guerra Civil. Si no me equivoco, ésa es una faceta suya inédita para nosotros, ¿verdad? Lo sabíamos de María del Roser, pero no de ella.

Lo cual me lleva a pensar en la memoria inédita que esconden las hemerotecas del mundo. ¿Te lo habías planteado alguna vez? Seguro que sí. A mí me asusta saber que sus secretos ocurrieron hace dos generaciones, pero los hemos olvidado por completo, si es que los supimos alguna vez. Si un día todos los chismes familiares salieran a la luz, la gran historia se escribiría con otros trazos.

Con respecto a tus cavilaciones sobre el legado de Eulalia Montull, no puedo decirte que no te comprenda. A mí también me sorprendió saberlo. Yo también eché mis cuentas, preguntándome cómo puede alguien desaparecer del mundo durante nueve años y luego regresar a su vida como si tal cosa. Si lo que esas mujeres te contaron es cierto — y no veo por qué deberíamos sospechar de ellas—, el abuelo llegó al lago en el verano de 1936 y lo abandonó de nuevo recién terminada la segunda guerra mundial, en septiembre de 1945. Creo que en este

caso la contienda es un factor a tener en cuenta: tal vez le retuvo más tiempo del deseado. Yo, como Arcadio, me inclino a pensar que su estancia en Como fue más pragmática que romántica, aunque no veo, como él, conspiraciones para acabar con el buen nombre de nadie ni tonterías semejantes. El pobre Arcadio ha invertido tantos años de su vida en adorar a Amadeo Lax que ha terminado por perder del todo la perspectiva. No se da cuenta de que a estas alturas el buen nombre de tu abuelo ya no preocupa a nadie.

Lo demás no me sorprende en absoluto. Me temo que para desaparecer del mundo, hija, sólo es necesario desearlo. Me intrigan, eso sí, las razones de la tal Eulalia para dejarían bien atada la cuestión de la herencia, condiciones incluidas. Me parece admirable morir urdiendo ese tipo de estrategias. Es como legar un enigma a la posteridad.

Hablemos, pues, como me pides, de tu fascinante padre y de su relación con esa parte de la historia familiar. Escasa, como imaginas. Por increíble que parezca, nunca me habló del reencuentro. Tenía doce años cuando volvió a ver a su progenitor, luego no es posible que no lo recuerde. Simplemente, no desea hablar de ello. Y yo creo que debemos —debes— respetárselo, porque seguro que tiene sus razones. Es algo que aprendí de él hace mucho tiempo: siempre tiene sus motivos, aunque los disfrace bajo esa pátina de indiferencia tan molesta.

Los hombres de tu familia siempre estuvieron convencidos de que tenían grandes cosas que hacer. Lo doméstico supone una carga demasiado pesada para ellos. Tengo la impresión que en eso Modesto es como su padre y como su abuelo. Todos terminaron por huir, marcharse a cumplir con su destino, ya fuera montar un imperio constructor, pintar óleos o convertirse en el máximo especialista en Brecht de su época. Así que no, no me parece nada raro que tu abuelo se fuera a pintar desnudos a Italia después de enviar a su hijo a Aviñón, con la prima Alexia. Tuvo mucha suerte de poder contar con ella y con su marido, quienes adoraron a tu padre como al hijo que nunca pudieron tener. También Modesto les quiso de verdad, y con motivo. Una vez Alexia me contó que durante todo el tiempo que Modesto vivió con ellos Amadeo Lax nunca dejó de mandarles una generosa asignación anual, y que fue gracias a ese dinero que pudieron vivir con holgura y concederle al niño todos los caprichos. A cambio, tu abuelo nunca les dijo cuándo pensaba regresar, aunque todos sabían que tarde o temprano lo haría.

Así fueron las cosas: rugió un coche en el camino que rodeaba la casa,

oyeron una portezuela que se cerraba, un motor alejándose y le vieron llegar por el camino de tierra, con el abrigo sobre los hombros y el sombrero en la mano. Hacía calor, pero presentaba aquel aspecto atildado que era marca de la casa. Les dijo que venía a buscar a Modesto para llevarle con él a Barcelona, pero tu padre se negó. Tuvo una rabieta impropia del adolescente que ya era. Amadeo consiguió hacerle entrar en razón y encerrarse a solas con él en el salón de la casa. Mantuvieron una larga conversación. Al salir, ambos habían decidido que Modesto se quedara con la prima Alexia, si ésta no tenía inconveniente. Les prometió que la asignación nunca faltaría y que la aumentaría en cuanto fuera posible. Nunca faltó a su palabra. Aquel día se quedó a almorzar, aunque se marchó en seguida. Nunca más puso los pies allí y a tu padre apenas le vio dos veces más antes de que yo irrumpiera en su vida. Hay que reconocer que es un modo poco ortodoxo de ser padre e hijo, pero es el que ellos escogieron. Ambos, como siempre, consiguieron lo que querían.

De Amadeo Lax, mi suegro ausente, yo misma guardo unos recuerdos muy sesgados. Le conocí en Barcelona, cuando tu padre me llevó a su casona. La visita parecía marcada por un extraño protocolo. Estábamos todos envarados e incómodos. No teníamos nada de qué hablar. La casa era un escenario monstruoso que sólo invitaba a salir huyendo. Me asustó saber que Amadeo vivía solo en aquella mansión sucia y dejada de la mano de Dios, donde todo parecía olvidado, incluso él. Me sorprendió mucho que aquel padre ausente y egoísta del que había oído hablar fuera conmigo un caballero encantador que se esforzaba por agasajarme y por mantener un diálogo con apariencia de naturalidad. Me sentí a gusto en su compañía y la visita me supo a poco. Cuando volví a verle, él ya estaba dentro de su ataúd y yo me había divorciado de su hijo hacía años.

Ojalá que todo esto te sirva como pretexto para no juzgar a tus ancestros con tanta dureza. Todos hemos metido la pata alguna vez ante una situación difícil. Todos hemos abandonado a alguien cuando más nos necesitaba. No te atosigues más con este asunto. Ni atosigues a tu padre, anda.

Jason te manda cariños.

Te quiero,

Mamá

P.S.: No olvido que me debes una historia.

Cuaderno Moleskine de Violeta Lax

Marzo de 2010

Los retratos entrañan un gran peligro para el observador: dan pie a imaginar todo tipo de historias. Puede ser que la reclinada damisela que contempla el mundo con su mirada cándida fuera en realidad una matrona fría y déspota que amargó la vida a todos los que la rodeaban. O que el matrimonio que entrelaza idealmente las manos mientras posa, inocuo y relajado, bajo un limonero lamido por la luz estival, con sus hijos desparramados sobre el césped tierno, fueran en la vida real una pareja de perfectos desconocidos que apenas coincidían en el hogar común el tiempo suficiente para terminar el retrato y, por supuesto, desatendían indiferentes a sus hijos, que crecieron entre criados y cocineras mientras ellos languidecían en las albercas de dos balnearios europeos de países distintos.

Hay que ser prudentes al observar la obra de los retratistas. Hay que decirse: «Acepto la sorpresa y con ella, el engaño.» Ocurre como con las novelas: la mentira forma parte de las reglas del juego. Aunque la verdad siempre aflora por alguna parte. Y la verdad es lo único que merece la pena legar a otro tiempo de cuanto hemos sido en la vida, aunque sólo sea una mirada, un gesto elegante o la belleza efímera de un bucle rebelde. O tal vez una historia disparatada que los sucesores repiten entre risas o lágrimas.

El arte es engaño, sí. Pero cuando deja de serlo, pronuncia la única verdad que importa.

De:	Violeta Lax
Fecha:	23 de marzo de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	Último día con Teresa

Hola, mamá. Hoy he dedicado el día entero a Teresa. He pasado la mañana en el MNAC. Te parecerá una tontería, pero necesitaba verla. Sus retratos, quiero decir. Ya no me acordaba de la indignación que se apodera de mí cada vez que piso el área de arte moderno de nuestro

Museu Nacional. Ahí están los Josep Amat, los Antoni Clavé, los Hermen Anglada Camarasa, los Modest Urgell... cuadros desheredados de aquel Museo de Arte Moderno de la Ciudadela donde tantas tardes pasé hace años. Y entre ellos, sin orden ni concierto, están los cuadros del abuelo. Nada más lejos de lo que él soñaba pero —peor aún— nada más lejos de lo que su obra merece. Busqué directamente los retratos de Teresa. Los vestidos, los posados, la evolución de la modelo a lo largo de los años, los gatos...

¿Te has fijado que, en cierto modo, la muerte de Teresa imitó sus retratos? No faltaba ningún detalle.

La sonrisa de su rostro me ha parecido hoy más enigmática que nunca. Sus ojos, más vivos. Sus gestos, un anticipo del futuro fatal que le aguardaba. Creo que siempre la observé con una frialdad excesiva. Sólo vi lo que quería ver. Me quedé en la epidermis.

El entierro de Teresa fue raro y triste (¿podía ser de otro modo?). Sólo estábamos Paredes, Arcadio y yo. Papá pagó el nicho y se excusó con su bromita habitual: «Al cementerio, ni muerto. A mí me incineráis, y luego arrojáis mis cenizas sobre la platea del Teatro Odéon de París.» La lápida le pareció un gasto inútil que prefirió ahorrarse. De todas formas, no habríamos podido grabar en ella el nombre de la abuela sin vulnerar el acuerdo que firmamos con la Generalitat. Compré media docena de rosas rojas y las dejé junto a la tumba anónima.

Mientras me alejaba me sentía como si Teresa me estuviera mirando.

Quería hablarte de las cosas que encontramos en el cuarto de Violeta. ¡Mi piso parece una tienda de antigüedades! Los vestidos están polvorientos y raídos, pero son deliciosos. No parecen los de una joven de dieciséis años. A juzgar por su ropa, debió de ser menudita. Los zapatos parecen de muñeca, ¡tenía los pies más pequeños que yo!

Ya te dije que sobre la cómoda encontré una novela. Se titula Espirita y es una bonita edición del siglo XIX de ésas en que se castellanizaba el nombre del autor —Teófilo Gautier, como Guillermo Shakespeare o Carlos Dickens ¡qué horrible costumbre de ignorantes!—, y está precedida por un prólogo lamentable en el que el traductor advierte al lector de que no debe dejarse embaucar por las inmorales ideas del novelista. Un lector actual podría leerla como una historia de fantasmas bastante relamida en la que un soltero con mucho mundo se enamora de una aparición transparente que le ronda en el salón de su casa y no deja de obsesionarse hasta que logra irse con ella. Es decir, muere, sólo que de un modo tan romántico y estiloso que cualquiera podría tener ganas de emularle. Y de ahí las precauciones del prologuista, quien además se esfuerza por revelar al mundo que quienes creen en

los fantasmas son peligrosos para la sociedad.

Lo interesante del asunto es que el libro obedece a una corriente de pensamiento muy extendida en Europa y Estados Unidos desde mediados del XIX, que encontró también su eco en España: el espiritismo. No pienses en médiums practicando *ouija*. Los espiritistas de esa época eran gente culta, que profesaban una fe que no excluía al Dios católico sino que más bien lo reinventaba, a la vez que creían en la libertad de espíritu, la igualdad de todos los seres humanos y la capacidad del alma para elevarse por encima de los límites de lo corporal, incluida la línea que separa la vida y la muerte. Reclamaban la libertad de culto y el sufragio universal y andaban siempre en liza con las autoridades. Una pandilla de modernos, en suma, que escandalizaban a la gente de su tiempo.

Se agrupaban en sociedades, a menudo secretas, y celebraban todo tipo de actos culturales en los que mezclaban la música o la poesía con la sanación, la invocación de espíritus y las conversaciones con el más allá. Tenían la esperanza de que algún día cambiarían la sociedad con la fuerza de sus ideas. Aunque, por supuesto, gran parte del resto del mundo les consideraba unos supersticiosos fraudulentos. Finalmente, el mundo les arrasó a ellos. Una pena.

Ya sabes que mi bisabuela pertenecía a una de esas sociedades. Y ahora sabemos que Teresa siguió su ejemplo. Lo cual me lleva a pensar que la novela de Gautier tal vez no era de Violeta. A menos que también ella estuviera adentrándose en ese mundo. Además, está el asunto del ex libris. ¿Cómo no caí en ello en un primer momento? La simbología que contiene es evidente. Por lo menos, debe serlo para una estudiosa de la obra de Amadeo Lax. Representa un libro, una jarra de agua, una corona de laurel y una balanza (o, lo que es lo mismo: laboriosidad, prudencia, sabiduría y honestidad). Exactamente los mismos símbolos que aparecen en un retrato poco conocido del abuelo, que precisamente estos días se expone al público por primera vez en mi muestra de retratistas: el de Octavio Conde Gómez del Olmo. Es decir: O. C. G. O., las siglas que acompañan los dibujos del ex libris. El libro le pertenecía.

Pues bien. Ayer lo estuve leyendo hasta muy tarde. A lo largo de sus casi trescientas páginas, encontré varias citas subrayadas con un grueso trazo de tinta negra. Observé una curiosidad: en todas ellas había letras marcadas con un pequeño punto, una señal apenas perceptible para un lector desprevenido. Comencé a anotarlas una tras otra, por si las marcas tenían algún sentido. Al terminar, me llevé una buena sorpresa.

Te transcribo las frases para que repitas el juego. No hace falta ser un genio para darse cuenta que todas las citas hablan de desamor y que algunas parecen contener un mensaje muy directo. Las letras subrayadas corresponden a las marcadas con el punto negro.

«A partir de este momento, todas las mujeres que había conocido se borraron de su memoria» (página 86)

«Comprendió que sin ella sería desgraciado el resto de sus días» (página 92)

«Pregúntame, amor mío, hasta dónde serías capaz de acompañarme. ¿Qué sentido tiene una vida infeliz?» (página 151)

«Todo el mundo me ha mirado, excepto el único ser de quien yo ambicionaba toda su atención. Mi pobre amor no tiene premio» (página 162)

«La vida, fútil, no se vuelve de arriba abajo tal como un reloj de arena. Y el grano caído no subirá jamás» (página 167)

«Los celos hundían sus finas agujas en su corazón destrozado» (página 230)

Y éste es el resultado que se obtiene después de jugar a los jeroglíficos: s-i-g-u-e-me-ha-s-t-a-e-l-f-u-t-u-r-o. Sígueme hasta el futuro. ¿Qué te parece? ¿Quién crees que pudo ser la destinataria de algo así? ¿Y el autor? ¿El circunspecto modelo del retrato que te he dicho? Pero aún hay más. Los números de las páginas. También hay algunos marcados con puntos negros.

¿Preparada?

92 — 151 — 162 — 167 — 230

Es decir: 2-51-2-7-30. ¿Te parece que no tiene sentido?

Puede que te parezca una locura, pero yo creo que podría tenerlo: 25 del 12, 7 y 30.

¿Qué ocurrió a las 7:30 del 25 de diciembre? Para empezar: ¿de qué año? He aquí una pregunta difícil.

Sin embargo, en la caja de recortes encontré una posible respuesta. Los Grandes Almacenes El Siglo se quemaron en 1932, el día de Navidad. El incendio comenzó, según el recorte de periódico, un poco antes de las diez de la mañana. Al parecer, Octavio Conde no estaba allí, porque precisamente ese día había traspasado a sus hermanos

todas sus obligaciones en la empresa para marcharse a América a iniciar sus propios negocios.

¿Y si fue el desprecio de alguien muy importante para él lo que empujó a Octavio Conde a huir de ese modo?

Aunque hay algo más. Una pregunta que llevo tiempo formulándome.

¿Por qué nadie se preguntó jamás dónde estaba Teresa, qué había sido de ella? ¿No es un poco raro que nadie la buscara? ¿O acaso lo hicieron? ¿Tengo demasiada imaginación? ¿Encuentro porque busco o sólo porque deseo encontrar? Te quiero.

XV

El 17 de junio de 1899, el joven Francisco Canals Ambrós fue invitado por primera vez a asistir a la reunión de los miércoles en casa de la señora Lax.

Los habituales llegaron, como siempre, a las tres y media en punto y el servicio los condujo hasta el piso superior, donde el sofá de la biblioteca había sido sustituido por la mesa ovalada cubierta por el largo faldón negro de todas las semanas. A su alrededor, todo el mundo tenía un puesto asignado, que ocupaba sin demora, como hombres de negocios con asuntos urgentes que tratar. Mientras se esperaba a los más rezagados, se sirvió un té con pastas. Las camareras sabían que una vez llegara el último de los invitados, las puertas se cerrarían y no podrían ser abiertas por nada del mundo hasta varias horas más tarde. Cualquier asunto que alterara el normal funcionamiento de la casa en el lapso comprendido entre las tres y media y las siete, tendría que esperar. La insistencia de la señora era tal en este aspecto, que las criadas ni siquiera se atrevían a acercarse a la puerta para espiar, como hacían en otras ocasiones. Al terminar, mientras los invitados bajaban cariacontecidos la escalera, quedaba en la biblioteca un olor penetrante a cera quemada y más de una taza volcada sobre la alfombra.

Este acto tiene lugar, pues, en la biblioteca. Los asistentes ocupan ya sus asientos. El invitado de honor preside la mesa, ruborizado por la novedad de estar en una casa como ésta. Sus ojos recorren, nerviosos, los anaqueles cargados de libros. Las puertas se cierran. Maria del Roser sirve el té a sus

contertulios. No le hace falta preguntar a nadie por sus gustos. Salvo al muchacho, su flamante fichaje de esta tarde.

—¿Un poco de té o mejor otra cosa, señor Canals? —inquire la anfitriona.

Francisco Canals siente la boca seca.

—¿Podría ser un vaso de agua?

—¡Faltaría más! —Y Maria del Roser empuña la jarra de cristal de Murano.

Luego toma asiento en el lugar que le está asignado desde hace mucho. La música de las cucharillas en las tazas calla justo en el momento en que don Miguel Vives toma la palabra:

—Hoy nos acompaña un espíritu elevado —comienza, mirando al joven con orgullo paternal—, poseedor de una gran capacidad mediúmnica. Ya todos habéis tenido la suerte de verle alguna vez, con ocasión de nuestras veladas, pero hoy vamos a poder admirar en privado sus habilidades. ¿Desea dirigirnos unas palabras antes de comenzar, señor Canals?

Azorado, el chico se sonroja más aún. Aunque hace esfuerzos por mirar a los demás a la cara, termina concentrado en la jarra de agua.

—Le agradezco mucho al señor Eduardo Conde cuanto hace por mí —balbucea.

—¡Tonterías! —exclama el aludido—, ¡cualquiera lo habría hecho!

Francisco Canals arquea una ceja, como si dudara de las palabras de su patrón. Los demás observan con curiosidad la torpeza del muchacho y la soltura de Conde, que brillan por contraste. Al fin, este último se ve obligado a dar explicaciones.

—El señor Canals trabaja desde hace dos años en la sección de duelos de mi establecimiento —explica, despertando un interés inmediato de la concurrencia— y debo decir que es una persona muy querida por la clientela y por los propios empleados, que fueron quienes me pusieron sobre aviso de sus capacidades. Aunque nuestro muchacho es un ser extremadamente modesto, poco aficionado a darse importancia, no me resultó difícil colegir que todo lo que se contaba de él apuntaba hacia un ser de altas capacidades espirituales. Así que le llamé a mi despacho y le pregunté directamente si

eran ciertas las habladurías que otros propagaban. Y me sorprendió comprobar con cuánta candidez hablaba mi joven empleado de su enorme don, y cuán dispuesto estaba a compartirlo con otras personas, como sólo los muy generosos saben hacer. Lo demás, ya lo conocen ustedes. En nuestra más reciente velada le pedí que nos hablara de lo que para él es el espiritismo y también que accediera a estar hoy presente en esta última reunión nuestra antes de las vacaciones estivales, sabiendo que su aportación nos enriquecería a todos.

Las palabras de Conde dejan al auditorio expectante.

—Sólo un librepensador como usted sería capaz de demostrar tanta admiración hacia uno de sus subalternos —dice una señora.

Conde sonríe. Responde:

—En mi casa todos somos iguales.

—Desde luego lo demuestra usted, don Eduardo. No en balde los grandes almacenes que usted dirige se honran de pagar buenos sueldos y velar por la salud y la seguridad de sus empleados. Además, les ofrece vacaciones. ¡Y pagadas! Eso sólo puede hacerlo un liberal.

—Bueno, bueno —se incomoda don Eduardo—, no estamos aquí para hablar de mis almacenes, sino para ver y escuchar a este joven prodigio, que esta tarde nos mostrará uno de sus mayores talentos: la escritura automática.

La emoción embarga a los presentes.

—¿Es usted capaz de tanto? —pregunta Maria del Roser, dando un respingo.

—¡Y de mucho más aún! —prosigue Conde—. El señor Canals vive en una especie de estado de perpetua comunicación con el otro mundo. Para él hablar con los difuntos es de lo más normal. ¿Ya está listo?

—¿Tendría un poco más de agua? —solicita el protagonista de la función de hoy.

—¡Por descontado! —Maria del Roser le rellena el vaso—. Beba cuanto quiera, siéntase cómodo.

Francisco Canals toma un par de sorbos, deja el vaso sobre la mesa y cierra los ojos. Los abre de nuevo y se dirige a los presentes sin vacilaciones, como hizo el día en que subió al escenario del teatro Calvo-Vico:

—Los muertos son los invisibles, pero no los ausentes —dice.

Todos quedan sobrecogidos ante la seguridad con que blande estas palabras. De pronto parece otra persona, como si la verdad que guarda en su alma le infundiera valor.

Conde hace un gesto a Maria del Roser y ésta se levanta a cerrar las contraventanas del único ventanuco. La habitación queda sumergida en una oscuridad que sería total si no bailaran en ella doce diminutas llamitas: las de las palmatorias de todas las sesiones. Francisco Canals saca de su bolsillo una venda negra y se la tiende a don Eduardo. Todos pueden ver que le tiembla el pulso. Don Eduardo se levanta, anuda la venda sobre los ojos del médium y regresa a su sitio. Maria del Roser acerca a las manos de su invitado una pluma, un tintero y unas hojas de papel. Ya todo está listo para comenzar. El silencio amplifica las alteradas respiraciones. Nadie se atreve a mover ni un dedo. Las miradas se concentran en el oficiante.

Este, por su parte, empuña la pluma con mano temblorosa. Es zurdo, advierten todos. Moja la plumilla en la tinta. De resultas, una mancha como una luna negra condecora la página. Aguarda un instante, inmóvil, a que algo ocurra. Todos están con él. En éstas, la mano comienza un tembleque más intenso. La plumilla se apoya en el papel. Traza un par de líneas torpes como los garabatos de un niño. De un violento espasmo, se sitúa a mitad de la hoja y acompañadas de un sonoro rasgueo comienzan a aparecer letras.

«Cuando me acueste en la tumba no diré, como tantos otros: he terminado mi jornada», escribe de una vez.

La pluma descansa para repostarse. Vuelve al papel. Continúa:

«La tumba no es un callejón sin salida y mi jornada comenzará de nuevo a la mañana siguiente.» Nueva pausa. Con tinta suficiente, la mano continúa:

«No penséis en lo que se pudre. No sólo los vivos proyectan sombra. Mirad fijamente a la oscuridad y veréis brillar la luz de los difuntos.» El temblor convulso se detiene. El médium lanza un suspiro. Espera durante unos minutos más a que el mensaje se retome, pero no ocurre nada. Sólo el temblor de su mano izquierda. Al fin, suelta la pluma y musita, con un hilo de voz y las mejillas coloradas:

—Creo que eso es todo.

El señor Conde toma la hoja garabateada y lee en voz alta el mensaje completo. Al terminar exclama, con un mohín satisfecho:

—¡Notable, jovencito! ¡Toda una declaración de intenciones! ¿Sabe quién se la ha dictado?

—Sólo sé que es un espíritu elevado —responde el muchacho.

—De eso no hay duda. Pero ¿conoce algún otro dato que pueda iluminarnos?

—No se resigna a estar muerto. Le desagrada. Tal vez traspasó hace poco —opina.

—¿Sabe usted si pudiera ser francés? ¿Le habla en ese idioma? —se interesa una de las damas de más edad.

—Los espíritus no precisan de idiomas —responde, seguro de nuevo—, pues se expresan en un lenguaje universal.

—¡Ah, claro, claro!

—Estoy impresionada, señor Canals —confiesa Maria del Roser—. Realmente posee usted un don portentoso.

El joven se ruboriza, volviendo así a lo que parece ser su estado natural.

—Y no ha visto nada, amiga mía. El señor Canals posee un talento más, gracias al cual yo le conocí, capaz de remover nuestras conciencias hasta lo más hondo.

—¿De verdad? ¿Y de qué talento se trata?

El silencio subraya el suspense:

—Es capaz de adivinar cuánto tiempo le queda de vida a una persona sólo con mirarla a los ojos.

La revelación genera distintos efectos. Las miradas esquivas son el primero de ellos. Pocos parecen dispuestos a desvelar una intimidad que a ellos mismos aterra. Las exclamaciones se suceden.

—¿Y eso funciona con todo el mundo? —pregunta la anfitriona.

El hilo de voz del joven responde:

—Sí, señora. Incluso conmigo mismo.

—¿Quiere decir que conoce usted la fecha de su propia muerte?

—Hace mucho tiempo —contesta el joven.

Ninguno se atreve a formular la pregunta que está en la mente de todos.

Francisco Canals se adelanta:

—Me queda poco.

Hay estupor general.

—¡Pero si está usted en la flor de la edad! —exclama alguien, indignado como si el muchacho fuera culpable.

—La muerte no está más lejos de usted que de mí, señora —susurra, tranquilo—, porque no obedece a ninguna lógica.

—¿Y la causa? ¿También puede saberla? —interviene una voz masculina.

—No. Sólo la fecha.

—Si conociera la causa, tal vez podría evitarla.

—No veo razones para ello.

—¿Razones? ¿Le parece poco la muerte misma?

El joven bebe agua. Por toda respuesta añade:

—No le temo a la muerte.

—Pero ¿volveremos a verle? —inquieta la misma anciana que habló antes.

—Por supuesto. Estaré cerca de ustedes. Después de mi marcha de este mundo, mucho más que ahora.

Eduardo lee de nuevo el texto escrito en la hoja y comenta:

—Puede que el espíritu elevado que ha entrado en contacto con usted quisiera transmitirnos un mensaje que le atañe.

—Tal vez —musita el joven médium, pasándose la mano por la frente para secarse un sudor incómodo.

Viendo que su estrella invitada comienza a dar muestras de cansancio, Maria del Roser decide intervenir. Se levanta, va hacia los anaqueles reservados a los clásicos griegos y toma una cajita que hasta ahora custodiaban los tres tomos del *Teatro completo* de Aristófanes. Con una solemnidad muy hogareña, se sitúa junto al muchacho y le entrega el paquete.

—Un humilde presente, señor Canals, en nombre del Círculo de los Miércoles, como muestra de nuestra gratitud.

Los doce invitados vuelven a sus tazas de té, aliviados de poder relajarse, mientras el muchacho libra del envoltorio al regalo. En el interior halla un estuche nacarado que, al abrirse, le muestra un lecho de terciopelo rojo sobre

el que descansa una alianza de oro. Los ojos del joven Canals brillan de la sorpresa.

—Lleva su nombre grabado en el interior —informa Maria del Roser.

—Es demasiado. No debían... Yo nunca... —El joven no atina a encontrar las palabras y la concurrencia se complace con ello.

Desliza el anillo en su dedo corazón.

—No debían ustedes haberse molestado —añade.

Todos esquivan su mirada.

—No ha sido ninguna molestia. No es más que un pequeño detalle, con el fin de que nos recuerde y consienta en volver otro día.

Francisco Canals no contesta. Se despide del grupo con cortesía extrema, ensayada en los mostradores de su sección de duelos.

En la escalera, los invitados se cruzan con Conchita, que en ese momento sube al cuarto de los niños llevando en brazos a la pequeña Violeta, de poco más de un año de edad. Todos se detienen a lisonjearla. Le dedican esa retahíla de palabras ridículas que los adultos acostumbra a esgrimir frente a los niños. En último lugar, Francisco Canals Ambrós aguarda para salir.

En silencio, pasa junto a ellas cuando ya todos se han marchado. Su gesto resulta inadvertido a todos, salvo a la niñera. Mira a Violeta y al instante desaparece de su rostro ese aire tranquilo que tanto destaca en él. Se crispan sus labios, baja los ojos, se desliza con prisa escalera abajo.

Conchita iba a decirle lo mucho que le gustó su actuación el otro día, en el teatro Calvo-Vico, pero no tiene ocasión. El joven ha desaparecido, con la urgencia de quien ha visto lo que no deseaba ver.

De:	Violeta Lax
Fecha:	24 de marzo de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	Ya que tanto te interesa...

Debo confesar, mamá, que no conocía esta faceta tuya. ¿Así que te debo una historia? Me halaga saber que he sido capaz de intrigarte. Y

me alegra tener la seguridad de que no voy a defraudar las altas expectativas que he creado. De lo contrario, estás en tu derecho de enojarte con el narrador.

La cosa comenzó el 19 de diciembre de 1993, en París, cuando conocí a una persona que habría de ser fundamental en mi vida. Ocurrió por casualidad, como todo lo importante. En aquel momento apenas intercambiamos frases de cortesía que sólo nos sirvieron para saber que nuestros intereses eran similares: nos movíamos de puntillas por el terreno del arte. Lo mío era la pintura. Lo suyo, la música: comenzaba a hacer sus pinitos como cantante. También componía. Quería formar una banda y grabar un disco. Volvimos a encontrarnos ese fin de año, durante una escapada a Barcelona con las amigas de la universidad. Nos acostamos. Fue mi primera vez. Luego, dos años de silencio en que yo me limité a seguir sus logros a distancia. Su nombre comenzaba a sonar, no sólo en Francia, también en España. De pronto, una de sus canciones fue escogida para no sé qué evento deportivo y se hizo muy popular. Sonaba a todas horas. Comenzó a dar conciertos por todas partes y decidí ir al de París. De incógnito, podríamos decir, pero en primera fila. Nada más comenzar la primera canción, me vio desde el escenario. Al acabar la actuación, se acercó a mí uno de los gorilas de seguridad y me anunció que alguien deseaba verme. Me pidió que le acompañara al camerino. Ya sabes: así son las cosas en el mundo del rock. Por supuesto, le acompañé.

La verdad es que en ese tiempo su presencia me subyugaba, ejercía una atracción tan grande sobre mí que me daba miedo. Cuando estaba a su lado sentía que no podía resistirme a nada de lo que me propusiera. Era un sentimiento fantástico, pero incómodo al mismo tiempo. Su seguridad, su atractivo y ese modo suyo de ir a por todas sin titubear anulaban mi voluntad por completo. Sí, supongo que ésa es la definición más clásica del enamoramiento, una enajenación de ti misma, pero yo entonces no estaba acostumbrada. Y dudo que lo haya estado jamás.

Nuestro reencuentro fue maravilloso. Me dijo que no había dejado de pensar en mí ni un momento. Yo no correspondí. Mis propios sentimientos me asustaban y prefería negarlos. A pesar de todo, cuando sólo unos meses más tarde me propuso instalarnos en Barcelona, no lo pensé dos veces. Al principio, cada cual en su piso. Luego le pedí que viviera conmigo. Interpretó ese gesto como el fin de mis dudas y mis miedos y creo que en cierto modo fue así. La única etapa de nuestra relación en que fui capaz de entregarme del todo, sin complejos ni prejuicios ni medias tintas. Fui suya, sin excusas. Y valió la

pena. Sin ninguna duda, fue lo mejor que he compartido alguna vez con otra persona. Sé que es terrible decirlo así, y que es inevitable no pensar en Daniel, en lo que ha significado él para mí, en el papel que nuestra relación ha jugado en mi vida. Pero así es como lo siento y a estas alturas sería absurdo no reconocerlo.

Duró dos años. En ese tiempo, comencé a darme a conocer entre los galeristas y también en el mundo académico. Publiqué algunas cosas. Comenzaron a moverme las ofertas de trabajo. Entonces, de pronto, decidí centrarme en mi carrera. Me escudé en mi excusa de siempre y mandé a tomar viento nuestra relación. Le pedí que no me acompañara a los actos públicos. Una vez me preguntó si me avergonzaba su compañía. No supe qué responder. Me di cuenta de que comenzaba a hacerle daño sin remedio. Y que, por algún motivo que no podía explicarme, aquello sólo era el principio.

Entonces me ofrecieron incorporarme al equipo del Art Institute y me faltó tiempo para aceptar. Sabía que aquel trabajo era incompatible con nuestra vida en común y, a pesar de todo, seguí adelante. Trató de convencerme y sus palabras obraron el efecto contrario: de pronto lo único que quería era cerrar aquella etapa de mi vida. En realidad, lo de Chicago fue el pretexto perfecto para huir. Ni siquiera me despedí. Aproveché que estaba fuera durante una de sus giras, hice las maletas y dejé una nota muy rimbombante en la mesilla de noche donde le agradecía todo lo que había aprendido a su lado y le deseaba mucha suerte.

Me marché con el corazón destrozado, pero no me volví a mirar atrás ni una sola vez. Sentía que huir era el único modo de avanzar. Algo atávico.

En Chicago aprendí a curarme la nostalgia, y a olvidar poco a poco mi vida anterior. Me prometí a mí misma no regresar a Barcelona mientras no pudiera librarme de ese recuerdo y, de algún modo, me convertí en otra persona. En aquella que deseaba que los demás vieran en mí. Renuncié a una parte esencial de mí misma. Y lo peor es que ni siquiera me di cuenta. Luego apareció Daniel. La guinda perfecta del pastel. Y pasaron más de quince años. El tiempo avanza más deprisa que el olvido.

Hace poco supe por la prensa que mi antiguo amor de juventud padece un cáncer incurable. Le ha plantado cara un par de veces, pero esta vez va en serio. Primero anunció que suspendía la gira. Luego sacó un disco nuevo, un recopilatorio de maquetas y canciones inéditas, compuestas hace años, que hasta ahora no había mostrado por razones personales, según se aseguraba en las informaciones que

publicaron los periódicos. En ese álbum hay una canción llamada Adiós, Violeta. Fue esa canción lo que terminó de decidirme. Creo que, aunque sea tarde, se merece que le dé una explicación. O la oportunidad de insultarme a la cara. Como me decías de pequeña: «Nunca es tarde para hacer lo que se debe hacer.»

Para eso vine a España.

Aunque, ahora que estoy aquí, tropiezo de nuevo con mi cobardía. Sé en qué hospital está, tengo el teléfono de su representante, pero me sigo amparando en cualquier cosa con tal de postergar la decisión. Estoy paralizada de terror.

Ahora ya lo sabes. Estamos en paz.

Dale recuerdos a Jason. Tu hija, que te quiere:

Violín

XVI

La muerte de Rodolfo Lax tomó a todos por sorpresa, incluido él mismo.

El 27 de julio de 1909 el industrial se levantó antes de que amaneciera, tan preocupado por lo que sabía que iba a ocurrir como por lo que temía que ocurriese. La casa estaba desierta, como todos los veranos. Él era el único huésped de un puñado de habitaciones pobladas por los espectros envueltos en sábanas de unos muebles que dormían su sueño anual. Sólo su gabinete y el dormitorio permanecían abiertos. En esas semanas flojas de los máximos calores y las máximas modorras no hacía falta más, puesto que el único huésped de la casa no necesitaba otros lujos que su café matutino, su silencio lector y los planes que trazaba con deleite para distraer su soledad el resto de la jornada. De habitual salía hacia las diez, después de estudiar los periódicos. Visitaba alguna fábrica, dirigía asuntos de importancia, tomaba tres o cuatro decisiones de las que luego se sentía orgulloso y sólo volvía a casa después de cenar en el hotel Colón, donde la tertulia se prolongaba hasta altas horas, para solaz de otros como él, felices hombres librados de la familia.

—Es la única época del año en que hablamos de señoras sin padecer por la nuestra —solía comentar Lax, entre risas.

Aquella mañana de martes, la ciudad estaba sumida en un silencio falso, culpable. El día anterior se habían producido preocupantes disturbios en las calles, de los que nadie sabía qué pensar. Un puñado de mujeres habían iniciado una manifestación contra la decisión del gobierno de enviar a sus hombres a la guerra de Marruecos. «Es una guerra de ricos donde sólo

morimos los pobres», decían, creía Lax que con toda razón. El también pensaba que los planes del gobierno eran un dislate y una injusticia pero su pereza le impedía tomar partido. Para esas luchas idealistas ya estaba su mujer, que escondía un alma inconforme dentro del delicioso corsé. Luego llegó la huelga, convocada por los obreros descontentos. De pronto estaban las calles sembradas de barricadas, los comercios cerrados, los insurrectos en pie de guerra y una parte del ejército con ellos. Cuando comenzaron a arder iglesias, conventos y colegios religiosos, Rodolfo temió que todo se vendría abajo. Aquel revuelo le parecía más propio de una novela del siglo anterior que del día a día de gente sensata y moderna. Aunque la sensatez no parecía ser el punto fuerte de aquellos revolucionarios que se autoproclamaban pacíficos, pero a quienes sólo el ejército era capaz de apaciguar. Sólo unas horas después, Rodolfo podía comprender sus razones, pero de ningún modo su procedimiento. Las cosas, estaba convencido, se resuelven mejor alrededor de una mesa que en la línea de fuego. Todo se puede negociar. Él mismo lo había demostrado cuando evitó en su propia casa la huelga general pactando con los obreros nuevas condiciones de trabajo. Claro que el gobierno de Maura era mucho más rápido enviando la artillería que encontrando argumentos. Y en la cuestión de los reservistas había demasiados intereses ocultos para llevarla a ninguna mesa de debate.

En las empresas de Lax nadie había trabajado el día anterior, como en el resto de fábricas de la ciudad. Los piquetes de Solidaridad Obrera apenas habían tenido que esforzarse para imponer el paro: la indignación era general y, en algunos casos, se extendía incluso a los patronos.

Por la tarde, Lax recibió la visita de Trescents, quien deseaba saber qué medidas había que tomar contra los huelguistas.

—Ninguna. Bastante tienen con lo suyo.

—¿Ninguna? Le ruego que lo medite, señor. Si no les demuestra quién manda, terminarán por echarle de su propia casa.

—Demasiado les he demostrado ya quién manda, Trescents. Piénselo: yo soy de los que puede pagar por librar a sus cachorros de ir a la guerra. Ellos, en cambio, no pueden hacer nada. Y la mayoría tiene mujer e hijos. No se acalore, Trescents. Póngase en su lugar. Y déjeme a mí tratar con ellos —

zanjó Lax, convencido sinceramente de que entre él y sus trabajadores existía un mutuo respeto.

—No se fie, don Rodolfo. Tiene usted muchos trabajadores. No todos le conocen, ni todos son trigo limpio. Hay algunos que se toman muy en serio toda esta moda de las luchas obreras. ¡Incluso hablan de sindicatos! Pero ¿en qué sindicato van a estar mejor que en sus fábricas?

—Déjales, Trescents —apaciguó Rodolfo, no se sabía si porque realmente veía bien el sindicalismo o porque en el fondo pensaba que las izquierdas nunca irían a ninguna parte—. Que organicen sus reunioncillas, qué más da. ¿Usted no haría lo mismo?

El leguleyo Tomás Trescents pertenecía a esa juventud reaccionaria cuya vida seguía regida por el derecho canónico y la liturgia cristiana. Se le cuarteaba la piel sólo de verse comparado con semejantes hordas populares. Lax no se inmutaba. En realidad, no comenzó a tomarse las cosas en serio hasta que su amigo De la Cuadra apareció descompuesto en la tertulia del Colón y explicó que en mala hora había resuelto dar una vuelta por la ciudad para comprobar qué aspecto presentaba todo. Entre otros desastres, había visto una pancarta colgando de la puerta principal de una de las industrias Lax que decía: «De esta familia no quedará ni una gota de sangre.»

Aquel lema tuvo la culpa de que Rodolfo maldurmiera aquella noche. A la luz incandescente del quinqué, mucho antes de que amaneciera, intentó prever el cariz que iban a tomar las cosas. De algún lugar de la ciudad llegaban de vez en cuando sonidos de disparos. Se levantó alterado, muy temprano, se vistió sin calma y aguardó, como cada día, a que llegaran los dos periódicos a los que estaba suscrito. Mientras tanto, ojeó *La Vanguardia* del lunes, puesto que no tenía otra. Hizo una anotación en un papel: «Estudiar el nuevo invento de Edison: casas de cemento.» Observó un dibujo de los gramófonos de los que tanto hablaba Rorro, tomó una tarjeta con su nombre y escribió: «Les ruego me sirvan cuanto antes un gramófono marca Víctor de la mejor calidad, junto con una caja de agujas y una docena de discos (a su elección). Pagaré todo al contado. Les adjunto la tarjeta que debe acompañar el regalo. La dirección, la del anverso. Agradecido, Rodolfo Lax.» Escribió en el sobre el nombre del establecimiento: «Casa Corrons, Rambla de los

Estudios, número 11» y lo dejó listo para ser entregado.

Esperó un poco más, impaciente, a que llegaran las noticias del día. Pero en lugar de los periódicos llegó Felipe, con una carta en una mano y una taza de café en la otra.

—Un muchachote más negro que un tizón acaba de dejar esto para usted —dijo, depositando la misiva sobre la superficie de la mesa.

Rodolfo leyó el billete, ceñudo. Lanzó una especie de gruñido indignado, meneó la cabeza, apuró el café de un sorbo y farfulló:

—Estamos perdiendo el norte.

Bajó la escalera a toda prisa, interceptó a Felipe en el patio, y le pidió que preparara el coche para salir en seguida.

—Encárguese de llevar esto en mano, por favor —solicitó, tendiéndole el pequeño sobre con el pedido del gramófono.

Rodolfo Lax se quejó del bochorno que aplastaba la ciudad ya a aquellas horas tan tempranas, subió su cara de consternación al coche y desapareció, justo cuando los campanarios proclamaban, temerosos, las diez.

Fue la última vez que se le vio salir de su domicilio.

Cinco semanas más tarde, cuando Maria del Roser se preguntaba a todas horas cómo iba a hacer para vivir sin ese hombre que la hizo feliz todos y cada uno de los días de su vida en común, llegó un mayordomo de la Casa Corrons con un paquete muy voluminoso.

—Es para la señora de la casa, de parte de su señor marido.

Al oír aquello, Vicenta por poco se desmaya del susto. Por un momento pensó que el señor, siempre tan detallista, continuaba pendiente de todo desde el más allá.

Cuando abrieron el paquete encontraron un gramófono Víctor, último modelo, recién llegado de Estados Unidos y acompañado de una tarjeta que decía: «Para Rorro, de su amante Rodolfo.» Nunca contó el eficiente Felipe lo que le costó llegar a La Rambla de los Estudios aquella mañana revuelta. Al fin, mereció la pena. El accidentado paseo sirvió para que el señor diera un último capricho a su Rorro, Rorrita, Rorrerita, o comoquiera que quisiera llamar a aquella mujer que ya para siempre y para todo el mundo sería doña Maria del Roser, viuda de Lax.

Amadeo Lax Golorons llegó el 2 de agosto a media mañana. Había hecho el viaje desde Roma en diligencia, solo, sin parar más que el tiempo necesario para cambiar los caballos. Al llegar a Barcelona se encontró con una ciudad extraña, que pagaba las consecuencias de su mayor exceso. Había militares haciendo la ronda por las calles y el aire traía un amargo hedor a quemado. La gente se esforzaba por simular que todo continuaba como siempre. Los barceloneses están hechos desde antiguo a las emociones fuertes.

Cuando Amadeo, por fin, se dejó ver, sólo la ropa sucia y la palidez de sus mejillas revelaron el contratiempo en que habían transcurrido sus últimas horas. Nada más pisar el patio de carruajes preguntó por su madre. Le dijeron que estaba en la biblioteca, supuso que descansando. Quiso saber si Violeta y el resto de la familia estaban en casa.

—Siguen en Caldes —le informó Felipe—. Su madre no ha consentido de ningún modo en que hicieran un viaje tan peligroso. Y, modestamente, señor, creo que hizo bien. Lo que hemos vivido ha sido un horror.

—¿Y el funeral?

Felipe bajó la mirada.

—No hemos oído hablar de ello, señor.

—¿Dónde se vela el cuerpo de mi padre?

—En ninguna parte, señor.

—Al menos sabrán dónde se encuentra...

—No, señor.

Amadeo se frotó las ojeras.

—¿Qué ocurrió, Felipe? ¿Alguien puede contarme algo?

El cochero asintió sin palabras y pidió permiso para sentarse. Con voz cavernosa relató lo sucedido:

—El martes llevé a su padre al convento de las Jerónimas, en la calle de San Antonio. La ciudad estaba tomada por los locos esos, nos costó un mundo llegar. Cuando por fin le dejé en la puerta, todo parecía tranquilo. Incluso demasiado tranquilo, diría yo. Don Rodolfo me dijo que volviera a casa, pero no quise dejarle allí y me dispuse a esperarle, como siempre. Acababa de verle cruzar la entrada del convento cuando me puse en camino

hacia La Rambla de los Estudios. No se figura cómo estaban las calles de revueltas. No me explico cómo logré ir y volver sin lamentar males mayores. El caso es que, un rato después, estaba de nuevo frente al portal de las Jerónimas. Les faltó tiempo a esos exaltados para asaltarme. Me preguntaron si yo era el chófer de Rodolfo Lax y si quería unirme a ellos. Como les dije que no, me llamaron traidor y me pegaron. Llevaban antorchas y bayonetas; por un momento, creí que iban a matarme. Me robaron el coche. A mí me arrojaron en marcha en el cruce de Gran Vía con Balmes. Cuando conseguí regresar al convento, caminando, puesto que los tranvías no circulaban, el fuego lo estaba devorando. En las calles no se veía un alma, pero había ojos observando detrás de cada ventana.

—¿Te dijo mi padre con qué propósito visitaba a las monjas en un día tan poco conveniente? —preguntó.

—No, señor. No solía contarme sus intenciones.

—¿Y tú sospechas algo?

—Por la mañana llegó un billete. Después de leerlo, su padre tomó la decisión de salir. Parecía enfadado. Tengo entendido que mantenía negocios con las hermanas.

—¿Viste quién trajo el billete?

—Sí, señor. Era un mozalbete corriente, nadie conocido. Debió de recibir una limosna a cambio del recado.

—¿Puede que las monjas presintieran el peligro y le pidieran ayuda?

—Es lo que yo pensé, señor. Otras lo hicieron. Y algunas hubo que se defendieron a tiros.

Amadeo rebufó. Era lo último que habría deseado: tener que regresar antes de lo previsto para afrontar una muerte cargada de interrogantes y una herencia cargada de obligaciones.

—Hay algo más, señor... —musitó Felipe.

Amadeo le interrogó con los ojos muy abiertos.

—La madre superiora de las Jerónimas, una tal sor Maravillas, trajo en mano esta carta para usted hace dos días. Iba vestida de seglar y parecía asustada.

Amadeo observó el elegante trazo de tinta con que alguien había escrito

en el sobre: «A la atención del señor Lax, hijo.»-Está bien, Felipe. Mañana irás a Caldes, a buscar a mis hermanos. Di a los criados que cierren la finca. Y que vuelvan todos en seguida. Va a haber mucho que hacer. Y ahora retírate.

El cochero emprendía el camino hacia la cocina cuando Amadeo le detuvo de nuevo:

—Una cosa más —dijo—. Tengo entendido que Conchita está en casa.

—Sí, señor. Llegó hace dos días, acompañando a su madre.

—Dile que suba a verme al gabinete.

La respuesta sonó alarmada, incapaz de aceptar el nuevo orden de cosas.

—¿Al gabinete del señor Lax?

—Claro, Felipe. Yo soy ahora el señor Lax.

Con paso cansino, Amadeo subió la escalera. Echó un vistazo al salón desde el pasillo, sólo para asegurarse de que todo continuaba igual. Recuperó, con placer, el crujido de sus pasos camino de las estancias que daban a la calle. Empuñó la manecilla de la puerta. Por un momento, le pareció que iba a encontrar a don Rodolfo en su poltrona, cavilando acerca de la aplicación de algún nuevo invento o criticando la actuación de algún político. Mas no fue así. Cuando ocupó su silla, tuvo un momento de duda, una debilidad impropia de un ser orgulloso como él. La carta de la monja jerónima le devolvió las fuerzas. Rasgó el sobre con el abrecartas de plata y observó la hermosa caligrafía. Estaba fechada el uno de agosto. Un poco más arriba, dos trazos formaban una cruz y bendecían el mensaje con su presencia. «Apreciado señor Lax», rezaba el insípido encabezamiento. El heredero no esperaba grandes alegrías de una misiva que tan poco prometía en sus inicios, pero a pesar de todo continuó leyendo: «Permítame darle el pésame por el traspaso de su padre, con quien tanto mi comunidad como yo misma estamos tan en deuda. Sin embargo, no es por eso que le escribo, sino para explicarle que don Rodolfo murió en mis brazos y que lo hizo con heroicidad y sin ningún sufrimiento, después de defender nuestra casa de las humillaciones de los bárbaros.»

Amadeo se quitó los zapatos. Se incorporó un poco. Continuó leyendo. «Sé que don Rodolfo, como él me dijo con su último aliento, llegó a nuestra

casa convencido de que las hermanas habíamos solicitado su ayuda. Es de justicia explicarle que no fue así. Ninguna de nosotras escribió jamás ese billete al que él respondió con tanta premura por la razón de que nunca habríamos osado poner en peligro la vida de alguien tan querido en nuestra comunidad. Según mi opinión, su padre fue víctima de una traición, aunque ni él ni yo supimos quiénes la habían orquestado.

»Las cosas ocurrieron de este modo: antes de que amaneciera, un grupo de hombres borrachos y armados con antorchas y bayonetas se apostó delante de nuestra puerta. Gritaban como locos: "¡Fuera, monjas!, ¡venimos a quemar!" No nos dieron tiempo ni a salvar los cálices de la iglesia. Entraron destrozándolo todo y nos sacaron a empujones. Por fortuna, alguna buena gente del barrio nos dio refugio. Desde sus ventanas pudimos ver cómo sacaban las tallas de la iglesia y las destrozaban a martillazos, y arramblaban con todos y cada uno de los objetos de valor. Ultrajaron todos los espacios de nuestra santa casa, incluyendo la cripta, donde exhumaron los cuerpos de nuestras hermanas difuntas y bailaron con ellos en mitad de la plaza, mientras sonaba una bullanga diabólica. Luego los dejaron apostados en las esquinas de la calle, para robarles su última dignidad. Fue un espectáculo dantesco, al que algunas de nosotras no logramos sobreponernos.

»Cuando llegó su padre, sin embargo, todo eso ya había acabado. Los anticlericales parecían haberse cansado de destrozarlo todo y nosotras comenzábamos a dar gracias a Dios de que nuestro convento se hubiera salvado del fuego que consumía otros. Entonces vimos llegar a don Rodolfo. El cochero le dejó en la puerta principal. Entró con sigilo, supongo que extrañado de hallar los portones abiertos de par en par. Tras él, vimos llegar un grupo de terroristas. Fue entonces cuando adiviné la trampa de que había sido objeto y decidí ir en su ayuda. Me prestaron un fusil, y créame que fue mi salvación, y a pesar de que nunca había visto ninguno de cerca. Gracias a que lo sostuve con firmeza todo el tiempo, y que una sola vez me atreví a disparar, me proporcionó alguna defensa. Entré con él en el cenobio, fui directa al claustro y allí me encontré a su padre tratando de arrebatarme a uno de los violentos el cadáver recién desenterrado de una monja del siglo xvi. Don Rodolfo intentaba hacerle razonar, pero el otro no escuchaba. Llegaron

compañeros del primero. Amenazaron a su padre con una bayoneta. El se negó a soltar a la difunta. Yo disparé, pero sólo herí a uno en un pie. Siguió un gran desorden de carreras y gritos blasfemos. Cuando quise darme cuenta, ya era tarde: su padre estaba mortalmente herido y los ultrajadores corrían a incendiarlo todo. Conseguí arrastrar a don Rodolfo hasta la calle mientras las llamas comenzaban a devorar nuestra casa. Una vez allí hice lo único que aún estaba en mi mano: tratar de confortar sus últimos momentos. Creo que lo conseguí.»

Impresionado por la heroicidad de la religiosa, Amadeo dio la vuelta a la hoja y terminó de leer la crónica:

«Lo que hicimos después fue sólo un acto de misericordia. No podíamos consentir que el cuerpo de su padre fuera retirado de la vía pública por las fuerzas del orden como el de un vulgar maleante y tampoco que los calores de estos días lo deformaran a la vista de todas las miradas. Pedí ayuda a mi prima hermana, la madre superiora del convento de Montesión, quien muy afectada por la noticia accedió en seguida a enterrar a don Rodolfo en el claustro de su casa. Las hermanas le ofrecimos una ceremonia sencilla, que ofició el capellán de Santa Madrona, otro hombre santo que estos días se ha visto obligado a huir y esconderse. De modo que desde el 30 de julio pasado el cuerpo de su padre descansa en paz en tierra bendita. La misma tierra que ustedes, los miembros de su familia, pueden visitar, siempre que sea su deseo y sin que la clausura se lo impida. Por fortuna, el convento de Montesión corrió más suerte que el nuestro y apenas sufrió desperfectos a causa de la revuelta. Nuestras paredes, en cambio, han quedado totalmente destruidas. Sólo la demolición puede ahora hacer de ellas algo útil.

»Al fin, cumplida mi obligación de informarle de estos tristes sucesos, sólo me queda reiterarle mi pesar de todo corazón. Su padre fue para nosotras una referencia, un consejero y un amigo. Sabremos pagarle tanta generosidad a través de usted y los suyos, si alguna vez lo estiman necesario. Dios nos proteja y nos muestre el camino. Con afecto de amiga, madre Maravillas.» La lectura dejó a Amadeo tan absorto que ni siquiera oyó llegar a Conchita. De pronto levantó los ojos y halló a su antigua nodriza detenida en el umbral del gabinete, con los ojos húmedos y las manos en las mejillas.

—¡Virgen Santa, qué cambiado estás! —exclamó.

—Entra y cierra la puerta, por favor —le pidió él, doblando cuidadosamente la carta de la religiosa para devolverla a su sobre.

La niñera quedó muy impresionada por la entereza y la naturalidad con que Amadeo asumía las riendas de la casa. Contaba sólo diecinueve años, los mismos que tenía ella cuando llegó, pero su gesto era seguro y una áspera severidad había borrado por completo los ademanes del adolescente esquivo que fue hacía tan poco tiempo. Desde una distancia mayor a la que marcaba la mesa, Amadeo preguntó:

—¿Cómo estás, Concha?

La mujer rompió a llorar. Llevaba demasiadas horas soportando aquel nudo en la garganta.

—Es horrible —musitó, agarrándole la mano.

Amadeo no rehuyó el contacto ni devolvió la caricia. Se limitó a dejar la mano donde estaba. Y a decir:

—Cuéntame.

—La última vez que vimos a tu padre fue el domingo. Regresó a Barcelona para atender sus asuntos, como cada semana, antes del anochecer. Hasta el miércoles no supimos lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Tu madre tuvo una corazonada, algo así como una premonición. Bueno, ella dice que fue un aviso de alguien que la guarda de mal. Telegrafió a tu padre. Maldijo veinte veces su decisión de no instalar un teléfono en la finca de Caldes. Pasó el jueves entero preguntando a todo el que regresaba de la ciudad. Por la noche decidió salir con las primeras luces del nuevo día. Lo preparó todo para ir hasta Mataré en diligencia y allí tomar el tren. Pero no fue necesario: a primera hora llegó Felipe con la noticia. Durante todo el camino, tu madre conservó la esperanza de encontrar a don Rodolfo con vida. Se dirigió lo primero al convento de las Jerónimas, pero en su lugar sólo encontró los restos de una gran hoguera. Una vez en casa, se encerró en la biblioteca y se negó a ver a nadie. La hemos oído llorar casi todo el tiempo. No podíamos entender lo que estaba ocurriendo, por qué no le buscaba por los hospitales, por qué no preguntaba a nadie por él.

—¿Alguien ha avisado al padre Eudaldo?

—Estuvo aquí esta mañana, hablando con ella, pero se marchó muy disgustado, asegurando que nada puede hacer contra herejías tan manifiestas.

—¿Herejías? Sospecho a qué se refería.

—Tu madre está convencida de que un espíritu vela por su bien desde el más allá. No es uno inconcreto, sino alguien que, antes de morir, le prometió comunicarse con ella.

—Comprendo —repuso Amadeo, tan disgustado como don Eudaldo—. ¿Y puede saberse quién es ese ángel protector?

—Se llamaba Francisco Canals Ambrós. Murió hace algunos años, creo que diez. Sólo que últimamente tiene motivos para estar agradecido a tu madre.

Amadeo lanzó una mirada interrogante.

—Es gracias a ella que su cadáver ha sido trasladado. Desde una tumba incomodísima, en un sexto piso, hasta otra a nivel de suelo. Mucho mejor así.

—¿Ahora se preocupan los difuntos por la comodidad de las sepulturas?

—En este caso, la ventaja no es para el difunto, sino para sus feligreses. El muchacho era un portento en vida y hace milagros después de muerto. Dicen que todo lo que se le pide, se cumple.

—¿Qué clase de milagros?

—De todo tipo. Tiene muchos fieles. Su tumba está siempre rebosante de ofrendas y regalos. Deberías verla. Pero hasta que tu madre y don Octavio consiguieron trasladarla, los pobres creyentes no podían adorarle en condiciones.

—¿Y tú cómo sabes todo esto, si puede saberse?

—¡Anda! ¡Porque le conocí! Era un joven muy curioso. Murió de repente, nadie sabe de qué. Le costaba hablar, al pobrecito, de tan humilde como era. Y también estuve presente el día del traslado de sus huesos, pobrecillo, qué lástima me dio verle tan consumido.

—¡Ya basta, Conchita! ¡Todo esto es un puro disparate! —vociferó Amadeo, perdiendo la paciencia—. Yo sólo quiero saber cómo está mi madre.

Concha hizo una pausa. Miró la pila de correspondencia que se amontonaba sobre la mesa.

—No ha querido comer. Sólo tiene ganas de estar encerrada en la biblioteca, a la luz de las velas. Dice que necesita despedirse.

Esta última frase la pronunció la mujer entre sollozos. Amadeo intentó ver las cosas de un modo positivo.

—No te preocupes, Conchita. Todo volverá a su cauce. Haremos que mi madre salga de la biblioteca y celebraremos un funeral por mi padre.

—Ya, pero no sabemos qué ha sido de sus despojos.

—Yo me encargo de eso, no te preocupes.

La niñera suspiró, aliviada. Se diría que parte del color de sus mejillas regresó en aquel instante. Había vuelto el hombre de la casa, decía con sus gestos, ya no había que temer ninguna deriva. El barco volvía a tener capitán.

—Encárgate de comprar algo succulento para la cena de esta noche. Un buen menú para dos personas. Que Felipe te acompañe. Las calles no son aún seguras para una mujer sola.

Conchita se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—De acuerdo, señor —dijo, con cierto deje de orgullo—. Gracias a Dios que estás aquí.

Amadeo pensaba exactamente lo mismo. Antes de que la niñera se marchara, añadió:

—Me ha parecido que los muebles de las habitaciones aún tienen sus fundas puestas.

—Así es. No hemos tenido ánimos para retirarlas.

—Hazlo cuanto antes. Es deprimente. Parece que los muertos seamos nosotros.

Con pulso firme, Amadeo buscó la pluma de su padre en el primer cajón. Sacó papel timbrado y se dispuso a escribir. Desde la fotografía de la repisa, su padre parecía aprobar sus actos, por primera vez en su vida.

A las ocho y media en punto, el heredero llamó a las puertas de la biblioteca. Como había previsto, no contestó nadie. Intentó abrir, pero estaba cerrada con llave desde dentro.

—Madre, la espero para cenar dentro de cinco minutos. Le ruego que me acompañe.

Contra lo que Conchita había creído, doña Maria del Roser bajó a cenar.

Encontró la mesa vestida con un mantel de hilo y arreglada con la sencillez esperable de un momento tan triste. A pesar de todo, los cubiertos habían sido brillantados y en las porcelanas no había ni una mota de polvo. El rosbif y su guarnición eran los únicos que lucían pletóricos.

Para la ocasión, Amadeo Lax había preparado un discurso delicado e imperativo con el que pretendía hacer entrar a su madre en razón, poner algo de orden en la casa e informarla de ciertos detalles que no creía tolerables. Comenzó por lo más fácil:

—He mandado traer a Juan y Violeta. No tiene sentido que permanezcan en Caldes estando de duelo la familia. En cuanto a nosotros, hay ciertas cosas que debemos hacer sin demora, madre. Padre merece una despedida como Dios manda, a la altura de nuestro apellido. Por lo pronto, he pensado en encargar a algún artista de renombre una escultura de mármol con que coronar el panteón familiar. Me gustaría que fuera un ángel. Últimamente están muy de moda. Tengo la intención de declarar una jornada de luto oficial en todas nuestras empresas. —Hizo una pausa para calibrar el efecto de sus palabras. Maria del Roser le miraba con fijeza, sin expresar conformidad, pero tampoco disgusto—: La esquila oficial se publicará el viernes en los periódicos. *La Vanguardia* y el *Diario de Barcelona*, naturalmente. Es lo mejor para que todo el mundo lo sepa. He pensado que el sábado es un buen día para oficiar una misa. Pensaba encargarle la homilía al padre Eudaldo. Si necesita usted ropa de duelo, Felipe y Concha pueden ir por ella esta misma tarde. Las calles comienzan a estar más tranquilas, pero preferiría que ni Violeta ni usted salieran aún de casa, a menos que sea imprescindible. Y en cuanto al cuerpo... —Maria del Roser levantó la mirada en medio de un silencio indescifrable—. Voy a mandar que lo trasladen al panteón de la familia. Por curiosas circunstancias que no vienen al caso, he podido saber dónde ha sido enterrado padre provisionalmente y...

—En el claustro del convento de Montesión —dijo Maria del Roser— y me parece estupendo.

Este comentario descentró al heredero, quien no logró comprender de qué modo podía disponer su madre de ese dato. A pesar de todo, habría retomado el hilo si Maria del Roser no le hubiera espetado:

—No pienso ir al funeral de tu padre, Amadeo. No tengo nada que hacer allí.

Amadeo endureció las facciones.

—¿No piensa dar a su marido el último adiós?

—Claro que sí. A mi modo.

Conchita entró en el salón para servir el agua. De inmediato se dio cuenta de que su presencia creaba un silencio gélido entre madre e hijo. Se apresuró a terminar y salió de la estancia. En cuanto lo hubo hecho, Amadeo volvió a la carga.

—¿Y cuál es ese modo, si puede saberse? ¿Una de esas sesiones tuyas de espiritismo? ¿Piensa tal vez en invocar el fantasma de padre?

—Te ruego que no hagas burla de mis creencias, hijo. En este momento tan funesto me están siendo de gran ayuda.

—¿Sus creencias son ridículas, madre, además de motivo de burla en el mundo entero! ¿Es que no lee usted los periódicos?

—Por supuesto que sí. Incluso escribo en ellos. —El tono de la conversación comenzaba a ser poco moderado.

Amadeo soltó una carcajada burlesca.

—¿Llama periódicos a esos panfletos cargados de supersticiones y falsas teorías científicas? ¿Cree que el mejor modo de despedirse de padre es encomendarse a ídolos de cartón piedra?

Maria del Roser no contestó. Respiró profundamente. Amadeo cortó un pedazo de carne y lo masticó con calma.

—No perdamos el tiempo con discusiones que no llevan a ninguna parte, madre —continuó—. Deberíamos llegar a un acuerdo sobre qué contamos de la muerte de padre.

—A nadie importa eso.

—La prensa preguntará. Y los amigos también.

—Les diremos que acudió a ayudar a sus amigas las jerónimas y que sufrió el ataque cruel de unos desalmados.

Amadeo dejó de masticar. Entornó los ojos.

—¿Ha hablado usted con alguna de las hermanas?

—No.

—¿Conoce a sor Maravillas?

—No, aunque me gustaría. —Maria del Roser intentó esbozar una sonrisa

—. Se tomó muchas molestias que quisiera poder agradecerle.

—Se tomó muchas libertades, diría yo.

—¿Por qué lo dices? ¿Por el entierro? Ah, no te preocupes por eso. Tu padre se encuentra muy a gusto allí. Después de todo, armó y desarmó esas piedras varias veces. Son como su propia casa.

Amadeo no dio crédito a lo que acababa de escuchar. Iba a decir algo cuando su madre prosiguió.

—Lo del panteón familiar y la estatua no es una buena idea. Tu padre no creía en ángeles. Estará mejor con sus monjas.

Amadeo meneó la cabeza, confuso.

—Todo esto me parece fuera de lugar.

—Es normal, hijo. Pero no importa. Quiero que sepas lo mucho que valoro la prisa que te has dado en regresar de Italia. Y también tu interés por mantener el nombre de la familia en medio de esta desgracia. Supongo que, como yo, eres de la opinión de que las cosas deben normalizarse lo antes posible. —Maria del Roser apartó el plato intacto, bebió un sorbo de agua y prosiguió—: Me he permitido escribir al señor Trescents rogándole que venga mañana. Es mejor que te ponga al tanto de los pormenores de la herencia de tu padre. Por desgracia, yo no podré acompañarte. La terminología legal me marea. Tendrás, como corresponde, libertad para todo, pero te ruego que dejes a un lado las chiquillerías de otro tiempo y tengas en cuenta a tu hermano. Será un buen lugarteniente para ti. Y un ayudante fiel, estoy segura. También deberías empezar a pensar en contraer matrimonio, ahora que lo tienes todo a tu favor para despertar el interés de las mejores familias de la ciudad.

Amadeo boqueaba desde hacía unos segundos, impaciente por decir algo. Cuando la madre se detuvo a respirar, no desaprovechó la oportunidad.

—¿Me ha parecido oír que padre prefiere el claustro de las monjas al panteón de la familia?

—Sí, hijo.

—¿Cómo puede saber algo así?

—Lo sé y ya está, hijo. No preguntes lo que no quieres saber.

—No pensaré que él puede comunicarse con nosotros, ¿verdad? ¿Es padre quien, según usted, no quiere ir al panteón?

—¡Otra vez con el dichoso panteón! ¡Deja ya el tema, hijo! Es un asunto zanjado. Te hablaba de tus obligaciones como heredero. Eso sí es importante.

Amadeo pinchó una patata, la bañó en la salsa, se la llevó a la boca. Sólo después de masticarla largo rato y tragarla accedió a lo que su madre le pedía.

—Madre, no sé si deseo dirigir las Industrias Lax —dijo.

—Y el imperio Golorons, hijo. No olvides los frutos del esfuerzo de tu abuelo, que ahora también están en tus manos.

El joven heredero se removió en la silla. Ante la energía de su madre, su firmeza se desvanecía. Aunque era demasiado orgulloso para no disimular. Trató de añadir algo, pero María del Roser se adelantó.

—Resulta evidente que tienes buena mano para la pintura, y lo celebro. Cultiva ese don, si lo deseas, pero no te olvides de honrar el apellido de tu padre cuidando de su patrimonio, que no sólo comprende inmuebles, patentes, balances anuales y demás complicaciones. Él habría deseado que también te hicieras cargo, y sobre todo, de los trabajadores. Tu padre se enorgullecía de conocerlos a todos, uno por uno, y son más de cinco mil.

—¿No ha pensado que tal vez fueron los trabajadores quienes le tendieron la trampa mortal?

María del Roser apartó la idea con un manotazo.

—¡Bah, estupideces! Quienes le traicionaron no le conocían de nada. O sólo lo justo para detestarle: sus traslados de conventos, sus amistades influyentes, su fortuna... Fueron contra él igual que contra los religiosos: por costumbre. En esta ciudad las cosas funcionan así, ¿no lo sabías? A la mínima protesta contra una injusticia, todos salen corriendo a quemar conventos y a matar ricos.

—Se niega a ver la verdad, madre. Los obreros nos consideran sus enemigos.

—¡Menuda tontería! Tu padre no era el enemigo de ninguno de sus trabajadores. Todo lo contrario: le veneraban. Y con razón. Hizo por ellos más que ningún empresario. No tienes más que preguntar. Y escúchame, que

aún no he terminado.

Amadeo se enfurruñó. Las maneras de nuevo señor de la casa, que tan buen resultado le habían dado con Felipe y con Concha, no servían de nada ante su madre quien, además, legalmente seguía siendo su tutora.

—Quiero que me prometas que dejarás que de tu padre me ocupe yo. — Amadeo estaba incómodo como un buey sentado a la mesa. Continuó ella—: Publica esquelas, organiza funerales y declara jornadas de luto en todas las empresas del mundo, si quieres, pero deja a tu padre en el claustro de Montesión. Con sus monjas.

Amadeo se resistía a aceptar el trato hasta que se le ocurrió negociar.

—Está bien. Si me regala todo lo necesario para un estudio de pintor y me permite instalarme en la buhardilla —dijo.

La viuda de Lax dirigió a su hijo una larga mirada, como si le viera por primera vez. Antes de que pudiera emitir el veredicto el heredero prosiguió:

—Y me dice cómo ha sabido todos los detalles de la muerte de padre que acaba de referirme.

—De acuerdo en lo del estudio de pintor —concluyó, tras una pausa angustiada—. Puedes comprártelo tú mismo, ya que pienso delegar en ti todos los asuntos económicos. Lo otro no te importa.

Amadeo amagó una sonrisa burlona, que supo rectificar a tiempo, en el mismo instante en que su madre se levantaba de la mesa, acercaba la silla hasta dejarla en su lugar, con mucha lentitud, y decía:

—Mañana permitiremos que la vida eche a andar de nuevo, hijo. Seguro que nos llevará a alguna parte.

Cuando la silueta oscura de Maria del Roser Golorons resaltó en el fondo marmóreo de la chimenea, su hijo añadió:

—Me admira su entereza y su coraje en estos momentos, madre.

Ya casi en la puerta, repuso ella, no se supo si para sí o para su hijo:

—Mirad fijamente a la oscuridad y veréis brillar la luz de los difuntos.

Para Amadeo Lax, madrugar era levantarse a las diez. Muy pocas veces en su vida consintió en levantarse antes de esa hora, o en salir de casa sin que hubieran tocado las once. Tampoco le gustaba hacer planes por adelantado.

Se organizaba a diario, después de desayunar y leer los periódicos. Quienes querían algo de él se presentaban en su gabinete alrededor de las doce y eran recibidos por riguroso orden de llegada. Por desgracia, le requería mucha más gente de la que su talante retraído era capaz de soportar. Durante los dos años que mediaron entre la muerte de don Rodolfo y su mayoría de edad, tuvo que plegarse a sus nuevas obligaciones. Recibió y escuchó sin chistar, siempre con un interés algo absorto, pero también con un sentido de la responsabilidad que dejaba de piedra incluso a su propia madre. En el desfile de pedidos, los asuntos domésticos correspondían a Eutimia.

—Hacen falta legumbres, patatas, aceite y café. La leche ha subido dos céntimos. Encargaré cuatro sacos de carbón para la cocina. Falta brillante para limpiar metales, alpiste para los pájaros de la señorita Violeta y otros productos de primera necesidad. Sería muy conveniente comprar una esterilla nueva para el patio. Necesitamos también un palillero y media docena de cucharitas de postre. El relojero Merleti y un mozo de la cerería Tarda nos han traído sus facturas. Ah, una camarera sufre sofocaciones y necesita píldoras del doctor Andreu. Y otra está invadida de lombrices intestinales y necesita unas lavativas de....

—Compre lo que haga falta —dictaminó Amadeo, poco interesado por los problemas intestinales del servicio, mientras estudiaba los papeles: «Relojes Merleti: conducta anual de cuidar los relojes de toda la casa y darles cuerda. 20 pesetas», «Velas, velones y palmatorias de colores y tamaños variados, 5 pesetas».

—Y una cosa más, señor, si no es molestia. Me pregunto si podría comprar cierto unguento medicinal llamado —Eutimia sacó un papel del bolsillo de su delantal y leyó la letra ajena con dificultad— «Tricofero Padró».

Amadeo frunció el ceño. La gobernanta continuó leyendo:

—«Tres prodigiosas utilidades. Una: Hace crecer el pelo. Abundante, lustroso, con rizos muy graciosos. Dos: Limpia la cabeza. No es aceite que se enrancie y por eso priva de la caspa y otras porquerías. Tres: Cura la jaqueca. Porque, como mantiene el pelo en tan perfecta salud, aviva su natural acción eléctrica y hay a su través una corriente fácil y segura que descarga con gran

facilidad la excesiva aglomeración del fluido nérvico...»

—Está bien, está bien —la interrumpió Amadeo—, ¿quién lo necesita?
Eutimia suspiró.

—Ay, señor. Por allá abajo, el menos afortunado está jaquecoso y el más, calvo. Yo misma me lo aplicaría —se tocó los cuatro pelos blancos de su cabeza—, a ver qué pasa. Quienes lo han probado dicen que es mano de santo. Ya sería hora de que nos salieran a todos esos rizos graciosos que dice el reclamo.

En algunos casos, Amadeo autorizaba las peticiones de Eutimia por agotamiento.

Conchita, en cambio, le venía con peticiones menos pragmáticas, casi siempre referentes a Violeta.

—Tu hermana sería muy feliz si dispusiera de una escribanía. Le gusta mucho escribir.

—¿Y qué escribe?

—Un diario secreto. Y muchas cartas.

—¿Cartas? ¿A quién? —preguntó, alarmado, Amadeo.

—Ah, pues a todo el mundo. A tu madre, a ti..., a una amiga imaginaria llamada Greta y hasta a un domador de tigres de nombre Henriksen a quien vimos el sábado pasado en el teatro Soriano. El programa decía que lo resucitaron para que debutara en Barcelona.

Amadeo rió.

—Seguro que es amigo de mi madre. O lo será muy pronto.

—Pues sí, precisamente fue doña Maria del Roser quien nos recomendó el espectáculo. A tu hermana le encantó. Tendrías que haber visto cómo aplaudía.

—Yo no veo bien que una señorita de once años ande carteándose con domadores de tigres resucitados —bromeó el hombre de la casa, antes de concederle a Violeta todos sus deseos—. Está bien. Tendrá su escribanía. Le diré a Octavio que iréis a elegirla esta semana.

—No será necesario, Amadeo. Nos gusta más curiosear a nuestro aire, con perdón. Si nos vigila Octavio, no podemos montar en los ascensores.

—¿Cómo dices?

—¡A tu hermana le encanta subir y bajar en esos trastos! Y la verdad es que a mí también. No somos las únicas. El ascensorista se pasa la tarde echando a los curiosos. Son tantos que no dejan espacio a quienes realmente van a alguna parte.

Amadeo fruncía el ceño. Sabía que su hermana saldría de El Siglo con algo más que una escribanía; siempre ocurría lo mismo. Pero le gustaba concederle caprichos a Violeta. Y Conchita lo sabía y siempre se salía con la suya.

Por desgracia, la visita diaria de Trescents, el abogado, no se resolvía con tanta celeridad. Atrincherado tras sus carpetas de asuntos pendientes, el hombre de leyes detallaba un soporífero orden del día:

—Los trabajadores de los Hilados y Tejidos de San Andrés reclaman más salario y una escuela para sus hijos, dicen que su padre se lo prometió poco antes de dejarnos. Los de Matará informan de que la fábrica está invadida por las ratas y solicitan algún remedio para exterminarlas. El algodón que debía llegar ayer por mar ha sufrido una demora por culpa del mal tiempo y los obreros de San Martín están parados; preguntan si pueden irse a su casa hasta que llegue la materia prima. Un campesino que tiene su cosecha en una propiedad nuestra de la avenida Diagonal pregunta si puede entrar a las tierras para recolectar las patatas y nos ofrece a cambio cuarenta kilos. Hemos recibido varias ofertas de compra muy interesantes para terrenos en el paseo de la Bonanova, algunas a precio de ganga; según mi criterio, deberíamos estudiarlas. Traigo, para su revisión, los extractos de todas las cuentas del Banco de Barcelona. El señor Estruch le manda saludos y una invitación para almorzar el jueves de la semana próxima. Los marqueses de Marianao dicen que las sillas de su nuevo palacio están torcidas y que la señora marquesa, que está metida en carnes, no consiente en aposentarse sobre ellas por miedo a caerse. Pregunta el señor Moreu, el mueblista, cuántos biombos se necesitan para la decoración interior de la casa del conde de Olano. Los Amigos del Arte de Santa Águeda solicitan su firma a favor de la casa que Gaudí ha hecho para los Milá y en contra de las críticas que la acusan de aberración urbanística y cosa rara. Por último, su hermano Juan está trabajando hace semanas en un plan de mejora de las condiciones

laborales de los obreros (a mi entender, muy bueno) y desea someterlo a su dictamen. Hay algunos asuntos más, de menor relevancia, que si le parece podemos abordar una vez despachemos éstos.

Todo aquello era un suplicio para un hombre que tenía la cabeza en otro mundo.

—¿Qué es eso de un plan de mejora para los obreros? No sabía que mi hermano tuviera esas inclinaciones.

—Las tiene, señor. Y puede que su plan sea conveniente.

—Conveniente, ¿para quién?

—Para todos, señor. En estos tiempos convulsos, tener a los obreros satisfechos resulta un buen negocio.

—Está bien. Dígale a mi hermano que hablaré con él de su plan, aunque no le puedo decir cuándo. Lo demás, lo despacharemos mañana.

Trescents tomaba nota. Con la otra mano, rescataba de su bolsillo un pañuelo de hilo, con el que a la menor pausa se secaba el sudor de la frente.

—¿No podría, al menos, darme una respuesta con respecto a las ratas de Mataró? El problema acucia.

—Se ha hecho muy tarde, Trescents. Resuelva usted las urgencias como mejor le parezca.

El abogado se retiraba con aire de derrota, pensando que el hijo de su añorado don Rodolfo iba a costarle una enfermedad si no comenzaba pronto a parecerse a su padre. Y su calvario no había hecho más que empezar, porque, mientras le duró la curiosidad, Amadeo sólo le causó sobresaltos. Como el día en que Trescents llegó al despacho diario de asuntos y encontró al heredero sonriente y dispuesto para salir: abrigo blanco sobre los hombros, gardenia natural en el ojal y guantes de cabritilla en la mano.

—Lléveme a alguna de mis fábricas. Necesito ver de qué estamos hablando.

Trescents eligió los Hilados y Tejidos de San Andrés. Hicieron el camino en el Hispano Suiza y en medio de un mortuorio silencio. Al llegar a su destino, el abogado hizo formar a los obreros en el patio; las mujeres a un lado, los hombres al otro y los niños en el centro. Cuatrocientas veintidós personas en total. Preocupado por la impresión que podían causar a un amo

tan sofisticado, hizo que todos se lavaran la cara y las manos, incluidas las uñas. Acompañó al señor sin callar un momento durante todo el recorrido, que comprendió la imponente nave, los telares, las cubetas —o «barcas»— del tinte y el despacho que solía ocupar don Rodolfo en sus visitas semanales a la factoría.

Amadeo, en cambio, apenas pronunció palabra. Lo contempló todo con cautela, tomándose su tiempo. Al llegar a las oficinas, cerró la puerta, se apoyó en una mesa sin desbaratar su atuendo y se sinceró con el abogado de la familia:

—Esto no es para mí, Trescents. Habrá que buscar una solución.

No pronunciaron ni una palabra más. Durante todo el camino de regreso, los dos hombres pensaron en el malogrado Rodolfo. Trescents, con nostalgia de empleado fiel, moldeado a los modos y exigencias del viejo amo. Amadeo, con la culpabilidad del desertor.

Ese día, el joven heredero decidió no volver a poner los pies en ninguna de sus factorías. No mucho después, visitó a un notario. Una mañana como tantas, varias semanas después, cuando Trescents llegó armado con sus carpetas y sus urgencias, una perorata inesperada le dejó mudo.

—He decidido nombrarle a usted mi apoderado en todos mis negocios. Me queda poco para alcanzar la mayoría de edad y con ella la capacidad para disponer de todos mis bienes. A partir de ese momento, tendrá usted diez días para nombrar dos administradores de su confianza, uno para las Industrias Lax y otro para el imperio Golorons, como le gusta llamarlo a mi madre. Cada uno de ellos dispondrá de plenos poderes para llevar las empresas como crea conveniente, bajo su supervisión. Una vez al mes me rendirán cuentas y serán despachados los temas importantes. Para lo que corra prisa, estará usted. Redactaremos un documento donde todo ello quede bien detallado. Y, por supuesto, la retribución estará a la altura de la responsabilidad. Ah, me olvidaba de algo que deseo pedirle. Un favor personal.

El abogado despabiló un poco, como si despertara de un éxtasis.

—Por supuesto, señor Lax. Le escucho.

—Quiero que nombre a mi hermano capataz de los obreros de Hilados y Tejidos de San Andrés.

—¿Capataz, señor? —sonrió el jurista—. Permítame apuntar, con orgullo, que su hermano tiene capacidad sobrada para ostentar cargos de mucha mayor responsabilidad.

—Capataz —insistió Amadeo, y para matizar su ímpetu añadió—: Por ahora. Juan es muy joven, tiene mucho que aprender aún. Además, me consta que en ningún sitio será más feliz. ¿No se ha dado cuenta del enorme interés que siente por la clase obrera?

El rictus del abogado se volvió socarrón.

—Son fiebres de la edad, señor. Su interés por esa señorita Montserrat no durará. Basta con que pasen un par de años. Su hermano será casi abogado y ella, un capricho superado.

Amadeo pensó en el brillante expediente académico de su hermano, idéntico al que gastaba para todo lo demás, incluido el amor. Su relación con la tal Montserrat, hija, nieta y bisnieta de obreros, sólo era la última muestra de un carácter apasionado que no se detenía a analizar la conveniencia de las cosas. Y, lejos de pensar que se trataba de un capricho pasajero, Amadeo lo veía como un tropiezo con proyección de futuro. Los obreros no eran de fiar. Lo mejor, a su juicio, era apartarse de ellos o marcar bien las distancias. La relación de su hermano era como una enfermedad para él.

—Me gustaría que redactara un informe sobre esa chica, Trescents. Lo más completo que pueda.

—Claro, señor. Será muy sencillo. Casi toda su familia trabaja para nosotros.

—Soberbio. Y dígame, ¿está contento con la oferta que ha recibido hoy?

—Mucho, señor —saltó el leguleyo—, es más que generosa. Me honra que me crea capacitado para tan alta responsabilidad. Será todo un reto para mí continuar la labor de su padre, señor.

Amadeo miró al futuro apoderado desde una frialdad inescrutable.

—No olvide que mi padre lleva muerto casi tres años, Trescents.

—Claro, señor. Lo recuerdo a cada momento.

—Yo soy ahora el señor Lax. Del pasado no se vive, Trescents.

—Por descontado, señor. El presente es usted, lo tengo muy en cuenta.

—Bien, en ese caso, le diré al notario que vaya redactando los

documentos.

Acta de la Asamblea Ordinaria del Patronato del Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC) celebrada el 25 de marzo de 2010 (extracto)

Reunido en Asamblea General extraordinaria el Patronato de esta institución, se acuerda por unanimidad:

- 1) Aceptar el legado constituido por doña Eulalia Montull Serrano a favor del MNAC y compuesto de 32 obras hasta ahora inéditas del pintor Amadeo Lax.
- 2) Aceptar, por consiguiente, el mandato que tal legado lleva implícito, comprometiéndose públicamente a reunir toda la obra disponible del pintor en un mismo espacio museístico, aún por designar.
- 3) Aceptar el segundo mandato, nombrando a doña Violeta Lax Rahal miembro de este patronato en calidad de vocal, a fin de velar por el cumplimiento de la disposición anterior, por un plazo de diez años.
- 4) Hacer pública la aceptación del legado mediante rueda de prensa que se celebrará el 12 de abril de 2010 en el propio Museu.
- 5) Invitar para tal ocasión a la legítima heredera de la señora Montull, señora Fiorella Otrante (domiciliada en Nesso, Italia) y a la señora Violeta Lax, albacea del mencionado legado.

Y para que así conste, se firma en Barcelona, a 25 de marzo de 2010.

XVII

Arcadio es el hombre que no cesa. Ahí está, dispuesto a realizar una de sus visitas rutinarias a las obras de la futura biblioteca. Su tímida mirada asoma por la entrada de carruajes. Hasta ayer podríamos haber dicho que había aquí una actividad frenética. En estos momentos, en cambio, el único frenético es Selvas, el arquitecto. Habla por teléfono desde el rellano de la escalera de mármol. Grita:

—¿Cómo que siempre hubo dudas con respecto al proyecto? ¿De qué me estás hablando, hombre? ¡Eso no te lo crees ni tú! ¡A estas alturas! Lo que ocurre es que no tienes mejores argumentos para justificar lo injustificable. ¡Luego dirán que las administraciones improvisan y vosotros tendréis la jeta de negarlo! ¡Ésa es la pura verdad: sois los reyes de la improvisación! Y de la falta de seriedad.

Hace una pausa. Observa sin interés al ser anodino que se ha detenido al pie de la escalera, junto al pámpano inoportuno. Lleva una rebeca de punto color burdeos, una camisa de cuadros verdes y unas náuticas marrones. Hoy Arcadio se ha superado eligiendo vestuario.

—Ya, ya... la herencia de los cojones. ¿Y de verdad no hay otro sitio para poner estos cuadros? ¿Tiene que ser en mi proyecto, coño?

Arcadio se asoma a lo que fueron las cocinas. La mesa de madera desapareció hace años, igual que los bancos de la chimenea. A la cocina económica le faltan puertas. De la abundante batería de cazuelas y ollas, sólo ha pervivido un cazo, en un rincón de la alacena. Parece tan sorprendido

como él de estar allí.

Los espacios vacíos amplifican la conversación del arquitecto.

—No, si los operarios no son el problema. Se han ido muy contentos. El problema es trabajar contra corriente, como de costumbre. ¡El primero de mayo está a la vuelta de la esquina! ¿Se puede saber, además, a qué vienen tantas prisas? ¿Habéis dejado pudrir la casa durante décadas y ahora queréis que cambie todo el proyecto arquitectónico en sólo un mes? Coño, tío, que las cosas no son así. No, si no es que sea tan complicado. Después de todo, el espacio expedito que diseñé bien puede adaptarse a un museo con cuatro pequeños retoques. Pero tú y yo sabemos que no es eso. La prensa ha publicado ya la noticia. Nos hemos comprometido. Mi nombre ha salido a relucir. No me gusta pasar por aceptar cualquier cosa. No es mi estilo, ¿lo entiendes? Ni el de mi estudio. Vamos, que yo acepto todos tus argumentos, pero tú tienes que aceptar los míos. No puedo figurar como el responsable del nuevo proyecto, por mucho que se base en el anterior. Yo hice una biblioteca, y si ahora habéis decidido que sea un museo, me retiro. Así de fácil.

Arcadio toma el cazo, observa su interior. La película de porcelana azul está descascarillada. La estudia como si sus mellas revistieran un interés extraordinario. Si alguien le viera en estos momentos se preguntaría cómo un hombre cuerdo puede lucir tal sonrisa de felicidad sólo por mirar un cazo.

—No, no, no, Voltas, escúchame —continúa la conversación allá arriba—, ¿me escuchas? No voy a cambiar de opinión. De verdad, lo siento mucho. Tengo muchos proyectos esperando para perder el tiempo con vuestras incertidumbres. Te he dicho que me retiro y eso es lo que voy a hacer. Puedo recomendarte algún otro estudio de arquitectura, como mucho, pero no puedo garantizarte que el proyecto esté listo en el tiempo que dices. Claro que voy a colaborar, tío, ¿por quién me tomas? Lo único que no voy a hacer es diseñar tu puto museo. Y no me hagas perder más tiempo, por favor, mientras hablaba contigo he dejado escapar por lo menos cuatro llamadas importantes. De verdad, creo que deberíamos matar ya esta cuestión, y sería mejor para los dos. Tú vas buscando tu arquitecto suplente y yo vuelvo a mis co...

Arcadio no necesita escuchar más. Atraviesa el patio de carruajes, se cuela por el portón de madera. Una vez en la calle, levanta la mirada. Hacia

las ventanas ojivales del gabinete de don Rodolfo, que más tarde ocupó su hijo, y que ahora es un espacio vacío, como todo lo demás. Hacia el ventanal del primer piso, allí donde antaño estuvo la habitación de matrimonio, reconvertida en cuarto de doña María del Roser, con su saloncito contiguo, tras cuyos cristales tomó Teresa decisiones importantes, y que ahora sólo es un lugar vacante, que aguarda. Hacia los pequeños ojos de buey de la tercera planta, allá donde tuvieron su cuarto los niños y desde donde Conchita espió a todas horas el paso de los transeúntes. Junto a sus pies, los ventanucos de los cuartos del servicio palpitan de emoción por revelar sus secretos.

Arcadio continúa sonriendo. Todo lo inerte le observa y le acompaña.

Cuando va a meter la mano en el bolsillo para llamar a Violeta, descubre que aún lleva el cazo en la mano.



Olympia, 1914
Oleo sobre tela, 95 x 51 cm
MNAC, Colección Amadeo Lax

Montserrat Espelleta Torres, conocida por el sobrenombre artístico de la Bella Olympia, fue la sensación de los escenarios barceloneses durante los años de la primera guerra mundial, en los que la ciudad experimentó una bonanza económica sin precedentes, favorecida por la neutralidad española en el conflicto. En ese contexto debe entenderse este retrato, que sabe captar todo el esplendor de una época en que las fortunas brillaron sin igual, y en que el ocio y el derroche ocuparon un lugar protagonista en la vida de la élite industrial y artística de la ciudad.

En el retrato destaca el alegre colorido del mantón de la modelo — amarillo, verde, rojo, azul, violeta—, la sensación de movimiento de los flecos que ocultan sus pies y la sensualidad de los hombros desnudos, que a

menudo han convertido esta obra en un icono de la denominada *belle époque*. Al fondo, se observa la platea a oscuras de un teatro —probablemente el Gran Salón Doré, donde la joven actuó hasta 1915—, repleto de público expectante. En primer término, junto a las candilejas, destaca un rostro algo más definido que el resto, en el que algunos han querido ver un autorretrato del propio autor, quien fue admirador incondicional de la estrella desde sus inicios, para convertirla luego en su amante, entre los años 1913 y 1920. Montserrat Espelleta tuvo un final triste: arruinada y olvidada por todos, murió de sífilis en 1930.

*Joyas del arte catalán,
Ediciones Pampalluga, Malgrat de Mar, 1987*

XVIII

El 4 de noviembre de 1928, con todo boato y gran alivio, Maria del Roser Golorons casó a su primogénito con la pequeña de los hermanos Brusés. La boda fue en el coro de la catedral —un privilegio rarísimo—, con presencia de Milans del Bosch, que entonces era gobernador de la provincia, y trescientos invitados. El rey y Primo de Rivera debían asistir también, pero se excusaron y fueron perdonados al instante. En aquellos días los ricos catalanes sólo pensaban en el nuevo Ministerio de Economía que habría de barrer todos sus males y en la organización de la Exposición Universal, que vendría a ponerle luces y fuentes de colores a su esplendor recuperado. Al lado de tales urgencias, que los prohombres asistieran a una boda —aunque fuera la de una celebridad del mundo del arte con una beldad de buena familia— se habría tomado como una equivocación de las prioridades.

—Pase que Primo prohíba el catalán y derribe monumentos, pero que vele por nosotros... —decía alguno.

La actividad en casa del novio comenzó antes del amanecer. Lo primero en despertar fueron las cocinas. Desde temprano en los fogones convivieron las ollas de café y las langostas del aperitivo, las copas estaban por todos lados en un desorden alegre y las camareras no podían disimular los nervios. Conchita iba de acá para allá arreglando las flores de los centros, enderezando las cofias de las camareras y disponiendo los servicios del desayuno para los invitados que se alojaban en la tercera planta, la mayoría parientes lejanos y colegas de Amadeo.

—Por cierto, ¿alguien ha visto al novio? —preguntó Vicenta cuando aún no eran las diez.

La señora desayunó en su salón a las ocho menos cuarto. Luego inició con la diligencia debida su arreglo personal.

—Cada año que pasa se necesita media hora más frente al espejo —bromeó al verse—. Siguiendo esta lógica, debería haber empezado a vestirme la semana pasada.

A las diez y cuarto llegó Juan, vestido con el sencillo hábito marrón de la orden de San Ignacio de Loyola. Conchita lo recibió con un abrazo muy poco eclesiástico.

—¡Qué guapo estás! —le dijo, golpeándole las mejillas como cuando era un chiquillo. Y bajó la voz para añadir—: Gracias a Dios que has venido. Tu madre tendrá un buen día, viendo juntos a sus dos hombres.

—Por ella lo hago —rezongó el recién llegado— y por esa chica, mi futura cuñada, que no tiene ninguna culpa. Bastante le espera al lado de mi hermano.

—Vamos, cielo, no digas eso. ¿Aún estáis así, con vuestras rencillas de siempre?

El sacerdote dirigió a su antigua niñera una mirada recriminatoria. Ella se excusó, festiva:

—¡Ay! ¡Es que a mí no me sale! ¿Cómo voy a llamarte padre Juan, Juanito? ¡Si yo te he cambiado los pañales! Te prometo que en público no meteré la pata, de verdad.

El padre Juan subió directamente al cuarto de su madre. En las cocinas las camareras no sabían hablar más que de lo bien que le sentaba el hábito.

—No seáis irreverentes, niñas, que es un hombre de Dios —decía Concha, y la frase despertaba más de un suspiro.

Madre e hijo bajaron un rato después, barriendo a dúo la escalinata de mármol con sus respectivos faldones. Aferrada al brazo de su segundón, Maria del Roser fue conducida hasta el sillón frente a la chimenea, donde quedó elegantemente aposentada.

—Todo está como siempre —dijo el jesuita, evaluando el lugar de cada cosa—. Excepto los cuadros. Cada vez hay más.

—Tu hermano pinta mucho últimamente. Pronto nos faltarán paredes.

Juan dio una vuelta pausada por la habitación, con las manos a la espalda. Se detuvo ante el retrato de Violeta aburrída. La última vez estaba junto a la chimenea. Ahora ese espacio había sido usurpado por el posado de una niña rubia y desconocida.

—Es Teresa Brusés, tu futura cuñada —explicó Maria del Roser.

—Sabía que a mi hermano le gustaban jóvenes, pero no pensaba que tanto —dijo, con una voz carente por completo de ironía.

—Ahí tenía once años, hombre. Es el primer retrato que le hizo. Para ellos tiene un enorme valor. Se enamoró de él mientras le pintaba.

—¿En serio? ¡Pobrecilla!

—Esa chica es un caso impresionante de claridad de ideas. Siempre supo que sería de Amadeo. Incluso tuvo que venir su hermana a pedirme que intercediera por ella.

—¿Y usted lo hizo?

—Bueno, digamos que intenté ayudar. El resto lo hizo él solito. Y el amor, claro. No hay que subestimar la fuerza de los sentimientos.

—Y mucho menos su interés por encarrilar a ese bala perdida.

Maria del Roser soltó un par de carcajadas y una tos.

—¿Está resfriada?

—Como todos los años, hijo. De octubre a febrero. Esta tos es peor que una tiña.

—¿Te ha visto un médico?

—Ay, no me hables, desde que murió nuestro querido Gambús ninguno es de mi confianza. Lo resuelven todo con pastillitas. No las soporto. Para eso tomo caramelos de café con leche, que tienen el mismo efecto pero duran más. Los médicos ya no son como los de antes.

Mientras su madre componía este escarnio de la píldora, Juan se había detenido ante otro cuadro. Lo miró largamente, más aún que los otros dos. Al fin, pasó de largo.

—No sé qué hace esa señorita en mi salón, la verdad, ¿ni que fuera de la familia! —comentó Maria del Roser, viendo el interés de su hijo—. Aunque reconozco que el cuadro es colorido y da alegría a ese rincón tan mustio. Si

no estuviera ahí, habría mandado comprar una de esas porcelanas chinas tan chillonas.

—En cierto modo, mamá, esa chica es de la familia —explicó Juan—. Ella y sus padres trabajaron para nosotros muchos años en la fábrica de Hilados y Tejidos de San Andrés.

—Ah, ya ves... ¿Y qué hace vestida de fulana?

Juan no respondió. Volvió a Violeta, la miró con tristeza y zanjó la visita con un:

—Hay que reconocer que tiene buena mano.

—Pon algo en el gramófono, anda. Para dar ambiente. Allí tienes algunos discos. Está la *Marcha de Granaderos* y Fernando Calvo recitando *La vida es sueño*. ¿Qué hora es? ¿Cómo puede ser que tu hermano no haya dado señales de vida?

Juan consultó la hora en el reloj de la pared.

—Las doce menos veinte.

—¡Jesús y Maria! ¡Hay que traer los canapés! ¡Los invitados no tardarán en llegar!

Los canapés estaban en orden cuando los invitados de la tercera planta comenzaron a dejarse ver, de punta en blanco. Luego tocó el turno a los amigos de juventud del novio: Albert Despujol lucía una tripa que ningún chaleco era capaz de contener, mientras que su señora, la etérea heredera Muntadas, llevaba al cuello una esmeralda capaz de desbordar la envidia de cualquiera. Como buenos melómanos, fueron los primeros que repararon en la música del gramófono.

—Oh, el *Valse triste* de Sibelius, qué original —dijo ella, con los dientes apretados.

Maria del Roser sonrió, nerviosa, arrepintiéndose de no haber supervisado ella misma el programa de entretenimiento. «Habría estado mejor la *Marcha de Granaderos*», se dijo, pero ya era tarde.

Octavio Conde volvió a despertar los suspiros aletargados de las camareras. Con su chaqué impecable, sus entradas apenas apuntadas, sus ojos claros y su abundante pelo castaño, era la viva imagen de la distinción. Una distinción que su condición de soltero y de millonario acentuaban, aunque al

parecer no lo bastante para conseguirle una esposa. Unos años atrás, su fama de crápula había corrido pareja a la de su mejor amigo, hasta el extremo de que el severísimo don Eduardo hubo de intervenir, llamándole al orden. A partir de ese momento, Octavio se concentró en capitanear los almacenes, y su vida disoluta, si es que continuaba existiendo, dejó de estar en boca de todos.

El recién llegado besó las manos de doña Maria del Roser y abrazó fraternalmente al padre Juan. A juzgar por la expresión de su rostro, fue de los pocos que le otorgó a su presencia el valor que tenía.

—Cuánto me alegro de verte, hombre —susurró.

Fue el único que se interesó por cómo le iban las cosas. Pero el padre Juan esquivó lo personal:

—Los alumnos son cada vez más cerriles, señal de que avanzamos hacia alguna parte —bromeó.

Las camareras pasaban con fuentes repletas de bebidas y bocados exquisitos. La langosta despertaba elogios. Maria del Roser era como la reina durante una recepción. Los invitados no dejaban de llegar. Aunque faltaba alguien.

—¿El novio piensa esconderse mucho más o es que se ha arrepentido? —preguntó Octavio Conde.

La viuda de Lax comenzaba a sentir una viva desazón.

—¿Dónde se habrá metido tu hermano? —preguntó, en un aparte discreto, a su segundo hijo.

En ese momento Tatín Brusés atravesó la puerta del salón, envuelta en su nube habitual de perfume de rosas y corrió a besar a la anfitriona. Como solía ocurrirle allá donde iba, su llegada no pasó en absoluto inadvertida. Había elegido un modelito de Jeanne Lanvin, la diseñadora de moda en París, de inspiración china y seda verde, combinado con una capa de fiesta negra y roja. La sombrerera había compensado la ausencia de ala de su casquete con la sobreabundancia de plumas de la copa. También el bolso estaba emplumado y, visto desde lejos y sin mucho cuidado, podía confundirse con alguna especie rara de papagayo.

Aprovechando el revuelo de besos, Juan salió en busca del novio prófugo.

Preguntó por él a Conchita, que nada sabía. En la cocina le dijeron que no había desayunado ni se había dejado ver. Subió a la buhardilla y llamó a la puerta. No respondió nadie. Ya estaba a punto de preguntar a los íntimos compañeros de farra de su hermano mayor cuando oyó la llegada de un coche. Se asomó a la balconada del saloncito materno y vio a Amadeo bajar del Citroën, empuñando su bastón de plata y secándose la cara con una toalla. En el asiento de atrás reía a carcajadas una mujer con los hombros desnudos y larga melena rubia. Una mano enguantada asomó por la ventanilla y entregó algo al novio: un espejo. Amadeo se regodeó unos segundos en la contemplación de sí mismo. Luego devolvió el espejo diciendo:

—Un afeitado perfecto, señorita, recuérdeme que otro día que tenga menos prisa contrate de nuevo sus servicios.

Desde dentro del coche, una voz cantarina respondió.

—Otro día te afeitaré otra cosa, palomo.

Julián esperaba, paciente, en pie junto a la portezuela, a que terminara la grotesca función. Amadeo se acercó a él y le dijo algo en voz baja. Juan no pudo oírlo, pero no le hizo falta. Instrucciones para devolver a la chica allá de donde la hubiera sacado. Las cosas hay que dejarlas tal como te gusta encontrarlas.

Amadeo no subió la escalera. El salón estaba invadido de invitados que aguardaban su llegada. Le pidió a Concha que fuera por su chaqué y le dejara vestirse en su cuarto. Cuando salió, su aspecto era inmejorable. Su vieja nodriza había cortado para él una gardenia, que introdujo en el ojal de su chaqué. No le faltaba detalle y todo estaba en su sitio: la leontina de oro, el pañuelo, el sombrero, el plastrón de seda...

—No hagas sufrir a tu madre, Amadeo. Si tardas un minuto más va a darle un soponcio —advirtió Conchita.

El novio subió sin prisa, dispuesto a comportarse como el anfitrión encantador que todos esperaban que fuera.

—¡Ay, hijo, gracias a Dios! Pensaba que habías huido. ¿Se puede saber dónde estabas? ¡Comenzaba a temer que tendría que proponer yo el brindis! —increpó Maria del Roser a su hijo de treinta y ocho años, perdiendo los estribos delante de sus invitados como nunca.

Amadeo salvó la situación. Se quitó un guante, empuñó una copa repleta de dorado espumoso y tranquilizó a su progenitora al decir:

—Estaba en misa de once, madre. Comulgando. Quería emprender el resto de mi vida libre de los pecados del pasado.

Al pronunciar esta frase, los ojos de Amadeo buscaron los de su hermano Juan. Pero éste había salido al patio, a que le diera un poco el aire.

Luego levantó la copa y los campanilleos del brindis pusieron el broche a su vida de soltero. Cinco minutos más tarde, en comitiva, todos iniciaban el camino hacia la catedral.

Seis horas después el servicio se impacientaba esperando la llegada de la nueva señora de la casa. Pero no fue hasta pasadas las ocho que oyeron acercarse los coches de la cabalgata nupcial.

La primera en desembarcar fue Maria del Roser. Esta vez venía acompañada de un tío segundo a quien nunca acertaba el nombre. Lo mismo lo llamaba Leonardo que Norberto, aunque a él no parecía molestarle en absoluto. Tenía los pies hinchados y ese aspecto de derrotada felicidad que llega al final de los días memorables. Detrás de ella iban Conchita, ufana como una gansa que acaba de ver al pollo más torpe de la bandada levantar el vuelo. Y en último lugar, los novios. Él, sobrio, contenido, despertando a su paso el llanto de las criadas. Ella, de una belleza tan deslumbrante que en su presencia todos se quedaban paralizados.

—Aquí tenéis a la nueva señora de la casa —dijo Maria del Roser, poco amiga de sermones, a sus criados—. Desde hoy, delego con gusto en ella mis funciones.

Uno por uno, todos los miembros del servicio fueron presentados a la nueva señora Lax:

—Julián Montull, nuestro cochero. Digno sucesor de su padre, quien ya nos prestó un servicio excelente.

—Señora... —el hombre inclinó la cabeza.

—Vicenta Serrano. Sus manos valen millones. Es nuestra cocinera.

—Bienvenida, señora Lax.

—Carmela y Aurora, nuestras camareras.

Dos reverencias mudas antes de pasar al siguiente.

—Higinio, encargado de mantenimiento. Es decir, de todo.

Higinio extendió la mano, muy formal. Teresa se la estrechó, un poco cohibida.

—A Conchita ya la conoces. Tanto sirve para un roto como para un descosido. Ha sido nodriza de tu marido, niñera de todos, incluida yo misma, y desde que falta Eutimia, gobernanta... A veces pienso que la señora de la casa es ella.

Conchita se ruborizó. Su situación de privilegio había quedado lo bastante demostrada al ser ella la única sirvienta con permiso para asistir a la boda.

Al llegar a la última estación, Teresa se agachó, esgrimió una sonrisa dulce que dejó al descubierto dos hileras de dientes perfectos e hizo sonar su voz por primera vez:

—¿Y quién es esta niña tan preciosa?

La criatura se escondió tras las faldas de Vicenta.

—Es Eulalia, señora. Nuestra hija —dijo Julián, agarrando a la niña de un brazo y obligándola a presentarse ante Teresa.

—Nosotros la llamamos Laia. Así, en catalán. A Julián el castellano le cuesta un poco... —se justificó Vicenta.

—Laia es un nombre precioso —repitió Teresa—. Te hemos guardado algo, ¿verdad Conchita? —La niñera le entregó un diminuto paquete de tul—. Es para ti. ¿Te gustan las peladillas?

Laia extendió la mano, con la cabeza gacha, mirando a la recién llegada de arriba abajo.

—Dale un beso a la señora en la mano —ordenó la madre.

La niña se retrajo más aún.

—Obedece —espetó Julián, con voz poco amistosa.

Empujada por el cochero, Laia avanzó un paso. Con una mano apretaba las peladillas que acababa de recibir cerrando tanto el puño que el envoltorio se le clavó en la piel. Teresa se quitó el guante de raso. A toda prisa, como quien apura un mal trago, Laia depositó un beso sobre el dorso de la mano de la nueva y joven señora.

—Buena chica —evaluó Maria del Roser—. Y ahora, todos a descansar.

Mañana habrá tiempo de conocerse mejor. Además, esperamos la llegada de una camarera nueva. ¿Cómo se llamaba, hija mía?

—Antonia —repuso Teresa.

—Eso mismo. Antonia. Se encargará también de la plancha y la costura. Mañana le haremos un sitio. Ahora, en catalán o en castellano, ¡todos a la cama!

Amadeo pasó frente a los criados sin pronunciar palabra.

—¿A qué hora desea que sirvamos mañana el desayuno, señora?

Maria del Roser Golorons hizo como que no oía y continuó escaleras arriba. Amadeo la siguió, tan ajeno como ahora su madre, aunque para él no era ninguna novedad. Teresa se detuvo, vaciló, miró a Vicenta, que había formulado la pregunta.

Estaba un poco pálida, pero a todos les pareció normal, en su noche de bodas.

—A la hora acostumbrada estará bien —repuso.

Y comenzó a subir las escaleras arriba.

En cuanto las puertas de las habitaciones engulleron el rumor de la llegada de los señores, el servicio se enfrascó, entre bisbiseos y risitas, en la evaluación de la nueva señora Lax.

—¡Qué vestido tan bonito!

—Ella está un poco verde.

—Sí, pero es preciosa.

—¿Tal vez demasiado joven para él?

—¿Cuántos años tiene? ¿Veintitrés?

—Qué va. Tiene veintiuno.

—¡Válgame Dios!

—No sabrá llevar la casa.

—¿Qué creéis? ¿Estarán ya consumando el matrimonio?

Sólo Laia y Conchita no pronunciaron palabra. La primera había sacado las peladillas de la bolsa y jugaba a alinearlas sobre la superficie de la mesa. La segunda se cansó de escuchar malicias y se fue a su habitación refunfuñando:

—Acaba de llegar, pobrecilla. Dejad que aprenda.

Conchita pasó una noche de perros. Lo achacó a una docena de buñuelos de bacalao cuyo recuerdo fue haciéndose más asqueroso a medida que avanzaba la vigilia. Mucho después de la medianoche, oyó pasos que bajaban la escalera. Un coche esperaba fuera, pero no sonaba como ninguno de los de la casa. Aguzó el oído: entre risas, una voz alegre poco acostumbrada al disimulo, dijo:

—He traído la navaja de afeitar, palomo.

Conchita negó con la cabeza varias veces. Sintió una marea nauseabunda que le subía por el estómago, se levantó a toda prisa y llegó justo a tiempo de vomitar una masa espesa de hedor vagamente marino en la pila del aguamanil.

De:	Violeta Lax
Fecha:	6 de abril de 2010
Para:	Arcadio Pérez
Asunto:	Valérie Rahal

Aquí estoy de nuevo, mamá, con muchas novedades. Mañana llegan Fiorella y Silvana. El MNAC ha organizado una rueda de prensa para dar a conocer el legado. Como pensaba, todos quedaron impresionados con la calidad de los cuadros y su evidente originalidad dentro de la obra del abuelo. La directora redactó un informe muy positivo de la calidad de las pinturas y recomendó al Patronato su adquisición, para lo cual debían acatar las condiciones testamentarias. El resto ha sido cosa de los abogados y de los vaivenes de la Generalitat, que de pronto ha vuelto sobre sus pasos y ha decidido hacer de la casa de la familia un museo-sección. Es decir, una especie de prolongación de su sede principal, pero alojado en otro edificio. De modo que Eulalia Montull ha conseguido de un plumazo lo que el bueno de Arcadio y yo misma llevamos toda la vida batallando. Espero que esta vez me dé tiempo de charlar con Fiorella acerca de su generosa madre. Hay muchos detalles de esta historia que siguen sin encajar. Y mi conocimiento del pasado familiar es tan escaso que apenas puedo aportar nada al lío.

Ayer volví a ver a Paredes. Me llamó para informarme de que las cosas de Teresa seguían en el laboratorio y que debía hacer algo con ellas.

Le cité en el Zúrich. Me entregó una bolsa de plástico con el par de chinelas marchitas, dos pedazos de tela ribeteados de corchetes, la placa grabada con el nombre de Dickens y la cadena de oro con la alianza. Me explicó que el gato lo habían tirado a la basura y opiné que habían hecho lo correcto. Allí mismo me puse el colgante (y lo sigo llevando). Cada vez que contemplo el nombre de Francisco Canals Ambrós grabado en el interior del anillo me pregunto qué importancia tendría esa alhaja para la abuela, si es casual que la llevara puesta cuando murió o —más aún— si tuvo ese pedazo de oro algo que ver con su asesinato. No creo que a un hombre nacido en 1889 le hiciera ninguna gracia que su mujer fuera por ahí con el nombre de otro colgado al cuello. Me formulo un montón de preguntas y me resigno a la falta de respuestas. Por mucho que rastree la memoria de Teresa por las hemerotecas, hay una parte de su verdad que nunca sabremos. Que tal vez nunca supo nadie.

Paredes también me preguntó por papá. Le expliqué que justo la noche anterior habíamos celebrado nuestra cena de despedida. Por la mañana, temprano, él y Amélie regresaron a Aviñón.

«Menudo personaje, tu padre», dijo.

La cena fue en el Set Portes, elección de papá. Llegaron tarde, cuando yo ya estaba considerando el marcharme. Dijeron que habían pasado la tarde en las boutiques del Paseo de Gracia, gastando una fortuna. Ella llevaba en la muñeca un reloj Cartier nuevecito, que no creo que pagara con su sueldo, precisamente. Papá estaba espectacular. No como siempre: más aún. Se había hecho la manicura y teñido el bigote, olía a loción de afeitar, llevaba el pelo engominado. Hacía tiempo que no le veía tan guapo, ni tan pletórico. Será Barcelona, como él dice, que le tonifica. En plena cena, y sin que viniera a cuento, me preguntó:

—¿Eres feliz, hija?

Le dije que sí, que lo era, aunque con moderación, como todo el mundo, porque al fin y al cabo nadie es capaz de medir la felicidad.

—¡Tonterías! —contestó—. La felicidad es tan medible como el límite de una tarjeta de crédito. ¿Sabes quiénes son los más felices de Europa? Los nórdicos. O, por lo menos, eso dicen ellos. Sorprendente, ¿verdad? Y los más infelices son los búlgaros. Hay varias teorías, pero yo creo que se debe al festival de Eurovisión. ¿No te has fijado? Los pobres búlgaros siempre dan muchos puntos a sus vecinos y a ellos no los vota nadie. En cambio los españoles ni fu ni fa, sólo somos felices por encima de la media. En el fondo, no está tan mal, porque en Eurovisión no somos lo que se dice unos fieras. Ah, y quienes viven en pareja son más felices que los que viven solos. Para que luego se diga

que la vida conyugal es fuente de conflictos.

Esta última frase la dijo mirando a Amélie con ojos de niño travieso. Ella sonrió, más como una madre que como una asistente, y continuó comiendo. Tal vez pensaba en el Cartier.

Durante la cena, Modesto dejó caer algunas de esas bombas con que le gusta alinear las conversaciones. Dijo que está pensando en vender la casa de Aviñón y trasladarse a vivir a Barcelona. Me invitó a pasar a visitarle para elegir lo que quiera de su casa porque, según dice, «de todas partes salen trastos que no necesito». Le pregunté qué pasaría con la universidad, con sus conferencias, sus cenas con viejos profesores tan jubilados como él, con el festival de teatro, con Brecht... en fin, con todo lo que ha sido su vida todos estos años. ¿Sabes qué dijo?

—Todo eso, de repente, me importa un carajo.

Me atreví a sacar el tema de mi investigación sobre Teresa. Le expliqué que estoy teniendo poco éxito, que por ahora lo más valioso que he encontrado han sido los recortes de la caja de galletas. Le dije que Teresa Brusés había sido activista de una de esas asociaciones espiritistas que tanto se avanzaron a su tiempo, surgidas a finales del siglo XIX, pero que a ella le tocó lidiar con las vacas flacas y enfrentarse a las burlas de casi todo el mundo.

—¿En serio? —papá arqueó una ceja—. Vaya...

—En realidad lidió con los últimos estertores del espiritismo, porque la Guerra Civil lo prohibió y cuando las organizaciones resucitaron, a últimos de los años setenta, sus avanzadas ideas de otros tiempos parecían momificadas.

Le expliqué que, en sus buenos tiempos, los espiritistas europeos fueron muy influyentes y que contaron entre sus filas con primeras espadas como Arthur Conan Doyle o Victor Hugo. Conseguí despertar su interés. Me pareció un milagro.

—¿Tienes información sobre eso? —me preguntó.

Quedé en enviarle una copia de los recortes, y algunas cosas más. No me quedó muy claro si su interés lo había despertado el espiritismo o Teresa, pero igualmente, era un logro. Me facilitó un correo electrónico.

—Amélie me ha enseñado a usar Internet. ¡Estoy descubriendo un mundo!

Pensé que una asistente que logra introducir a un dinosaurio como papá en el mundo de la tecnología, bien merece un reloj de marca.

Pero la cosa no acabó ahí. No vas a dar crédito. De pronto, me soltó:

—Ya sabes que no me gusta hablar de mi padre, Violín. Siempre fue un extraño para mí. Ni siquiera le guardo rencor. Tendría sus motivos para

vivir como lo hizo, pero a mí no me interesan lo más mínimo. Por si te sirve de algo, no me resulta impensable que matara a su mujer. Tampoco me sorprendería saber que fue un criminal de guerra o uno de esos médicos nazis que experimentó con seres humanos, aunque era demasiado ególatra para eso. Y hacia Teresa, pobre criatura, sólo puedo sentir lástima. Cayó en malas manos y fueron malos tiempos. A saber qué ocurrió en realidad. Creo que tu investigación honra su memoria, y en cierto modo restituye lo que pasó. Me hubiera gustado llevarla a cabo yo mismo, pero debes comprender que no me sobra tanto tiempo como para emplearme en cosas tan tristes. Voy a dedicar el que me queda a ser lo más nórdico posible, si no te importa. Lo demás, como siempre, lo dejo en manos más diligentes, además de más hermosas: las tuyas.

Me habría levantado a aplaudirle. En lugar de eso, dejé caer un beso en su mejilla recién afeitada y me enjuagué una lágrima. Amélie también lloraba. Creo que la escena espantó a un camarero poco dado a las intimidades que convoca la buena comida.

Fue un digno final de fiesta, que deseaba compartir contigo.

Emocionada y exhausta, tu

Vio

*La luz del porvenir. Revista de estudios psicológicos y ciencias afines
Nº 272. Junio de 1934*

En ausencia y recuerdo de Maria del Roser Golorons

Texto del homenaje ofrecido

por Teresa Brusés de Lax

en el transcurso del pasado

Congreso Espiritista de Barcelona

(Fragmentos)

Del mismo modo que los nombres de Allan Kardec, el vizconde de Torres-Solanot, Miguel Vives o doña Amalia Domingo Soler son hoy reconocidos como fundadores de nuestra ciencia, me gustaría hoy glosar la figura de mi mentora, a quien muchos recordarán, Maria del

Roser Golorons de Lax. Puede que no haya dejado obras que adornen los anaqueles de las bibliotecas, o que no haya protagonizado ninguna polémica encendida con ningún prohombre de la Iglesia, pero durante toda su vida, de un modo tan pertinaz como discreto, sembró la semilla de sus ideales y supo inocular a cuantos la escucharon la chispa de la libertad de pensamiento, la claridad de ideas y la infinidad del espíritu. Tuve la suerte de estar a su lado hasta el final y puedo asegurar que murió fiel a sus creencias y en compañía de los espíritus de sus seres más queridos. De algún modo, en su lecho de muerte dejó en mis manos el testigo de la lucha de toda su vida, convencida de que estos malos tiempos para nosotros y para el mundo terminarán por fortalecernos. Le prometí que vencería mi natural timidez y me adentraría en la senda que ella me mostraba y ésta es, precisamente, la razón que alienta hoy mis palabras, dedicadas al recuerdo y la memoria de alguien a quien llevo siempre en lo más profundo de mi corazón como una de las personas más buenas, generosas e inteligentes que he conocido. Que fuera la madre de mi marido sólo fue, en este caso, una circunstancia afortunada.

[...]

Por todo lo dicho hasta el momento, creo que son muchos los asuntos que requieren nuestro ahínco y nuestra total dedicación. El primero es el pacifismo. Debemos ser capaces de convencer a nuestra sociedad de aquello en lo que creemos: que un mundo sin armas, sin condenas a muerte, sin fronteras políticas, basado en la cooperación de los individuos, es posible. Para ello, debemos reivindicar la revolución social y cultural, que debe partir de nosotros mismos y no venir impuesta por gobierno o institución alguna —y ello incluye, claro está, la Iglesia católica, a la que respetamos profundamente, a pesar de que no acatemos sus leyes—. También es necesario que las mujeres dejemos de someternos al dictado del varón, que aprendamos a ser libres y a disfrutar de esa libertad tomando nuestras propias decisiones y, por supuesto, asumiendo nuestros errores. Sólo quien piensa por sí mismo se equivoca alguna vez. Debemos esforzarnos

por dejar de ser unas niñas eternas. Renegamos de la educación actual, que produce mujeres ignorantes, sólo capaces de conducirse en casa y en sociedad. Queremos estudiar lo mismo que los hombres. Tenemos derecho a disfrutar de sus mismas lecturas, de sus mismos trabajos. Y también, ¿por qué no?, de su mismo lugar en algunos actos públicos —los enterramientos, por ejemplo—, de donde somos naturalmente excluidas, como si nuestro dolor o nuestra presencia fueran vergonzantes. Nuestra dignidad moral es aplicable a todos los ámbitos, incluidos aquellos que el amor enardece sobre todos los demás.

[...]

Para terminar, quiero poner sobre la mesa una cuestión que me inquieta en lo personal, sobre todo porque he visto cómo las costumbres establecidas acaban imponiéndose a nuestros derechos y nuestra dignidad en un momento en que no podemos oponer ninguna resistencia. Me refiero a los cementerios. Todos sabemos que existe en San Quintín de Mediona, localidad de la misma provincia de Barcelona, un camposanto espiritista mayor y más hermoso que el católico, y que se celebran allí numerosos enterramientos en los que ningún capellán católico impone sus ritos ni prohíbe la devolución del cuerpo a la tierra, como sí viene ocurriendo en nuestra ciudad de un tiempo a esta parte. Me parece que debemos ser cautos en este asunto, pero firmes. Hacer comprender a quienes se consideran dotados con la gracia de la razón que hay otros puntos de vista además de los suyos, pero jamás por la vía de la imposición, sino por la del convencimiento. Propongo que firmemos un documento solicitando un funeral sin rituales, a nuestro modo, y que perseveremos en esa idea, por mucho que nos tilden de supersticiosos, herejes o hasta hijos del diablo. Debemos asumir las dificultades de los momentos que nos ha tocado vivir y la enorme influencia de la moral tradicional sobre todos los estratos de nuestra sociedad, que en épocas revueltas prefieren siempre resguardarse bajo el alero protector de lo inmutable. A pesar de todo, debemos confiar en que vendrán tiempos mejores

para nosotros y trabajar con esa esperanza. Y comenzar a asumir, amigos míos, que acaso hemos nacido con un siglo de adelanto.

De:	Valérie Rahal
Fecha:	2 de abril de 2010
Para:	Violeta Lax
Asunto:	Ay, el amor...

Ay, hija mía, me cuesta creer que, a tus años, no hayas reconocido los síntomas de esa enfermedad misteriosa que aqueja a tu padre. Ésa que le hace ser más simpático, guapo, elegante, derrochador, comunicativo y sensible que nunca. Está enamorado. Me ha llamado para contármelo, pero no le ha hecho falta. Ya lo sabía gracias a tu crónica de la cena. A él le he dicho que lo había adivinado por su modo de decir «hola». Creo que le he dejado impresionado.

Para ser sincera, tu padre no me ha llamado para decirme que está enamorado. Me ha llamado para decirme (por este orden) que está preocupado por ti, que me ocupe de ello y que se casa. La ceremonia (civil) será en Aviñón, este sábado, a las doce y media. También me ha pedido que te lo diga, que de antemano te disculpa por no ir y, por supuesto, que no hace falta que le regales nada. Está colado por esa chiquilla a quien le gustan los relojes caros. No te sientas mal: hace veinticinco años, yo habría pensado lo mismo que tú.

También me ha llamado Drina. Dice que te ha mandado una docena de mensajes y que no das señales de vida. Le he dicho que estás muy ocupada, que se te ha roto el ordenador y que has salido de viaje. Creo que ha notado que me esforzaba por excusarte y no me ha creído ni media palabra. Quería saber si vas a regresar pronto. Por lo visto se le acumulan los asuntos urgentes y se le agotan las explicaciones (y me parece que la paciencia). Entre las cosas que más le agobian está, me ha dicho, una entrevista para la CNN. Necesita dar una respuesta en menos de veinticuatro horas, según me ha parecido entender. ¡Vaya! ¡Tengo una hija importante!

Como no he sabido qué contestarle, te traslado la pregunta: ¿piensas regresar pronto? O mejor: ¿piensas regresar?

Con respecto al frustrado amor de juventud del que me hablabas hace dos correos, sólo debo decirte que esperaba algo más escandaloso. No entiendo por qué me has escondido tanto tiempo algo tan anodino.

Amores imposibles los hay en los rincones polvorientos de todas las vidas humanas, Vio. No eres tan única como te crees. No en esto, por lo menos. A pesar de lo del cantante famoso que, lo reconozco, parece muy emocionante.

Ve a verle, anda, aprueba tu asignatura pendiente. Y después, corre a contármelo y recupera tu vida. Tus hijos y tu madre te necesitamos. Besos a raudales. También de Jason.

Mamá

XIX

El día 22 de octubre de 1912 los periódicos informaban de la épica llegada del ejército griego a las fronteras serbias para combatir a los soldados turcos. El lujo de detalles con que se describían los asaltos a trenes bajo la niebla, el robo de banderas al enemigo, la explosión de bombas de dinamita en mitad de la noche o la visión de la flota griega alejándose de las costas de Lemnos hacían sentir al heredero de los Lax la misma emoción que experimentaba de pequeño cuando Concha le contaba cuentos de su pueblo. No recibió del mismo modo la noticia de que un grupo de obreros ferroviarios de la línea Madrid-Zaragoza andaban fastidiando con sus peticiones, que traía la misma página. Cerró el periódico, bebió un sorbo del café negro de todas las mañanas, se ajustó el cinturón de su batín de seda y comenzaba a preguntarse qué emociones le depararía la jornada cuando la puerta se abrió sin que nadie hubiera llamado y las mejillas sonrosadas de Maria del Roser entraron en escena.

—Buenos días, hijo, ¿puedo pasar?

La pregunta estaba de más, puesto que ya había entrado y acababa de tomar asiento. Ante el locuaz silencio de su hijo, la madre se vio casi obligada a preguntar:

—¿Molesto?

—Me iba al estudio —repuso Amadeo, haciendo ademán de levantarse.

La mano de Maria del Roser le ciñó con energía el brazo.

—Sólo un segundo —dijo—. Necesito tratar contigo un asunto

importante.

Amadeo se sentó, taciturno.

—Es sobre tu hermano. Últimamente le veo abatido. Apenas come.

—Estará enamorado, madre.

—¡Lo doy por hecho! Pero aún así. Hace un par de meses estaba enamorado con mejor humor.

Los ojillos inquietos de Maria del Roser recorrían la superficie del escritorio y todo su contenido. La carpeta de sobremesa, la batea y el secante de cristal tallado, los tinteros de plata, la lámpara eléctrica con flecos de cristal... en esencia, todo estaba igual a cuando aún vivía su Rodolfo. Sin embargo, ella lo sentía todo tan ajeno como si el lugar fuera otro. Tal vez la ajena fuera ella, se decía a sí misma.

Inquieto por el escrutinio despreocupado de su madre, Amadeo simuló poner un poco de orden entre sus papeles. Formó montones, cuidándose bien de qué documentos quedaban encima y qué otros debajo. Le temía a la desenvoltura con que Maria del Roser entraba allí y lo calibraba todo, tomando sin vacilar cualquier papel que llamara su atención y estudiándolo con mucho interés, mientras entornaba los ojos, como si sus documentos fueran fotografías de familia. Para evitar que viera*lo que no debía, Amadeo abrió el cajón derecho y ocultó en él una de las pilas.

—¿Quieres estarte quieto? —incredó la madre—. Me pones nerviosa. ¡Anda, si es el sello de los Brusés!

Sostenía una tarjeta de buena cartulina que había quedado al alcance de su mano y la estaba leyendo:

«Apreciado señor Lax: Es mi deseo encargarle retratos de mis siete hijastros y de mí misma. Venga a visitarme cuando le sea posible y negociaremos las condiciones. Haga llegar mis saludos a su mamá y hermanos. Cordialmente, doña Matilde Bessa, viuda de don Casimiro Brusés, naviero y exportador de café.»

—Vaya —sentenció Maria del Roser—. Los Brusés son una buena familia. Te conviene aceptar este encargo.

—Gracias, madre. Lo tendré en cuenta. ¿Hay algo más que debemos tratar en este momento?

Maria del Roser dejó la tarjeta perfectamente alineada al borde de la mesa, asegurándose de que no sobresaliera ningún borde. Luego, cruzó las manos sobre el regazo de seda salvaje con el mismo cuidado y observó:

—Ya veo que no vas a ayudarme con lo de tu hermano.

—Juan y yo apenas hablamos, madre. No está bien que me entrometa en sus asuntos. Además, ya es mayorcito.

—Sí, dieciocho años... La peor edad que puede tener un hombre. Edad de echar su vida a perder.

—¿No está exagerando un poco?

De nuevo Maria del Roser se entretuvo alineando la tarjeta, pensativa.

—Menuda cruz llevo con vosotros, hijo. ¿No podríais hacer las paces? Por grave que fuera lo que ocurrió en el pensionado, ya queda muy lejos. Han pasado casi diez años.

—Ocho.

—Ocho, diez... qué más da. Seguro que hay remedio.

Amadeo tomó la tarjeta de la viuda del naviero exportador de café y la dejó sobre su carpeta.

—¿Qué tal está hoy Violeta? —preguntó—. ¿Se encuentra mejor?

Maria del Roser negó con la cabeza, abatida.

—Sigue vomitando. Conchita está con ella.

—¿La ha visto el doctor Gambús?

—Esta mañana. Le ha recetado ayuno y agua. Creo que este hombre envejece fatal. ¡Al menos le podría mandar unas pastillas! Está visto que los médicos ya no son como antes.

—Más tarde subiré a verla.

Maria del Roser tomó un abrecartas. Lo miró. Le dio la vuelta. Lo dejó de nuevo sobre la mesa. Tomó una caja de hojalata que coronaba una montaña de cuadernos. Leyó: «*Perry & Co, for rapid writers.*» La dejó de nuevo. Tomó otra: «Laxen Busto. Activo. Agradable. Inofensivo. Económico. No irrita ni provoca dolor.»

—¿Estás estreñado, hijo?

Amadeo perdió los nervios.

—Por favor, madre. Deje eso donde estaba.

—No hay que avergonzarse. La humanidad hace siglos que va estreñida.

—Debo recordarle que éste ya no es el despacho de padre. No puede entrar aquí y revolverlo todo.

Maria del Roser dejó la cajita de hojalata donde antes había dejado la tarjeta y consideró que su hijo tenía razón. Añadió:

—Es la costumbre, perdona.

—Hablábamos de Violeta —prosiguió él, retomando el hilo de la deshilvanada conversación—. Si no mejora en un par de días, mandaré traer un médico de Suiza.

—¡Pobre hombre! ¿Por qué de tan lejos?

—Los médicos suizos son los mejores.

Maria del Roser examinaba las paredes. No le parecía bien que el retrato de Concha sirviendo agua en el patio ocupara la pared principal.

—Ahí deberías poner un retrato de tu padre —sentenció—. Si lo hubieras pintado, claro.

—Estoy pensando en instalar el teléfono aquí. —Señaló la única pared libre—. Parece lo más lógico.

—Tu padre decía que el teléfono no le dejaba trabajar.

Amadeo suspiró. Había aprendido a respetar los malos días de su madre, aquellos en que la añoranza de otros tiempos la dejaba lánguida, quejicosa y dispuesta a perder el tiempo. Formaban parte de su rutina tanto como las visitas de Trescents o las peticiones domésticas de Eutimia.

—Es una lástima que no te encargues tú mismo de los negocios, como quería tu padre —continuó rezongando la mujer, observando con languidez la pared vacía.

—Madre, ya hemos hablado de eso muchas veces. ¿Por qué no le dice a Conchita que le prepare unas hierbas? ¿No tiene nada que leer?

Un mohín disgustado:

—Nada que me apetezca... Ya no existen escritores como los de antes.

—Además, no debe intranquilizarse por la marcha de los negocios. Mi insensatez no se refleja en las cuentas anuales. Todo lo contrario, van mejor que nunca. Incluso voy a ampliar mis horizontes al mundo del espectáculo, con la ayuda de Bassegoda.

La madre emitió un bufido, no se supo si de inconformidad o de resignación.

—Olvida eso de los médicos suizos —dijo, enérgica—. Ni que tu hermana se estuviera muriendo. Y prométeme que te ocuparás de Juan.

—Está bien, mamá. ¿Se marchará, por fin, si se lo prometo?

—No. Me marcharé si le asciendes. Necesita mandar algo. Se aburre.

—¿Director de fábrica le parecería bien?

Maria del Roser sonrió. Por fin avanzaban algo.

—Perfecto. Pero no le mandes muy lejos.

—¿Dónde le gustaría? ¿A San Martín? ¿A San Andrés?

—San Martín está bien. Le puede llevar Julián en el coche, cuando salga de la universidad, y esperarle para traerle a casa.

—En horario de tarde. Bien. ¿Algo más?

—¡No te burles! ¡Bastantes quebraderos de cabeza tengo con vosotros dos!

—Hablaré con Trescents mañana mismo, madre.

Un crujido de telas acompañó la retirada de la mujer. Parecía satisfecha. Amadeo, que la seguía a corta distancia, cerró la puerta con llave.

—Y recuerda que a mí aún estás a tiempo de pintarme —murmuró ella, subiendo la escalera con lasitud.

Mas dejemos a madre e hijo, cada cual a lo suyo, y volvamos sobre nuestros pasos para hacer en secreto aquello que Amadeo teme y Maria del Roser no osa: perturbar el descanso de los objetos. Comenzando, claro está, por el cajón derecho del escritorio. Y, en concreto, por el documento que Amadeo ha dejado a propósito debajo de la pila y que lleva la rúbrica de Trescents y un encabezamiento prometedor: «Informe acerca de la trabajadora número 789 de la fábrica de Hilados y Tejidos Golorons e hijos, de San Andrés, de nombre Montserrat Espelleta Torres y de años, 16.» Está tipografiado, tiene algunos párrafos subrayados en rojo y varias palabras rodeadas por un círculo: «16», «leal», «hermana menor», «rebelión», «coplillas», «bien proporcionada».

Se adjunta fotografía de grupo de los trabajadores de las fábricas,

demasiado general para apreciar los rasgos individuales, en cuyo reverso se ha escrito a lápiz: «Montserrat Espelleta Torres es la primera de la segunda fila, comenzando por la derecha.» El informe es antiguo: lleva fecha de febrero de 1910. En los dos años que lleva sobre la mesa de Amadeo ha quedado totalmente desfasado.

Entre los papeles hay también facturas astronómicas: restaurantes, hoteles, modistas, peleterías, joyerías, alquiler de coches... Amadeo las considera recuerdos materiales de noches inolvidables. Entre algunas de ellas, se oculta una tarjeta de Octavio Conde: «Agradezco mucho tu gentileza y discreción de anoche, amigo mío. La señorita Nomeacuerdo era un excelente bocado, como anunciaste. ¡Ahora va a resultar que tenemos los mismos gustos! ¡Pues que viva el comunismo amatorio! Por favor, destruye esta nota. Creo que sigo ebrio.»

Hay el título de propiedad de un piso de la Rambla de Cataluña. No muy grande para los usos y costumbres de los Lax; descomunal para los inquilinos de épocas futuras. Hay facturas de muebles, de ropa blanca, de útiles de baño y hasta la de una cama hecha a medida —a la del deseo— todo comprado en El Siglo con la máxima discreción, sin comprometer a nadie. Hay entradas de salas de espectáculo: cafés-concierto, cine con varietés, cabarés, casi todos de las barracas del Paralelo. Hay una foto dedicada de Raquel Meller con letra jeroglífica bajo una cajita de hojalata llena de cocaína en cuya tapa dice: «Polvo mágico del estómago del doctor Creus.»

Hay balances del Banco de Barcelona redondeados con cifras de vértigo, informes de las juntas de accionistas, felicitaciones de colegas por la bonanza económica, listados de clientes europeos y americanos y asiáticos... y docenas de páginas llenas de cifras que acumulan polvo sin que merezcan la mínima atención de su destinatario.

Y así, podríamos seguir rastreando los pequeños indicios de la existencia de uno de los industriales más ricos de la ciudad, a la par que menos interesado por su riqueza. Aunque hallaremos más placer en dejar que nos meza el tictac del reloj de la repisa o tal vez en observar las formas geométricas que el sol va trazando sobre la alfombra a medida que el tiempo transcurre.

No es la tarde lo que pasa, sino los siglos. Insignificantes como somos para el mundo, no percibimos sus giros. Un pestañeo arrastra un decenio. El vuelo de una mosca por la habitación dura un lustro. A los ausentes el tiempo no nos importa: es nuestra pequeña victoria. Cuando levantamos de nuevo la mirada, ya no están sobre la mesa la caja de plumillas ni la lámpara de flecos de cristal. Los tinteros han dejado paso a una lujosa escribanía de plata y azabache. El retrato de Concha ocupa ahora una pared lateral. El lugar de privilegio le corresponde a un posado donoso de doña Maria del Roser. El teléfono ya es de sobremesa: un Thomson-Houston con bocina y auricular dorados sujetos a una peana negra, señal de que el mundo sigue adelante a pesar de todo.

La mesa sigue poblada de papeles, pero ahora las pilas son más, y más altas. Sería fatigoso, además de innecesario, repararlas. Están repletas de contabilidad empresarial, de cartas de despido, de negociaciones laborales, de pequeñas reparaciones y cuantas nimiedades caben en la vida de una gran compañía. Más nos reportará posarnos sobre la carta del sanatorio suizo —de Friburgo— en la que algún responsable ha gastado mucha prosa en pedir disculpas «en nombre de la ciencia médica» por no haber sido capaz «de ofrecer ninguna solución al dramático caso». Otra novedad: hay un crucifijo sobre la mesa. La luz del sol es igual de alegre, pero la alfombra está ausente. Debe de ser verano. Uno de los pocos que Maria del Roser Golorons no pasó en la finca de Caldes d'Estrach. Luego debe de existir una razón. La respuesta está en el silencio. Reina en la casa una gran pesadumbre, de la que parece haberse contagiado el monótono tictac. Se oye a las mujeres rezar el rosario en alguna parte, no muy lejos.

En el gabinete hace un calor sofocante que no incomoda a nadie. Nuestra presencia es la única aquí. La puerta sigue cerrada con llave, aunque desde que empezó la escena hasta que termine se habrá abierto y cerrado centenares de veces. Dicho queda que no hay nadie, pero el paso de algunos de los habitantes de la casa ha dejado su huella entre las cosas. Fue Conchita quien trajo el recorte que duerme en la papelera, hecho una pelota de papel arrugado. Sólo es un pedazo de periódico, pero para ella era mucho más: era una esperanza. Contiene un artículo sobre el poder sanador de un tal doctor

Mann, francés, que se anuncia como «curador de casos desesperados.» En él incluso se atrevía el galeno a interpelar a sus colegas: «Médicos, os invito a traerme a vuestros enfermos incurables.» Si es cierto que las paredes oyen y ven, aún deben de estar preguntándose qué dolor llevó a Conchita a levantar la voz a Amadeo por primera y última vez en su vida y de qué modo encontró él las fuerzas para decirle a la nodriza que no había nada que se pudiera hacer salvo rezar por un rápido final. Luego llegó la vigilia. Dos noches completas estuvo aquí encerrado el señor de la casa, con los codos apoyados sobre los papeles de la mesa y el rostro escondido entre las manos, llorando a escondidas. Al tercero salió, se vistió de luto y presidió el sepelio de su hermana Violeta, muerta de leucemia a los dieciséis años.

Las puertas siguieron cerradas los tres días siguientes. Sobre la mesa, las cosas parecían hechas a las huidas periódicas de su señor. El diario de la jornada, marchito antes de llegar, proclamaba una fecha horrible, la de la muerte de la niña: 26 de agosto de 1914. En la página 13 se daba cuenta de una reunión de industriales, celebrada la noche anterior en el hotel Ritz ante el mejor menú del establecimiento —a veinticinco pesetas el cubierto— para celebrar la neutralidad de España en el conflicto europeo. En la 10, un cable vía Bilbao informaba que, a pesar de haber sufrido dos mil bajas, el ejército inglés se había cobrado numerosas vidas alemanas y el derribo de un dirigible bombardero. En la 11, se hablaba del dolor que pesaba sobre Italia tras la muerte de Pío X, mientras terminaban los preparativos de un cónclave enrarecido por la guerra. Y en la 5, dejando clara la prioridad que en aquellos días de pujanza tenía la diversión para los barceloneses, se anunciaba la programación de los teatros y salones de moda. El Doré ofrecía «el programa de variedades más completo de la ciudad», rematado por «la más hermosa y picara de nuestras *canzonetistas*», cuyo nombre aparecía resaltado en letras mayúsculas: BELLA OLYMPIA.

Sin embargo, aquella noche y las siguientes, el más esperado de los incondicionales de la artista no ocuparía su butaca reservada de la primera fila. Tampoco la visitaría en su camerino. Ni compartiría su cama.

La Bella Olympia comenzaba una larga y lenta derrota, ingenua y confiada, enamorada del hombre equivocado.

De:	Violeta Lax
Fecha:	3 de abril de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	¡Sorpresa!

Querida mamá:

La culpa de que tus expectativas se hayan defraudado la tiene, como siempre, mi cobardía. En este caso, reflejada en mi ambigüedad. Podría contarte la visita de las italianas, pero lo dejaré para más adelante.

Tengo dos noticias para ti, que seguro contribuirán a recuperar tu interés por mi historia.

La primera, que por fin le he puesto día y hora a mi asignatura pendiente. De una semana no pasa mi visita al hospital, lo juro.

La segunda es que mi amor de juventud no es, como tú dijiste, «un cantante famoso». Es Margot Mallais. Es decir: una cantante famosa.

Tómate tu tiempo para digerir la noticia, mamá. Por moderna que seas, no creo que sea fácil asumir que el amor de la vida de tu hija ha sido otra mujer.

Te quiero mucho,

Vio

Informe acerca de la trabajadora número 789 de la fábrica Hilados y Tejidos Golorons e Hijos de San Andrés, de nombre Montserrat Espelleta Torres y de años, 16.

Elaborado por Tomás Trescents, febrero de 1910

1) Antecedentes familiares:

La dicha trabajadora es hija de Trinitat Torres Gilbert y Salvador Espelleta Bartomeus y hermana menor de Miguel y Salvador Espelleta Torres. Tanto el padre como la madre trabajan en Hilados y Tejidos Golorons e Hijos desde el año 1897. La madre sigue haciéndolo en la actualidad (sección de tintes). El padre se encuentra en paradero desconocido desde los trágicos sucesos de la última

semana de julio de 1909, en los que participó activamente. Está en busca y captura desde el 3 de agosto. Sus dos hijos, Miguel y Salvador, fueron detenidos y juzgados por un consejo de guerra ordinario (instruido por el capitán de infantería Luis Franco Cuadras) por el delito de rebelión, cometido en los mismos días. Ambos se encuentran cumpliendo una condena de quince años de prisión. Una prima segunda y un tío carnal trabajan en nuestra fábrica de ladrillos de Barcelona, sin que nunca hayan dado problemas.

2) Descripción:

1,64 metros de altura. Unos 55 kilos. 16 años. Cabello y ojos morenos. Bien proporcionada. De talante alegre y dispuesto. Entró a trabajar en Manufacturas Golorons a la edad de 9 años (sección hilados). A los 11 pasó a la sección de tintes, donde a los 14 fue nombrada responsable de bancada. No hay quejas de ella por parte de los capataces, salvo que han de llamarle la atención a menudo por cantar coplillas que no son del gusto general. Es limpia y puntual. Ha pedido un aumento de sueldo tres veces.

3) Su amistad con el señor Juan Lax: Comenzó durante la etapa en que el señor Lax trabajaba en la elaboración de su informe sobre la mejoría de las condiciones laborales de los obreros. La señorita Espelleta le ofreció su ayuda y surgió entre ambos jóvenes —de edades similares— una inmediata amistad. Los trabajadores afirman que en numerosas ocasiones les han visto besarse, sin que este informador tenga constancia de ello. La relación no ha pasado a mayores.

XX

A las ocho de la mañana del sábado 23 de abril de 1932, Laia salió al patio armada de las tijeras de podar, fue directa al rosal amarillo, examinó con cuidado las muchas flores, eligió una que apenas comenzaba a abrirse y la cortó tal y como su madre le había enseñado que debía hacerse: justo por encima de uno de los nudos, poniendo cuidado de no pincharse con las espinas y dejando tallo suficiente para que la flor pudiera lucir. Con ella en la mano, corrió escaleras abajo hacia la cocina, donde Antonia terminaba de preparar la bandeja con el desayuno de la señora Teresa.

—¿Puedo ponerla yo en el jarrón? Por favor, por favor... —suplicó la niña.

La veterana camarera otorgó su consentimiento con un gesto. Con un esmero desconocido, Laia limpió de hojas y espinas la parte inferior del tallo y lo sumergió en el delicado florero de porcelana que aguardaba sobre el tapete. Sus ojos brillaban de ilusión.

La maniobra sucedió sin que nadie más que Laia y Antonia repararan en ello. Vicenta andaba ya arriba y abajo con sus cazuelas. Carmela estaba en las plantas superiores. Julián mordisqueaba una rebanada de pan pringada de aceite y trataba de leer unos versos satíricos del periódico mientras Higinio le provocaba con unas palabras que parecían recién sacadas de una comisión parlamentaria madrileña.

—¡Hay que ver qué delicados sois los catalanes con las palabras! ¿Es posible que no soportéis vivir en una región, como el resto de los mortales de

la República ? ¡No, vosotros necesitáis un Estado! ¿Un Estado de qué? De fanáticos capaces de proclamar la independencia de su cuarto de baño y después convocar un referéndum para que el pueblo les apoye. Y claro, el pueblo lo hace, porque aquí nada gusta más que ser distinto a los demás. Otra lengua, otros jueces, ¡hasta queréis otras leyes! ¡Y que nadie se atreva a decir ni mu! ¿Para qué vais a poner os de acuerdo con el resto de los mortales? ¡Vosotros sois libres para aprobar lo que os dé la gana, que para eso sois soberanos y más listos que nadie!

Julián era de temperamento flemático, lo cual no significaba que no tuviera claras sus ideas y no pensara defenderlas ante quien hiciera falta, siempre y cuando el interlocutor no le escupiera en la cara al hablar, como hacía Higinio, en pleno acaloramiento. De momento, consideraba más acertado terminar su desayuno, leer la coplilla que no conseguía comprender por culpa de Higinio y volver cuanto antes a la tarea que había enfurecido al sanguíneo encargado de mantenimiento: pintar sobre una sábana vieja una proclama en letras mayúsculas y perfecto catalán que decía:

EL GREMI DE CONDUCTORS I XOFERS
VOL L'ESTATUT TAL COM L'APROVA
EL POBLE DE CATALUNYA

Enarbolando este mensaje y tan sosegado como siempre, Julián pensaba acudir al día siguiente a las puertas del Banco de España, de donde arrancarían la manifestación a favor de la ratificación del Estatuto. Según su parecer, las trabas que el gobierno central estaba poniendo a una ley surgida de la voluntad y el derecho del pueblo catalán eran motivo más que suficiente para indignarse públicamente. El estaba convencido de que, nada más saberlo, en Madrid rectificarían y darían por bueno el Estatut, como debía ser. Vicenta le acompañaría, que para algo había sido una de las cuatrocientas mil mujeres que apoyaron con su firma el referéndum de la nueva ley, dando a entender así que pese a no tener derecho al sufragio, deseaban hacer oír su voz. De común acuerdo habían decidido llevar también a Laia, a pesar de que sólo

tenía doce años, para que aprendiera desde niña uno de los amores más fundamentales que puede profesar el ser humano: el amor a lo propio.

—No hay que buscar explicaciones a los sentimientos, Vicenta. Sólo acatarlos —le dijo la señora Teresa a la cocinera, comprensiva, cuando ella le pidió permiso para ausentarse unas horas el domingo.

Pero el sosiego de ánimo con que ellos reclamaban lo suyo sacaba de quicio a algunos, como Higinio.

—Estoy rodeado de independentistas. ¿Y Alfonso XIII? ¿No era amigo de la familia? ¡Nos estamos volviendo locos! Si ya hasta los señores defienden a Maciá y su Estatut —protestaba Higinio, natural de Chinchilla de Monte-Aragón, en la provincia de Albacete, donde vivió hasta los treinta y cinco años sin imaginar jamás tales complicaciones políticas.

—Sois unos pesados, siempre hablando de lo mismo —terció Antonia, mientras daba el visto bueno al desayuno de Teresa—. ¿No veis que esto no tiene arreglo ni lo tendrá nunca?

Sobre la fina porcelana del plato reposaba una naranja desgajada, dos lonchas de jamón cocido y un huevo duro. En una cesta de mimbre, a la derecha, iban dos panecillos recién horneados. Tres perlas de mantequilla ocupaban un diminuto bol de cerámica y en otro estaba la mermelada, de moras, como era del gusto de su señora desde que ella podía recordar. Las piezas de la cubertería, la servilleta de hilo, el vaso de cristal y la taza. Todo en orden.

Como no se veía a Carmela por ninguna parte, Laia saltó con rapidez:

—Yo puedo llevar la bandeja del café y el zumo —dijo muy dispuesta, situándose frente a la bandeja.

—No, no, criatura. Podrías caerte por las escaleras.

Lo discutieron. La niña se hizo fuerte en su empeño. Vicenta dio su aprobación. Al fin, intercambiaron las bandejas y se pusieron en camino.

—Déjala —susurró Vicenta junto al oído de Antonia—. Siente adoración por la señora Teresa. Lo hará bien.

Antonia era una mujer flaca pero fuerte. Caminaba erguida como una sota y se movía con agilidad. Solía llevar el abundante pelo lacio, de un castaño ceniciento, recogido en un moño bajo del que siempre se escapaba alguna

guedeja. Vista de espaldas, podía pasar por una jovencita, pero al mirarla a la cara se subsanaba el error al instante. Sus más de cincuenta años habían dejado en sus mejillas, en la comisura de sus labios y alrededor de sus ojos un entramado de arrugas que comenzaban a restarle protagonismo a unas marcas de viruela tan viejas que nadie la recordaba sin ellas.

Las tenía ya cuando entró a servir en casa de los Brusés y fueron decisivas a la hora de que la severa doña Silvia Bessa la eligiera entre las varias candidatas. La madre de Teresa tenía su modo particular de elegir al servicio, y siempre prefería las criadas feas a las guapas, convencida de que si los hombres no las pretendían se distraían menos de sus obligaciones. Con Antonia, desde luego, acertó de lleno. Trabajaba con ánimo infatigable y hacía gala de una rectitud tan incuestionable como su castidad. Su superioridad moral era la de quien nunca tuvo la ocasión de sucumbir a las tentaciones, aunque su carácter no se había agriado por ello, sino más bien todo lo contrario. Cuando hablaba de los hombres, lo hacía con un desenfado desconcertante.

—¡Antes monja que casada! —decía—. ¡Por lo menos Dios respeta a sus mujeres en la cama!

Antonia entró en casa de los Brusés poco después de que Teresa — Tessita, para ella— naciera. Fue su niñera durante doce años. Y también de sus hermanas Silvita y Luisa. Vio cambiar la casa varias veces y resistió todas las mudanzas: de la rectitud de doña Silvia a la tristeza eclesiástica de doña Matilde o al atropello hacia las buenas costumbres de los hermanos huérfanos.

Y ocupando cada vez puestos de mayor responsabilidad, de la intendencia a la cocina, de ésta a las cuentas... Cuando Teresa y Amadeo anunciaron su compromiso, ella rezó porque su frágil niña la llevara consigo a su nueva casa y la sacara de aquel barullo sin timón ni capitán. Por fortuna, sus plegarias fueron atendidas. Cuando apareció, con aires de patrón, en casa de los Lax, más de uno de los inquilinos del sótano sintió que con ella se recuperaba cierto esplendor de tiempos pasados. Instalarla en el cuarto de Eutimia fue lo más congruente.

Antonia llegó a lo alto de la escalera y apoyó con pericia la bandeja en su

muslo derecho para llamar a la puerta de las habitaciones.

Una vocecilla lánguida contestó desde dentro:

—Adelante.

Nada más entrar, Antonia supo que el ánimo de su señora había empeorado. Teresa tenía los párpados hinchados de quien la noche anterior se durmió con los ojos llenos de lágrimas. Intentó sonreír al verla, pero la sonrisa le salió aguada y poco convincente.

Antonia, seguida por Laia como por un satélite, dispuso ambas bandejas en la mesa junto a la ventana. Sirvió el café al gusto de su señora y echó una generosa dosis de zumo en el vaso de cristal. Mientras tanto, Laia se había detenido a la espalda de Teresa y la miraba sin pestañear. Sus ojos iban de sus delicadas chinelas con borlas de seda al frasco de polvos de arroz, de los pliegues delicados de su bata de raso al mango de plata del cepillo con que domaba sus bucles dorados.

Y más allá aún: a la banqueta del vestidor, sobre la que yacían una prendas de ropa interior, adornadas de bordados y blondas; y hacia las puertas entreabiertas del ropero, por las que asomaban gasas y sedas de ensueño.

Cuando sus ojos tropezaron con los de la señora, reflejados en el espejo, el encantamiento se rompió de un susto. Sintió arder sus mejillas en el mismo momento en que Antonia le ofrecía la bandeja de las bebidas y decía:

—Agárrala bien y llévala a la cocina, por favor. Y no te caigas.

La joven camarera se quedó con las ganas de saber qué le ocurría a la señora, porque incluso ella había notado que le ocurría algo. En su cabeza no cabía que una mujer tan hermosa, tan delicada y tan rica pudiera tener preocupaciones. Pensaba que si ella estuviera en su lugar todo lo resolvería saliendo a dar un paseo en coche o encargando a la modista media docena de vestidos bonitos para cada ocasión. Claro que las personas mayores resultaban a veces muy difíciles de conformar (además de imposibles de comprender).

Todo lo que Laia pudo escuchar, cuando ya salía, fue la pregunta que lanzó Teresa a Antonia:

—¿Sabes si el señor ha llegado ya?

Dejemos que Laia se aleje, afligida de curiosidad insatisfecha, camino de

la cocina, y aguardemos la respuesta de Antonia:

—Aún no. Y ya lleva tres días fuera.

Teresa le disculpa, con aire ausente:

—Tendrá asuntos que atender.

Antonia hace amago de hablar, pero se reprime. Hace tiempo que no dice del señor de la casa ni la mitad de lo que piensa. Sobre todo a Teresa, a quien no quiere herir con sus opiniones.

—Deberías hablar con tu marido, Tessita —le aconseja, conteniéndose—, decirle que necesitas más atención. No está bien que pase fuera de casa tantas noches como le...

—Es un hombre muy ocupado, Antonia. Ya lo sabía cuando me casé con él. —Sonríe, se empolva la nariz, se levanta, va hacia la bandeja. Simula normalidad—. No es culpa suya. Soy yo, que me he levantado floja. No sé qué me pasa.

Antonia la contempla sin pronunciar palabra. A ella se le ocurren algunas explicaciones, que también calla. La suya es la ventaja de quienes nunca salen y apenas hablan. Saben todo lo que pasa de puertas adentro. Prestan más atención a las palabras de los demás. Hacen de la intuición su máxima ventaja.

Teresa bebe un sorbo de zumo de naranja mirando por la ventana.

—¿Está nublado? —aparta la cortina para confirmar la sospecha— ¡Qué fatalidad! ¡Un día como hoy!

Olisquea la rosa sin mucho ánimo. Deja caer los brazos, laxos, sobre el regazo.

—Tienes que comer algo —le dice Antonia.

Una mueca de asco por respuesta.

—No puedo. No me entra nada.

Antonia no disimula su disgusto:

—Vas a enfermar si no comes.

En éstas, alguien llama a la puerta. Teresa autoriza. Aparece Conchita.

—Buenos días, señora Lax —saluda, cerrando el batiente a su espalda—. La señora Lax desea ir a Las Ramblas a ver libros y me manda preguntarle si puede disponer del coche del señor Lax y si la señora Lax desearía

acompañarnos.

Antonia celebra las reiteraciones de tan frondoso mensaje con una sonrisa espontánea.

—Estoy esperando al señor Lax —dice Teresa, contagiada del mal de la cacofonía—. Imagino que habrá ido a la comunión general de las ocho de la mañana. Hasta que llegue no sabré si tenemos algún compromiso. Por el coche no hay problema, claro.

No había problema porque últimamente Amadeo disfrutaba como un niño conduciendo de su propia mano su último capricho, un Rolls Royce modelo Silver Ghost, considerado por algunos el mejor coche del mundo. Lo había mandado traer de Londres en la misma época de la quiebra del Banco de Barcelona y lo tuvo escondido durante algunos meses, por prudencia. Desde que decidió lucirlo, las atribuciones del cochero de la familia se limitaban a sacar de paseo a las damas y a resolver urgencias imprevistas.

Desaparecida Conchita, Teresa comienza a vestirse. La combinación, el *culotte* y el par de medias de seda están sobre la banqueta, en el vestidor. Como cada día, Antonia las ha preparado con esmero. Teresa deja el café intacto y observa las prendas, desganada. La camarera protesta, pero de nada le sirve. La única respuesta de la joven señora es para el cielo.

—¿Ves? El día está despejando. ¡No podía ser de otra manera!

Veinte minutos más tarde, Teresa llama a la puerta del saloncito de su suegra vestida con un conjunto de falda y blusa de color salmón combinado con un par de zapatos Columbia con tacón Luis XV. Está preciosa.

Maria del Roser tiene hoy un buen día. La joven lo sabe nada más percibir la seguridad de la respuesta.

—Ah, hola, querida, eres tú. Ya me ha dicho Conchita que no vas a acompañarnos a nuestro paseo de Sant Jordi.

—No puedo. Puede que deba acompañar a su hijo a la recepción o a la salve vespertina. No conozco aún qué planes tiene.

—Ni tú ni nadie, querida. El único plan de mi hijo parece ser desbaratar los nuestros.

Teresa no replica. Conchita termina de sujetar tres vueltas de perlas cultivadas sobre el escote de doña Maria del Roser, quien aprueba la

operación a través del espejo. Luego se empolva la nariz, examina su perfil, se remete un bucle rebelde y canoso y exhala un suspiro.

—Ay, esto ya no tiene arreglo —dice, refiriéndose no se sabe si a su imagen o a su hijo—. Siéntate, hija, toma un poquito de té.

Maria del Roser en persona sirve a su nuera: echa un buen chorro de té, tres cucharadas de azúcar y una nube de leche.

—Te sentará bien. Tienes una cara que da pena verte.

Teresa lo intenta. Toma un sorbo. Frunce los labios. Deja la taza sobre la mesa.

—Qué gusto —dice la matriarca—, hoy me he levantado con la cabeza despejada.

Teresa sonríe y se alegra de verdad. Hace un par de años que su suegra comenzó a sufrir pérdidas de memoria. Al principio no parecía nada grave, meros despistes sin importancia; de pronto no recordaba dónde había dejado las cosas o qué debía hacer al día siguiente, olvidaba los nombres de parientes a quienes no veía con frecuencia o confundía los de las criadas nuevas. Nada que no le hubiera pasado otras veces, a pesar de que siempre tuvo una mente muy despierta. Hasta que un día se levantó indispuesta y le pidió a Conchita que llamara al doctor Gambús.

—El doctor Gambús murió, señora, ¿no se acuerda? Hará ya unos seis años.

—¿En serio? —Arrugó la frente, antes de reaccionar con una virulencia extraña en ella—. ¿Así, sin avisar? ¡Menuda deslealtad! ¡Con lo que le queríamos en esta casa! ¡Y lo puntualmente que le pagábamos! ¿Y sabe usted adonde ha ido?

Conchita balbuceó, desconcertada:

—Pues... al... al cielo... supongo.

—Ya no quedan médicos como los de antes... —murmuraba la señora, con consternación.

Lo mejor del nuevo estado de doña Maria del Roser era que nada duraba mucho. Con la misma rapidez con que se le ocurrían las cosas más descabelladas, se olvidaba de ellas.

—¿Qué estábamos diciendo? —preguntaba a menudo.

Cuando su estado comenzó a empeorar, tenía días en que no recordaba el nombre de su hijo, ni su papel en la familia o confundía a Teresa con alguien del servicio.

—Por favor, muchacha, retira de una vez esa bandeja. ¿No ves que lleva ahí un buen rato? ¿Qué haces quieta como un pasmarote, con esa cara de pazguata? ¡Estas camareras jóvenes y monas sólo piensan en pescar un novio de buena familia! —mascullaba entre dientes.

Conchita la amonestaba.

—Señora, por Dios, que es su nuera. No le hable así.

Entonces Maria del Roser miraba a Teresa desde el más allá y decía lo que nadie quería escuchar.

—Desde luego, a mi hijo cada vez le gustan más jovencitas. Pero hay que reconocer que ésta es muy fina...

Al principio continuaba escribiendo sus artículos y recibiendo a los miembros del Círculo de los Miércoles. En unos pocos meses, sin embargo, su actividad intelectual se apagó como el pabilo de una vela y allí donde había brillado una mujer avanzada a su tiempo apareció una risueña niña de setenta años, camino del olvido absoluto. Fue entonces cuando los médicos pusieron nombre a su mal: demencia. Le recetaron sueño y tranquilidad. Teresa se ocupó en persona de que no le faltara ningún capricho. Lo primero que hizo fue liberar a Conchita de todas sus obligaciones domésticas y nombrarla enfermera a tiempo completo. También procuró encontrar un rato diario para visitar a su suegra, siempre con alguna excusa convincente, como mostrarle una tela o pedirle consejo para una menudencia. La trataba con el mismo amor que hubiera puesto en cuidar de su madre, si el destino se lo hubiera permitido. Teresa siempre sintió que en eso sólo estaba correspondiendo al cariño recibido: Maria del Roser también la había tratado desde el principio como a su propia hija.

—No pienso marcharme hasta que te hayas tomado el té —espetó de pronto la matriarca, imperativa como una institutriz.

Al instante le acarició una mejilla con la suavidad de la palma de su mano.

—No quiero que te ocurra nada, Violeta —susurró—. Esta vez te voy a

cuidar muy bien.

Conchita rectificó.

—No es Violeta, señora. Es Teresa. ¡Teresa! Su nuera.

—¡Ay, sí! ¡Qué tonta! Sé muy bien quién eres, Teresa. Y estoy muy contenta de que seas mi nuera. Siempre temí que mi hijo se casara con una de esas fulanas que tanto le gustan. Contigo hemos tenido mucha suerte.

Teresa sonrió, acariciando las manos manchadas de Maria del Roser. Sintió una nostalgia infinita de sus conversaciones intelectuales de unos pocos años atrás.

—¿De qué estábamos hablando? —espetó la matriarca—. Ah, sí. Del té. Tómatelo.

Teresa apuró la taza de té y amagó una náusea. Se levantó a toda prisa y corrió hacia el cuarto de baño.

Maria del Roser recogió su echarpe y se calzó sus zapatos de medio tacón. Desde el baño, pese a su indisposición, Teresa continuaba escuchando sus palabras:

—¿Estás bien, querida? —preguntó la suegra.

—Sí, sí —logró contestar ella—, váyase sin apuro. Y cuéntemelo todo a la vuelta.

Ya saliendo, la señora preguntó, distraída:

—Refréscame la memoria, Conchita: ¿verdad que no tenemos nietos?

—No, señora, no tenemos.

—Ajá. —La señora hizo una pausa pensativa y al instante cambió de tema—. ¿Ya están los caballos a punto?

—No, señora. Los coches de motor no los necesitan.

—Ah. Magnífico. ¿Felipe está ya preparado?

—Julián, señora. Es el hijo de Felipe, que se retiró después de más de treinta años de servirla.

Un gesto de extrañeza precedió a otro de remilgo.

—No hay modo de recordar los nombres de estos criados nuevos, Conchita. Lo importante es que salgamos antes de que empiece a llover.

Con afectada diligencia, la matriarca se marchó a cumplir con su agenda del día del libro y Teresa vomitó tranquila en la soledad del baño de su

suegra, hasta que, algo más recuperada y habiéndose librado del maldito té, bajó las escaleras con el deseo de tomar un poco el aire y, de paso, hacer una visita a sus rosales.

Cuando llegó al salón, se encontró con la sorpresa de hallar allí, cómodamente aposentado sobre el terciopelo amarillo, leyendo *La Vanguardia* como si tal cosa, a don Octavio Conde.

Teresa dio un respingo al verle, porque no esperaba tener visita a esas horas.

—No me han dicho que estaba usted aquí —se excusó.

—Es natural. He preguntado por su marido y al saber que no estaba me han invitado a esperarle en el salón. En realidad he mentido, Teresa. A quien deseaba ver es a usted.

Don Octavio vestía con la elegancia que en él era costumbre. Llevaba una chaqueta cruzada que se adaptaba a su cuerpo como sólo lo hace la ropa cara y hecha a medida. Los zapatos, relucientes, eran de color vino, a juego con los guantes y con el pañuelo que asomaba su extremo del bolsillo superior. Con todo, lo mejor de don Octavio era su encanto: aquella sonrisa honesta, sus modales de otro tiempo y las maneras de hombre de mundo, a los que tan sensibles habían sido siempre las damas de la ciudad.

Las últimas palabras del visitante habían forzado un vuelco en el corazón de la señora de la casa.

—¿A mí? ¿Por qué razón?

—Deseo preguntarle algo.

—¿Y no puede hacerlo delante de mi marido?

—Su marido no comprende los asuntos que quiero exponerle. ¿No le apetece sentarse?

Teresa se ruborizó. La sorpresa y la prevención con que había tomado las palabras de don Octavio le habían hecho olvidar sus obligaciones como anfitriona.

—Claro que sí. Discúlpeme. Siéntese, por favor. —Trató de corregir su falta—. ¿Ha desayunado usted? ¿Le apetece tomar algo?

Don Octavio rehusó el ofrecimiento con naturalidad, sin dejar de sonreír. No le dio al despiste de Teresa ninguna importancia. Más bien todo lo

contrario: le encantó. A pesar de su soltería, a lo largo de sus cuarenta y tres años había tenido la ocasión de aprender lo bastante de mujeres como para reconocer en el acto los indicios de la sincera turbación. Y nada había que le gustara más, por cierto, que la sincera turbación de las mujeres honradas. Su amigo Amadeo era un hombre con suerte, se dijo, mientras las mejillas de Teresa recuperaban su palidez habitual y sus ojos le escrutaban con atenta candidez.

—Hace apenas unos días me decidí a poner en orden los papeles de mi padre —comenzó don Octavio—. No entre las cuentas de la empresa, sino entre los más personales, que después de tantos años aún nadie se había atrevido a mirar. Tropecé con innumerables sorpresas. Entre ellas, mucha documentación acerca de las actividades de esa organización espiritista de la que con tanto orgullo formaba parte.

Teresa sintió un gran alivio al conocer el rumbo, nada comprometedor, que tomaba el enigma. Se enderezó un poco en la silla, perdiendo parte del acartonamiento que había mantenido hasta ese instante. Incluso se atrevió a asentir y a sonreír escuetamente.

Ella no había llegado a conocer a don Eduardo Conde, aunque las referencias a su empuje e inteligencia eran constantes en la familia. Por desgracia, el fundador —junto con sus dos cuñados— de aquel imperio que comenzó en camisería y acabó en los primeros grandes almacenes de España, había muerto el 27 de marzo de 1914, dejando en el mundo una estela que tardaría en borrarse. «Con él desaparece un hombre inteligente, honrado, caritativo y bueno, que sin más armas que el trabajo constante y la virtud que heredara de sus padres ha sabido engrandecer su casa y dar timbres de grandeza a sus apellidos inmaculados. Su muerte nos deja el vacío de las grandes soledades», había dicho de él el periódico.

—Me va a llevar tiempo clasificarlo todo —continuó el invitado—. Hay mucho material: cartas, artículos, incluso un breve diario donde dejó constancia de algunos de los descubrimientos que más le impresionaron. Algunos, por cierto, tuvieron lugar en esta casa, en la biblioteca, durante unas reuniones auspiciadas por doña Maria del Roser, por la que pasó la flor y nata del espiritismo catalán. Reconozco que hasta tropezar con todos estos

documentos nunca me habían interesado esas actividades de mi padre. Mas después de leer sus notas, y no le niego que llevado por el vacío que aún nos provoca su ausencia, he decidido tomar algún partido. Me preguntaba cómo hacerlo cuando de pronto me he acordado de usted y me he dicho: «Pero qué tonto soy. Si Teresa es una digna continuadora de la obra de nuestros mayores. Ella podrá orientarme.» Teresa se ruborizó un poco.

—¿Continuadora? Yo no diría tanto. Apenas me estoy iniciando —dijo—. Por ahora, mi aportación es modesta. Tengo mucho que aprender. No sé en qué podría orientarle. Últimamente la organización se enfrenta a un sinfín de contrariedades. Ni siquiera tenemos una sede donde reunimos. Ojalá pudiera ser aún la biblioteca de esta casa, pero Amadeo no lo aprobaría.

Los ojos de don Octavio se iluminaron.

—Pues he aquí que acaba de dar respuesta a la cuestión que aún no he formulado. Iba a preguntarle de qué modo puedo contribuir a sus actividades. Ahora ya lo sé. Desde hoy mismo disponen ustedes de una sala donde reunirse en los Grandes Almacenes El Siglo. Tenemos un par de salones muy espaciosos, que reservamos a actividades culturales. Precisamente hoy mismo voy a proponerle a su marido exponer en uno de ellos. Por lo que a ustedes respecta, sólo debe decirme qué día desean reanudar las actividades y encontrarán el salón listo y reservado. ¡No puede imaginar lo feliz que me hace todo esto!

Teresa sonrió por primera vez desde que se levantara ese día. Al hacerlo, su rostro mostró una belleza tan perfecta que logró desasosegar a Octavio.

—Cuando lo sepan mis compañeros van a alegrarse mucho —añadió ella.

—Dígales que yo también me alegro. Y que mi padre lo habría hecho más aún. ¿Cuándo quieren ustedes empezar?

—Muy pronto, me figuro. ¿Cuándo necesita usted saberlo?

Otro gesto resuelto, desenfadado.

—No hay prisa, Teresa. Si es para usted, mi casa está siempre abierta.

La turbación dejó a la anfitriona en silencio. Octavio disfrutó del momento. Recordó lo poco que Amadeo le contó de su prometida, semanas antes de la boda. Era una chica de buena familia, educada, hermosa y deliciosamente inocente, que gustaba mucho a doña María del Roser. Alguien

a quien llevar del brazo en todas las ocasiones y a quien imaginar sin dificultades como madre de sus hijos. Antes de conocer a la novia nunca le extrañó que su amigo no derrochara pasión para hablar de su futura esposa. Al fin y al cabo nunca lo había hecho con ninguna de las mujeres que le conoció. Pero ahora que se encontraba sentado a menos de cincuenta centímetros de Teresa, observando sus reacciones, sus temores, su agradecimiento, todo subrayado por la delicadeza de sus gestos y un perfume tibio como de niña pequeña, no comprendía cómo su amigo no puso más énfasis en la descripción.

La galantería última cavó una zanja de silencio entre los dos. Menos mal que la meteorología fue oportuna y acudió a rescatarles. Un chaparrón repentino estalló en el patio. Teresa se levantó de pronto.

—¿Qué ocurre? —preguntó don Octavio, sobresaltado por contagio.

—Mi suegra ha ido a Las Ramblas a ver libros.

—Me temo que va a ver más bien sopa de letras —rió Octavio, negando con la cabeza—. Si es que ya lo digo yo: abril no es mes para sacar los libros a la calle. Esta celebración estaba mejor el 7 de octubre.

Don Octavio Conde era un hombre leído pero, por encima de todo, era un comerciante. Y como tal, hacía tiempo que se había posicionado en contra de la decisión del gobierno de Maciá de trasladar el día del libro del 7 de octubre al 23 de abril para hacerlo coincidir con las solemnidades religiosas de la festividad del santo patrón. Según su criterio, ambas cosas no tenían nada que ver. El día de san Jorge tocaba comprar flores y asistir a oficios religiosos y el 7 de octubre, cuando toda España conmemoraba el nacimiento de Cervantes, correspondía a los librerías hacer su agosto. Aunque no se le escapaba que celebrar a Cervantes no estaba entre las prioridades del nuevo gobierno de la Generalitat catalana y, a falta de otro literato autóctono más oportuno, san Jorge había tenido que cargar con el muerto. Metamorfoseada en celebración cívica, con su toque reivindicativo tan del gusto de los republicanos, la nueva fiesta cuajó por primera vez el año 1931 y fue un completo desastre comercial. Al día siguiente los librerías enviaron al presidente una carta para protestar por el cambio de fechas, única causa, según ellos, del descenso estrepitoso de las ventas. Entre los motivos para

mantener la del 7 de octubre alegaban que estaba más cercano al inicio del mes y, por tanto, al día del cobro de la gente humilde «que no siempre llega a la última decena del mes con dinero sobrado», y terminaban diciendo: «Por si fuera poco, los acontecimientos políticos recientes y la fiesta de san Jorge, patrón de Cataluña, tenían ayer distraída la atención de las gentes, que no se volcó sobre las librerías y puestos provisionales de libros con la avidez de otros años. Sin embargo, debemos reconocer que la coincidencia con la festividad de nuestro santo patrón favoreció la fiesta en su aspecto externo, callejero.»

Teresa fruncía el ceño mientras el aguacero arreciaba.

—No hay nada en su sitio —murmuró Conde—. El día del libro en abril, mi padre en el cielo, el rey en Francia y usted, casada con mi mejor amigo...

Teresa fingió no haber oído esto último.

—Pues a mí me parece que la primavera sienta bien a los libros —opinó—. Si no llueve, claro.

—Ajá. He aquí la razón por la que esta fiesta ha de prosperar. La gente así lo quiere, como usted misma y como su suegra, según dice. Me apuesto cualquier cosa a que dentro de ochenta años, cuando de usted o de mí no quede ni el recuerdo, la gente seguirá saliendo a la calle tal día como hoy a tomar el sol y comprar libros. Sólo hay que dar un paseo para darse cuenta, ¿no lo ha hecho usted aún?

Teresa negó con la cabeza, marchita.

—¡Hágalo en seguida! La ciudad entera es como una gran feria del libro. La gente está entusiasmada, alegre, pletórica. Lo único que escatima es su dinero. Este Maciá tiene mucho olfato para las celebraciones, hay que reconocerlo. Y hasta me parece que tiene derecho a organizarías, con lo que ha tenido que pasar antes de llegar a presidente. —Hizo una pausa, para recapitular y sosegar. Añadió—: Amadeo se escandalizaría si me escuchara, ¿no le parece?

—No sabía que simpatizara usted con Maciá, Octavio.

Octavio se encogió de hombros.

—Yo, como tantos, simpatizo con quien barre para casa. La diferencia es que yo lo reconozco, cuando la mayoría de nuestros amigos justifican su

postura con complicadas teorías políticas.

Teresa observó, más tranquila, cómo la lluvia comenzaba a amainar. Intentaba centrarse en la conversación, aunque las cuestiones políticas la aburrían soberanamente.

—Por cierto —añadió Conde—. Me han dicho que hoy Maciá está constipado, pobre hombre. Se va a perder el festejo.

Había dejado de llover casi por completo cuando llegó desde abajo el sonido de un enérgico taconeo. Teresa reconoció al instante la forma de andar de su marido, que por fin llegaba. Como siempre, su aspecto sería pulcro, impecable, pensó ella. Al principio se preguntaba dónde se acicalaba de ese modo fuera de su vestidor o quién le rasuraba con tanto esmero. Luego, el hermetismo de su esposo y una cierta conciencia del peligro que entrañaba el asunto le hicieron renunciar a las explicaciones. Al fin y al cabo, como su hermana Tatín le había dicho poco antes de la boda: «una mujer con suerte es aquella que no pregunta ni es preguntada. Y un buen marido, aquel que paga las facturas y no molesta».

El aspecto de Amadeo corroboró sus pensamientos. Llegó hecho un figurín, con los guantes y el sombrero en la mano. No mostró ninguna sorpresa de encontrarles ahí. Saludó a su mujer con un beso breve en la frente y le estrechó la mano al amigo. Teresa contuvo la respiración.

—¿He olvidado alguna cita? —preguntó Amadeo, refiriéndose a la presencia de Octavio.

—En absoluto —respondió éste—. Yo he sido demasiado osado presentándome sin avisar. Sólo he conseguido robarle tiempo a tu mujer.

—¿Ocurre algo?

—Vengo a rogarte que honres nuestro nuevo salón de exposiciones con una muestra de tus obras.

Amadeo no escondió su satisfacción.

—¿Pasamos al gabinete? —preguntó.

—Mandaré que os sirvan algo de beber —ofreció Teresa, solícita, quedando al instante al margen de los negocios masculinos.

Para sus adentros no pudo evitar pensar que era una tonta. ¿Cómo iba a ver algo raro su esposo en la presencia de su más íntimo amigo? ¿Cómo

podían pasar por su cabeza ideas tan viles de personas tan nobles? Antes de permitir que llegara a la escalera, la voz de Amadeo la reclamó con la autoridad acostumbrada:

—Ponte algo más sobrio, querida. Deseo que me acompañes a la visita a la Generalitat. —Y volviéndose hacia don Octavio, explicó—: Este año me han nombrado jurado del concurso de puestos de flores, ¡menudo compromiso! ¿Sabías que dan cuatrocientas pesetas en premios? ¡Habrás que afinar!

Teresa subió y eligió otro vestido. Le gustaba acompañar a su marido a los actos oficiales. En ellos, Amadeo se mostraba más solícito que de costumbre, sonreía a todo el mundo y cultivaba la parte de sí mismo que todos admiraban, sobre todo ella. En esos actos multitudinarios, repletos de personalidades de la ciudad y de mentes cultivadas, Teresa se sentía brillar con luz propia. De algún modo fue educada para ello, y no era ajena al poder de atracción que su belleza ejercía sobre los demás. Y tampoco a las envidias que tanto ella como Amadeo despertaban a su paso.

Pero existía otra razón por la que gozaba de esas veladas: en ellas casi siempre se encontraba con su hermana Tatín, cuyos tocados buscaba con ilusión entre las insípidas cabezas concurrentes. La testa de la mayor de las chicas Brusés siempre destacaba entre la multitud. No había modo de equivocarse: bajo los más exagerados penachos, floripondios o perifollos, siempre estaba su hermana. Tras el abrazo con olor a rosas, sus alocadas palabras tenían el don de hacerle olvidar todos los problemas.

Ese día la pequeña Teresa necesitaba como nunca de las palabras de Tatín. Sentía una opresión fatal en el pecho, unas ganas de llorar que nada calmaban y un presentimiento sin confirmar que le resultaba aterrador. Sabía lo que iba a decirle Tatín en cuanto le expusiera el rosario de sus angustias. «Los hombres se cansan de todo, Tessita. Y son libres: para pensar y para actuar. El tuyo es como todos los demás. Da gracias de que aún te saque de casa. Y si echas algo en falta, búscate un amante. No hay mejor solución.»

A Teresa le escandalizaban estos consejos, que de ningún modo pensaba seguir, pero los escuchaba porque ejercían sobre ella el efecto de un bálsamo. Después de hablar con Tatín, sus mayores tribulaciones se disolvían como

azúcar en el agua.

Mientras se vestía de nuevo, esta vez con un modelo algo más largo y de color tostado, Teresa deseó que Tatín estuviera en la recepción oficial de la Generalitat. Deseó que, como otras veces, increpara cariñosamente a Amadeo por abandonarla tanto. Deseó que se quedara con ella mucho rato, desatendiendo a sus admiradores, y que le contara algún chisme de la buena sociedad, o le diera detalles de sus últimas conquistas. También deseó darle la noticia que de momento sólo ella sabía —aunque Maria del Roser la había intuido aquella misma mañana— y decirle que si su hijo fuera hembra le gustaría ponerle su nombre. No Maria Auxiliadora, sino Tatín. Tatín Lax Brusés. Nombre de mujer independiente.

Aunque para eso habrá de contar con el beneplácito de su marido. Como para todo lo demás.

***Cuaderno Moleskine de Violeta Lax
Abril 2010***

***Inventario del contenido de la caja de galletas
encontrada en el cuarto tapiado de Violeta***

—*Dibujo infantil en colores rojo, negro, azul y verde. Representa una mujer (lleva una falda larga). Dimensiones: 28 x 20 cm .*

—*Recorte de La Vanguardia correspondiente a la sección «Notas locales» con la crónica del entierro de doña Maria del Roser Colorons de Lax, publicado el día 27 de diciembre de 1932.*

—*Esquela publicada en La Vanguardia el 27 de agosto de 1914: « LA NINA Violeta Lax y Colorons, natural de Barcelona, HA FALLECIDO habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición Apostólica (E.RD.). Sus afligidos madre y hermanos, doña Maria del Roser Colorons viuda de Lax, Amadeo y Juan; las razones comerciales Industrias Lax y Manufacturas Colorons y demás parientes, participan a sus amigos y conocidos tan sensible pérdida y*

les ruegan la tengan presente en sus oraciones y se sirvan asistir a la conducción del cadáver que tendrá lugar hoy jueves a las diez desde la casa mortuoria, pasaje Domingo número 7, a la iglesia parroquial de la Concepción y de allí al Cementerio del Este. No se invita particularmente.

—*Catálogo ilustrado de Grandes Almacenes El Siglo. Temporada de otoño-invierno 1899-1900. 130 páginas.*

—*Páginas 9 a 11 de La Vanguardia del día 27 de diciembre de 1932, correspondientes a la crónica del incendio de El Siglo, ocurrida dos días antes.*

—*Dos fotografías recortadas de otro periódico (sin especificar). En ambas se ve el amasijo de vigas deformadas que ocupa el interior de un edificio en ruinas, del que sólo queda en pie una parte de la fachada.*

A través de las ventanas desnudas, se aprecia parte de Las Ramblas y, a lo lejos, la torre de la catedral. El pie de foto de esta segunda dice: «Aspecto de la nave principal después de la desgracia.»

—*Páginas 41 a 48 de luz del porvenir. Revista de estudios psicológicos y ciencias afines. Número 272, de junio de 1934. Contienen el artículo «En ausencia y recuerdo de Maria del Roser Golorons. Texto de homenaje ofrecido por Teresa Brusés de Lax en el transcurso del pasado Congreso Espiritista de Barcelona.»*

—*Programa de mano del V Congreso Espiritista Mundial (Palacio de Proyecciones de Barcelona, del 1 al 10 de septiembre de 1934), entre cuyos ponentes figura Teresa Brusés de Lax.*

—*Veinte programas de mano de exposiciones de Amadeo Lax, correspondientes a salas de diversas ciudades españolas y europeas (años 1923 a 1940). Uno de ellos es de la Sala de Exposiciones El Siglo y lleva fecha de diciembre de 1932.*

—*Fotografía de estudio firmada por B. Moreno («calle de la Canuda número 8») de los miembros del servicio de casa de los Lax. Son seis mujeres y dos hombres, de edades muy distintas. Los cuatro de más edad están sentados. El resto, de pie, tras ellos. Las mujeres visten*

uniforme oscuro, con delantal y cofia. En el dorso, escrito a lápiz, se lee: «Año 1910. Eutimia, Felipe, Vicenta, Antonia, Julián, Rosalía, Higinio y Carmela.» El orden no corresponde al que ocupan los retratados. En la lista de nombres falta el de Conchita, que también está en la foto (de pie, entrada en carnes, ligeramente más alta, con un moño sobre la coronilla y una sonrisa de complacencia).

—Fotografía de estudio firmada por B. Moreno. Niño de corta edad (unos 2 años) con Concha vestida de uniforme. El niño es Amadeo Lax. En el dorso, anotado a lápiz: «1900.»

—Postal del Coliseo de Roma (blanco y negro), fechada el 5 de octubre de 1908, dirigida a «Concha Martínez Cruces. Pasaje Domingo número 7. Barcelona. Spagna». El texto dice: «Querida Concha: mira cómo está Roma. Toda rota. Seguro que tú encontrarías el modo de repararla. Mientras lo encuentras, yo busco el mío de convertirme en un gran pintor. Verás cómo lo consigo, tal y como predijiste. Te abraza tu, Amadeo.»

—Postal de la Torre Eiffel de París (coloreada). Mismas señas. Fechada el 19 de noviembre de 1928. «Estimada Concha. Amadeo me pide que la escriba a usted para decirle que estamos bien y que nuestro viaje discurre con normalidad. Quiere que nos tengamos confianza. Ya le he dicho que eso no me va a costar, siendo usted la mujer a quien él debe la vida. Con todo cariño, Teresa.»

—Postal de San Pedro de Roma (coloreada). Mismas señas. Fechada el 7 de diciembre de 1928. «Querida Concha. Hemos llegado a Roma, después de visitar Berlín, Milán y Bolonia. Amadeo siente por estas tierras un enorme cariño. Dice que sin reparos se quedaría a vivir en Italia. No será así, por ahora: después de Navidad y antes de Año Nuevo marchamos a Grecia. Estamos bien y el viaje es estupendo. Con cariño, Teresa.»

—Postal del Partenón (coloreada). Mismas señas. 31 de diciembre de 1928. «Sólo unas palabras desde el corazón de la cultura occidental para desear a todos un próspero 1929. Con todo el afecto de Amadeo y Teresa.» La letra es la de Teresa.

—*Postal de la Esfinge de Giza (en blanco y negro). 10 de enero de 1929. Mismas señas. «Querida Conchita: Amadeo sentía muchos deseos de conocer a Tutankamon y aquí estamos. El calor es sofocante incluso en esta época. Por mi parte, sólo deseo partir hacia la última etapa de nuestro viaje. Comienzo a pensar en regresar a casa más que en dejarme cautivar por paisajes desconocidos. Amadeo opina que es lo deseable en una mujer casada. Con todo el cariño de Teresa.»*

—*Telegrama fechado el 25 de febrero de 1930. «Llegamos mañana. Envía coche grande recogernos. Línea Marsella-Barcelona. Aeródromo del Prat. 11 horas. Amadeo.»*

MARTES, 27 DE DICIEMBRE DE LOCAL LA VANGUARDIA
1932 41

HORROROSO INCENDIO EN BARCELONA

El fuego destruye los Grandes Almacenes El Siglo

Los Grandes Almacenes El Siglo, S. A. han sido destruidos por un colosal incendio. Aquel popular comercio que en plenas Ramblas era un exponente de la potencialidad mercantil catalana fue durante la jornada del domingo pasto de las llamas, que consumieron en poco más de dos horas lo que se había logrado gracias al gigantesco esfuerzo de largos años y a un alto espíritu de empresa. La ciudad ha vivido días de sincero y legítimo dolor. La festividad del día navideño fue conturbada por la gran catástrofe que tenía por escenario el más barcelonés de nuestros paseos y en todos los hogares, durante las plácidas horas de la fiesta familiar, hubo un comentario dolorido por el gran suceso, que se había difundido por toda la urbe con la celeridad de las noticias infaustas. La vida ciudadana fue alterada en su ritmo habitual y el triste espectáculo de las densas columnas de humo que se alzaban sobre aquel edificio —y que desde los alrededores de Barcelona daba la sensación exacta de la gran pérdida

que afligía a la ciudad— será de imperecedera memoria para la generación actual, que ha visto arruinado por un accidente desgraciado un bazar genuinamente barcelonés que había llevado el prestigio del comercio catalán más allá de las fronteras. El Siglo era, sin duda, el primer comercio de Barcelona y de profunda raigambre ciudadana, pero ha sido preciso que la catástrofe se produjera para que los barceloneses comprendiéramos cuánto amor sentíamos por él y cómo considerábamos algo nuestro aquel bazar lujoso, magnífico y moderno, el primero en toda la península y, sin hipérbole, de los mejores del mundo.

El fuego fue voraz y en su desarrollo no respetó dependencia ninguna, y así, cuando los bomberos, con su obstinado y heroico esfuerzo, consiguieron localizar las llamas evitando su propagación, los tres inmuebles en que estaban instalados aquellos almacenes no eran más que una inmensa pira, que en su furia destructora no tan sólo situaba a una empresa poderosa en trance difícil, sino que hacía desaparecer un comercio en el que ganaban su pan más de un millar de familias humildes.

El lugar de la catástrofe

Serían poco más de las diez y media de la mañana del domingo cuando algunas de las personas que transitaban por Las Ramblas se dieron cuenta de que por los intersticios de las puertas metálicas de los Grandes Almacenes El Siglo salía humo en abundancia. Rápidamente se dio la voz de alarma, apresurándose los guardias de seguridad y algunos urbanos que prestaban servicio por aquellos alrededores a comunicarlo a sus jefes y a los cuartelillos de bomberos. El humo fue en aumento, invadiendo todo el edificio y buscando salida por los numerosos balcones que daban a la Rambla de los Estudios. Los almacenes El Siglo ocupaban tres cuerpos del edificio, señalados con los números 3, 5 y 7 de la Rambla de los Estudios. El número 1 corresponde a las oficinas de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, en cuya planta baja se halla instalado el Banco

Hispano Colonial. Por el otro lado linda El Siglo con el edificio de la Academia de Artes y Ciencias, en cuyos bajos se halla instalado el teatro Poliorama. La parte trasera de El Siglo recae a la calle Xuclá, estrecha vía de poco más de dos metros de anchura a la que tenían salida cuatro o cinco grandes puertas de los almacenes siniestrados. También había otra salida en la plaza del Buensuceso, cuya fachada comunicaba con la sección de comestibles.

Hay que tener en cuenta que en El Siglo se vendían artículos de todos los ramos. El edificio ocupaba una extensión de millares de metros cuadrados, con una altura de siete pisos, en cada uno de los cuales había instaladas diversas secciones. La de juguetes, sobre todo, era una de las más importantes de la casa y ocupaba un considerable espacio de la planta baja, junto a la calle Xuclá.

Los primeros trabajos de extinción trataron de realizarlos los siete vigilantes que quedaban dentro de los almacenes todos los días festivos. Para ello intentaron hacer funcionar algunos de los extintores colocados estratégicamente en diversas secciones, pero la humareda que se produjo desde los primeros instantes fue tan espesa que imposibilitó todo intento y obligó a los vigilantes a abandonar rápidamente el edificio para no perecer asfixiados. Uno de ellos, llamado José Sánchez, en sus esfuerzos por extinguir el fuego que se iniciaba vorazmente, sufrió quemaduras en ambas manos, de las que tuvo que ser auxiliado en el dispensario de la calle Sepúlveda. Tan espeso era el humo que salía por las puertas de Las Ramblas que hubo necesidad de cortar inmediatamente el tránsito de coches y tranvías por el arroyo lateral descendente. Poco después de las once llegaron los primeros auxilios. Los bomberos comenzaron con toda rapidez el montaje de máquinas y mangueras. Acudieron los retenes de todos los cuartelillos al mando de sus respectivos jefes.

Mientras tanto el fuego, como reguero de pólvora, se había corrido vertiginosamente por toda la planta baja del edificio, especialmente en los dos cuerpos inmediatos a la Academia de Ciencias, y lo que antes era humo se había convertido en llamas, abrasándolo todo. Resulta

casi inexplicable la velocidad con que se propagó el fuego por toda la casa. Bien es verdad que mesas, pinturas, telas, juguetes y demás artículos que se expendían en El Siglo eran de facilísima combustión, y, como azotado por un soplo invisible, todo ardió en el escaso tiempo de pocos minutos. A las doce y media el edificio siniestrado ofrecía desde Las Ramblas un aspecto impresionante. Por todas las puertas y balcones, cuyos marcos y persianas ardían como teas, salían unas llamas imponentes en las que chisporroteaba el agua lanzada por los bomberos con sus mangueras. Pero el fuego era tanto que apenas si hacían mella en él los fuertes chorros lanzados. Toda la parte del edificio que se divisaba por las aberturas de Las Ramblas era una hoguera inmensa. El fuego despedía tal calor que era imposible acercarse a corta distancia. Durante los primeros trabajos de extinción, un bombero que se aventuró a penetrar en el edificio sufrió síntomas de asfixia, teniendo que ser trasladado al dispensario. También recibió lesiones leves un guardia.

Se derrumba la fachada

El fuego, favorecido por un vientecillo que soplaba en dirección sur, se avivó extraordinariamente en la parte correspondiente a la calle Xuclá. Como desde ésta se hacía imposible todo trabajo de extinción por el peligro de un derrumbamiento, los bomberos tuvieron que colocarse en los balcones y azoteas vecinas para desde ellos enfocar sus mangueras. Tal era la voracidad del incendio en aquella parte que pronto se adivinó un derrumbamiento inminente. En efecto, una hora después se derrumbaba con estrépito un gran trozo de cornisa y poco después caían varios metros de fachada. Como el peligro había sido previsto y la calle estaba rigurosamente desalojada, no hubo que lamentar desgracias personales.

A la una y media de la tarde los bomberos, tras ímprobos esfuerzos y secundados por la fuerza pública y por no pocos ciudadanos, lograron cortar el avance destructor de las llamas. Se derrumbaron las techumbres y pisos del edificio, quedando sólo en pie las paredes

maestras y el ala en que se halla enclavado el escritorio. Dentro seguía el fuego, pero bastante dominado. Por la parte cercana a la plaza del Buen Suceso las llamas seguían coronando los remates de la fachada, pero con señales evidentes de su disminución. En este sector del edificio, que era donde se hallaba instalada la sección de comestibles y licores, se produjeron numerosas explosiones que causaron gran alarma. Según los técnicos, eran ocasionadas por los botes de conservas, botellas de alcohol y otros géneros similares.

Las causas del incendio

Hasta ahora no se han puesto en claro, pero algunas personas que acudieron en los primeros momentos daban por seguro que el fuego se había iniciado a causa de un cortocircuito en uno de los escaparates de Las Ramblas y desde allí se propagó a los pisos, comunicándose principalmente por las grandes escaleras interiores. Por esa razón el trabajo de los bomberos se hizo en los primeros momentos muy difícil. Las inesperadas proporciones del incendio desmoralizaron un poco a estos abnegados hombres. Pero pronto se serenaron y aun luchando con la escasez de agua y de los medios extintores que, a pesar de no ser nada despreciables en un siniestro como éste, único hasta ahora en Barcelona, resultaban a todas luces deficientes.

También acudieron en los primeros momentos al lugar del siniestro guardias de seguridad y de asalto y los urbanos adscritos a aquella demarcación, que, además de ayudar a los bomberos en su ardua labor, contuvieron al público que acudía en masa al extenderse la noticia por toda la ciudad.

El pánico que se produjo entre los vecinos de la calle Xuclá, cuyas viviendas estaban a punto de ser pasto de las llamas de un momento a otro, es indescriptible. Gritos de auxilio, ayes de dolor y un sinfín de familias que llevando sólo lo más indispensable abandonaban despavoridas sus domicilios. Las llamas que salían de El Siglo eran tan vivas que prendían en las persianas y balcones de las casas de la calle Xuclá. Las plantas bajas de dicha calle, ocupadas por

establecimientos de diversa clase, fueron también desalojadas por sus propietarios.

Los bomberos comenzaron los trabajos más importantes en esta calle por el mayor peligro que ofrecía el fuego de propagarse a las casas vecinas. Horroriza pensar la catástrofe que se hubiera producido de prender las llamas en ellas, pues entonces seguramente hubiera sido pasto de las llamas una extensa manzana de casas donde habitan centenares de familias. Las mismas escenas de terror se produjeron en la plaza y calle del Buensuceso, donde hay varias casas colocadas en forma de cuña dentro del terreno ocupado por los Almacenes El Siglo. Algunos vecinos no pudieron contenerse y cargaron baúles y prendas de ropa sin esperar a que les avisaran. Por la parte de la plaza del Buensuceso las fuerzas de aviación militar, alojadas en el antiguo cuartel del mismo nombre, cooperaron desde los primeros instantes tanto a los trabajos de extinción, como a los de mantenimiento del orden.

Todo el edificio arde como una inmensa pira

A pesar de los trabajos de los bomberos, cuya acción extintora se desarrollaba ya conjuntamente por las tres fachadas del edificio siniestrado, arrojando sobre las llamas toda el agua de que se podía disponer, a las doce el fuego alcanzaba proporciones aterradoras. Por la cubierta salían llamas ingentes envueltas en una humareda negra y espesísima que se elevaban a centenares de metros de altura. Toda la casa semejaba una pira colosal, despidiendo llamas destructoras por todas sus aberturas.

Además de un gentío que no bajaría de cincuenta mil personas, al poco de iniciarse el incendio acudieron algunos miembros de la familia propietaria de El Siglo, don Eduardo y don Javier Conde. Ambos se mostraban desolados. Sobre todo don Javier, con el que tuvimos ocasión de conversar breves instantes.

—Más que por nosotros mismos —nos dijo—, lo siento por los empleados que quedarán en la calle. Algunos experimentarán tanta

pena como nosotros, porque hay que tener en cuenta que había empleados que llevaban treinta y cuarenta años de servicio en la casa. Don Javier aprovechó la ocasión para comunicarnos que desde el pasado viernes ostentaba la dirección de los almacenes en sustitución de su hermano mayor, don Octavio, quien precisamente el día de Navidad marchó rumbo a Estados Unidos en el buque *Magallanes*. El insigne comerciante planea en breve establecer en Nueva York sus propios negocios que, con toda probabilidad, serán tan prósperos como los que avalan su trayectoria hasta el día de hoy.

Las pérdidas

Son cuantiosas. De momento no pueden precisarse, aunque tal vez alcanzarán la suma de treinta millones de pesetas. Tanto el edificio como las existencias estaban asegurados. Las pérdidas han sido mayores que si el incendio se hubiera registrado en otra época del año ya que, tradicionalmente, para las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes El Siglo hacía gran acopio de toda clase de artículos y especialmente objetos de fantasía y juguetes. Los dueños no pueden aún prever si se procederá a la reconstrucción.

Los almacenes El Siglo fueron fundados hace cincuenta años. Jamás se había registrado en ellos un incendio, salvo pequeños conatos sin importancia rápidamente atajados. Además, disponían de un completo servicio de extintores y mangueras, servidos por bomberos particulares, que en esta ocasión no han servido para nada.

A las cinco de la tarde del domingo el presidente de la Generalidad, don Francisco Maciá, se dirigió de nuevo al lugar del siniestro con objeto de enterarse personalmente de los trabajos que se seguían realizando para la total extinción. Permaneció en aquel lugar cerca de una hora.

La noche del domingo al lunes

Los bomberos, provistos de reflectores enfocados hacia el interior del

local, se dedicaron durante la noche a combatir los pequeños focos que se mantenían latentes.

El jefe de los bomberos, señor Jordán, nos dijo a última hora que, como durante la noche habrían de producirse fenómenos de retracción en las columnas y demás masas metálicas sustentadoras, era sumamente peligroso adentrarse en el edificio. Como el peligro parecía haber desaparecido por aquella parte, a las dos de la madrugada se permitió el tránsito del público por la plaza del Buensuceso. Millares de personas desfilaron por delante de aquella fachada, contemplando el grandioso montón de escombros en que quedó convertida la riqueza acumulada en los almacenes. No obstante, las precauciones se mantuvieron por lo que se refiere al público en Las Ramblas y en la calle Xuclá, donde el peligro de nuevos derrumbamientos no había desaparecido.

En el transcurso del siniestro resultaron heridos dos bomberos y tres vecinos que colaboraban en las labores de extinción. Los dos bomberos heridos fueron visitados por el alcalde. En la farmacia de la calle del Carmen, 21, tuvieron que ser asistidas cuatro mujeres, todas vecinas de la calle Xuclá, que sufrieron accidentes de carácter nervioso.

Trágico colofón

A partir de ayer por la mañana se permitió la circulación de transeúntes por Las Ramblas y la plaza del Buensuceso, al mismo tiempo que se hacían los trabajos necesarios por evitar nuevos derrumbamientos. A las tres y media de la tarde volvió a visitar el lugar el presidente de la Generalidad, señor Maciá, acompañado de su esposa, señora Lamarca. También estuvieron allí el alcalde, doctor Aguadé, el diputado a Cortes don Martín Esteve y algunos concejales. Según manifestaciones que nos hizo el señor Ribé, jefe de la Guardia Urbana, en vista de que no hay peligro, es muy probable que hoy se restablezca el servicio de tranvías y el tránsito de toda otra clase de vehículos por Las Ramblas.

Aún duraba esta visita oficial cuando se derrumbó, con gran estrépito, la escalera central de los almacenes, que era toda de hierro forjado y se inspiraba en las de otros grandes establecimientos europeos. El ruido fue formidable y causó gran alarma entre los curiosos que se hallaban estacionados frente a El Siglo, a la distancia que hacían guardar las fuerzas de seguridad. No hubo que lamentar pérdidas personales.

XXI

Nacer, morir y buscar algo con que entretenerse mientras tanto. Eso es la vida, simplificando un poco.

En la casa del pasaje Domingo el primer alumbramiento se hizo esperar más de veinte años, hasta el 23 de octubre de 1920, el día en que Vicenta se puso de parto en medio del ataque de risa que le provocó la lectura de una coplilla satírica por parte de su marido. Julián era tan serio de natural que recitando versos humorísticos resultaba tronchante. Su mujer era su público más entusiasta.

*Yo, desde que me he casado,
tanto mis gustos cambié
que antes me gustaban todas.
Y ahora, le confieso a usted,
que todas, todas me gustan.
Todas, menos mi mujer.*

Las seis horas de dolores que siguieron hasta que Vicenta parió por sus propios medios no fueron tan divertidas. Todas las mujeres disponibles se esmeraron en ayudar y entre todas trajeron al mundo a una niña menuda, morena e ilegítima a quien sus padres llamaron Laia. Fue toda una novedad

en el sótano y en la casa, que en los últimos tiempos no hacía más que perder inquilinos.

La tercera planta estaba desolada. El viejo cuarto de los niños era ahora un extraño saloncito a quien nadie daba ningún uso. El cuarto de Violeta había sido cerrado a cal y canto. Amadeo había abandonado su habitación de siempre y se había mudado a la buhardilla, donde con penas y trabajos conseguían entrar las camareras a limpiar. La estancia de Juan también seguía allí, pero deshabitada, esperando a unos invitados que en aquella familia resultaban cada vez más impensables. Lo único que presentaba el mismo aspecto de siempre era la biblioteca, donde con menos frecuencia que antes continuaban celebrándose las reuniones del Círculo de los Miércoles. El segundo piso, ocupado en su mayor parte por las habitaciones de la señora, conservaba su ambiente de antaño. Maria del Roser no era amiga de mudar sus costumbres y tampoco los lugares donde éstas tenían lugar, de modo que seguía escribiendo en su mesa de estilo inglés, haciendo punto de cruz en su mecedora junto al ventanal y arreglándose en su amplísimo vestidor junto al caprichoso cuarto de baño que en la época en que se construyó representaba una sofisticación única. Al otro lado del pasillo estaban las estancias vacías que ocupó don Rodolfo. Maria del Roser tuvo el coraje suficiente para dismantelarlas, pero no para volverlas a ocupar, de modo que ahí están, aguardando a que algo ocurra en la familia. Las estancias nobles del primer piso son las que menos han acusado el éxodo familiar. Si permaneciéramos en el salón, el gabinete o el patio, podríamos engañarnos al creer que en este lugar el tiempo no va a ninguna parte. A menos, claro, que seamos meticulosos y reparemos en ciertas ligeras variaciones: la aparición de cuadros en las paredes o la fluctuación de las especies vegetales. Los tapetes de ganchillo que sobreabundan en el salón, por si a alguien le interesa, de momento siguen en su sitio, rindiendo mudo tributo a aquella bisabuela habilidosa que los tejió. Los tiempos cambian, pero por ahora los gustos de quienes los habitan siguen intactos.

Decíamos que en aquel 1920 lleno de mudanzas Juan Lax Golorons se convirtió en el padre Juan. El sacerdocio ponía el colofón a un largo proceso que se inició seis años atrás, cuando el brillante segundo hijo de la familia

informó a su madre de su decisión de entrar en el seminario de los jesuitas. El anuncio le agrió el desayuno y el día entero a doña Maria del Roser, quien había previsto una rutina larguísima de visitas que había de mantenerla ocupada hasta pasada la hora de merendar.

—No vienes a contarme nada bueno —le dijo la madre, cuando él entró en su saloncito con cara de pájaro—. Lo veo en la expresión de tus ojos.

—Se equivoca. Vengo a hacerle partícipe de mi felicidad. —La quietud pasmada de su madre le animó a continuar—: He tomado una decisión con respecto a mi futuro.

En los últimos meses, la viuda de Lax había sufrido viendo a su hijo menor en una zozobra que no podía explicarse. Primero había descuidado los estudios, luego desertó del trabajo que ella misma le había proporcionado mediante el soborno de su primogénito, comenzó a enflaquecer, a demacrarse, a ausentarse de casa, a beber. Aquel comportamiento no era atípico en un espíritu rebelde y disconforme como Amadeo, pero en Juan era razón para la máxima alarma. Las veces que habló con él obtuvo respuestas juiciosas y promesas de enmienda, pero en realidad no logró gran cosa. El humor de Juan se volvió variable. Se comportaba con una irresponsabilidad extrañísima en él. De pronto, comenzó a pasar días enteros tumbado en la cama, sin ganas ni de levantarse.

Además, la fatalidad quiso que la nostalgia de Juan coincidiera con la agonía de Violeta, y que el drama de la muerte prematura de la niña ocultara por completo los demás problemas familiares. Fueron meses de infierno en que Maria del Roser no tuvo más vida que la de acompañar a su pequeña hasta el final, rezando por ella y desatendiendo todo lo demás. La enfermedad de Violeta fue la última empresa común de los miembros de la familia. Trataron de plantarle cara enviando a la enferma a sanatorios suizos donde —aseguraban— sanaban de males peores los miembros de la realeza, pero sólo consiguieron alargar más la agonía. Una vez muerta, ya no hubo nunca nada capaz de unirles de nuevo. Con Violeta se había ido algo más que la pequeña de la casa: se había esfumado la posibilidad de creer que las desgracias tienen solución.

El padre Eudaldo fue una presencia constante en esos meses tristes, y fue

a él a quien acudió Maria del Roser cuando, liberada de la feroz rutina de la enfermedad, reparó en la situación de su segundo hijo. El hombre de Dios corrió a socorrerla, sabedor de que los asuntos del alma requieren a veces intervenciones tan urgentes como los del cuerpo, y pasó más de ocho horas encerrado con Juan en su cuarto, hablando en un susurro tan imperceptible que desde fuera era imposible oír nada.

Al día siguiente, el muchacho acudió a misa de ocho y se dejó ver en el almuerzo, a pesar de que no le dirigió la palabra a su hermano. Maria del Roser dio gracias al cielo por la milagrosa intercesión de su ministro. Estaba contenta por cómo iban las cosas hasta que Juan la dejó petrificada con aquella ocurrencia del sacerdocio. Ese día, Maria del Roser maldijo a las ovejas descarriadas y la afición de los pastores por recuperarlas. Y, como le ocurría desde hacía mucho tiempo, maldijo también el orden en que sus dos vástagos varones habían llegado al mundo. Otro gallo le habría cantado a todo el corral si Juan hubiera sido el hermano mayor.

—Pero hijo, ¿cómo es posible? —protestó al saberlo—. Nunca antes habías demostrado demasiado interés por la religión...

—Dios me ha llamado, madre. Yo diría más: me ha salvado.

—¿Salvado? ¿De qué, criatura?

—Eso ya no importa. El caso es que lo ha hecho y yo he sabido escucharle. El padre Eudaldo me ha ayudado a darme cuenta.

—¿Y qué ocurre con tu brillante porvenir? ¿Piensas desaprovecharlo?

—Todo lo contrario. Me llevo mi porvenir donde pueda ser útil.

Maria del Roser frunció los labios. Su hijo, sabedor de que el último comentario no le había sentado bien, la tomó de las manos.

—No lo digo por usted, madre. Usted siempre me ha apoyado. Pero hay otras cosas que no tienen remedio y que nunca lo tendrán. No finja que no se da cuenta.

Maria del Roser lo sabía, sí, del mismo modo que sabía que todas las referencias veladas de Juan apuntaban a Amadeo. A pesar de todo, se resistía a aceptar que no hubiera remedio. Tantos años después, seguía sin comprender las rencillas en las que siempre andaban enzarzados sus dos hijos. Y, por supuesto, continuaba culpándose de todo.

No hubo forma de evitarlo. A los veinte años Juan entró en el seminario de los jesuitas. Dos años más tarde recibió los grados de ostiario, lector, exorcista y acólito, que por aquel entonces todavía se profesaban. Continuó con la carrera de derecho y poco después se fue a Madrid a estudiar teología. Fue ordenado presbítero el 30 de septiembre de 1920, un día en que la humedad y el calor prometían poco brillo a galas de todo tipo, incluidas las eclesiásticas. La ceremonia, muy lucida, fue en la catedral de Barcelona, bajo la presidencia de monseñor Juan José Laguarda, que oficiaba su última ordenación en la ciudad. En el banco de la familia se sentaron, además de Maria del Roser, el padre Eudaldo, Conchita y media docena de ignotos parientes. La mayoría de los criados de la casa estuvieron presentes también, aunque más atrás. Para su sorpresa, la matriarca se emocionó mucho al ver a su hijo arrodillado delante del obispo, mientras éste realizaba los escrutinios, y durante el resto de los años de su vida recordaría el momento en que su excelencia imponía a Juan la estola y la casulla, en medio de una letanía con aroma a incienso, como uno de los más emocionantes de su vida.

Amadeo no pudo asistir a la ordenación de su hermano. 1920 fue para él un año trascendental, en el que visitó Nueva York por primera vez, aceptó un encargo de la Hispanic Society of America y vendió dos docenas de cuadros a coleccionistas de arte americanos que los pagaron a precio de capricho. El gesto de los millonarios despertó el interés de algunos museos y el nombre de Amadeo Lax estuvo durante unos días en boca de todos. Y más lo habría estado si su pereza para los asuntos de sociedad no le hubiera empujado a regresar a casa.

Para su fuero interno también resultó decisivo aquel viaje americano. Por primera vez fue consciente de que, a sus más de treinta años, comenzaba a ser un hombre maduro que debía invertir en su respetabilidad. De resultas, decidió hacer un poco de limpieza en su vieja vida de crápula. Telegrafió a Trescents antes de embarcarse en Nueva York: «Ocúpese de que se desaloje a la máxima celeridad el piso de la Rambla de Cataluña. A mi regreso deseo darle nuevos usos.»

Mientras recorría la cubierta de primera clase del *Marqués de Comillas*, el transatlántico de lujo en el que realizó el viaje de vuelta, Lax no podía prever

de qué modo las circunstancias rubricarían sus intenciones. Y es que sólo unos días después de su regreso del nuevo mundo, el 27 de diciembre de 1920, el Banco de Barcelona anunció suspensión de pagos. Era lunes. Trescents se presentó a las ocho y media de la mañana con cara de fin del mundo. Encontró a Amadeo en el salón, dejándose someter al rasurado de don Severo, su barbero de siempre. Como el asunto parecía importante, le recibió.

—El Banco de Barcelona se va a pique. Lo han anunciado esta mañana: no pueden atender pagos de ninguna clase. Todo el mundo retira los fondos. Ha cundido el pánico. Se han formado colas interminables frente a las ventanillas. He intentado comunicarme, de su parte, con el señor Estruch, pero me dicen que está enfermo y que no atiende a nadie. Parece que los accionistas y los clientes más importantes van a reunirse con el alcalde. Sinceramente, señor, creo que le conviene asistir.

Amadeo levantó una ceja. Tenía una mejilla enjabonada y la otra a medio rasurar. Don Severo se comportaba como si fuera sordo.

—Está bien, Trescents. Haré todo lo que creas conveniente. ¿Tienes documentación de las pérdidas que este inconveniente puede acarrearlos?

—Por supuesto, señor —el letrado levantó una mano y mostró un puñado de documentos—, aquí se la traigo. Creo que debería prestarle atención.

—¿Y es muy grave?

—Preferiría que juzgara usted mismo, señor.

Amadeo no creyó que la situación fuera tan grave una vez hubo revisado las cuentas y constatado que su vida no iba a experimentar ni el más pequeño cambio después del naufragio del banco más importante de la ciudad. Siguió, eso sí, los consejos del abogado como habría seguido las indicaciones del médico. Acudió a la reunión, hizo valer su amistad con distintos banqueros, telefoneó a ciertos clientes, suscribió comunicados para pedir al gobierno de Maura una ayuda urgente y firmó docenas de documentos. Logró salvar de la quema una pequeña parte de las inversiones en divisas que su apoderado había realizado en la entidad.

En los días que siguieron, como es natural, se habló mucho de las causas de aquel descalabro, cuyas raíces parecían hundirse en los opíparos años de la

guerra de Europa, que tan grandes beneficios había dejado a los industriales catalanes.

—Demasiado dinero en manos de especuladores. La avaricia siempre rompe el saco —sentenció don Octavio Conde, tan rico como el que más pero mucho más cauto.

Trescents se encontró en una situación comprometida, y llegó a ofrecer su puesto como penitencia, pero Amadeo no lo aceptó. En ninguna parte encontraría a otro como él.

—¿Has hecho lo que te pedí con el piso de la Rambla de Cataluña? —le preguntó, en plena marejada.

—Por supuesto, señor.

—¿Algún contratiempo?

Un segundo de silencio resumió el drama del administrador que siempre termina por sacar las castañas del fuego a su señor.

—El natural en estos casos, señor —dijo el letrado.

—Bien. No creo que por ahora necesitemos poner el piso a la venta. ¿Opinas tú lo mismo?

—Desde luego, señor. Además, éste no es un buen momento para vender.

Amadeo secundó estas palabras con un cabeceo, tomó un anuncio que había recortado del periódico y se lo mostró a Trescents.

—¿Qué te parece? —preguntó.

En el recorte se veía un Rolls Royce modelo Silver Ghost, imponente.

—Una maravilla.

—Encárgame uno. Lo quiero exactamente como el de la fotografía.

Trescents guardó el recorte.

—Con todo este lío, no he tenido tiempo de preguntarle cómo le ha ido por Nueva York.

—De maravilla. ¿No me ves? Es lo que tiene esa tierra. Te da ganas de romper con todo lo que no sea nuevo y moderno.

«Nuevo y moderno —repitió Trescents para sí—. Los adjetivos más caducos que existen.»

En lo referente a que su hijo sentara cabeza, doña Maria del Roser llevaba

batallando unos cuantos años. Exactamente desde una mañana en que oyó en la buhardilla un correteo como de conejo, envió arriba a Carmela armada con un escobón y al rato bajó la camarera muy sofocada hablando de cierta moza que trotaba por el estudio «del señorito» muy alegre y tal como su madre la echó al mundo.

En contra de su costumbre, aquella mañana Maria del Roser se entrometió en los asuntos de su heredero. Subió la escalera hecha un brazo de mar, entró sin miramientos en lo que antaño fue trastero y tuvo que cerrar los ojos para ahorrarse —demasiado tarde— la contemplación de la indecencia que estaba ocurriendo entre el desbarajuste de lienzos, caballetes, sillas y trapos en que se encontraba el camastro de su hijo.

Aun sin mirar, dijo:

—Señorita, es necesario que interrumpa al instante esa actividad y se vista. Necesito hablar con mi hijo a solas.

Amadeo, de apenas veintiún años, no chistó. No se habría atrevido a mostrar ante su madre ni un ápice de la osadía que gastaba en sus cada vez más frecuentes escapadas nocturnas. Ante un modoso jovencito de mirada gacha, la desconocida salió de detrás del biombo y recogió su bolso de falsas piedras preciosas. Maria del Roser escrutó su inequívoco atuendo antes de decirle:

—El cochero la llevará donde sea que vaya. Tenga un buen día y gracias por todo.

La joven —que debía de superar por muy poco la edad de Amadeo— ni siquiera halló las palabras con que despedirse, impresionada por el educado modo en que acababa de despacharla la señora de la casa.

Maria del Roser cerró la puerta, se sentó en el borde del lecho de su hijo y le habló con más dureza que nunca.

—Espero que sea la última vez que te atreves a meter fulanas bajo mi mismo techo. ¿Es que no hay casas de citas en la ciudad? ¿Debo recordarte que ésta no es una de ellas? Estás comprometiendo el apellido de tu padre y el mío propio. No pienso permitirlo.

Amadeo, por supuesto, no estaba de acuerdo con el planteamiento del problema, pero tuvo el buen gusto —y la prudencia— de no decir nada.

—Por otra parte, me preocupa que sólo persigas a furcias. ¿Es que te dan miedo las mujeres de tu misma condición social? ¿Prefieres ese lucimiento fácil que te proporcionan las ignorantes chicas del arrabal? ¿Tan mediocre te crees que en lugar de acatar las reglas del juego recurras a las trampas? De seguir así, hijo mío, temo que una enfermedad venérea te deje inservible antes de tiempo o que me traigas por nuera a una mujer de la calle. Sienta la cabeza de una vez, caramba. Tienes edad de ello y, sobre todo, posición. No nos avergüences más.

Terminado su soliloquio, Maria del Roser salió tan altiva como la reina de Saba, dejando a su espalda el silencio que sucede a las declaraciones de guerra.

A partir de ese día, no hubo joven casadera de buena familia de la que no le hablara a su hijo.

—¿Conoces a la señorita Garí? Me han dicho que es una intérprete de piano notable. ¡Ha sido discípula de Enrique Granados!

Amadeo asentía sin convicción.

—Es aburrida, madre. ¡Y aún lleva corsé!

—Me he enterado —otro intento— de que la hija del banquero Benigne de la Riva va siempre a la última moda, toda suelta y destensada. Y que ha estudiado en el Liceo francés. ¿Quieres que la invite a merendar?

—Haz lo que gustes, madre —respondía, indolente, Amadeo—. Creo que la conozco. Es esférica como un elefante.

—Me encontré el otro día en el hipódromo a la señorita Carles-Tolrá. Es bien proporcionada y guapa de cara, pero muy delgada para mi gusto. ¿La conoces?

—Sí, Octavio salió con ella un tiempo. Es una derrochadora enfermiza.

Cuando la viuda de Lax supo que en casa de los Brusés había cuatro beldades por casar, se apresuró a tomar cartas en el asunto. Escribió a doña Matilde, a quien había visto media docena de veces en actos de beneficencia, gastó alguna prosa en alabar la rectitud de su casa y luego dejó caer la posibilidad de que su riquísimo heredero, a quien el diablo había interesado por la pintura, retratara a sus ninfas de bucles dorados. Doña Matilde, que por encima de todo era una señora, no tardó en hacer llegar a Amadeo una tarjeta

con su intención de encargarle unos retratos familiares. Serían, sin embargo, más de los sugeridos: uno de cada uno de sus hijastros varones, para disimular. El suyo propio, para tener la ocasión de supervisar al candidato. Y todo ello, por supuesto, sin dejar en evidencia a la atribulada madre que le había pedido el favor.

Maria del Roser se lo agradeció eternamente.

Amadeo no renunció a la comodidad de llevar mujeres a su casa, pero aprendió a hacerlo en ausencia de su madre.

Entre sus veinte y sus treinta años, los meses cálidos fueron una época ideal para esas liviandades. Poco amigo de veraneos ni veraneantes, se quedó en Barcelona a la menor ocasión. Renunció por propia voluntad a todo el servicio y tuvo que dar largas explicaciones a su madre sobre cómo pensaba apañárselas sin nadie que le hiciera la comida o le planchara la ropa. Al final, temiendo que doña Maria del Roser no quisiera marcharse, accedió a permitir la entrada de un encargado de mantenimiento, una planchadora y una camarera interinos contratados ex profeso para atenderle durante la ausencia de los criados habituales.

Los primeros años fueron los mejores. Amadeo vivía su particular veraneo comportándose como un marajá. La decisión más importante del día era elegir el restaurante del almuerzo. Por las mañanas deambulaba desnudo por la casa. Raras veces pintaba. Prefería hacerlo por la tarde, aprovechando las muchas horas de sol, eso suponiendo que no estuviera ocupado con la visita de alguna señorita. Por las noches acudía al teatro o a las atracciones del Paralelo y a menudo le acompañaba su amigo Octavio, cuyas ansias de diversión emulaban las suyas.

—Si nuestros padres nos vieran ahora nos desheredarían en el acto —murmuraba Amadeo, entre risas, cuando reparaba en los excesos que estaban cometiendo.

Amadeo tenía mucha razón. Si su padre aún pudiera, le impondría uno de sus castigos ejemplares. El de don Octavio nunca intervino tanto, pero sólo porque presentía que su primogénito se enmendaría solo y antes de que fuera demasiado tarde.

Como si fueran un conjuro para detener el tiempo, escogemos estas últimas palabras de Amadeo, pronunciadas en el salón, para dar inicio al siguiente acto. Podríamos haber escogido cualquier otra velada idéntica, de las muchas que aquí tuvieron lugar entre los dos disolutos amigos del alma. Aunque otras no tendrían el simbolismo de ésta.

Podemos verles sentados en los butacones de terciopelo amarillo. La chimenea, como es natural, está apagada. La puerta del patio, abierta de par en par. Corre el año 1913, en que ambos han cumplido veinticuatro años. Corre también una brisita agradable, pero insuficiente para mitigar los calores de finales de julio en Barcelona.

—Lo mejor que puedes hacer con una mujer es moldearla a tu antojo — opina Amadeo, observando las molduras del techo mientras deja ir su discurso laxo, ligeramente entonado por el alcohol—. Tomarla en su estado natural, como a un diamante en bruto, quitarle primero todo lo que le sobra y luego darle la exacta forma de tu deseo. Es como amaestrar perritos de feria; así son de dóciles y maleables. Y mejor para ellas, porque así algo les quedará cuando las dejes por la siguiente, ¿no crees?

Los dos hombres profieren burdas risotadas, aunque ambos saben que las palabras de Amadeo no son ninguna broma. El que acaba de resumir, como quien sienta cátedra, es para él un modo de actuar corriente: acude a un espectáculo, se fija en la corista más joven o en la primera bailarina más tierna y en cuanto baja el telón la visita en su camerino. Antes de llevarlas a ninguna parte les da una buena ducha, las lleva a una elegante boutique donde las disfrazan de dama fina y luego las invita a cenar a un reservado del Café Suizo, donde ya están acostumbrados a todos sus excesos y no se inmutan ante nada. Allí, sus acompañantes beben champán francés hasta perder el control, ríen como yeguas y viven por un rato el sueño de estar entrando en otro mundo. La noche termina para ellas en alguna cama, propia o alquilada, en la que por lo general despiertan solas. Sobre la mesilla suelen encontrar una propina generosa. En la puerta suele esperarlas Felipe, listo para devolverlas al lugar al que pertenecen.

—Pero yo conozco a más de una que no se dejaría moldear en absoluto —replica Octavio—. Las mujeres modernas son muy distintas a sus

antecesoras.

Amadeo aparta la idea con un gesto resuelto.

—En ese aspecto, la modernidad se equivoca.

—Y algunas *canzonetistas* tampoco veo por qué habrían de cambiar ni un ápice. —Octavio sonrío, ebrio de la belleza inaccesible que ha contemplado esta noche.

Acaban de llegar del teatro. Han estado en el Salón Doré admirando a la Bella Olympia, a quien Octavio no conocía aún. Lógico: las obligaciones impuestas por su padre le han apartado últimamente de las diversiones nocturnas. Ahora lleva vida de comerciante catalán. Es decir, se acuesta a las diez y media. Para las mujeres no hay tiempo. Gracias a Dios, tiene un amigo que vela por su salud y sus necesidades, y que se encarga de tenerle al tanto de las sensaciones de la ciudad. Si no fuera por Amadeo ya se habría convertido en un viejo de veintipocos años. La Bella Olympia es una de esas novedades de la que todos hablan y que sin su amigo no habría conocido. Y se alegra mucho de poder darle la razón a cuantos ponderan los encantos de la hermosa cupletista y, más aún, beben los vientos por ella. Desde hoy, Octavio se cuenta entre sus admiradores más entregados.

Los dos jóvenes saborean la experiencia, descamisados, riendo con carcajada floja, mientras apuran el tercer brandy de la noche. De un momento a otro, Amadeo va a sacarse un as de la manga.

—Esa Bella Olympia tendrá la culpa de que no me case nunca —opina Octavio, dramatizando por diversión—. ¿Para qué, después de ver ese cuerpo? ¿Crees que encontraré en alguna parte otra como ella? ¿Y qué puede conformarme tras vislumbrar el paraíso?

Octavio entorna los ojos y pronuncia sus palabras con la grandilocuencia de un poeta parnasiano. Está achispado y no piensa hacer nada por evitar estarlo mucho más dentro de unas horas.

—Sabía que te gustaría —asiente su amigo—. ¿Qué darías por probarla?

Octavio suelta una risita.

—¿A quién? ¿A esa diosa? ¿Yo?

—¿Hay algún problema? ¿Te asusta la idea?

—¡Tú lo has dicho! No tengo agallas. No sirvo para batirme en duelo. Y

me he enterado de que es la mantenida de un industrial.

—No creo que ninguna mujer merezca un duelo —apostilla Amadeo, mientras Octavio menea la cabeza, dubitativo—. ¿Un industrial? ¿De dónde lo has sacado?

—Toda la ciudad lo sabe. Y también se dice que fue él quien la descubrió y la hizo triunfar.

—Debe de ser un hombre influyente —zascandilea Amadeo, divertido con el juego.

—Y afortunado —asiente Octavio, con aire de festiva derrota—. ¡Tener para ti solo una belleza agradecida! ¡Quién pudiera!

—¿Cuánto estarías dispuesto a pagar por ocupar su lugar?

—¿Vas a regalarme una noche con Olympia? ¡Qué generoso! ¿Conoces a su mentor o es que estás dispuesto a batirte en duelo por mí?

—Si quieres batirte en duelo por ella, no tengo inconveniente, pero te advierto que tengo muy buena puntería.

Octavio reacciona, pero el abotargamiento del alcohol anula su comprensión. Se frota las mejillas, frunce las cejas. Ni así logra desentrañar el misterio. Amadeo decide ayudarle destapando sus cartas.

—Yo soy el industrial del que te han hablado.

Octavio abre los ojos y la boca. Tiene una cara de pasmado que hace reír a su amigo.

—¿Tú?

Una carcajada es la única respuesta.

—¡No es verdad! ¡Me estás tomando el pelo!

Amadeo se levanta, saca unas llaves del bolsillo de su chaqueta, se las entrega a su amigo.

—Compruébalo tú mismo. Rambla de Cataluña número veintiséis, tercer piso. Es la casa de Olympia. Bueno, en realidad es mi casa, pero se la presto. El dormitorio está al fondo. Dile que yo te envío.

—¿Así, sin más? ¿Y si está durmiendo?

—Despiértala y dile que te atienda como si fueras yo.

Octavio siente que el deseo acelera los latidos de su corazón y provoca en su entrepierna una quemazón insoportable.

—¿A qué esperas? ¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote? —pregunta Amadeo.

—No, no. Claro que no. Como sea un engaño, te juro que te mato.

Amadeo sonríe, suficiente.

—Ve pensando, más bien, cómo vas a agradecermelo. Estoy convencido de que sus habilidades en la cama van a gustarte más que las que muestra en el escenario.

Octavio profiere algo así como un aullido y corre a ponerse la camisa, la chaqueta y los botines.

—¿Cómo estoy? —pregunta, peinándose con los dedos. Apesta a alcohol.

—Arrebatador.

—¡Deséame suerte!

Baja la escalera como alma que lleva el diablo. Amadeo se sirve otra copa, apaga la luz, sale al patio y se tumba en la hamaca, bajo las estrellas. Siente una euforia próxima a la del maleante que acaba de cometer una fechoría sin ser descubierto. Imagina la sorpresa de Olympia cuando sea asaltada por su amigo en mitad de la noche y el recibimiento dócil que le dispensará en cuanto oiga su nombre. Piensa en su amigo disfrutando de ella. Vaticina el reproche dolido con que Olympia le saludará a la noche siguiente. Saborea la humillación que acaso sepa ver en sus ojos. El miedo a que las cosas sean así de ahora en adelante. Siente una punzada de excitación.

Se duerme deseando que llegue la mañana, y con ella la crónica de Octavio.

Los mosquitos se ensañan con él.

De:	Violeta Lax
Fecha:	7 de abril de 2010
Para:	Drina Waiden
Asunto:	URGENTE

Drina, tienes que hacerme un favor. Necesito un teléfono de contacto de los actuales propietarios del Retrato de don Octavio Conde en su

gabinete de El Siglo. ¿Lo recuerdas? Es un cuadro de mi abuelo que forma parte de la exposición de los retratistas. En las fotos que publicó hace un mes el USA Today aparecía justo detrás del alcalde en el cóctel de inauguración (que no te conteste no significa que no mire los enlaces que me mandas). Por favor, no hagas como yo y no tardes en contestar.

Prometo que en cuanto me tranquilice un poco te escribiré para contarte qué me tiene tan ocupada. Por ahora, sólo puedo decirte que mis prioridades son muy diferentes a salir en la CNN. Inventa cualquier cosa si con eso te evitas problemas, pero líbrame de tener que presentarme ante los medios de comunicación, por favor. En este momento nada me apetece menos. Y no te enfades, anda.

Un beso,

Vio

De: Drina Waiden

Fecha: 7 de abril de 2010

Para: Violeta Lax

Asunto: RE: URGENTE

Me sorprende tu falta de memoria, Violeta. El actual propietario del retrato que dices es un señor barcelonés llamado Gabriel Portal —un pariente remoto del modelo, creo— que nos mareó con sus trabas y sus exigencias durante más de un año, hasta que casi le dejamos por imposible. Adjunto la ficha de que disponemos, donde encontrarás información útil. Por ejemplo, que vive en la zona alta de Barcelona, tiene setenta y cuatro años y es toda una eminencia.

Con respecto a la entrevista de la CNN, me temo que llegas un poco tarde. Hace casi dos semanas que tuve que aguantar un chaparrón monumental por dejarles con el culo al aire con el asunto de la entrevista. La cosa ha sido seria, con amenazas incluidas, y ha salpicado hasta lo más alto. Creo que cuando vuelvas deberás explicarle a más de uno qué te ha tenido tan ocupada como para desatender a una de las cadenas de televisión con más espectadores del mundo.

Lo siento, Violeta, pero esta vez no puedo aplaudirte. Han sido días duros. Creo que las cosas se hacen de otro modo.

Abrazos,

Drina

De: Daniel Clelland

Fecha: 8 de abril de 2010

Para: Violeta Lax

Asunto: He terminado la novela

Hola, amor mío. Notición: ¡He terminado la novela! A este anuncio sublime, con redoble de tambores, se une este otro: ¡el mundo sigue existiendo! Es raro constatarlo, después de tantos meses viviendo en otro siglo, pero es la verdad. Creo que soy capaz de reincorporarme a él sin que me resulte demasiado traumático.

En suma, Violín, el libro está entregado y mi editora ya me ha mandado sus primeros comentarios, acaso demasiado entusiastas para alguien que, como yo, aprende —y disfruta— tanto con los juicios severos de los demás. Pero lo mejor es que soy un hombre liberado de compromisos por primera vez en tres años.

Lo cual me ha hecho recordar que tengo una vida por descubrir, unos hijos estupendos y una esposa de viaje por Europa, de la que nada sé desde hace semanas.

¿Estás bien? ¿Ha pasado algo digno de ser contado? ¿Tu silencio obedece a algo más que tu respeto hacia mi trabajo? ¿Sabes que dentro de diez días es tu cumpleaños? He decidido dejar a los niños con mi madre y tomar el primer avión que salga hacia Barcelona. Me siento eufórico y con necesidad de abandonar la madriguera. Además, no me apetece que celebres los cuarenta tú sola y tan lejos de casa.

Te quiero,

D.

XXII

—¡Háblame! ¡Te he formulado una pregunta!

La voz altisonante de don Rodolfo Lax sobresalta al adolescente hosco que tiene delante. Amadeo se esfuerza por parecer íntegro. Su padre tiene los nervios descompuestos. Le viene grande el papel de administrador de justicia, no comprende cómo Amadeo le ha salido con la piel tan fina y, por si fuera poco, hay un par de asuntos importantes que le están esperando en la sala de las visitas, representados por sendos caballeros que comienzan a impacientarse.

Se supone que ésta es una conversación entre hombres. Sin embargo, uno de ellos no parece muy dispuesto a hablar de nada.

—¿Piensas contármelo de una vez? No tengo todo el día, hijo.

Amadeo sostiene la mirada de su padre y hace tiempo. Por experiencia, sabe que don Rodolfo aguanta poco en el papel de árbitro de conflictos familiares. Cansado de la pantomima, Rodolfo propina un puñetazo sobre la mesa. De resultas, un bote de Elixir Bertrán —«para accidentes nerviosos por antiguos que sean»— cae sobre la alfombra y vierte su apestoso contenido. El incidente no rebaja la tensión. En ese momento llaman a la puerta.

—¡Pase! —ordena don Rodolfo, con tono de inquisidor.

—Acaba de llegar el padre Antonio Iñesta —anuncia Eutimia, a quien ningún grito impacta desde hace mucho tiempo.

Padre e hijo intercambian una mirada cargada de significados que sólo ellos conocen. A los espectadores, si los hay, ayudará saber que el padre

Iñesta es el rector del pensionado de Sarria.

—Dígale que en seguida le atiendo —ordena don Rodolfo—. Y a los otros caballeros, lo mismo.

La gobernanta tiene muchas horas de vuelo:

—Les he visto un poco inquietos y les he servido un desayuno. Han comido como limas y ahora están de mejor humor. No se preocupe, si ve que va a tardar, les haré unos huevos fritos con patatas.

—Puede que también yo necesite un par de huevos, Eutimia. —Rodolfo habla mirando a su hijo, enfatizando las palabras, así que la gobernanta entiende que no va con ella y sale con sigilo. Antes de que cierre del todo la puerta, el señor añade—: Y puede que tengan que ser cuatro si no me dices de una vez algo que pueda contarle al padre Iñesta.

—No tengo nada que decir, padre. Imagino que él le dará su versión. Lo único que le pido es que me conceda el beneficio de la duda.

—¡Esto no es un tribunal, diablos! —vocifera Rodolfo, fuera de sus casillas—. ¡Deja de hablar así!

Amadeo deja de hablar así y de cualquier otra forma. Observa el jarabe apestoso empapando la alfombra. El silencio es pura hiel cuando Maria del Roser abre la puerta y asoma la testa asustada.

—¡El saloncito parece la cola de la carnicería, querido! ¿No piensas atender a nadie?

—Díselo a tu hijo. Va a volverme loco.

—Y tú a él sordo, por lo que he podido oír. —Entra en el gabinete, resuelta, va directa a la botella de calmante, la recoge, la deja sobre la mesa, peina con los dedos los cabellos de su marido—. Vamos, ratoncito, no te sofoques. No te sienta bien.

En un gesto premeditado, Maria del Roser acerca la pechuga a la cara de don Rodolfo. Se pregunta qué efecto tendrá sobre él el nuevo perfume para la ropa con que ha empapado toda la pechera de su traje de día. Los inventores, unos perfumistas de nombre francés, aseguran que está fabricado con flores japonesas y que es el preferido de la reina Maria Cristina.

Don Rodolfo inhala. Las flores japonesas le apaciguan un poco.

—Márchate de mi vista —le espeta a Amadeo, quien sale a toda prisa del

gabinete.

El señor de la casa mete la nariz entre los senos encorsetados de su mujer. Cierra los ojos. Deja que sus latidos recuperen el paso. Al instante se siente mucho mejor.

—Ay, Rorro, tú sí que eres un remedio para los nervios. Habría que destilarte y venderte en farmacias.

Ella ríe, halagada. Cuando intuye que Rodolfo está listo, afloja el abrazo y le mira desde una distancia. Está ojeroso, pero tiene buen color. Sus palabras, en cambio, son amargas:

—Si tú no fueras tan como hay que ser —dice—, te diría que no reconozco en Amadeo nada mío.

Maria del Roser comienza a masajear el cogote de león marino de don Rodolfo. Lo hace con una cadencia tan oriental como el perfume de su traje. Hasta que él mismo le dice:

—Debo continuar. Si hago esperar más a esos nobles señores, terminarán por declararme enemigo de la corona.

Maria del Roser no reclama explicaciones, pero él las da:

—Polavieja y Maristany vienen a hablar de la visita de Alfonso XIII a nuestras fábricas. Ya que le marean tanto mostrándole hasta la última industria del país, exigí que conociera también las nuestras. Por favor, hazles pasar. Y sé amable con el padre Iñesta. Los jesuitas están poco acostumbrados a esperar.

Maria del Roser sale a cumplir la encomienda y Rodolfo prosigue con el alterado orden de sus audiencias matutinas. Por fortuna, el asunto de la agenda monárquica se zanja pronto y aún le da tiempo a recibir a dos aspirantes en menos de quince minutos: un joven arquitecto, apellidado Raspall, deseoso de hacerle saber su entusiasmo y su laboriosidad con vistas a encargos futuros y un abogado poco hablador pero con excelentes referencias, de nombre Tomás Trescents. Le gusta más el segundo que el primero. Y, en estos momentos, le es más necesario. Por si acaso, deja su tarjeta a mano.

El padre Iñesta es un hombre grande, a quien la abundancia de pelo en todas partes —sobre todo en las cejas, la frente y las manos— confiere un

aspecto de gran primate. Lo más impresionante de su fisonomía son las orejas. Las tiene tan inmensas, rollizas y coloradas que Rodolfo piensa que si pudiera cortárselas y pedirle a la cocinera que las pusiera a hervir, harían un caldo excelente. Así, detenido frente a él con la sotana negra, el sombrero de cuatro picos y las manos escondidas en las bocamangas, recuerda al Comendador del último acto de *Don Juan Tenorio*. Sólo le falta invitarle a ir con él al infierno para completar el cuadro. En lugar de eso, deja caer sus magros cuartos traseros sobre la butaca y le habla con una voz atiplada y nada espectral:

—Espero que comprenda, señor Lax, que episodios como el que hemos vivido con su hijo Amadeo son una vergüenza para nuestra institución. Si no fuera usted quien es, nos veríamos obligados a expulsar a su hijo al instante, ¡y a perpetuidad! Sin embargo, considerando el buen nombre de su familia y la insistencia que en este caso ha puesto su otro vástago, el señor Juan Lax, hemos convenido hacer una excepción. Eso sí: el alumno deberá comprometerse en firme a seguir todos y cada uno de los preceptos que rigen nuestra casa, en especial los de disciplina y obediencia y aceptar que durante un tiempo deberá ofrecer alguna compensación, a modo de penitencia, a los compañeros agredidos. Espero que no juzgue estas medidas demasiado severas.

Don Rodolfo Lax niega con la cabeza. No porque juzgue severas las medidas —en general, cualquier correctivo le parece poco si va dirigido a Amadeo— sino porque no comprende nada de lo que está ocurriendo.

—¿Sería tan amable de explicarme cómo fue el incidente? —pregunta.

—¿No se lo ha contado el propio culpable? —inquire el sacerdote.

—Se niega a hablar desde que llegó.

El padre Iñesta tuerce la boca en un gesto ímprobo.

—Debe usted forzarle a decirlo —opina, antes de comenzar una desgana crónica del suceso—: El lunes a primera hora, durante la hora de estudio en la sala común, Amadeo agredió a dos compañeros y a su propio hermano. A uno de ellos le clavó un compás en el brazo. Con el segundo, un muchacho más bien enclenque que sufre de asma, se ensañó a puñetazos, partiéndole el labio superior y la nariz. Juan resultó mejor parado, porque

después de un primer golpe en el estómago otros estudiantes salieron en su defensa. Viéndose acorralado, Amadeo huyó por la ventana. Por fortuna, decidió caminar hasta aquí, según supimos luego. Cuando llegó el vigilante de la sala ya no se le veía por ninguna parte.

—No sabe cuánto lo siento —murmuró Rodolfo, avergonzado—. ¿Los otros muchachos se encuentran bien?

—Sí, gracias a Dios. Sólo un poco alterados. No tanto como sus padres, por cierto.

—Me lo figuro. Amadeo les enviará una nota de disculpa.

—Si me permite la sugerencia, creo que sería mejor que fuera a pedirles perdón en persona. Uno por uno. Para que aprenda.

Rodolfo medita en silencio, mesándose la barba, acerca de la pérdida de tiempo que todo este suceso va a acarrearle.

—Le prometo que lo pensaré y que Amadeo reparará su falta —dice.

—No me cabe ninguna duda.

—Y en lo que concierne al colegio, permítame ofrecerle un donativo que compense el mal trago.

Rodolfo toma el talonario de cheques, rubricado con el emblema del Banco de Barcelona, extiende uno por una cantidad exagerada, lo firma y se lo ofrece al padre rector.

—Es muy amable por su parte. La comunidad tiene siempre necesidades urgentes que atender. Menos mal que su hijo tiene en usted un modelo a seguir.

Don Rodolfo acompaña al padre Iñesta a la puerta y pone a su disposición el coche de la casa, con Julián al volante, para regresar al pensionado. El jesuita acepta. Se diría que parece más de este mundo, aunque sólo sea por el efecto de la dádiva que acaba de aceptar.

Cuando don Rodolfo regresa a su gabinete y mira el desorden de la mesa, se siente extraviado. Le cuesta apartar de su mente la regañina del jesuita para centrarse en los asuntos del día. Y más aún no mandar llamar a Amadeo y transferirle de una vez toda la rabia acumulada.

Por suerte para su hijo, los negocios le acucian. Lo siguiente es una compra de terrenos. No una cualquiera.

—Están justo al lado del templo en construcción. En las calles Valencia, Mallorca y Rosellón, exactamente donde usted me dijo —anuncia el achacoso abogado, con mano temblorosa.

Don Rodolfo observa el plano de la zona y no puede evitar proferir un ronroneo de satisfacción.

—Son caros —añade el letrado, al borde de la jubilación o del colapso.

—Si ese proyecto de ajardinar los alrededores del templo sale adelante, en pocos años cuadruplicarán su precio. Y ya sabe que a Gaudí casi nadie se atreve a toserle. Cómprelos cuanto antes.

—Me han dicho que están intentando que venga el nuncio del Vaticano a ver el curso de las obras.

—¿El curso de las obras? ¡Si no hay más que cuatro piedras! —ríe don Rodolfo—. Pero que venga, que venga, se las enseñaremos. ¡Las bendiciones vaticanas hacen subir los precios!

Las cosas salen bien, pero hoy Rodolfo no disfruta nada. Ni siquiera el escote de su Rorrita. La mala conducta de su hijo mayor le ronda como un moscardón.

Antes de la hora de comer, cuando la salita ha quedado por fin vacía, recibe a un visitante que llega sin anunciarse y pidiendo disculpas.

—Discúlpeme por presentarme así, sin más, pero es mi hijo quien me envía y tiene un gran interés —dice don Eduardo Conde, de pie frente a los ventanales, con bastón de plata y bombín, sonriendo por debajo del arreglado bigote.

Viene a participar en el simulacro de vista que el caso de Amadeo ha generado. Aunque su postura es sorprendente. Si esto fuera un juicio real, sería un testigo de la defensa.

—No deseo hacerle perder tiempo, sino cumplir el encargo de Octavio, quien está desde el domingo indignado por lo que considera una injusticia de los compañeros y una arbitrariedad de los padres jesuitas. Debo reconocer que jamás habría creído que mi hijo fuera tan amigo de las causas justas y que no me desagrada esta defensa de su mejor amigo. Eso le ennoblece a mis ojos, y creo que debería usted considerar sus palabras. Según lo que cuenta mi hijo, lo de Amadeo no fue una agresión sino una legítima defensa. La

noche anterior al día de visita familiar, sus compañeros cometieron contra él una fechoría imperdonable, valiéndose de su trabajo y su talento en beneficio propio. Robándole, en suma, el fruto de su esfuerzo de meses. Amadeo no dijo nada de ello, siempre según mi hijo, porque habría sido ridículo hacerlo delante de todos. Además, no podía demostrar nada y lo más probable era que los demás negaran sus palabras y le dejaran más aún en ridículo. Esa es la razón por la que se tomó la justicia por su mano y en lugar de una denuncia pública optó por un privado ajuste de cuentas. La pasión de la edad podría justificarlo, pienso.

El día de Rodolfo no mejora con estas palabras del honorable conocido, a quien tiene en gran consideración, como el hombre serio y honesto que es.

—¿Robándole, ha dicho? ¿A qué se refiere?

—Según mi hijo, Amadeo pinta a diario desde su llegada al centro. Y muy bien, por cierto. A veces también escribe. A escondidas, claro, porque los padres jesuitas no toleran ninguna distracción de esa clase, menos aún, fuera de las aulas. Su hijo guarda, parece, sus composiciones y sus dibujos bajo el colchón de su camastro. No parece que haya mucha intimidad en esas celdillas donde duermen: los otros descubrieron el escondrijo y se los quitaron.

—¿Quiénes?

—Octavio no ha querido darme sus nombres.

—Entiendo. ¿Y sabe usted si mi otro hijo estaba compinchado con ellos?

—No me ha dicho nada al respecto.

—¿Y qué ocurrió con esos dibujos?

—Todos resultaron premiados en el concurso del pasado fin de semana. Los ganadores recogieron ufanos su trofeo, ¿recuerda? Deberían haber sido todos para Amadeo, al parecer, porque todas eran obras suyas.

Rodolfo trata de recordar los dibujos que adornaban los pasillos del pensionado el pasado domingo. Eran magníficos. Incluso alguien con escaso ojo para el arte es capaz de darse cuenta.

—¿Y recuerda la brillante composición poética sobre la vocación que leyó Juan? —prosigue Eduardo.

Claro que la recuerda. Se había sentido muy orgulloso de que su hijo

menor hubiera sido elegido para recitar una obra de su autoría ante todo el colegio. Juan ya les tenía acostumbrados a esas muestras de brillantez, pero aquella vez le pareció que se había superado. También recuerda que Amadeo estuvo taciturno durante toda la actuación y que no dijo nada cuando su madre, aún exultante ante aquella mixtura de ideas elevadas con rimas consonantes, le amonestó cariñosamente:

—A ver si aprendes de tu hermano, cariño, y nos sorprendes un día con unos versos igual de hermosos. Yo sé que tú también eres muy capaz.

Rodolfo abre los ojos.

—Octavio me ha contado que esa composición por la que tanto aplaudimos a Juan era obra de Amadeo. Él mismo le vio escribirla, noche tras noche, en la soledad de su celda —añade Eduardo Conde, con un par de arrugas grises dibujadas en la frente marmórea.

Rodolfo maldice la hora en que asistió a la fiesta dominical del colegio. Si fuera por él, nunca iría a esas horrendas exhibiciones de orgullo familiar mezcladas con falsa hospitalidad religiosa. Como si no bastara con soportar el martirio semanal, cuanto más trata de ahondar en el embrollo, menos clara tiene la postura de cada cual, incluida la suya propia.

En el desfile de los testigos, falta uno muy importante: Juan. Sin embargo, para que la entrevista tenga lugar habrá que esperar a las vacaciones de verano. Las normas del pensionado son estrictas en lo que se refiere al tráfico de alumnos durante el periodo escolar y en este caso le benefician, proporcionándole una suerte de impunidad. No le parece a Rodolfo que esta cuestión deba tratarse por teléfono. A la próxima fiesta dominical del colegio, a la que no piensa asistir, enviará a Maria del Roser con el encargo de preguntar por lo ocurrido, pero ya adivina que no obtendrá ningún resultado.

Cuando por fin el testigo se sienta en el sillón de las visitas —que le viene grande—, lo ocurrido está demasiado lejos y ya no importa a casi nadie.

—Yo no hice nada —son las palabras de Juan.

—El poema que leíste en la fiesta... ¿Era tuyo?

—Sí... —musita, con un hilo de voz.

—Mírame, Juan. Lo que te pregunto es importante. ¿Me das tu palabra de honor? —pregunta el padre, jactancioso, enfrentando la mirada a la de su hijo, demasiado pequeño para cumplir todas las reglas de un interrogatorio tan formal.

Un nuevo susurro:

—Sí...

—¿Y me prometes que no participaste en ninguna rebelión contra tu hermano?

—No... Sí... Yo no... Bueno... ¿Cómo era la pregunta?

—¿Participaste o no, diablos?

—No.

La respuesta es sospechosa de puro lacónica.

Cuando Rodolfo deja a Juan por imposible y le da permiso para abandonar el gabinete, Conchita debe emplearse a fondo para tranquilizar al testigo, que tiembla durante un buen rato por culpa de la severidad del juez y del efecto de sus propias mentiras. Entre hipidos, Conchita consigue entender algunas palabras entrecortadas que la desconciertan:

—Si les descubro, me pegarán. Me lo han dicho.

Conchita le abraza. Se atreve a sugerir:

—¿Por qué no le pides perdón a tu hermano y lo arregláis de hombre a hombre, entre vosotros?

Pero Juan cierra los ojos y finge no escuchar.

Durante las vacaciones veraniegas, los dos hermanos no se miran a la cara y se evitan todo el tiempo. Juan teme encontrarse a solas con Amadeo. Teme su mirada de cristal, su silencio cargado de reproches. Pasa los días en una vigilancia asustada, que Conchita trata de atajar cuando le pregunta:

—Vamos, Juan. Pídele perdón a tu hermano. Nadie, además de nosotros, lo sabrá.

Juan niega con la cabeza, pensando en la reacción de su padre si llega a saber que le ha mentado.

—Yo no hice nada.

El papel de mediadora de Conchita, aunque esforzado, no lleva a ninguna parte.

—¿Puedes imaginar lo mal que lo pasó tu hermano pidiendo perdón a los padres de sus compañeros? Don Rodolfo le obligó a hacerlo, uno por uno, ¡y en sus propias casas! ¿A ti eso te parece justo?

—No se debe pegar —respondía Juan— y él les pegó.

Como último recurso, la niñera intenta hablar con la señora.

—Se equivocaron los dos. No es justo que sólo uno pague los platos rotos.

Maria del Roser no puede hacer nada. Rodolfo está harto del tema y no quiere reabrir el caso. Trata de ser justa cuando dice:

—Amadeo nunca se ha adaptado a ninguna parte. No soporta a nadie.

Antes de que comiencen de nuevo las clases, los señores Lax resuelven de común acuerdo proporcionarle al mayor de sus hijos un instructor personal que se encargue de su educación. Vendrá todos los días y le someterá a un riguroso programa de aprendizaje.

La solución satisface a todos. Juan regresa al pensionado en calidad de héroe de una extraña batalla. Amadeo se recluye en sí mismo más que nunca. Entre los hermanos, las palabras que no se han dicho abren un abismo insalvable. Doña Maria del Roser deja descansar su conciencia. Don Rodolfo olvida el asunto por completo. Caso sobreseído.

La mañana en que Juan regresa al pensionado de los padres jesuitas, Amadeo le cierra el paso en lo alto de la escalera y espeta:

—Nunca te perdonaré. Ni que pasen mil años.

Barcelona, 12 de febrero de 1930

Estimada señora:

Mi primer deseo al comenzar esta carta es felicitarla por su matrimonio, del que tuve noticia por las crónicas de sociedad. Tengo entendido que fue uno de los más brillantes que se han visto en la ciudad en los últimos años, y en el coro de la catedral, qué maravilla. Claro que, vista la belleza de la novia, no podía ser menos.

Le ruego me disculpe el atrevimiento de dirigirme a usted, Teresa.

Me temo que esta carta no es portadora de buenas noticias. Tal vez no me odie demasiado si en mi descargo le digo que me estoy muriendo y que estas palabras son el único modo que tengo de liberar mi alma de la congoja terrible que desde hace años me acompaña. Esta molestia llegará a sus manos cuando yo ya no me halle en este mundo. Saberlo me proporciona en estas horas finales la calma que no he tenido desde hace mucho tiempo. Le pido perdón con humildad y —aunque le parezca raro— cariño.

Voy a hablarle como a una hermana, Teresa, pues eso es lo que siento que somos. Al fin y al cabo, hemos compartido algo mucho más íntimo que lo que une a dos mujeres nacidas bajo el mismo techo: el amor hacia un mismo hombre. No se alarme. Sé bien que usted y yo, tanto en esta como en otras cuestiones, no podemos medirnos por el mismo rasero. Para él, yo sólo fui un lujo más de una época de despilfarro y juventud. Cuando le conocí, usted era aún una niña. De la última vez que le vi hace más de nueve años. Nuestros caminos no se cruzaron nunca. No represento ninguna amenaza para usted. Ni para nadie.

Con poco más de veinte años, Amadeo era un patrón deslumbrante.

Tenía esa prestancia de los hombres irreductibles. Yo era una tonta de dieciséis, bonita y ambiciosa, sobre quien de pronto cayó la desgracia de verse pretendida al mismo tiempo por los dos hijos del amo. Usted, que es mujer como yo, y que tal vez se ha visto en situaciones parecidas, sabrá el peligro que entraña esta abundancia. Cometí el error de crearme más que los demás. La vida de obrera de una fábrica de hilados y tejidos —la que mis padres habían llevado siempre— me pareció muy poco de la noche a la mañana. Juan me hablaba de amor, de sentimientos, de futuro, pero Amadeo me habló de fama, fortuna y riqueza. Decidí no renunciar a mis ambiciones, no malgastar mi juventud viendo crecer las bobinas de tejido de algodón, no someterme a nadie, no elegir el camino más convencional.

Fue esa desfachatez mía de entonces lo que hizo que Juan se fijara en mí. Él era distinto, humilde, encantador. No parecía quien era, sino más bien un obrero más, sólo que más listo y más preparado. Sentía por nosotros un verdadero interés, creía que la revolución de los obreros debía realizarse y que era obligación de los patronos comprenderla y propiciarla para terminar de una vez con una vida de privaciones y miseria. Juan paseaba su juventud por las fábricas —tenía dieciocho años—, hacía preguntas a los obreros, tanto a los veteranos como a los más jóvenes, apuntaba las respuestas en un cuaderno repleto de cifras, gráficos y letra menuda. Escuchaba a todos, les dedicaba tiempo y atención.

También fue un avanzado a su tiempo, un clarividente. La primera vez que le vi husmeando por la fábrica me fijé en cómo me miraba. Un par de semanas después me declaró su amor sin condiciones. Yo me mostré fría con él, con esa superioridad de quien es objeto de un amor rendido. Juan fue el primer hombre que me confesó sus sentimientos. El primero que se volvió loco por mí. Y de qué manera. Llegó a conquistarme con su insistencia, con sus palabras elegantes, con sus modos de revolucionario con estudios. Nuestro romance fue inocente y breve, típico de dos jóvenes en igualdad de condiciones que aún no saben nada de nada, ni siquiera de sí mismos. Cuando me dijo que era hijo de don Rodolfo Lax, me reí de él. No le creí. ¡Era tan distinto a los señoritos que había conocido! Y entonces apareció Amadeo.

Nunca vi hombre más distinguido que Amadeo ni tampoco más orgulloso de serlo. Sólo nos hizo una visita, pero su actitud dejó una huella profunda en nosotros. No tenía nada que ver con el señorío campechano de su padre y tampoco con la candidez proletaria de su hermano. El se consideraba el amo, y como tal actuaba. No había un resquicio de duda acerca de lo que pensaba de los trabajadores. Estaba muy por encima de nuestra existencia miserable.

Por aquel entonces yo me pasaba el día canturreando. Mis canciones, la mayoría picaras, gozaban de cierta popularidad entre

mis compañeros. Más de uno me había dicho: «Es una pena que malgastes tu talento en estas naves húmedas. Merecerías estar en un escenario.»

Por las noches soñaba con triunfar en los teatros, como lo habían hecho Pilar Alonso, La Fornarina, Raquel Meller o tantas otras, y en viajar con muchos baúles por muchos países y ser aclamada por muchos hombres. No sé adónde me habría llevado la vida si Amadeo no se hubiera cruzado en mi camino. Tal vez me habría casado con Juan y juntos habríamos tenido hijos. Nada me hubiera hecho más feliz que ser madre de muchos chiquillos. Tal vez habría podido abrir una mercería, o un taller de costura; siempre se me dio bien coser. Habríamos llevado una vida decente y sin sobresaltos. Y ahora no estaría aquí, escribiéndole, al borde de la muerte.

Pero Amadeo tenía otros planes para mí, sin que yo haya conseguido saber por qué. ¿Se encaprichó por las buenas de aquella obrera díscola que cantaba obscenidades en su fábrica? ¿De pronto sintió ganas de jugar conmigo, como el gato que persigue al ratón por divertirse? ¿O en su interés tuvieron algo que ver los sentimientos sinceros de su hermano menor? Por desgracia, nunca lo sabré.

Un día me envió a su apoderado, un tal señor Trescents de aire ratonil, que parecía un topo a escala humana. Utilizando un vocabulario muy enrevesado, el hombre me anunció que un empresario teatral estaba dispuesto a hacerme una prueba para su nuevo espectáculo, y que debía darle gracias al amo por la oportunidad, ya que era él quien le había hablado de mí al amigo influyente.

La prueba fue en el Doré, tres días más tarde y a media mañana. El coche del patrón me recogió en la fábrica y me llevó hasta el teatro. Todos en los Hilados y Tejidos me desearon suerte. Mis padres me abrazaron, emocionados, con los ojos llenos de lágrimas. «Lo harás muy bien», me dijeron.

Me había pasado la noche haciendo gárgaras con clara de huevo. Por la mañana afiné la voz como sabía que lo hacían las grandes

intérpretes. En el auto de los Lax me sentí más insignificante y sucia que nunca. La audición fue una pantomima absurda. En la platea se sentaban Amadeo Lax y un señor grueso y viejo cuyo nombre no recuerdo. Me pidieron que les enseñara las piernas. Lo hice, con una turbación que mis sueños de grandeza trataron de silenciar.

—Ahora los pechos —dijo el viejo gordo, al verme tan dispuesta.

Me costó mucho abrirme la blusa y hacer lo que mandaban. Me convencieron diciendo que una artista se debe a sus aptitudes pero, sobre todo, ha de resultar agradable a la vista, y ellos no conocían otro modo mejor de asegurar este segundo aspecto que comprobarlo en persona y con la mayor de las profilaxis. Creo que esa fue la palabra que utilizaron: profilaxis. Viciosos aprovechados.

Les enseñé los pechos, claro. Y no continué desnudándome porque se apiadaron de mí y me dejaron abrocharme de nuevo.

—¿No quieren que les cante un cuplé? —pregunté, idiota de mí.

—Si tienes el capricho... —dijo el viejo.

Canté Batallón de modistillas, la canción que más gustaba en la fábrica. Cada vez que la escuchaban, se volvían todos locos. Es así:

*Los pollos elegantes
piensan, no es guasa,
seguirnos a las chicas
a retaguardia.
Mas yo pienso decirles,
con gran valor,
que delante estarían
mucho mejor.*

Me contrataron sin esperar a que terminara la canción.

—Debutarás en la función de esta noche —me dijo el viejo—. Y cobrarás siete pesetas diarias. ¿Te parece bien?

¿Cómo iba a parecerme? ¡Sólo tenía dieciséis años! En la fábrica cobraba diez pesetas a la semana. ¿Qué muchacha de mi condición no habría aceptado sin pensarlo?

Luego Amadeo me invitó a almorzar al Café Suizo. Dijo que para celebrarlo. Antes me llevó a una modista de la calle Consejo de Ciento, de donde salí transformada en una sofisticada muñeca de seda natural. Fuimos a comer. Yo me sentía como en un sueño.

—Tendrás que vivir en algún lugar más cerca del teatro —me dijo, mientras llenaba de champán mi copa una y otra vez— y, por supuesto, dejar de ver a todos tus novios anteriores. Ahora te debes a tu público.

—¿Novios?-respondí, risueña, traicionando a Juan de palabra y obra—. ¡Si no he tenido nunca ninguno!

Mi respuesta le satisfizo tanto que me besó. Fue un beso como una embestida.

—Necesitas un nombre artístico —dijo—, Montserrat Espelleta no es lo bastante llamativo. Mejor algo más universal. ¿Tienes alguno pensado?

No había pensado nada, pero él lo hizo por mí.

—Ya lo tengo —espetó—. Serás Olympia. ¿Conoces el cuadro de Manet?

Negué con la cabeza.

—Te viene como anillo al dedo. ¿Te gusta?

Me sonaba raro.

—La Bella Olympia —recitó—. Aja. Esa serás, de ahora en adelante. ¡Mi creación!

Amadeo alquiló una habitación para mí en el Cuatro Naciones. Me dejó allí para que descansara y pasó a recogerme por la tarde, para llevarme al teatro. Entre bambalinas, me besó en la frente y me deseó suerte. Me aplaudió desde la primera fila. Mi debut fue un éxito y muy pronto toda la ciudad conoció mi nombre. Me subieron el sueldo a las pocas semanas. Amadeo siempre estuvo allí. Tenía su propio asiento en el Doré y raras veces faltaba a la función. Luego,

me invitaba a cenar. Parecía honesto y sus maneras eran las de un caballero. Como cabía esperar, caí rendida a sus pies. No tuvo necesidad de exigirme nada. Yo misma le abrí las puertas de mi dormitorio. Le adoré como nunca pensé que podía hacerse.

La vida de una artista no era fácil en aquellos años. Barcelona bullía de animación, el dinero corría como el agua y por todas partes abundaban los hombres en busca de diversión. La mayor parte de mi repertorio comprendía canciones picaras, de ésas que en otro tiempo se habían llamado «teatro íntimo» y que en los últimos años habían pasado un poco de moda. Yo fui una tardía recuperadora de esa deliciosa tradición. Aunque cantar cuplés con intención en aquellos años locos entrañaba su peligro: muchos espectadores te tomaban por lo que no tenías ganas de ser. Se agradecía tener un hombre cerca, dispuesto a defenderte y velar por ti. Con mi inexperiencia, sin él no habría durado ni un mes en aquella jungla.

Al principio, Amadeo desempeñó su papel con gusto. Compró para mí un piso precioso de la Rambla de Catalunya, donde me visitaba con frecuencia. A veces no regresaba a su casa en varios días. Cuando estábamos juntos, vivíamos en una efervescencia de felicidad y lujo. Incluso me retrató, cubierta sólo por un mantón de Manila, tal y como salía al escenario para cantar Los cuernos de don Paquito. Y se retrató él mismo en la primera fila, admirándome — admirando su obra—, fiel a la verdad de esos días. Esta dulce situación se prolongó durante un año, el único de auténtica felicidad de toda mi vida. Doce meses: lo que tardó él en cansarse de mí. Habría podido preverlo, de tener más experiencia. Antes o después, los hombres se cansan de sus juguetes y los sustituyen. O peor: los comparten.

El primero fue un amigo suyo todo timidez que siempre me trató con consideración. Yo no podía soportar entregarme a otros, pero no me sirvió de nada protestar, ni llorar, ni rogarle que no me obligara a humillarme de esa forma. El disfrutaba presumiendo de mí de ese modo tan mezquino. Al principio me enviaba a sus conocidos más

íntimos o a antiguos compañeros de estudios. Luego amplió el círculo a otro tipo de compromisos. Clientes, banqueros... incluso me envió al viejo empresario del teatro. Llegó con ínfulas de propietario. Fui tan desagradable con él que al día siguiente rescindió mi contrato. Amadeo me increpó por ello con dureza, me recordó que no tenía derecho a desairar a ninguno de sus amigos, me amenazó con dejarme. Luego, le sacó partido a la situación: hizo que me contrataran en el Arnau por veinte pesetas al día. Nunca me pidió ni un céntimo del sueldo, pero un día me enteré de que a algunos de mis visitantes les cobraba antes de entregarles las llaves de mi casa. Y a precio de oro, claro. Pasar una noche con la Bella Olympia era un capricho caro, pero en aquellos años de abundancia, para mi desgracia, más de un imbécil podía permitírselo.

Yo apenas tenía veinte años y mucho más dinero del que sabía gastar, pero para mí la vida ya rodaba cuesta abajo. Llevaba una vida de excesos, frecuentaba los mejores restaurantes, gozaba de mucha popularidad, vivía en uno de los mejores lugares de Barcelona, me codiciaban todos los hombres interesantes. En la trastienda de esa vida de esplendor, sin embargo, existía otra realidad: la del consumo exagerado de alcohol y cocaína, la de una humillación tan constante que incluso había dejado de dolerme. No recuerdo cuándo fue la última vez que Amadeo se metió en mi cama. Habló de la neutralidad de España en la guerra. Los industriales catalanes rezaban porque la contienda no terminara nunca, es todo lo que recuerdo. En aquel último encuentro conocí a un Amadeo distinto. Fue rudo conmigo, desagradable. Me hizo daño desde el primer abrazo. Apestaba a alcohol. Con el último estertor del placer, los insultos procaces de otras veces se mezclaron con las lágrimas. Agarrado a mi cuerpo, lloró con la desesperación de un niño pero con la fuerza de un hombre, mientras repetía una y otra vez:

—Perdóname, perdóname, perdóname...

Recuerdo haber sentido miedo al mirarle a los ojos. Ni siquiera hoy sé qué vi en ellos, pero era algo terrible: un desasosiego

imposible, de apaciguar.

Puede parecer raro, pero aquella noche intuí su hastío, su falta de interés hacia mí. Y también algo más profundo: su debilidad. Fue la única vez en que atisbé la verdadera fisonomía de quien fue mi protector y mi desgracia. No era el hombre seguro que yo admiré, sino un ser débil que hacía de la impostura su única defensa. Un enfermo de sí mismo.

Cuando, meses más tarde, recibí la visita de su apoderado, en un primer momento le confundí con otra de mis visitas. Me llamó la atención su azoramiento. Sus ojos se movían por mi indumentaria —y lo que escondía— sin saber dónde posarse. Le temblaba la voz. Hasta un rato después no reconocí al hombre-topo. Como la otra vez, sus ojillos miopes y su traje gris aparecían para anunciar un gran cataclismo en mi vida. En esta ocasión venía a echarme de mi casa. El pobre hombre lo pasó fatal hasta que consiguió darme la noticia. No opuse resistencia, ni discutí. Me dio una semana de tiempo. No tuve dificultad para sacarle quince días.

Alquilé un apartamento en la calle Ganduxer. Me permití el lujo de comportarme durante un tiempo como si los hombres no existieran. No logré dejar el alcohol ni la cocaína, pero sí moderar su consumo y comprar la mejor calidad. Me fue bien durante un tiempo. No era tonta, ganaba un buen dinero y era de sobra conocida por todos los empresarios teatrales de Barcelona. Los años de bonanza aún continuaban y mi repertorio seguía gustando. Llegué a creer que podía valerme sola. Pero un día, sin previo aviso, todo se volvió en mi contra. Supongo que lo tenía merecido. Quien llega a la cima tan rápido, merece caer con la misma celeridad.

No sé qué ocurrió. La llegada del cine, el fin de las variedades, el cambio en los gustos, la crisis económica, la modernidad que la Exposición Universal trajo consigo, qué sé yo. El caso es que los teatros comenzaron a echar el cierre o se adaptaron al nuevo gusto del cinematógrafo. Al principio convivimos con el nuevo invento, pero la pantalla terminó por barrernos a todos. Sólo quienes supieron

subirse al tren de la novedad lograron capear el temporal. Cuando el trabajo escaseó, tuve que volver a venderme. Ya no hubo más esperanzas, ni más triunfos. El dinero se disolvió deprisa. Un mal día descubrí que tenía la entrepierna cubierta de chancros. Había contraído la sífilis.

Han pasado algunos años desde aquel día y mi vida se ha reducido a la miseria. De mis padres, nada sé desde hace mucho tiempo. Prefiero que no sepan qué ha sido de mí. No me quedan amigos: los que aparecieron atraídos por el lujo se esfumaron con él. Por supuesto, de Amadeo no supe nunca más, ni quise volver a saber. Encomendé mi cuerpo y mi alma a las hermanas Arrepentidas, y gracias a ellas he logrado llegar hasta aquí con alguna dignidad. La misma carta que usted tiene entre las manos la dicto desde la cama a sor Elisa, quien llegado el momento se encargará también de hacérsela llegar.

Sin embargo, ha habido una presencia luminosa en este desenlace, y de ello quiero darle cuenta antes de callar para siempre. Fue hace sólo unas semanas. Sor Elisa me preguntó si había alguien con quien tuviera necesidad de reconciliarme antes de presentarme ante Dios. Entonces me atreví a pronunciar, tantos años después, el nombre de Juan Lax. Al hacerlo, sentí que lo mejor de mi vida desfilaba ante mis ojos. Recordé que Amadeo, en medio de la locura de mis años de éxito, me contó que su hermano había ingresado en el seminario de los jesuitas. De su ordenación también llegué a saber, gracias al lacónico modo que tenía el apoderado de la familia de responder a mis preguntas.

—El padre Juan —pronunciaron mis labios, sin saber de qué rincón de la memoria había surgido aquel nombre.

De más lejos aún llegó él para sentarse en el borde de mi lecho, convertido en un sereno hombre de Dios. Me agarró las manos, me besó la frente, me dio un consuelo infinito. Rezó por mí y me ayudó a hacerlo. Dijo que volvería para darme la extremaunción. Su rostro sereno es el mejor recuerdo que puedo llevarme de este mundo.

Antes de que se marchara le pedí perdón por haberle hecho daño. Dijo que no era a mía quien tenía que perdonar, puesto que yo no había cometido más falta que la ingenuidad y la juventud. Le pregunté a quién, pues, iba a entregarle su perdón. «Nunca podré entregarle mi perdón a quien jugó con nuestras vidas de esta forma», respondió, en un susurro firme. Iba a preguntarle de quién hablaba cuando añadió: «Este rencor habrá de arrastrarme al infierno, pero allí le esperaré el tiempo que sea necesario.» Luego se calmó, y a sus ojos volvió el sosiego de antes.

Desde que salió de mi celda aguardo la última hora y medito lo ocurrido. No me parece de justicia llevarme a la tumba todo lo que sé. Aunque mis palabras echen sobre usted tantas verdades terribles, me inspira el deseo de que saque algún partido de mi desdicha. No sea, como yo, víctima de su propia inocencia. Y confíe en su cuñado Juan si lo necesita. Estoy segura de que estaría con usted de todo corazón si fuera necesario.

Suya, afectuosa

MONTSERRAT ESPELLETA



Autorretrato, 1963

Oleo sobre lienzo, 90 x 70

MNAC. Colección Amadeo Lax

Amadeo Lax pintó a lo largo de su vida doce autorretratos, siendo éste el último y, sin duda, el más personal. Llaman la atención los diferentes grados de acabado, desde el abocetamiento de la parte inferior —apenas unos brochazos negros paralelos— a la ejecución más cuidada de la cabeza. El contraste entre la oscuridad y la luz —que sólo ilumina la cara y las manos—

se ha visto como una anticipación del autorretrato —fotográfico— de Maplethorpe, al que podría haber servido de inspiración. Las diferencias entre ambas obras son, sin embargo, notables. El autorretrato de Lax muestra una cara y unas manos crispadas y casi monstruosas. El cuadro evidencia cómo la obra de Lax se fue haciendo más espontánea a lo largo de los años, hasta llegar a la libertad de sus trabajos finales, de los que este lienzo es buen ejemplo. De haber seguido esta línea de trabajo, las siguientes obras del pintor se habrían alejado —y mucho— de su producción anterior.

Lax pintó esta despiadada visión de sí mismo —casi una caricatura cruel— en los tiempos en que vivía solo y apartado del mundo en su mansión barcelonesa. Desde luego, no quiso complacer a ningún cliente ni seguir los dictados de moda alguna, de las que vivía al margen por completo. El realismo dejó, pues, paso a una sinceridad desgarrada. Algunos críticos lo han considerado «la mirada más dura que un creador ha lanzado jamás sobre sí mismo».

*De Amadeo Lax en el MNAC.
Ediciones Oreneta, Barcelona, 2004*

XXIII

Para no variar, la bonita mañana de mayo en que la señora Teresa Brusés comenzó los trabajos de parto, el señor Lax no estaba en casa.

El primer síntoma, que su falta de experiencia no le permitió reconocer, fue una punzada como de acero en los riñones. Se lo dijo a Antonia, pero ésta, todavía virgen, no supo ayudarla. Hasta que el asunto llegó a oídos de Conchita nadie se apuró ni modificó un ápice sus rutinas diarias. Pero a la curtida niñera le bastó verle la cara a su joven señora para saber que la cosa iba en serio y ponerlos a todos en movimiento. Se avisó a la comadrona, se prepararon toallas, se calentó agua y se llenaron con ella grandes baldes que al rato estaban fríos, se cambiaron las sábanas del dormitorio principal —el que fuera de Maria del Roser, donde Teresa se había empeñado en parir—, se puso mucho énfasis en plancharlo todo, como si en lugar de un parto fuera a haber en la casa una recepción, y en disponer con cuidado todos los instrumentos de la canastilla del recién nacido, para tenerlos bien a mano cuando llegara la hora.

Teresa caminaba, nerviosa, por el pasillo, inquietando a todo el que la veía. Decía que no podía sentarse, que prefería andar. Con los pies descalzos, eso sí, porque los tenía tan hinchados que no podía ponerse ni las chinelas. No hizo caso a Antonia cuando le recomendó que se sentara en el butacón, junto a la ventana. Tampoco a Conchita, a quien le daba apuro verla deambular, tan hinchada, entre el crujido de las maderas del pasillo. De vez en cuando se detenía, con una mano apoyada en la pared y con la otra en el

vientre, y cerraba los ojos con mucha fuerza mientras emitía un jadeo sordo. En las dos horas que duró este paseo, no preguntó por el señor ni una sola vez.

Pocos podían allí sospechar que a quien más echaba de menos Teresa en aquellas horas era a su suegra. Maria del Roser Golorons había sido una madre para ella en los años que había tenido la suerte de vivir bajo su mismo techo. Siempre dulce, inteligente, cabal, paciente y generosa, su breve paso por su existencia había dejado una huella que nada podría borrar. Muchas de las palabras que le había dicho, en relación con los asuntos más importantes pero también más intrascendentes de la existencia, quedarían a su lado para siempre. Gracias a ella nunca se había sentido una extraña en casa de su marido. Maria del Roser había sido paciente con su ignorancia y la había instruido en todo, desde cómo tratar al servicio hasta por dónde se cargaba la estufa del salón. También le había dado consejos muy útiles sobre cómo tomarse las reacciones de Amadeo, que al principio la descorazonaban mucho. Gracias a ella aprendió que su marido era un ser taciturno, que de vez en cuando necesitaba recluirse en su estudio de la buhardilla y otras veces precisaba huir de una vida que a veces le pesaba como una carga. No debía extrañarse, todas esas cosas las había hecho siempre. Maria del Roser le justificaba: Amadeo amaba en silencio, como los grandes hombres, y al igual que ellos apenas mostraba sus emociones. Tendría suerte si a lo largo de su vida conseguía arrancarle alguna debilidad a la sequedad de su carácter. Para Teresa fue una gran ayuda y un gran alivio escuchar estas palabras de boca de quien mejor conocía a su marido.

Aunque cuando se quedaba a solas con él, los miedos reaparecían. Ya durante la luna de miel temió muchas veces haberle decepcionado. Le veía tan serio, tan inexpresivo, siempre tan comedido en sus gestos y tan educado en sus palabras, que llegó a creerse incapaz de despertar en él ni la pasión más pequeña. Durante aquellos meses de viaje europeo y asiático, llenos de emociones y de descubrimientos, Teresa se demoraba a propósito en el cuarto de baño de aquellas suites de los más lujosos hoteles, sólo para esperar a que su marido se durmiera. Luego se tumbaba a su lado, con el corazón desbocado, y lo contemplaba en silencio, deleitándose como ante la imagen

de un dios clásico. A veces, él se removía en sueños y su mano se posaba sobre el muslo, la cadera o el pubis de su joven esposa. Teresa se sobresaltaba, contemplando la extremidad ajena con ojos desorbitados, imaginaba mil cosas que podría hacer, si se atreviera, pero nunca lograba llevar a cabo ninguna. Sólo quererle con locura. Quererle y sentirse fatal por el sacrificio al que le estaba obligando. Sin embargo, sólo ella se hacía estos reproches, porque de la boca de Amadeo nunca salió ninguno. Durante todo el viaje no demostró ningún enojo. Todo lo contrario: fue educado como un pretendiente sin posibilidades, le consintió todos los caprichos y le compró un montón de regalos. Cuando llegaron a Roma, Teresa vivía en una pura desazón. «¿Será que no le gusto?», se preguntaba, sin dejar de reprocharse una y otra vez su falta de coraje, su incapacidad para actuar y, en suma, su terror hacia aquel encuentro íntimo aún no consumado.

Fue al amanecer del primer día romano, mientras Amadeo hacía planes para llevarla a conocer la Capilla Sixtina, cuando de pronto sintió necesidad de formular una pregunta que la atormentaba desde la víspera:

—¿Es cierto que un matrimonio que no se consuma puede ser anulado?

Amadeo mordisqueaba una tostada y entornó los ojos, distraído.

—Eso creo, sí —repuso.

Teresa pasó el día atormentada. Entonces, ¿su marido podía repudiarla por incumplidora! Que no lo hubiera hecho ya demostraba que era mucho mejor persona que ella, se decía. Y se veía a sí misma como una mema y una aprovechada, que se dejaba trasladar de ciudad en ciudad y agasajar con todo tipo de caprichos sin ofrecer a cambio su parte del trato.

Amadeo se quedó de piedra cuando, ese mismo día, fue a comprarle un hermoso pañuelo de seda natural a su bonita mujer y ella, rotunda, contestó:

—¡No quiero nada! ¡No me lo merezco!

Aquella noche, Teresa hizo un esfuerzo. Se tumbó en la cama no bien llegó al hotel y cerró los ojos. Al verla, Amadeo pensó que estaba indispuesta. Le preguntó qué le ocurría.

—Has tenido mucha paciencia conmigo y te lo agradezco mucho, pero debes tomar lo que es tuyo. ¡Consúmame!

A Amadeo, claro, le dio la risa. La actitud de Teresa, tan teatral,

recordaba al sacrificio de los mártires. Ella se sintió muy avergonzada. Cuando Amadeo se tumbó a su lado, con un periódico entre las manos y el batín de seda sobre el pijama, sólo le dijo.

—Así no. No quiero hacer el amor con una heroína clásica.

Y la besó en la frente. Poco después, Teresa soñó que moría virgen. Se alarmó tanto que nada más despertar se hizo el propósito de evitarlo.

¡Cuánto le había querido, y desde mucho antes de volver a verle! Amadeo estuvo presente en todas sus fantasías de niña con prisa por dejar de serlo. Su porte de caballero, su sonrisa enigmática y su tristeza. Teresa las adoraba como sólo se adora aquello que jamás podrá pertenecerte. Al llegar a la adolescencia, esa edad absurda e insegura en que no te sientes a gusto en ninguna parte y nadie se siente a gusto contigo, su amor se tornó más trágico y más vergonzante. Apenas se atrevía Teresa a imaginar lo que deseaba desde el fondo de su ser. En sus ensoñaciones, su pintor adquiría el aspecto de una escultura clásica. Uno de esos desnudos pecaminosos que las monjas no le dejaban ver, y que sin embargo ella sabía que eran obra de los grandes artistas de otro tiempo. Se imaginaba a un Amadeo de piel marmórea, muslos elásticos de musculatura entrevista y bucles rebeldes, mostrando sin pudor aquello que ni en sus pensamientos se atrevía a nombrar. Sentía un cosquilleo de deseo en el estómago y al instante se avergonzaba de sí misma y se ponía a rezar padrenuestros a toda carrera, mezclados con propósitos de enmienda.

En realidad nunca se enmendó. Su amor desfallecido adquirió tintes de tragedia. A los diecisiete años lloraba sin ton ni son, a cualquier hora, y se sentía muy desgraciada. Escribía unos poemas malísimos que horripilaban a sus hermanos. Languidecía de un mal tan inconcreto y difícil de combatir que no había médico que le encontrara nombre ni, mucho menos, remedio (y la llevaron a más de uno). Fue la desenvoltura de Tatín, como sabemos, la que al fin logró encarrilar el problema. Y fue la mirada que le dirigió Amadeo Lax, envueltos ambos en el aroma a arroz con leche que flotaba en la salita, la que logró resultados milagrosos. Lo demás no fue difícil. Amadeo aceptó la invitación a su puesta de largo. En la fiesta se disculpó varias veces por acaparar la atención de la homenajeadada, pero no la dejó ni un momento. Ante la mirada de los acongojados competidores, que veían en él a un enemigo

imbatible, Amadeo y Teresa bailaron todo lo que tocó la orquesta y luego salieron al jardín a disfrutar del aire fresco y escandalizar a los presentes. Teresa se sentía flotar de felicidad. Amadeo examinaba a aquella chiquilla delicada de belleza increíble a quien desde el primer momento imaginó enjoyada, elegante y agarrada de su brazo, deslumbrando en recepciones, banquetes y bailes de gala. Nunca le había pasado nada parecido con ninguna de las mujeres a las que conoció.

En cuanto tuvo ocasión de hablarle a solas, Maria del Roser Golorons la previno de lo que ella llamaba «los caprichos masculinos» de su hijo. Una mujer, le dijo, no debe consentir en empequeñecer al lado de un hombre con afán de protagonismo. Es absurdo exigir a alguien que sea tu sombra, que vaya siempre agarrada de su brazo, secundando cada uno de sus pasos, como si fuera estúpida o incapaz de decidir su propio rumbo. Podía tener sus propias ideas, sus propias metas en la vida y hasta cultivar sus propios amigos, sin por ello dejar de ser la compañera encantadora que ellos lucen en los actos de sociedad. Gracias a estas palabras, Teresa comenzó a confiar en sí misma y en sus capacidades, se atrevió a acompañar a Maria del Roser a las reuniones espiritistas, se interesó por el estudio, conoció gente muy diversa y de su trato aprendió muchas cosas. Por descontado, Amadeo no veía con buenos ojos aquellos entretenimientos ni creía que aquellas supuestas ciencias fueran más que patrañas y pérdidas de tiempo, pero consintió que su esposa se distrajera con lo mismo que tan ocupada había tenido siempre a su madre, como si que la señora pasara las horas escribiendo arengas y convocando espíritus fuera una más de las tradiciones de la casa.

Pero de todas las enseñanzas con las que Maria del Roser trató de preparar a su joven nuera, las más útiles fueron también las menos originales. Con el propósito de que no llegara a los dolores de parto en la más absoluta inopia, la suegra dedicó toda una tarde al asunto. Sentadas en su saloncito, frente a dos tazas de té y un plato de rosquillas, la suegra aseveró:

—Quiero que sepas que los bebés no nacen por el ombligo.

Teresa abrió unos ojos sorprendidos. Maria del Roser, dogmática, prosiguió.

—Los bebés salen de entre las piernas, por un paso muy estrecho que se

llama canal del parto.

Era poco habitual en aquella época que las señoras serias hablaran de estas suciedades con nadie. Por alguna extraña razón, que tenía que ver con la ignorancia y un absurdo sentido del pudor, se prefería que las primerizas añadieran a los dolores de parto una ignorancia absoluta, que desembocaba pronto en el espanto de ver que su cuerpo se desgarraba por donde menos pensaban para dejar salir al hijo. Maria del Roser no había olvidado el horror que sintió durante el parto de Amadeo. Después de semanas de observarse el ombligo, convencida de que de un momento a otro lo vería abrirse como una flor, creyó morir cuando en medio de un sufrimiento atroz vio a su hijo saliendo por otra parte, entre un río de sangre, y lo atribuyó a un error fatal de la madre naturaleza que iba a llevarla a la tumba.

Cuando ya recuperada y con su hijo en brazos fue a pedirle explicaciones a su madre lo único que encontró fue una respuesta indiferente:

—No me pareció necesario. ¡Un asunto tan desagradable! Además, todas las mujeres saben alumbrar.

Perpleja ante una respuesta tan inesperada, Maria del Roser se prometió allí mismo que si un día tenía una hija no la dejaría llegar tan verde a momentos tan inaplazables y, como luego la providencia le robó a Violeta antes de que su promesa tuviera sentido, se dedicó a instruir a Teresa en cuanto lo creyó necesario.

Es decir, la mañana en que, tras ocho meses de matrimonio, Teresa bajó a desayunar pálida, ojerosa y diciendo que se sentía un poco mareada. Maria del Roser comenzó la instrucción que a ella le habría gustado recibir y le reveló aquel detalle tan fundamental de las utilidades del ombligo y la entrepierna. Como había previsto, la primera lección llenó de inquietud a la alumna.

—¿Y duele? —preguntó, más pálida aún.

—Sí, hijita, y mucho. Por momentos, tanto que creerás que no puedes soportarlo. Pero luego pasa tan rápido como vino, y la recompensa merece la pena.

Teresa no parecía muy convencida. Nunca había sentido instinto maternal. Los bebés no le inspiraban gran cosa y no podía imaginar cómo

sería tener uno propio. Por lo menos se animaba pensando que sería de Amadeo. Eso la ayudaba a dar algún sentido a las palabras de su suegra: sufriría para traerlo al mundo, pero habría valido la pena.

Pronto se vio que Teresa tenía ciertas dificultades físicas. Sufrió cinco abortos, todos en las primeras semanas de gestación y sin más consecuencias que la nostalgia que durante unos días se instalaba en sus ojos. Nostalgia de algo que no podía definir, de una posibilidad que nunca había deseado pero que de pronto ya formaba parte de ella. La vieron médicos muy reconocidos, sin encontrar explicaciones. Hubo más fracasos. Después del quinto, Maria del Roser ya no era la lúcida instructora en quien tanto había confiado. Había algo en su mente que comenzaba a nublarse, y a pasos agigantados. Cuando se quedó embarazada por sexta vez ya había perdido toda esperanza de darle un hijo a su marido. Pero esta vez el embarazo prosperó. Todo fue bien, salvo una cosa: Maria del Roser no estaría allí para conocer a su primer nieto. Y, antes de eso, no estaría allí para ayudarla a traerlo al mundo.

Pero regresemos a la bonita mañana en que comenzaron los trabajos de parto. Teresa abre los ojos y tropieza de pronto con la mirada estupefacta de una mujer gruesa, bajita, de cara redonda, mejillas flácidas y pies diminutos. Habla con palabras atropelladas y camina a pasitos cortos y rápidos, como un soldado de juguete.

—Buenos días. No le pregunto si es usted la parturienta, porque es evidente —dice con una voz atiplada, marcando mucho las últimas sílabas de las palabras, con un deje que tanto podría ser aragonés como un vicio derivado de la convivencia con un sordo—. Yo soy Elisa, la comadrona, y a partir de este momento tiene que hacer usted todo lo que yo le diga, comenzando por desnudarse completamente, ponerse un camisón holgado y tumbarse en la cama con las piernas abiertas. ¿Es ésta la habitación? Con su permiso.

La comadrona entra en el cuarto y Teresa va tras ella, dócil como un animalito doméstico. Durante unas horas todo el mundo sigue ese ejemplo: acarrean baldes, retiran ropa sucia o abren y cierran ventanas, según las instrucciones de esta mujer menuda y prieta con silabeo castrense que se ha hecho con el poder de la casa.

De todas las órdenes que recibe, Teresa sólo contraviene una.

—Quítese esto —le dice Elisa, señalando la cadena con el colgante que la parturienta lleva al cuello.

Ha reparado en ellos porque Teresa los ha buscado instintivamente bajo sus ropas, y los aprieta dentro de su puño cerrado, al ritmo de las contracciones, que cada vez son más frecuentes y más prolongadas y empiezan a robarle hasta los intervalos de descanso. Su cuerpo se crispa, como si quisiera defenderse de este dolor hondo contra el que nada se puede hacer. En un breve instante de paz, Teresa ha agarrado el anillo sujeto a la cadena de oro que lleva al cuello desde la noche del 24 de diciembre de 1932, hace exactamente cinco meses.

La vida nos regala a veces coincidencias hermosas. Ésta de la cadena de oro y la alianza con un nombre grabado —Francisco Canals Ambrós, de quien tanto oyó hablar—, es una de ellas. Fue aquí, en este lecho, donde su suegra le hizo prometer que nunca se la quitaría. Y es aquí, en este punto de inflexión envuelto en sufrimiento, cuando ella se aferra al colgante y a las palabras queridas que lo acompañaron. En esta cama murió Maria del Roser y en esta cama nacerá su primer nieto, que acaso así se impregne algo de esa herencia invisible que no sólo tiene que ver con la sangre. Teresa desea que haya quedado en alguna parte todo el amor que depositó en su hijo, quien ya no está aquí para acunarlo.

Es incapaz de gritar. Ni siquiera en los peores momentos de su vida. Recibió una educación basada en la discreción y el comedimiento, no podría aullar aunque quisiera, así se lo pida la comadrona.

—Aúlle —le dice—. Verá lo liberador que es.

Teresa responde con un sonido gutural. Uno prolongado, algo así como un mugido. Estruja las sábanas, se arquea, suda, intenta respirar y a ratos le falta el aire. Sabe que Tatín está de viaje, es inútil molestarla. Ya conocerá a su sobrino —que puede ser sobrina, piensa— a su regreso. Quisiera tener caras conocidas a su alrededor, pero no se le ocurre qué tipo de consuelo podrían proporcionarle. A Amadeo no le extraña. Aunque estuviera en casa, no le dejaría acercarse. Se muere de vergüenza sólo de pensar que pueda verla así, toda retorcida de dolor y con las piernas abiertas frente a una señora

que inspecciona en sus profundidades esperando un advenimiento.

En el pasillo, expectantes, están Antonia, Concha y Vicenta. También Laia, que lo observa todo con ojos asustados y una mueca de asco. Cuando Elisa ve que en el pasillo comienzan a congregarse demasiadas curiosas — siempre pasa igual—, decide acabar con el espectáculo de cuajo. Las despide a todas con bruscas diatribas y cierra la puerta. Ya les avisará cuando la criatura haya nacido, dice.

Podríamos, en nuestra libertad, escoger el lado que les está vedado a los mirones. Sin embargo, consideramos que un parto no es espectáculo que a estas alturas pueda agrandar ni sorprender a nadie, de modo que elegiremos, con la venia, el extremo opuesto. No aquí donde el servicio se muerde las uñas y se pregunta a qué hora volverá el señor y si hay algún modo de avisarle de que su primogénito está llegando al mundo, sino más allá, al final del pasillo, en las habitaciones que dan al patio y que fueron las de Teresa desde el mismo día en que se convirtió en la señora de la casa.

Tras esta puerta de doble batiente, pintada de un blanco señorial, con picaporte dorado, desaparecieron los recién casados aquella noche del 4 de noviembre de 1928 en que todo el servicio se quedó chismorreando acerca de la consumación de la unión que se había celebrado. Nosotros, los inertes, comprendemos bien esas curiosidades y esos entrometimientos, porque sufrimos de ambos, y nos saciamos revoloteando en el aire, brillando como motas de polvo tocadas por la luz, entrando en todos los escondrijos y todos los secretos. Como los de aquella noche de novedades en que, precisamente detrás de estas puertas —y ésa es la primicia— no ocurrió nada.

Es como si estuviera ocurriendo ahora. Así podemos verlo:

Amadeo se desprende de la chaqueta. Parece cansado. No es extraño, tratándose del día de su boda. Los primeros momentos en la habitación, Teresa los dedica a inspeccionar el terreno y a mostrar su complacencia. La cama ha sido abierta. Los calentacamas acaban de ser retirados y una rosa blanca descansa sobre cada una de las almohadas. En la mesa rinconera, junto a los visillos tras los cuales se adivina la noche interior del patio, reposa una bandeja con un frugal tentempié, por si los novios necesitan reponer fuerzas en algún momento de la noche. Todo ha sido preparado con esmero por

Conchita, con la colaboración entusiasta de todo el servicio.

Teresa observa a su marido sin decir palabra. Tiene las manos heladas y un temblor de pánico le recorre el cuerpo. Observa que él se despoja del chaleco y comienza a desabotonarse la camisa. Teresa corre a esconderse en el cuarto de baño y echa el pestillo. En la percha, junto a la puerta, aguardan las prendas que debe ponerse, tal como ella indicó. Es un delicado juego de seda y satén, de color blanco. El salto de cama tiene las mangas de encaje y pedrería, y un escote que le pareció recatado en casa de la modista pero que ahora encuentra excesivo. El camisón se ciñe a su cuerpo como una segunda piel, realza su seno con un escote en pico rodeado de delicadas puntillas. En un alarde de sofisticación, la modista ha dotado a ambas prendas de una generosa cola, como si tuviera que lucirlas en un salón de baile.

Teresa se desnuda con cuidado. Duda mucho antes de quitarse la ropa interior —la camisola, el pantaloncito—, pero resuelve que todas esas prendas no pueden llevarse juntas. El camisón nupcial ha sido diseñado para lucirse solo, mal que ahora le atormente la idea. Lo hace mucho más cuando se lo pone y se mira al espejo. Jamás se ha visto tan desprovista de ropa. ¡Sus pechos pueden adivinarse por completo! Asustada, busca la bata. La abotona de arriba abajo (la modista ha dispuesto un total de setenta y seis diminutos botones forrados de raso que forcejean más que entran en otros tantos ojales), lo cual le lleva un tiempo considerable. Luego se lava la cara, las manos, los pies, se peina, orina, se peina otra vez y se perfuma. Antes de salir, pega la oreja a la puerta. No oye nada. ¿Y si Amadeo se ha dormido? ¡Sería una gran suerte! Escucha de nuevo. En efecto: a su inquietud sólo responde el silencio. Descorre el pestillo. Abre la puerta muy despacio y sale.

Amadeo no se ha dormido. La espera fumando en la cama, mirando hacia los ventanales con expresión distraída. Está desnudo por completo. Ese mero descubrimiento provoca en la novia un respingo de pánico, al que sigue una reacción brusca que hace reír a su marido: se encierra de nuevo en el baño y echa el pestillo. Azorada, vuelve a salir al momento esgrimiendo una explicación:

—Siempre olvido algo.

Se tumba en la cama sin quitarse la bata, con las manos en el escote, en el

empeño de cerrarlo para hacerlo menos evidente. Está tiesa como una momia egipcia. Amadeo la mira de reojo. Ella también a él. Hay en el cuarto una tensión a punto de estallar. Teresa frunce los labios con fuerza, sus ojos desorbitados examinan la lámpara del techo, su abdomen sube y baja en movimientos sincopados, aprieta las piernas una contra la otra hasta hacer que le tiemblen las rodillas. Cuando Amadeo apaga el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche, Teresa cierra los ojos y deja de respirar. Es como el reo minutos antes de la ejecución. Él se vuelve hacia ella de medio lado y observa el espectáculo. Podría seguir adelante, si quisiera. Tiene todo el derecho. Podría desabrochar los botones o rasgarlos para alcanzar lo que legítimamente le pertenece. Además, ella no opondría más resistencia que este miedo cerval que la atenaza, porque sabe que él hace lo que debe. En otro tiempo, se dice él, no lo habría dudado. Habría saltado sobre el cuerpo joven y tembloroso de su esposa para cobrarse su trofeo, como tantos recién casados de su tiempo hicieron y harán. Sin embargo, Amadeo se acerca ya a los cuarenta años y aunque el deseo y el vigor no se han aplacado, sí lo han hecho la impaciencia y la prisa. Por primera vez en su vida, prefiere esperar. Acaso porque, por primera vez en su vida, no se trata de obtener un placer ocasional, sino de ganarse a la compañera fiel del resto de sus días. Esta es la razón por la que decide singularizar a Teresa con el respeto que jamás ha tenido a ninguna mujer.

La novia abre los ojos y descubre a su adorado Amadeo, que la mira sonriendo. Su rostro pasa del espanto a la tristeza.

—Lo siento mucho —balbucea—. Te estoy decepcionando, ¿verdad? No es que no te quiera. Te quiero con toda mi alma. Es que no sé... No sé cómo...

—Date la vuelta, encárate a mí —susurra él.

Teresa se acomoda. Las colas del conjunto de novia se rebelan contra sus movimientos, enredándose en sus piernas, convirtiéndola en una sirena. Se pone de costado, con la mano bajo la cabeza. Amadeo apaga alguna luz, observa el perfil sinuoso de su mujer, se divierte con la situación. Teresa tiene un cuerpo de ensueño, que está deseando hacer suyo. Sin embargo, no será hoy. Siente arder el deseo entre sus piernas, pero se contiene.

—Perdóname. —Teresa comienza a llorar—. Perdóname, por favor.

Tengo mucho miedo.

Amadeo la calla con un beso en la frente que ella recibe con un respingo.

—Te lo perdono todo —le dice, admirando el brillo de sus ojos—. Lo único que no podría perdonarte sería la deslealtad. Recuérdalo bien. Y descansa. Mañana será otro día.

Teresa se sosiega al oír estas palabras. Cierra los ojos y el cansancio de una jornada llena de tensiones cae sobre ella. Amadeo sale un segundo de la habitación, entra en el gabinete, hace una llamada telefónica, regresa al cuarto. Comprueba que Teresa duerme, la arropa, se viste de nuevo, aunque con prendas menos formales que las que le han martirizado todo el día y sale, dispuesto a encontrar un remedio para su mal.

Volvamos a los efectos de causas más victoriosas que la que acabamos de referir.

Lo peor ha pasado cuando el señor llega a casa conduciendo su Rolls Royce. Conchita la espera para anunciarle que su hijo acaba de nacer, pero eso no parece afectar a sus nervios de acero. Sube la escalera, tan derecho como siempre, con su porte que impresiona a todos los criados y al llegar arriba se sorprende de encontrar la nube de curiosas frente a las puertas del dormitorio que fue de su madre. Conchita le explica:

—Es un varón. Todo ha ido estupendamente.

Si le preguntaran a Teresa, tal vez en este instante no estaría de acuerdo. Es como si el recién nacido le hubiera arrebatado todas sus fuerzas. Está laxa, con las extremidades flojas y siente que si se levantara ahora mismo las piernas no la sostendrían. Elisa le ha refrescado la cara con una toalla húmeda y ahora se esmera en arreglarle un poco la cama. Le ha dicho que debe cerrar los ojos y descansar.

Momentos antes, eso sí, le ha mostrado a su hijo, un gurruñito de carne blanda ligeramente amoratado que la ha dejado perpleja y al borde de las lágrimas. ¿Cómo habrá podido formarse dentro de ella algo tan perfecto? En seguida reconoce que las palabras de Maria del Roser eran, como tantas otras cosas, acertadas: el resultado ha hecho que merezca la pena el enorme sufrimiento que ha conocido hoy. Le pregunta a la comadrona cuándo podrá

acunar a su hijo y la mujer es tajante:

—Cuando tenga fuerzas para ello, querida.

Teresa cierra los ojos y se deja ir en un sosiego dulce. Su cuerpo está dolorido, afectado, pero nada en comparación a todo lo que ha pasado. El descanso le hará bien. En una duermevela, sabe que Elisa ha instalado junto a su lecho una cuna toda ornada de lazos y blondas. Ignora si el bebé está en ella, porque hace un rato ha visto a la comadrona llevarlo en brazos afuera, tal vez para mostrarlo a las impacientes criadas. Teresa no sabe cuánto tiempo ha pasado cuando abre los ojos de nuevo y ve a Amadeo, estiloso como suele, detenido junto a la cuna, mirando hacia su interior. Observa durante mucho rato, sin decir palabra, igual que haría un entomólogo ante un insecto rarísimo, jamás catalogado. Le parece que, sin llegar a sonreír, en su rostro ha aparecido una expresión satisfecha.

En su cuna, Modesto duerme también, agotado por el sobreesfuerzo y las incomodidades de llegar al mundo, ajeno a todo lo que nosotros, seres fuera del tiempo, sabemos ya de él.

De:	Violeta Lax
Fecha:	11 de abril de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	¿Sigues ahí?

Querida mamá. Soy una bruta. Creo que la confesión sobre mi amor de juventud fue demasiado áspera. Reconozco que me divertí imaginando la cara que pondrías. Aunque ante tu silencio comienzo a pensar que te ha dado un síncope. Si me he excedido, lo siento de verdad. Si lo prefieres, no volveré a hablarte del asunto.

Aún tengo que hablarte de la visita de las italianas. Como el programa de actos que les habían preparado las instituciones no era demasiado arduo, tuvimos algún tiempo para pasear y conocernos. Ya sabes que en esta época del año Barcelona es una maravilla, y tuvimos además la suerte de que el clima acompañara sus ganas de conocer algo de la ciudad. Me sorprendió la serenidad de Fiorella Otrante ante los

periodistas, como si estuviera acostumbrada a las ruedas de prensa. Los sedujo con su naturalidad un poco rural y la emoción que destilan siempre sus palabras cuando habla de su madre. Le brillaban los ojos cuando dijo que para ella era un inmenso orgullo cumplir la última voluntad de la difunta, porque se trata de un sueño jamás expresado pero amasado a lo largo de su vida. Ya puedes imaginar cómo reaccionaron los periodistas ante una frase tan misteriosa. Le preguntaron a qué sueño se refería, pero ella se limitó a decir que no podía informarles, porque en realidad su madre nunca quiso hablar de los años anteriores a su llegada al lago de Como y se disculpó con una sonrisa dulce.

Fueron un par de días muy intensos. Silvana y yo sentamos las bases de lo que —creo— puede llegar a ser una bonita amistad. Le expliqué muchas cosas de Amadeo Lax, de la casa, del futuro museo que gracias al legado de su abuela por fin se va a hacer realidad. Tardé un poco en hablarle de la aparición del cuerpo de Teresa y de las investigaciones que en las últimas semanas han cambiado por completo mi pasado familiar. Intenté ser prudente a la hora de buscar culpables. Creo que utilicé la palabra «presunto», como en los informativos, cuando hablé del posible papel del abuelo en el suceso. Les dije que toda la verdad jamás sería desentrañada, porque había quedado sepultada en el viejo cuarto de escobas y, a diferencia del cuerpo de la abuela, no era fácil desenterrarla.

Fiorella llevaba un buen rato callada cuando preguntó:

—¿En qué año se supone que ocurrió ese asesinato horrible?

—Entre 1935 y 1940, según la policía —contesté—. En 1936, creo yo.

Nuestro paseo continuó con aparente normalidad, o eso me parecía a mí. No reparé en que el mutismo de Fiorella era absoluto. Decidí llevarlas a comerá Cal Pinxo, en la Barceloneta. Lucía un sol espléndido y nos asignaron una mesa en la terraza, con vistas al mar. Pedimos cava bien frío y un arroz de marisco. Brindamos por el futuro Museo Amadeo Lax. Les expliqué que me han propuesto dirigirlo. Brindamos de nuevo. Fiorellaapuró varias copas antes de que llegara la comida. Por el brillo triste de sus ojos deduje que es una de esas personas que se ponen melancólicas cuando beben. Sonreía sin decir palabra, mirando al mar con una tristeza extraña en ella. De pronto se volvió hacia su hija y espetó:

—No es verdad que no sepa nada de la vida de tu abuela en Barcelona. Una vez, sólo una, me habló de ello. Estaba borracha, igual que yo ahora. Me pidió que no se lo contara a nadie. Yo creía que comprendía sus razones, pero en realidad hasta hoy no había comprendido nada.

Silvana miró a su madre con extrañeza. Yo me sentí incómoda y dije que tenía que ir al baño. Fiorella me agarró la mano.

—No te vayas, Violeta. Esto también te incumbe.

Se sirvió otra copa. Esta vez me miró a mí al decir:

—Mi madre dejó Barcelona el 19 de julio de 1936, sólo unas horas después de que estallara la Guerra Civil, a bordo de un carguero alemán y con una identidad falsa. Tenía dieciséis años y estaba muerta de miedo. Por los tiros y los cañonazos que se oían por todas partes y también por algo que había visto o hecho en las últimas horas. Algo horrible, me dijo, aunque nunca me confesó el qué. Me habló de lo mucho que tardó la ciudad en perderse completamente de vista, de la tristeza que sintió en esos momentos al pensar en sus padres, del terror de haber escapado con un hombre que — lo sabía— nunca la trataría bien.

—¿La abuela dijo eso? —preguntó Silvana—. ¿Cómo podía saberlo?

Fiorella Otrante se encogió de hombros.

—Porque ella sólo era una criada de la casa. Una criada joven y bonita, de quien el señor se había encariñado y a quien convirtió en su compañera de viaje en el momento más desesperado de su vida.

Silvana abrió un par de ojos atónitos.

—¿La criada?

He de reconocer que también a mí me tomó por sorpresa aquel anuncio.

—Tu abuela siempre supo que él se marcharía. De hecho, siempre pensaron que la guerra duraría poco, que en cuestión de semanas todo se habría resuelto. Pero no fue así, y a la civil española siguió la mundial, y las cosas se complicaron. Tu abuelo tuvo que quedarse más de lo previsto. En Nesso siempre estuvo de paso. No creo que se le ocurriera nunca quedarse con ella.

—Pero eso que dices es terrible —preguntó Silvana—. Entonces, ¿no se querían?

—Tu abuela estaba convencida de que él no la quiso jamás. Fue sólo un antídoto contra la soledad. Una solución temporal. Y ella... —hizo una pausa, bebió un sorbo generoso de cava—, la verdad, no tengo ni idea. Nunca la vi sufrir por su marcha, ni evocarle con tristeza, aunque puede que sólo fuera una pose, claro. Todo lo que hizo por su recuerdo fue mantener en buen estado el estudio del lago. Invirtió en su futuro.

Me pareció que las inesperadas confidencias de Silvana comenzaban a arrojar algo de luz sobre el misterio de los cuadros.

—Eso podría explicar —aventuré— su interés por devolver las pinturas, que son la esencia de ella misma, al lugar al que perteneció. Aunque si

el museo al fin cobra forma en la vieja casa, lo harán mucho más de lo que ella pudo prever.

Fiorella iba a contestarme, pero Silvana, visiblemente alterada, formuló una pregunta más urgente:

—¿Y por qué la abuela nunca regresó a Barcelona?

—Sus padres murieron poco después de su marcha, tratando de defender la mansión de los señores Lax. La noticia tardó mucho en llegar y aniquiló la última razón para regresar a un lugar en el que no tenía nada. Además, para entonces yo ya estaba en el mundo y Lax ya se había marchado, dejándole en propiedad la casa de Nesso. En el lago nos iba bien. Al fin y al cabo, no se comportó mal con ella. Le pagó por los favores recibidos.

—¿Cómo puedes decir eso, mamá? ¿No se comportó mal? La abandonó. Y a ti también.

—Pasó con ella mucho más tiempo del que era esperable. Fue generoso. Tu abuela me contó que en el pueblo llevaban una vida muy discreta y que apenas salían. Cuando lo hacían, los vecinos les tomaban por padre e hija, y ellos nunca desmintieron una equivocación que les beneficiaba. Ambos temían que la justicia acabara por encontrarles y les obligara a regresar. Yo siempre pensé que esos temores se debían a la edad de tu abuela y a que no estaban casados, pero, después de lo que Violeta nos ha dicho, sospecho que no se trataba de eso, sino de algo mucho más serio y terrible. Un verdadero crimen, que les involucraba a ambos.

—¿Estás pensando que la abuela pudo ser cómplice de un asesinato? Por Dios mamá, ¡qué absurdo! ¿De verdad crees a la abuela capaz de una cosa así?

—Cada uno de nosotros somos muchas personas, hija —repuso Fiorella—. Y a cada cual mostramos una sola de esas múltiples caras. No sabemos cómo era la abuela a los dieciséis años. Lo único que puedo asegurarte, porque eso sí me lo dijo ella misma, es que tenía mucho miedo. Y, claro está, ninguna experiencia.

Silvana negó con la cabeza, incrédula. Fiorella me miró a los ojos. Me pareció que estaba a punto de llorar.

—Y con respecto a eso que dices de la devolución de los cuadros, yo llevo mucho tiempo pensándolo. Fue la concubina de Lax durante años, en secreto. Que sus retratos lascivos estén ahora al lado de esos posados elegantes de Teresa Brusés, o de tantos otros, es un acto de justicia que, supongo, le gustó imaginar en sus últimos tiempos. Por eso fue tan puntillosa organizándolo. Al fin ocupará el lugar que sintió que le correspondía y a la vista de todos.

No quiero terminar esta carta sin explicarte lo que de algún modo te he apuntado más arriba: me han ofrecido quedarme en Barcelona y dirigir el futuro Museo Amadeo Lax. Es un sueño acariciado durante mucho tiempo, pero ahora que se hace realidad, no sé qué decisión tomar. Por una parte, me gusta la idea de cambiar de aires, instalarme en esta ciudad de clima benévolo, alejarme un poco de las urgencias, las prisas y las responsabilidades de Chicago y adoptar las prisas, las urgencias y las responsabilidades de Barcelona. Me gusta el plan, que debo comentar con Daniel, pero hay algo que empaña mi ilusión. Puede que me llames tonta al confesártelo o puede que ya lo imagines.

He admirado al abuelo desde que tengo uso de razón. No sólo por su talento como pintor, también como ser humano. Me conmovían su coraje, su sacrificio y su fortaleza emocional. Como sabes, he escrito docenas de conferencias alabando su persistencia en pintar a Teresa incluso después de que ella le hubiera dejado. Creí ver en ello el gesto inequívoco, obsesivo, de un hombre enamorado que siempre esperó el milagro del regreso de la mujer amada. Siempre estuve convencida que el abuelo murió esperándola y que los cuadros fueron el único modo a su alcance de retener su memoria mientras tanto.

De esas ideas románticas no queda nada. El abuelo no fue aquel hombre fuerte que yo siempre admiré, sino un ser sin moral, capaz de bajezas repulsivas. Un homicida, o tal vez un asesino, a quien su conciencia no impidió seguir adelante, vivir con otra mujer, continuar con su vida, pintar lo que nunca antes había pintado. Esos cuadros maravillosos de Nesso son la prueba de hasta qué punto fue capaz de reponerse, de abrir en su carrera nuevas sendas, de desarrollarlas con eficacia y originalidad. Imagino al abuelo concentrado en su trabajo en su estudio del lago italiano y esa sola idea me genera rechazo. ¿Cómo pudo? ¿Cómo fue capaz de volver a empezar?

No sé si quiero dirigir el museo dedicado a un hombre así, mamá. Ni siquiera sé si se debe honrar la memoria de ese hombre. Sí, ya sé: en cada hombre viven muchos hombres, como dijo Fiorella. El artista brillante no tiene por qué ser un hombre ejemplar. No hay que ser tan puntillosa; cuando se trata de creación no hay que dejar que los sentimientos interfieran en la objetiva contemplación de las obras. He pronunciado muchas veces palabras como éstas, pero nunca se refirieron al abuelo. No hago más que darle vueltas a todo esto, y no consigo decidirme. Es tentador quedarme aquí, pero no lo es nada quedarme con él, con la memoria amplificadora del ser humano lamentable que fue Amadeo Lax.

Seguiré dándole vueltas y prometo algún resultado, tarde o temprano.
Un beso enorme,

Vio

P.S.: Daniel está haciendo las maletas. Dice que quiere estar aquí para celebrar conmigo mi cumpleaños. Ha terminado la novela y está exultante. Es decir, se me acaba el tiempo. Si quiero hacer las paces con mi pasado, debe ser antes de que mi presente irrumpa en mi vida por asalto.

De: Valérie Rahal

Fecha: 12 de abril de 2010

Para: Violeta Lax

Asunto: Estoy aquí

No, hija, no temas. Tus palabras no me provocaron un síncope, pero debo reconocer que fueron toda una sorpresa. Se me ocurren un montón de preguntas, que te formularía si no fueras mi hija, pero en este caso creo que el silencio será lo mejor. Me conformo con pensar que todo eso forma parte de otra época de tu vida y en dar gracias al cielo de que tu marido haya reaccionado y vaya a tu encuentro. Creo que su compañía te hará bien y que en esos días sin vuestros hijos, en una ciudad tan hermosa, tendréis tiempo de hablar de muchas cosas. No te ofendas, pero tengo la sensación, y no es la primera vez, de que en esto te pareces un poco a tu padre. Si no tienes alguien a tu lado que te controle y te dé seguridad, tiendes peligrosamente a la dispersión sentimental. Vuestras parejas, más que un compañero, deben ser un centinela, siempre alerta por si la tentación os aleja de ellos. Creo que Daniel no se ha percatado todavía de eso, aunque deberías advertírselo.

Tal vez no son las palabras que hubieras deseado recibir después de tu explosiva confesión, lo sé. Me justificaré diciéndote que pertenezco a otra generación que bastantes esfuerzos ha hecho hasta conseguir entender el mundo como para aceptar que éste interfiera en su vida. Además, soy tu madre, y hay cosas que las madres no queremos entender, aunque seamos capaces. A pesar de todo, quiero que me cuentes el final de esa historia tan importante para ti. ¿No hablabas tú

de lo que no deben hacer los narradores si pretenden ganarse el respeto de su público? Pues escatimar el final debe de ser una de esas cosas. Me parece a mí.

Te quiere,

Mamá

XXIV

El final de esta historia nadie sabe dónde está, ni si existe. Acaso podamos comenzar a buscarlo la mañana del día de Nochebuena de 1932, cuando suena el timbre del número 7 del pasaje Domingo y aparece, muy bien vestido y recién afeitado, don Octavio Conde, preguntando por la señora Teresa. Le recibe Antonia, para quien esas visitas del amigo de la familia ya comienzan a ser una rutina, le invita a pasar al salón, se hace cargo de su abrigo y su sombrero y le ofrece algo de beber, que él rechaza.

Está muy tranquila la casa a esas horas. Doña Maria del Roser ha ido a misa de nueve a la iglesia de Belén y planea una mañana de compras navideñas en El Siglo, en compañía de Conchita. Amadeo ha salido con las primeras luces del alba hacia la vecina población de Tiana, donde unos días atrás quedó en entrevistarse con un noble adinerado que quiere encargar un mural para el comedor de su residencia.

Por supuesto, don Octavio está al corriente de estas ausencias.

—¿Le has dicho que estoy en casa? —pregunta Teresa, lívida.

—Sí, señora.

Teresa no disimula la contrariedad que el imprevisto le provoca. Las pulsaciones se le han acelerado tanto que teme que su doncella pueda oírlas.

—Dile que estoy indispuesta y que no puedo recibirle —resuelve.

Mientras Antonia se marcha con el recado, Teresa se sienta ante el tocador y se contempla en el espejo. Está horrible. La delgadez le ha acentuado el mentón y los pómulos. Tiene el cuello recorrido por feas

nervaduras y un par de bolsas bey o los ojos. Las primeras semanas del embarazo —está de cuatro meses— han transcurrido en una náusea que dura de la mañana a la noche y le impide que se le asiente nada en el estómago. A eso hay que sumar la debilidad en que la han dejado los diversos abortos que ha sufrido antes de que por fin la simiente de Amadeo fructifique en su vientre y esta zozobra íntima que le provoca la presencia de Octavio y también su ausencia. De los tres males, el último es el más reciente y también el más molesto.

La voz de Antonia la rescata de su ensimismamiento:

—Dice que viene a despedirse —anuncia la doncella.

«¿A despedirse?», se alarma Teresa, recordando una conversación que mantuvo con Octavio unos días atrás, al terminar la reunión semanal del grupo espiritista. Él le agarró las manos y le dijo que estaba pensando en marcharse lejos a empezar una nueva vida. Añadió que últimamente sentía a todas horas que nunca podría ser feliz ni permitir que lo fueran algunos de los seres a quienes más quería en el mundo. Ella intentó quitar importancia a unas palabras que le provocaban una profunda desazón, pero él insistió.

«La decisión está tomada —le dijo—, lo único que me resta decidir es el momento más oportuno para llevarla a cabo.»

Ella sintió que un nudo le oprimía la garganta. Más aún cuando añadió: «Aunque será pronto, sin duda.»

«¿Y no habría un modo de impedirlo?», preguntó, con un hilo de voz.

«Me temo que no. Para eso, la vida debería haber repartido las cartas de otra forma. Tal y como se presenta el juego, lo mejor es abandonar la partida», repuso Octavio, con una sonrisa encantadora y en los ojos un brillo revelador.

Sólo de pensar en que Octavio desapareciera de su vida, a Teresa le faltaban las fuerzas.

—¿Le digo que se marche, señora? —insistió Antonia, detenida junto a la puerta.

Teresa negó con la cabeza. Por dentro se preguntaba si debía hacer caso a su deseo o a sus principios.

—Dile que ahora mismo voy —anunció, derrotada.

Cuando entra en el salón, encuentra a Octavio concentrado en mirar los rescoldos de la chimenea, pensativo.

—Aquí me tiene —anuncia, y la voz le sale ronca y rota.

No le tiende la mano. Es un saludo gélido y a distancia, como entre dos personas que se detestan. O entre dos personas que no siguen las convenciones porque lo que más desearían en el mundo es no tener que seguir las.

A una indicación de Teresa, ambos se sientan. Al principio, separados, con un sillón de por medio. Luego él, tal vez cansado de representar una pantomima agotadora, se levanta y ocupa el asiento que queda más cerca de ella. Se demora un momento a contemplar esos ojos de un azul inverosímil, donde desde hace un tiempo él se empeña en ver una pasión que las palabras de ella nunca le han confirmado. Teresa, a su vez, hace esfuerzos por controlarse, reprimir el llanto que amenaza con estallar, no delatarse. Sobre todo eso: no delatarse. Por nada del mundo se perdonaría traicionar así a Amadeo. Aunque, para sus adentros, nada desearía más que poder confesarle a Octavio todo lo que siente por él.

—De modo que se va usted —dice.

—Así es.

Teresa deja crecer el silencio. Es un silencio repleto de las palabras que no se dicen. Lo de menos, ahora, son las palabras.

—¿Y cuándo se marcha?

—Mañana por la mañana. He reservado en el *Magallanes* una cabina doble de primera clase.

Teresa acusa recibo de la información. Una cabina doble. Octavio aún alberga la esperanza de no partir solo. Para eso ha venido, para decírselo. Para hacerla zozobrar. Sólo que nunca lo diría con palabras. Quiere demasiado a Amadeo y la tiene a ella en demasiada consideración como para atreverse a insistir, a intentarlo siquiera. Además, ella nunca ha manifestado sus sentimientos. ¿Es posible que sus gestos, sus miradas, el temblor de la voz al hablar la hayan delatado ante él? ¿O es que dos personas que se quieren se comunican de mil modos, y no sólo a través de las palabras?

—No sabe cuánto siento que se vaya —logra decir.

Mientras pronuncia estas palabras, juguetea con el lazo de su falda. De pronto, teme haber sido demasiado explícita y añade:

—Amadeo también lo lamentará. ¿Ya lo sabe?

—Aún no. Se lo comunicaré hoy mismo. Aunque dudo que lo lamente.

—No diga eso. Amadeo le tiene en gran estima.

Va a añadir algo más, pero no lo hace. Trata de disimular esta desesperación que la abrasa por dentro. Observa, con la cabeza baja, los botines de Octavio. Pulcros, elegantes, como todo en él. No puede creer que mañana no estarán aquí. Que no va a verle más.

—También he venido a traerle esto. —Él rompe el silencio—. Para que se acuerde de mí.

Le entrega un libro no muy grande, forrado en piel.

—No era necesario, Octavio —dice ella, tomando el ejemplar y leyendo en voz alta—: *Espirita*, Teófilo Gautier.

—Trata de espiritismo. He pensado que le agradaría. Me haría feliz que lo leyera con atención. Que lo pensara. No ahora, por supuesto. Cuando se sienta más libre. Yo siempre la estaré...

—¿Un poco de café? —ofrece Teresa, oportuna, viendo que Antonia se acerca por el pasillo con la bandeja.

Teresa sostiene el libro en su regazo, como si lo acunara. A escasos centímetros del lomo, en las profundidades de su cuerpo joven y hermoso, crece por fin el primer hijo de Amadeo. Es esa presencia que siente como lo más real de su vida la que condiciona todos sus actos, sus palabras, sus decisiones. No hace nada sin pensar en cada minuto del futuro de ese nuevo ser, a cuya vida se amarra la suya.

Antonia sirve las tazas con la infusión y luego se retira. Por los ventanales brilla un sol impertinente.

—Dígame sólo que lo leerá con atención. Como si yo mismo lo hubiera escrito.

Teresa abre el libro. Observa el ex libris de la biblioteca de Octavio. Ahí están los símbolos que mejor le definen: la laboriosidad, la prudencia, la sabiduría y la honestidad. Y sus iniciales. O. C. G. O.

—Lo tendré siempre cerca —le promete.

Apuran rápido el café y Octavio anuncia que debe irse. Teresa respira, aliviada. Su presencia le importuna y hasta cierto modo le compromete, aunque lo último que desea es verle marchar.

—Supongo que nada va a hacerle cambiar de opinión.

—Nada que pueda cumplirse.

Le acompaña a la puerta. La doncella le devuelve a Octavio el abrigo y el sombrero.

—En cuanto llegue a Nueva York, le comunicaré mis nuevas señas. Quiero decir —se corrige, viendo a Antonia cerca— a usted y a su marido.

La despedida más fría de todas, que la mirada de Antonia y de Laia contemplan sin perder detalle, es también la más desgarradora para ambos. Aunque, por supuesto, ninguno de los dos lo demuestre. Al fin, las odiosas convenciones se imponen a los deseos.

Teresa sube las escaleras como enajenada y se refugia en su salón, donde llorará durante más de una hora. Luego recordará el libro, lo abrirá, y leerá, entre raptos de llanto, las frases marcadas. En el mensaje secreto no reparará. Aún.

Amadeo llega antes de comer. Le disgusta al instante el ambiente enrarecido de la casa. Teresa pasea su languidez por sus habitaciones. Su madre, que últimamente ya no es capaz de recordar nada, no llega a comer. El almuerzo se sirve para dos en el salón, y los cónyuges se sientan a la mesa en medio de un fúnebre mutismo. Teresa apenas prueba bocado y él termina también por desgansarse, ante la actitud desconsolada de ella. Es como sentarse a la mesa con un alma en pena. Cuando, cansado, le pregunta a ella qué diablos le pasa, obtiene una respuesta esquiva:

—Nada. Estoy cansada.

El gabinete es hoy el redil de un hombre rabioso y desnortado. Allí le sirven el café, y mientras lo remueve, sus ojos se pierden en el torbellino negro que le recuerda a sus pensamientos. Ni cinco minutos tarda en escuchar los tímidos golpes en la puerta. Tras la venia aparece Antonia, secándose las manos en el delantal del uniforme, que es igual al de otros tiempos aunque, siguiendo los mandados de la moda se ha acortado, estrechado y aligerado. Está de acuerdo: aquellas faldas largas de antaño sólo servían para arrastrar

basura.

—¿Se puede? —pregunta la mujer.

—Pasa y cierra la puerta.

La figura de Antonia recuerda a un pájaro asustado. Camina encogida, con los hombros retorcidos y una joroba inexistente marcada en la espalda huesuda. Anticipa la cabeza, lo cual en estos momentos le confiere el definitivo aspecto de un ave carroñera.

—Ya tardabas —reprocha Amadeo.

—Disculpe, señor. En la cocina había faena.

—¿Se puede saber por qué está así tu señora?

La doncella no titubea. Su voz retumba con la seguridad del delator experto, liberado de su culpabilidad.

—Esta mañana ha recibido una visita inesperada —explica.

—¿Una visita? ¿De quién?

—De don Octavio, señor. Ha estado aquí cerca de media hora. Desde que se ha ido, la señora no hace más que llorar.

Amadeo observa, con la frente llena de arrugas, el brebaje de la taza, tan negro como su ánimo y sus intenciones.

—¿De qué han hablado?

—No lo sé, señor. Murmuraban sin cesar, muy bajito. Y callaban en mi presencia.

Amadeo se lleva la taza a los labios y sorbe con cuidado. Sus movimientos son pausados, pero sus pensamientos discurren a toda velocidad.

—¿Le ha traído más regalos?

—Sólo uno, señor. Distinto a los otros.

Antonia se lleva triunfal las manos al bolsillo delantero de su delantal y extrae de lo más profundo, como si lo rescatara del más allá, el libro de tapas duras forrado de piel marrón.

—Lo he cogido de la habitación de la señora cuando ella ha bajado a comer. Lo estará buscando, porque no se ha separado de él ni un momento —dice, triunfal.

Amadeo está enterado, gracias a Antonia, de todos los obsequios que se

han recibido en la casa en los últimos meses, y que uno por uno su mujer ha ido rechazando. En una ocasión llegó un coche repleto de rosas amarillas — las favoritas de Teresa—; en otras fueron dulces, o ramos de flores y hasta una caja en cuyo interior apareció un gatito persa. Todos ellos regresaron por donde habían venido después de que Teresa leyera la tarjeta que los acompañaba con un mohín enigmático.

No había hecho más que empezar este tráfico cuando Antonia comenzó su servicio por propia voluntad.

—Tal vez al señor le agradaría saber lo que ocurre en esta casa durante su ausencia —anunció—. Cosas muy graves, según han podido ver mis ojos.

Amadeo le preguntó qué quería a cambio de una traición semejante. La vieja codiciosa sólo ambicionaba dinero. Vendía a su señora, a quien había criado, a cambio de un puñado de billetes, como un Judas doméstico y picado de viruela. Amadeo sintió repugnancia hacia ella, pero la disimuló porque el servicio que le ofrecía era muy de su conveniencia. Al fin y al cabo, el ofrecimiento le provocaba una honda satisfacción: la traición de Teresa hacia él tenía un simulacro de castigo en la traición de la doncella hacia Teresa.

Esto de hoy, cierto es, poco tiene en común con las flores, los dulces y los felinos. Amadeo contempla el libro. Es una novela francesa que parece bastante ligera —lectura de mujeres crédulas, sin duda—, en cuyas guardas tropieza con el ex libris de su amigo de la infancia, inspirado precisamente en la simbología que él desplegó en su retrato, hace unos pocos años. Ahora maldice esos símbolos y al hombre que los inspiró, y si pudiera los cambiaría por otros que se ajusten más a la verdad. La serpiente, por ejemplo. La viva imagen de la deslealtad que su antiguo amigo representa. En cuanto comienza a pasar las páginas del libro, Amadeo repara en las citas marcadas. Tiene la intuición —cimentada sobre la propia experiencia y el conocimiento del remitente— de que pueden contener un código oculto y decide estudiarlo con meticulosidad.

Le ordena a Antonia que se retire. Ella flexiona una rodilla, en un gesto que quiere ser una reverencia y termina pareciendo una flojera de piernas. De nuevo a solas en su gabinete, Amadeo estudia el posible mensaje. Descubre los puntos bajo las letras, la numeración destacada de algunas páginas, toma

papel y pluma, anota, recompone. Descifra. Se lo llevan los demonios.

Cuando el mensaje aparece completo y desvelado ante sus ojos, su puño cerrado golpea la mesa. Se levanta, urgido por una prisa repentina, y va hacia el mueble-librería que está junto al retrato de su madre. Aparta los tres volúmenes de una antigua Biblia ilustrada e introduce el brazo por el hueco resultante. Extrae una pistola Little Tom de Alois Tomiska, con capacidad para seis cartuchos y cañón de 59 milímetros, y la introduce en la cinturilla de sus pantalones, bien sujeta con uno de los tirantes. No olvida el libro. Baja la escalera con decisión. Antonia le ayuda a ponerse la chaqueta y le entrega el sombrero, a la vez que le informa de que la señora Maria del Roser y Conchita aún no han llegado de sus compras. Cuando se sube al Rolls Royce y hace rugir el motor, Amadeo descubre la mirada negra y penetrante de Laia observándole desde la cocina. Será una de las últimas veces en que la hija de la cocinera mire a su señor con esa ingenuidad de quien intuye los secretos terribles que esconde el mundo de los adultos, pero nada sabe de ellos.

Son las cuatro menos veinte cuando el coche pilotado por el señor de la casa ruge en el pasaje Domingo, en busca del tráfico del Paseo de Gracia, que en un día tan señalado como hoy es intenso, apenas distinto —salvo en la morfología de los vehículos y la pervivencia de los coches de caballos— a cómo será de ahora en adelante, con el veloz correr de las décadas.

La tarde es fría, Antonia se apresura a encender la chimenea y a mantener vivo el rescoldo de la estufa. Aún es pronto para pensar en calentar las camas, pero no para ofrecer una infusión a su señora. La encuentra recostada en el diván, mirando a la calle con una tristeza que parece incurable. Al verla, Teresa se enjuga las lágrimas de ambas mejillas y le pregunta:

—¿Sabes dónde está el libro que esta mañana me ha traído don Octavio? Lo dejé aquí y ahora no lo encuentro.

La doncella responde con una negativa esquiva, incómoda, y le pregunta a su señora si le apetece un té.

—No quiero nada, gracias.

La doncella se detiene a pocos pasos de ella y la observa ladeando la cabeza. La escena posee sólo la música mínima de sus respiraciones. La de Teresa, más agitada. La de Antonia, calma y profunda.

—Deberías sobreponerte, Tessita —le dice, con voz meliflua—. Tu marido va a perder la paciencia.

Teresa se encoge de hombros.

—Ya no me importa lo que piense —responde.

—No digas eso. Vas a tener un hijo.

Esa sola idea hace que vuelvan las lágrimas, imparables. Saca de su manga un pañuelo de color verde agua, perfectamente conjuntado con los volantes de su traje de embarazada, y se enjuga con él las lágrimas. Sus ojos resplandecen de tristeza.

—Debes de pensar que soy una tonta, ¿verdad? Una chiquilla que no sabe lo que quiere —añade.

—Yo nunca pensaría eso de ti, Tessita. Pienso que no has tenido la suerte que merecías, nada más.

—¿Qué quieres decir?

—Con tu marido. Demasiado mayor para ti. Y desatento. Tarde o temprano, la oportunidad sonríe a quien ronda a una mujer abandonada.

—¿Don Octavio te parece sólo un oportunista?

Antonia aparta el juicio con un gesto.

—No le conozco lo bastante para juzgarle.

—¿Qué me reprochas? —pregunta Teresa con una candidez encantadora—. ¿No debería haberle escuchado? ¿Ni siquiera cuando no podía imaginar nada de esto?

—¿Qué puedo reprocharte, niña mía? Ni una sola vez te he visto comportarte de un modo inapropiado.

—¡Pero lo he deseado! Y el deseo también es pecado. Y traición. ¡Yo también estoy en falta con él!

Teresa llora con una amargura que Antonia no puede soportar. Se agacha a su lado y la abraza, como cuando era una niña y berreaba porque su hermana mayor no quería que se pusiera sus sombreros. Es un abrazo extraño, incómodo y huesudo, que la ventana crepuscular enmarca, como si fuera una obra de arte.

—Son muy extraños los sentimientos, Antonia. Yo adoro a mi marido. Le quiero como a nada del mundo, tú lo sabes. Le he querido desde que era una

niña y mi admiración por él ha sido aún superior. Pero últimamente sólo me inspira lástima.

—¿Lástima?

—Te extraña, ¿verdad? Ya sé que cuesta creerlo. Cualquiera que le conozca ve en él a un hombre fuerte y seguro de sí mismo, un artista de éxito internacional. Yo sé que hay mucho más. Debilidad, contradicciones, angustia, dolor. Y también otras mujeres, de quienes hubiera preferido no saber jamás.

Antonia disfruta con estas intimidades. Siempre le ha gustado meter las narices en las debilidades ajenas.

—Pero eso es normal... —susurra.

—Desde luego. Ya sé que los hombres de su posición tienen amantes — responde Teresa, con un deje de disgusto—, pero ¿tú crees que los hombres de su posición lloran como niños sobre su esposa después de poseerla? ¿Que repiten una y otra vez «nunca te alejes de mí, nunca te alejes de mí», entre hipidos? ¿Que un segundo después se secan las lágrimas y escapan durante tres, cinco, siete días, sin dar explicaciones? Al principio me asustaba. Pensé que podía curarle, redimirle, que mi amor le sanaría. Ya he desistido.

Llega desde abajo el sonido amortiguado del motor del Citroën. Doña Maria del Roser regresa exhausta de sus compras. Julián —a quien ella llama Felipe— ayuda a las damas a bajar del vehículo. Conchita ofrece su brazo a la matriarca para que se agarre al subir la escalera. Doña Maria del Roser va directa a sus habitaciones. Se siente indispuesta —la vieja nodriza menciona una indigestión de croquetas— y necesita descansar. Antonia la ayuda a meterse en la cama y le sirve un té con pastas. Sin probarlo, doña Maria del Roser se desliza hacia una duermevela dulce, de la que despertará dentro de un rato para completar el penúltimo acto de esta historia que tantas veces hemos evocado: la búsqueda de la llave, el recuerdo de Violeta, el batallón de criadas y Teresa sobrepuesta a sus dolores, sirviendo a su suegra en lo que, a pesar de que aún no puede saberlo, serán sus últimos momentos en este mundo.

De todo ello, sólo hay que subrayar el intermedio en que Teresa entra en la habitación de su suegra, a pedido de ésta, y le sobrecoge la mirada lúcida

de Maria del Roser, tan parecida a la que tenía cuando la conoció. Se sienta junto al lecho, siguiendo órdenes, y escucha unas palabras que surgen de la boca de la matriarca como si de pronto nada nublara su razón.

—Mete la mano por el escote de mi camisón —le pide—. Encontrarás una cadena de oro de la que pende un anillo. Tómalos. Desde ahora son tuyos. Quiero que nunca te los quites. Llegaron a mí tras la muerte de un buen amigo, a quien yo misma se los había regalado. En su interior encontrarás su nombre y sabrás de quién te hablo. Ese ser, dondequiera que esté, velará por ti cuando yo ya no pueda hacerlo.

Teresa condene las ganas de llorar. La habitación está a oscuras. Maria del Roser parece serena, aunque sus manos tiemblan, frágiles, con apariencia de palomas dormidas.

—No va a morir. Sólo tiene una indigestión —contradice lo que acaba de oír, asustada.

Pero la suegra no la escucha.

—Póntelo —insiste—. Quiero ver cómo te queda.

A pesar de sus reservas, Teresa hace lo que la suegra desea.

—Promete que nunca te lo quitarás.

—Lo prometo.

Al oír estas palabras, Maria del Roser suspira y cierra los ojos. Tiene las manos frías. Teresa las abraza entre las suyas. La suegra respira pausadamente. Cuando Teresa la cree dormida, de sus labios le llega un susurro amortiguado:

—Ya han llegado. Vienen a buscarme.

Teresa comprende que el delirio ha vuelto.

—No falta nadie —añade la mujer, mientras sonrío.

No parece sufrir en absoluto. Sus ensoñaciones parecen agradables.

—Qué bien que estés aquí, Violeta —susurra de pronto—. Te he echado mucho de menos.

Su descanso parece turbado por una exaltación extraña, alegre, inexplicable. De sus labios comienzan a emerger largas tiradas de palabras incomprensibles. Al parecer, réplicas de alguna conversación inexistente en la que Maria del Roser pone al día a un interlocutor invisible de lo que ha

ocurrido en los últimos veinte años.

—Ratoncito, amor de mi vida... —son sus últimas palabras inteligibles, antes de dormirse.

Teresa vela su descanso un rato más. Luego se levanta despacio y sale, dejando al servicio la encomienda de vigilar durante toda la noche. Las camareras se turnan para cumplir la orden. A cada rato, una de ellas entra en el dormitorio de Maria del Roser, comprueba que sigue tranquila y sale con sigilo para no despertarla.

Cuando Conchita acude al amanecer para ayudar a su señora en sus rutinas diarias la halla muerta y fría, con una sonrisa beatífica congelada en los labios.

Parece que haga una eternidad que supimos lo que ocurrió aquella atareada Nochebuena de 1932 en que Amadeo llegó a casa ya de noche, silencioso, con una severidad en la mirada que habría estremecido a todos si alguien se hubiera detenido a mirarle. Regresemos a ese momento para dar con la pieza que aún le falta al rompecabezas.

El señor de la casa ha llegado. No trae de vuelta la pistola, pero sí el libro de Gautier, que deja tirado sobre el terciopelo amarillo de los sillones del salón. Luego se refugia en su buhardilla, se descalza, se deja caer en el camastro, con la mirada perdida en las vigas del techo. Así mismo le encuentra Teresa, cuando sube a informarle de lo que ocurre en la casa. Él la escucha imperturbable, con una expresión de desprecio congelada en el rostro. Teresa está tan angustiada por la salud de su suegra que ni siquiera se da cuenta de que algo perturba a su marido. O puede ser que lo haya notado, pero le dé lo mismo. Ya no le teme. Tampoco le admira. Sólo le compadece.

Cuando su mujer sale, Amadeo regresa al obsesivo recuerdo de las palabras que ha oído esta tarde. Es como si en el mundo no existiera más que eso, un puñado de palabras pronunciadas por su amigo Octavio, y esta desazón y esta rabia que ya no le abandonarán nunca. Sabe que el modo en que ahora le atormentan esas palabras malditas es sólo un avance a cómo lo harán el resto de los años que le quedan por vivir.

Cierra los ojos. Odia. Con todas sus fuerzas. A Teresa, por la duda que ha

sembrado en su corazón desde hace ya meses y que en las últimas semanas, gracias a los informes de la doncella, se ha visto confirmada. Odia la palidez de su joven esposa, las lágrimas que él no ha provocado. Odia el modo desolado en que le mira desde que también ella duda y se pregunta.

Odia suponer que ella desearía estar en otra parte, entre otros brazos, lejos de él. Odia la honestidad de Octavio, esa segunda piel que nunca ha podido arrebatarse; la sincera derrota con que esta tarde ha respondido a su interrogatorio, su argumentación desarmada y laxa, rendida ante un enemigo que —lo ha reconocido— ha demostrado ser más fuerte que él. Odia la superioridad del contrincante y el ridículo que, siente, ha hecho presentándose ante él.

Evoca la escena por enésima vez. Ha ido al encuentro del amigo y le ha hallado allí donde esperaba hacerlo: su gabinete de la segunda planta, ese despacho de paredes forradas de maderas nobles que fuera de don Eduardo y que ahora lo seguía siendo, en cierto modo, ya que el retrato del fundador presidía la pared principal y vigilaba por encima del hombro todos los movimientos del hijo.

Amadeo ha entrado sin llamar. Octavio se ha sobresaltado, pero no ha dicho nada. Acaso un saludo breve.

—¿No pensabas venir a despedirte de mí? —ha preguntado Amadeo, enajenado.

—Claro. Nunca me iría sin decirte adiós —responde Octavio, con sinceridad.

—Me consta que de Teresa ya te has despedido —replica, y su voz suena a reproche—. Está deshecha.

Amadeo tiembla. Trata de disimularlo escondiendo las manos, pero su labio inferior le delata. Sus ojos, fijos en el otro, brillan con una luz extraña. Octavio trata de buscarle significados a todo esto, pero no lo consigue. Cuando Amadeo deposita sobre la mesa la novela de Gautier, siente que sus sentidos se nublan durante un instante. No comprende cómo puede haber llegado a sus manos. ¿Hay algo que Amadeo sabe y que él ignora?

—Ella te quiere —espeta Amadeo.

Es la última confesión que habría esperado oír en este momento. Octavio

abre el mueble-bar y sirve dos generosos vasos de whisky. Le entrega uno a su invitado y bebe la mitad del suyo de un trago.

—Te quiere, maldito seas —insiste Amadeo, dejándose caer sobre la silla.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No me hace falta. Lo sé.

—Creo que te equivocas, Amadeo. Sinceramente —replica Octavio, absolutamente convencido de sus palabras.

Amadeo le interrumpe:

—Todo esto no era necesario. El engaño, el cortejo, el plan de huida secreto... Podrías habérmelo dicho, como siempre lo hemos compartido todo, y te habría dejado el camino libre. Esta humillación está de más y no me parece un buen pago, después de tantos años.

El Amadeo que tiene ante sus ojos es para Octavio un hombre casi desconocido. Sólo una vez le descubrió una debilidad como ésta de hoy: aquella noche de hace tantos años en el pensionado de Sarria, cuando planeó vengarse de los muchachos que le habían robado sus dibujos. Aquella noche aprendió algo muy importante con respecto a su amigo: que es capaz de todo. Cuando se siente traicionado, pierde la razón. Octavio está a punto de comprobarlo por segunda vez en su vida.

Amadeo saca la pistola que lleva en la espalda y se la apoya en la sien.

—He venido a dejarte el camino libre —dice, apoyando el dedo en el gatillo.

Octavio se sobresalta. Se abalanza sobre él, pero Amadeo da un paso atrás.

—¡Por Dios, Amadeo! ¡Deja esa arma en seguida!

Le agarra la mano, forcejean, Octavio logra apartar el cañón de la sien del amigo, a pesar de que Amadeo no lo quiere, manotean con violencia y suena un disparo. Octavio consigue hacerse con la pistola sin que nadie resulte herido. El tiro ha impactado en la pared, a un palmo escaso del retrato de su padre. Octavio abre la puerta del gabinete. Encuentra a una docena de empleados congregados frente a ella, con cara de preocupación. Les tranquiliza con un gesto, aunque su expresión no resulta muy convincente. Luego vuelve a entrar, rellena los vasos, guarda la pistola en el cajón y trata

de apaciguar los ánimos.

—Amadeo, tranquilízate, por favor —dice, intentando reponerse también—. Nunca he querido serte desleal, sino todo lo contrario. Me han traicionado mis sentimientos y reconozco que me he comportado como un niño. Tal vez no debí hacerlo, pero te aseguro que ha sido un juego inocente y fallido. Teresa siempre me ha rechazado. Nunca he obtenido de sus labios ni la más miserable correspondencia. Sin embargo, mis sentimientos hacia ella y hacia ti son tan profundos que no tengo más salida que marcharme. Te ruego que me perdones. No te pido lo mismo para Teresa, porque ella es inocente.

Amadeo parece mareado, flojo como un pelele medio vacío. Se ha sentado de nuevo y bebe en silencio. Cuando apura el vaso, se levanta, se sirve más y continúa bebiendo. No le convence la explicación, pero comprende que es todo lo que puede esperar de esta entrevista que nunca debería haberse celebrado.

No pronuncia ni una palabra más. Abre la puerta y recorre con paso seguro la segunda planta, hasta la gran escalera modernista de mármol y acero. Es tarde, pero en los almacenes sigue la animación.

En el último vistazo, ya en pleno descenso, Amadeo ve a su amigo sentado en su poltrona rellenando el vaso hasta los bordes mientras el difunto don Eduardo lo contempla con indiferente altanería desde el cuadro de la pared.

Antes de salir a la calle, repara en el diminuto tren de juguete que da vueltas en uno de los escaparates, cargado de falsos regalos.

No sabe que esta imagen ya es un recuerdo. Uno de los que está condenado a acompañarle por siempre.

De:	Violeta Lax
Fecha:	14 de abril de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	El final escatimado
<hr/>	
Querida mamá:	

Me temo que he suspendido mi asignatura pendiente. La historia más inolvidable de mi vida me ha pagado con mi misma moneda. Ya tengo el final que merezco. Juzga por ti misma.

Margot fue trasladada hace una semana a la UCI, donde no puede recibir más visitas que las de su familia. Yo me presenté allí anteayer por la mañana. Nada más verme, una enfermera muy joven y muy sonriente me preguntó si era «algo suyo». Como pensé que me mirarían raro si decía «soy su pasado», me limité a la actualidad y dije: «Una amiga.» «Me temo que no puedes pasar», dijo ella, muy amable. Me pareció que sonreía demasiado para trabajar en un lugar donde muere tanta gente. Ya me iba cuando añadió: «Pero si lo deseas, puedes hablar con su hija.»

¿Su hija? Me dejó tan fuera de juego que mi primer impulso fue marcharme. Huir (¡qué raro!). No lo hice porque justo en ese momento la aludida apareció por el pasillo, cabizbaja, caminando en dirección a nosotros. Levantó los ojos del suelo y me miró con curiosidad. Calculé que debía de tener veintipocos años. Es rubia, altísima. Lo primero que pensé fue que no se parece en nada a Margot. La enfermera improvisó una presentación inexacta y precipitada: «Es una amiga de Margot. Ya le he dicho que no puede entrar. Quiere hablar con la familia.» Luego se volvió hacia mí y anunció: «Ella es Isabel. Os dejo para que podáis charlar», y se esfumó.

Me quedé sin palabras. A la sorpresa se sumió cierta sensación de familiaridad. Tengo vista a esa chica de alguna parte. «¿Nos conocemos?», le pregunté. Ella, que debe de estar muy acostumbrada a que le ocurran estas cosas, dijo: «Yo a ti no, pero igual te suena mi cara de verla en la tele. Soy actriz.» «No lo creo, porque vivo en Estados Unidos», respondí. Se encogió de hombros. Yo me quedé en silencio. Qué conversación tan estúpida, ¿verdad? Puro humor absurdo a las puertas de la muerte.

«¿Quién le digo que ha venido a verla?», me preguntó de pronto.

Parecía cansada. Los días de hospital, supongo. Dudé de nuevo. Mi silencio la inquietó. Endureció la expresión.

«¿La conoces en persona o eres una admiradora?», me preguntó, a la defensiva. Supongo que no sería la primera vez que una fan de su madre llega demasiado lejos. Y añadió, todavía más crispada: «¿No serás periodista?»

«No. No —dije—. Sólo que hace un montón de años que no nos vemos», dije, antes de añadir, tal vez para justificar mi reacción: «Tantos, que ni siquiera sabía que tenía una hija.»

«Ah, vaya», sonrió, «pues la tiene, ya ves».

«¿Puedo preguntarte qué edad tienes?»

«Claro. Veintiuno.»

Luego, nació en 1989. Yo viví con Margot del 95 al 97 y nunca me comentó que tuviera una hija. No sabía qué pensar hasta que ella dijo:

«Pero no soy hija suya, sino de Patricia, su mujer y un simpático donante de esperma. Sueco, según me contó siempre mi madre. ¿No lo sabías? Lo he contado en varias entrevistas.»

Reconocí que no sabía nada.

«Yo la conocí en el 2000, cuando se enrolló con mi madre», añadió.

«¿Está consciente?», pregunté, señalando hacia algún lugar indeterminado de la zona que me estaba vedada.

«Cada vez menos. Tiene instantes de lucidez, pero ya son muy pocos.»

«¿Y tu madre? ¿Podría hablar con ella?», pregunté, supongo que añorando la presencia de alguien de mi edad.

Negó con la cabeza, teatral.

«Me temo que tendrás que conformarte conmigo. Murió el año pasado, de lo mismo que tiene Margot. Tristes casualidades del destino, ¿no te parece? Como si el cáncer fuera contagioso. Supongo que yo seré la próxima, porque dicen que esto es genético.» La despreocupación y el desparpajo con los que Isabel hablaba de aquel drama me resultaba chocante.

«¿No piensas decirme quién eres?», saltó.

«Por supuesto. Me llamo Violeta Lax. ¿Crees que puedo regresar en otro momento?»

«Prueba. Pero cuando a mi madre la metieron aquí, no duró ni dos telediaros. Si venías a decirle algo importante, creo que has llegado un poco tarde. Aunque se lo puedes escribir en un papel, si quieres, y yo se lo leeré si hay ocasión.»

No es que fuera muy apetecible la idea de que aquella criatura deslenguada y sin complejos terminara como portavoz de mis sentimientos más íntimos, pero no tenía otra opción. Busqué una tarjeta y en el breve espacio escribí: «Aunque demasiado tarde, quiero pedirte perdón por marcharme sin decir adiós. Un beso. Vio.»

Le entregué la cartulina a Isabel y ella leyó mis palabras allí mismo, sin ningún disimulo. Luego me miró entornando los ojos.

«¿No serás la de la canción?», me preguntó.

De mi silencio dedujo que sí. Se llevó una mano a la frente, enarcó las cejas, abrió mucho los ojos. Como si acabara de darle una noticia increíble.

«¡Qué fuerte! ¡Es la bomba, de verdad! Y qué ovarios, los tuyos, de presentarte aquí.» No soportaba la conversación ni medio minuto más.

Le pedí que me anotara su teléfono y le pedí permiso para llamarla al día siguiente. No tuvo inconveniente. Se despidió de mí con un amistoso y risueño:

«Adiós, Vio. Adiós, Violeta.»

Creo que aquella canción de 1998, recuperada ahora en el último disco de su autora, retumbaba para ella tan fuerte como para mí:

*Palabras de despedida
para tu marcha, Violeta,
niña, ensoñación, poeta,
ilusión a la deriva.
Fuiste la estrella que pasa,
te marchaste de mi casa
sin decir un triste adiós
y el beso de despedida
fue un pedazo de tu vida
que nos robaste a las dos.
No deshagas tus maletas,
no te devuelvas la calma.
Contigo dejo mi alma.
Adiós Vio, Adiós Violeta.*

La he llamado esta mañana. Su voz me ha tomado al asalto:

«Ya te has enterado, ¿no?»

«¿De qué?»

«Joder, Violeta. Margot ha muerto. Lo han dicho en todos los telediarios de la mañana.»

«No tengo tele, lo siento», me he justificado.

Tenía la voz gangosa. Yo he tenido que contener mis ganas de llorar.

«Lo siento mucho», he dicho, «más de lo que crees».

«Oye, si quieres quedamos un día y charlamos. Tal vez después del entierro. Vendrás, ¿no?»

No he sido capaz de responder. No siento ningún deseo de ir. Un cementerio no es buen lugar para reencuentros. Sobre todo cuando eres el muerto.

«Bueno, da lo mismo», ha resuelto. «Oye, hoy no tengo mucho tiempo. La muerte da mucho trabajo, ¿sabes? Si te apetece, nos vemos otro día y hablamos tranquilamente.»

He asentido, pero sabía muy bien —y creo que ella también— que no

vamos a volver a vemos. Ya iba a balbucear una despedida cuando ha añadido:

«Le leí tu mensaje.»

Me ha dado un tumbo el corazón.

«¿Qué te dijo?»

«Nada. La callada por respuesta. Se ha ido sin decirte adiós. Estáis en paz, supongo.»

Ni siquiera en esos momentos he sido capaz de saber si hablaba en serio o no. Antes de colgar ha dicho:

«Sonrió. Llevaba días sin hacerlo. Creo que la hiciste feliz, Violeta.»

Mañana compraré todos los periódicos.

XXV

Un compromiso social ineludible, aunque grato para ella, obligó a la señora Teresa a pasar en Barcelona la noche del 17 de julio de 1936: acudir, junto a Amadeo, al estreno de una nueva comedia de don Pedro Muñoz Seca titulada *La tonta del rizo*. Después del estreno, que había tenido lugar en el Poliorama, cenaron con el exitoso autor, que mantenía una distendida amistad con Amadeo desde que se conocieron, en Madrid, algunos años atrás. Fue una velada simpática, amenizada por los chascarrillos y la generosidad de don Pedro, que tanto gustaban a Teresa. Los dos respectivos cónyuges, menos ingeniosos, aportaron a la reunión su contrapunto de insipidez.

Pasadas las dos de la madrugada, el matrimonio Lax hace su entrada en el patio de carruajes. El señor viene conduciendo su último antojo: un Mercedes Benz 500K, descapotable y de color rojo, al que prodiga más cuidados de los que jamás ha dispensado a ningún ser humano. Teresa viaja a su lado, inexpresiva como una esfinge, incómoda por el aire que le alborota los bucles, a pesar de llevarlos protegidos bajo un pañuelo floreado, y ensombrecida por la preocupación de ver las calles tan revueltas y a la gente tan dispuesta a alzarse contra cualquier cosa. Y no será que los barceloneses se sorprendan ante los alborotos o que no reconozcan el cierto aire familiar que aquí tienen los agitadores. Es más bien que el aire huele a pólvora y a mal presagio.

Teresa está a disgusto. No era su intención volver a casa antes de que terminaran las engorrosas obras de reforma del patio. Detesta esta suciedad

omnipresente de los albañiles, que no hay modo de lavar ni evitar. Y más aún detesta haberse alejado de su paraíso estival en Caldes d'Estrach, un lugar que se ha convertido en su refugio, su tabla de salvación, su terapia contra los sinsabores del resto del año y, al fin, el único rincón donde consigue olvidarse de todo y ser realmente feliz. El mar y los pinos tienen sobre ella un efecto balsámico. Le gusta dar largos paseos por la orilla, como hizo tantas veces con Maria del Roser, en las pocas vacaciones que compartieron. Y le gusta tener cerca a Tatín, quien nunca deja de visitarla y a veces se queda largas temporadas. «Soy el único miembro de la familia que en tu casa tiene derecho a plato, cubierto, escupidera y palmatoria», suele bromear su hermana mayor, que siempre llega a Caldes muy bien acompañada. Este año, por ejemplo, lo ha hecho al lado de un señor ruso de un abolengo tan rancio que ni siquiera se atreve a confesarlo en voz alta. Como todos los ricos, sabe bien que en estos días de revueltas y confusión los enemigos pueden salir de todas partes.

Pero lo que más tranquiliza a Teresa en sus días estivales, aunque sólo reconocerlo la mata de la pena, es la ausencia de su marido, cuya animadversión por la finca de Caldes se ha mantenido inalterada con el paso de los años.

Teresa baja del coche tras una despedida monosílaba y sube la escalera con cansina distinción, directa a sus habitaciones. Sólo pensar lo que va a encontrar siente una enorme flojedad. Todos los criados están en Caldes, donde son más necesarios, con la única excepción de Laia, a quien dejó en Barcelona para que se ocupara de Amadeo. Cuando llega arriba, temiendo lo peor, y asqueada por el polvo blanco que lo cubre todo, Teresa se lleva una grata sorpresa. Sus habitaciones están impecables, las fundas de los muebles han sido retiradas casi en su totalidad —aunque sólo por esta noche—, la estancia ha sido ventilada y la cama, abierta. Sobre el escabel del vestidor descansa su conjunto de raso y sus chinelas con borlas. Por un momento, viendo el esmero con que todo ha sido previsto, le parece que Antonia sigue con ella, y se pregunta si valora lo suficiente a esta joven que hasta hace dos días era una mocosa entrometida.

Mientras se quita el traje de noche viene a su mente un episodio que

ocurrió hace unos pocos años. Laia no debía de tener más de diez. Teresa y su suegra habían subido al Citroën con la intención de ir a la parroquia de la Concepción a oír misa. Debía de ser domingo y ella volvía a estar embarazada sin saberlo. Nada más salir al Paseo de Gracia, sintió una náusea muy fuerte y tuvo que pedirle a Julián que regresara a casa en seguida. Subió la escalera tapándose la boca con las manos, en un esfuerzo por no vomitar en cualquier parte, y cuando abrió la puerta de su salita, camino del cuarto de baño, se encontró con la hija del cochero metida en su vestidor, probándose sus zapatos y contemplándose en el espejo. Al verse sorprendida, la niña se quedó lívida del susto.

En cuanto pudo reaccionar, Laia dejó los zapatos donde los había encontrado, apagó la luz y salió de allí con el corazón al galope. Durante unos cuantos días esperó una reprimenda que no llegó. Al contrario, cada vez que se cruzaba con la señora Teresa por la casa, sus ojos la miraban con un aire de divertida complicidad. Lo más sorprendente para ella fue recibir el día de su cumpleaños una caja de cartón envuelta en un papel rojo y brillante, en cuyo interior descubrió unos preciosos zapatos de tacón. Los primeros de su vida.

Teresa se siente aliviada cuando termina de quitarse todas las prendas — con excepción del *culotte*— y toma el camisón de la banqueta. La bata la deja a los pies de la cama. Hace demasiado calor y no piensa recibir a nadie. Tampoco tiene sueño. Se sienta en el diván a contemplar la calle desierta desde la ventana. No se mueve ni una brizna de aire. En cambio, sus pensamientos van de un lado para otro. Piensa en la velada de esta noche.

La comedia era insustancial, pero divertidísima. Le ha gustado más que la última que le vieron a su autor, aquella sátira del comunismo titulada *La OCA*, en la que Amadeo rió tanto que por poco le da una congestión. Hay un tipo de risa por contraste que a Teresa le parece ofensiva. Es la risa del que mira el mundo desde arriba. Hay otra, en cambio, que se mira en el espejo y explota sólo de verse. Esa es la que ella prefiere y tal vez por eso su comedia favorita de todas las del amigo sigue siendo, de largo, *La venganza de don Mendo*. ¡Cómo se rió la primera vez que la vio, varios años después de su estreno! No le extraña en absoluto que aún se reponga. Ella no se cansa de

verla. Y en el trato, le parece que Pedro Muñoz Seca es como su teatro: un hombre candoroso y lleno de ingenio, que posee el don, tan inhabitual, de hacer que los demás olviden sus problemas. A lo largo de su vida, Teresa piensa que sólo ha conocido a otra persona así: su querida Tatín.

Un pensamiento lleva a otro, y se acuerda de la tarde en que se atrevió a abrirle su corazón a su hermana, como nunca antes. Fue aquí mismo, en la salita. Tatín ocupaba el sillón y Teresa el diván, como ahora, desfallecida porque llevaba cuatro días sin comer. La mayor de las hermanas Brusés se presentó de improviso y subió la escalera como si llegara a invadir un territorio. Nada más abrir la puerta del cuarto de su hermana, la miró, frunció los labios, puso los brazos enjarras y la amonestó:

—¿Se puede saber qué haces ahí a estas horas y sin vestir? Estás horrible. ¿Te encuentras mal?

Bastaron a la muy mundana Tatín cuatro frases para comprender la gravedad del mal que aquejaba a Teresa. Observó el libro de Teófilo Gautier, que aquélla le mostró con reverencia, mientras le confesaba haberlo leído tantas veces en los últimos años que casi se lo sabía de memoria. Teresa hablaba del significado que tenía el libro para ella y acariciaba con las yemas de sus dedos los símbolos dibujados en el ex libris de Octavio como si fueran Octavio mismo. Aquella tarde la hermana pequeña hizo confesiones que nunca pensó hacer a nadie. Estaba enferma de dudas y de indecisión. Y tonta de un amor que no había previsto.

—Todas las noches, antes de dormir, imagino que estoy con Octavio en Nueva York y que somos felices. Sólo así consigo un poco de sosiego —dijo.

Tatín, cuyo espíritu práctico nunca había consentido sucumbir ante romanticismos enfermizos, atajó el problema yendo directa al grano:

—¿Y por qué no te vas con él?

Teresa la observó como si hubiera pronunciado un sacrilegio. La hermana insistió.

—¡No desfallezcas más, ánima de cántaro, y vete con ese hombre por el que ni duermes ni comes!

Teresa abrió ojos asustados.

—¿Cómo voy a dejar a Amadeo?

—¡Anda! No serías la primera. El adulterio es viejo como el mundo.

Teresa se ruborizó. No era capaz de pensar en esos términos de sí misma. Menos aún de Amadeo. Tatín, viendo que su hermana nunca aceptaría esa solución, propuso otra. Igual de pragmática pero —por poco tiempo— más legal.

—También podrías divorciarte. Es mejor solución que ser infeliz de por vida. Tu marido es un egocéntrico que sólo piensa en sus amantes, sus coches y sus cuadros. ¡Con lo que han cambiado los tiempos! ¡Si ahora las mujeres podemos hasta votar!

Teresa la escuchaba con expresión triste.

—Además, yo te acompañaría. ¡Nueva York me entusiasma! Hace tiempo que deseo comprarme allí un pisito. Una vez instaladas, no nos será difícil encontrar a tu Octavio. Tengo buenos amigos en Estados Unidos que nos ayudarán encantados. Tiene que existir una razón por la que no te haya escrito. Ese hombre es un caballero, y ambas lo sabemos.

Era tal la seguridad con que Tatín hablaba que Teresa sintió, por primera vez, que su desgracia tenía remedio. Después de aquella conversación comenzó a ver su vida de otro modo. No como un yugo muy pesado que la une a un hombre y un lugar que ya no siente como propios, sino como un puñado de caminos que conducen a otras tantas posibilidades y entre los que puede elegir el que más le convenga. Recuerda las palabras de Maria del Roser: «Las mujeres somos libres para labrar nuestro futuro y escapar de nuestros explotadores», le oyó una vez. ¿Qué opinaría ahora que el explotador contra el que trama rebelarse es su propio hijo?

Las evocaciones de Teresa toman un aire más fúnebre cuando piensa en Amadeo, en su idolatrado Amadeo. Se pregunta si siempre fue así o si es ella la que le ha cambiado. «Eres demasiado buena, Tessita. Te dan un hombre y en sólo un año haces de él un inútil», le dijo una vez Tatín. En los últimos tiempos Amadeo se comporta de un modo distinto. Le ha prohibido asistir a más reuniones del Círculo Espiritista —«ese manojito de lunáticos», les llama— y no le permite salir, a menos que vaya acompañada por Conchita. A veces la mira con una frialdad que le da pánico. Otras, le regala cosas y le dice que quiere que todo vuelva a ser como antes. La tiene desconcertada. Y

aislada, eso es lo peor. De las personas que han sido importantes para ella, sólo le queda Tatín.

Antonia se despidió a principios de 1933, demostrando que tenía la decisión muy tomada y ningunas ganas de dar explicaciones. Lamentó mucho su pérdida, pero sólo fue una más, a sumar a las grandes ausencias de su vida. La de Octavio, la de Maria del Roser, la del Amadeo que ella amaba...

Aunque Tatín, hay que reconocerlo, vale por todos ellos. Es capaz de hazañas increíbles. Como cuando fue a hablar con Amadeo de su triste situación.

—Tu mujer se apaga como una vela —le dijo—. Creo que deberías hacer algo por evitarlo.

La entrevista se celebró en el gabinete y estuvo marcada por la tirantez de los participantes y un cierto aire ministerial de la conversación. Tatín expuso los hechos, fiel al papel de cabeza de familia que había asumido hacía años, considerando todos los aspectos —incluidos la edad y el talante soñador de la joven— y Amadeo esperó a que terminara para decir, con aire imperturbable:

—Tu hermana tiene lo que se ha buscado, cuñada.

Cuando salió de la audiencia, Tatín Brusés estaba convencida de que Teresa debía abandonar a su marido cuanto antes. Así se lo dijo, y desde ese momento comenzaron juntas a tramar una estrategia que incluyera tres ingredientes fundamentales: honestidad, oportunidad y rapidez. Durante este verano de 1936 en el que, tras la breve divagación, volvemos a encontrarnos, han hablado mucho de ello, sentadas bajo los pinos de la finca de Caldes. Ya tienen pensados todos los detalles. Tatín ha reservado una cabina para ambas y el pequeño Modesto en un vapor que saldrá de Barcelona el próximo 10 de septiembre. Por supuesto, en secreto, porque nadie puede conocer estos planes. Ya sólo queda elegir el mejor momento para comunicárselo a Amadeo.

Sentada en el diván junto a la ventana, en esta húmeda y calurosa noche barcelonesa, Teresa decide que el momento será mañana, después del desayuno.

A la mañana siguiente amanece un día soleado, caluroso y que atufa a pólvora. Hay mucha agitación en las calles desde primera hora, y de todas

partes llegan gritos amortiguados. De madrugada, Teresa ha visto a tres hombres jóvenes asaltar al sereno para quitarle sus armas y ha sentido miedo de que acto seguido entraran en su casa. Tal y como están las cosas, lo espera todo.

Amadeo también está preocupado, desinformado por culpa de la falta de periódicos —hoy no se han publicado—, intentando tener bajo control una situación que nadie puede controlar. A media mañana unos hombres han aporreado la puerta y ha sido necesario espantarlos, bajo la mirada temerosa de Laia, a punta de pistola. Se siente como el señor de un castillo feudal en plena insurrección de los siervos de gleba. Aunque sabe que solo no podrá resistir mucho tiempo. Al fin, a eso de mediodía consigue salir. Cuando regresa, después de conversar con su bien informado amigo Albert Despujol, sus ideas están más claras y su ánimo más sereno. Si las cosas no mejoran en una semana o dos, como todo el mundo espera, lo más pertinente será refugiarse en Italia. «Aquí corremos grave peligro, Lax —le ha dicho Despujol—. Si nos quedamos, estos bárbaros comunistas nos pasarán a sangre y fuego.»

Esta mañana, Laia ha servido el desayuno a los señores por separado. Sobre la bandeja de Teresa no ha podido depositar la rosa amarilla de otras veces. El rosal, lo mismo que el resto de plantas del patio, ha sido arrancado, y en su lugar se extiende ahora un suelo de madera oscura, coronado por una cúpula de cristal y rodeado de paredes granuladas. De los obreros, en la nueva estancia sólo quedan las herramientas, que se han comprometido a recoger esta tarde. Cuando lo hayan hecho, Laia tendrá que vérselas sola con la limpieza de todo. Cuando la familia regrese a casa después de las vacaciones, será como si a las habitaciones les hubiera brotado un hijo.

Teresa baja la escalera sin prisas, vestida tan sólo con el conjunto de camisón y bata, de raso de color salmón, y llevando en los pies las delicadas chinelas con borlas de seda. La joven la observa tan embelesada como cuando era una niña.

—¿Podrás telefonar a tu padre y decirle que venga a recogerme a las cinco, por favor? —le pregunta, antes de pasar al salón.

Laia deja el cumplimiento de la orden para más tarde. Cuando esté en

disposición de acatarla, ya no será necesario.

Desde los sillones junto a la chimenea Teresa contempla, desolada, el viejo patio. La puerta policromada está en su sitio, pero más allá se abre una tierra incógnita, que nada tiene que ver con aquel respiro soleado lleno de verdor que tanto le gustaba. Ahora las paredes están desnudas, rugosas, aguardando la llegada de los pintores. Ni siquiera el arrimadero alicatado consigue dotarlas de un aire menos fúnebre. Desde alguna parte llegan estallidos lejanos. Teresa se pregunta si no debería irse ya. En ese instante, a su espalda oye la voz de Amadeo.

—Buenos días, querida —dice—. ¿Apruebas los cambios?

Teresa se vuelve a mirarle. Amadeo va impecablemente vestido con su traje cruzado y lleva en la mano su sombrero de paja y una caja de cartón coronada con una lazada. Ella asiente con timidez.

—Te he traído un regalo —anuncia él.

La gentileza desarma a Teresa, cuyo corazón late a mil por hora intuyendo que la hora de la verdad se acerca.

—¿Por qué? —pregunta.

—¿Hace falta un motivo? No me los pedías durante nuestra luna de miel, cuando te compraba todos aquellos caprichos.

Teresa sonríe con tristeza. Qué lejos queda su viaje de luna de miel. Y qué poco tiene ella en común con aquella niña inocente y muerta de miedo que idolatraba a su marido sobre todas las cosas.

Vuelven al salón para que ella pueda abrir el regalo. Se sientan en los raídos sillones de terciopelo amarillo.

—Hay que cambiar esta tapicería, está fatal —comenta ella, como si pensara hacerse cargo del problema.

Están el uno frente al otro. Teresa deposita la caja sobre sus rodillas, deshace el lazo, levanta la tapa. Una pequeña cabecita peluda asoma al exterior y la mira con dos deslumbrantes ojos almendrados. Es un cachorro de gato persa. De pelo blanco y largo. Lleva un collar con una placa donde se lee: «*Dickens*».

Teresa observa la placa y pregunta:

—¿Dickens?

—Siempre te gustó, ¿no? Debe de ser un bicho muy Victoriano. Pensé que te gustaría que ya llegara bautizado.

Teresa saca al animal de la caja y lo acaricia sobre su regazo. El gatito entorna los ojos y emite un ronroneo de satisfacción.

—A Modesto le va a encantar —susurra ella, teniendo en cuenta el súbito interés por el reino animal que demuestra este año su pequeño.

Amadeo la mira en silencio, ladeando un poco la cabeza. Teresa teme esa mirada, porque sabe lo que significa. Amadeo ha pasado de despreciarla a necesitarla con desesperación. Es la antesala de uno de sus arrebatos. Antes la amedrentaban, ahora no los soporta.

—Quiero que las cosas se parezcan a como eran antes. Estabas siempre tan contenta. Me mirabas como nadie. —Amadeo extiende el brazo y busca con un dedo un contacto pueril, juguetero.

Pero ella aparta la mano de un gesto brusco.

—Ya nada podrá ser como antes, Amadeo.

Lo ha dicho, ha tenido el valor. Su corazón no le da sosiego y le laten las sienes en un dolor nervioso. Siente que con estas palabras ha traspasado un umbral. Él la mira sin entender lo que ve ni lo que oye. El animalito baja de un salto del regazo de su dueña, trota con torpeza sobre las baldosas y sube de un salto a otro de los sillones, como si quisiera asistir a un espectáculo que está a punto de comenzar. A Teresa le cuesta respirar. Tiene la boca seca. Se arma del coraje que nunca ha tenido para decir:

—Quiero que nos divorciemos.

Ahora es él quien siente que está en otro mundo. En el del desprecio y la negación. El de la traición y el engaño. Niega con la cabeza. Lo tiene claro. Eso que dice Teresa, sencillamente, no va a ocurrir. Ni siquiera tiene que pensarlo, sopesar la propuesta. No. Teresa no va a abandonarle. No entra en sus planes permitir que tal cosa ocurra. No ha sentido nunca nada con tanta seguridad: ella no se saldrá con la suya. Así tenga que prohibirle ver a nadie, incluida la víbora de su cuñada, para conseguirlo.

Como resumen, sólo dice:

—Ni hablar.

Ella tiembla. Tiene las manos heladas. Y un miedo repentino.

—No puedo continuar a tu lado, Amadeo. Ya no te quiero como antes. Siento que nuestra relación es una farsa. Un edificio con una bonita fachada pero con todas las vigas podridas, a punto de derrumbarse. Tú no te mereces algo así.

—Eres una imbécil —levanta la voz él, de pronto, sobresaltándola— y una ingenua. Sigues pensando en Octavio, ¿verdad? ¿Crees que no me doy cuenta?

Teresa no le teme a la verdad. Todo lo contrario, siempre la ha defendido. La verdad siempre es mejor que la mentira, por dolorosa que ésta resulte. Pero esta regla de oro no es aplicable a Amadeo. Él es un ser vulnerable, ella lo sabe bien, alguien para quien la verdad puede ser una herida mortal.

—Eso no importa ahora, Amadeo.

—¡Claro que importa! ¿Piensas que él te está esperando al otro lado del Atlántico? ¿Que podréis comenzar una nueva vida, como si tal cosa, en un lugar donde nadie os conozca? ¿Nunca te has preguntado, pobre idiota, por qué Octavio nunca te ha escrito? ¿Ni siquiera para darte su nueva dirección? ¿Lo único que se te ha ocurrido es suspirar por él, como una jovencita absurda?

Teresa vacila. Se siente herida y ridícula. No ignora que Amadeo es capaz de todo cuando actúa movido por el odio. Le observa desde otra dimensión y siente por él una lástima indecible. Amadeo tiene la cara congestionada, se le marcan venas en el cuello y las sienes, sus alaridos han alertado a Laia, que ha hecho amago de subir la escalera pero de inmediato la ha vuelto a bajar. Teresa escucha sin mover ni un músculo, sentada sobre el terciopelo amarillo, observando las obras terminadas del patio más allá de la cristalera y la chimenea vacante, esperando a que la tormenta amaine.

No puede saber que Amadeo guarda una bala mortal en la recámara. Es la seguridad con que ella se mantiene en su postura lo que le decide a arrojarla en su contra. Es su último recurso. La venganza del vencido.

—¿Qué pasaría si supieras que Octavio no está en América?

Ella agita la cabeza. No quiere escuchar. Finge indiferencia. Él le agarra la cabeza con fuerza, una mano en cada mejilla. Teresa siente sus palmas calientes, sudorosas. Sus miradas se encaran, se desafían. La voz de él suena

rugosa al decir:

—Octavio está muerto, desgraciada. ¡Muerto!

La presa ha mordido el anzuelo. El gran depredador está contento. Al fin ve descomponerse a la hierática criatura que se ha levantado hoy con la intención de hacerle añicos. Por fin la ve enrojecer, llorar, suplicar. Es como si no la escuchara. Como si sólo disfrutara del espectáculo de su desplome. En silencio, como se asiste a las grandes victorias. Sólo regresa de sus pensamientos cuando Teresa, deshecha en llanto, le golpea el pecho, gritando:

—¿A qué te refieres? ¡Dime a qué te refieres!

Entonces Amadeo le habla de la Nochebuena de 1932. Su visita a Octavio. La conversación que mantuvieron en su gabinete. Le cuenta que cuando le dejó estaba entonado y sirviéndose la cuarta copa de whisky. Había tres botellas sin abrir en el mueble bar, y apuesta a que cayeron antes de la hora de cierre del establecimiento. Octavio despidió a los guardias para poder estar a solas; les dijo que él se encargaría de conectar los sistemas de vigilancia. Les dio la noche libre a los bomberos que trabajaban en el edificio. La última persona que le vio con vida fue, precisamente, uno de ellos. Se llamaba José Sánchez. Dijo que su jefe estaba tan borracho que casi no podía tenerse en pie. Por un momento el trabajador pensó en contravenir las órdenes recibidas y quedarse en el establecimiento, pero era la víspera de Navidad y las ganas de reunirse con su familia pudieron más, así que echó el cierre y se fue a su casa. Al día siguiente le despertó su mujer para decirle que El Siglo se estaba quemando. El primero que le vino al pensamiento fue Octavio. Cuando se marchó dormía, desplomado sobre la mesa. Cuando logró llegar a Las Ramblas, colarse entre la multitud y preguntar por él, nadie sabía nada de la vigilia. Todo el mundo le dijo que don Octavio se había marchado esa misma mañana hacia América. El pobre hombre ayudó en las tareas de extinción, y por poco se deja la vida intentando llegar al despacho de la segunda planta. Tuvieron que hospitalizarle con graves quemaduras en todo el cuerpo. Sobrevivió, y supo que entre los escombros no se habían encontrado restos humanos. De todos modos, buscarlos en aquella montaña de hierros retorcidos habría sido una tarea imposible. Al fin, el bombero se

convenció de que Octavio no estaba en el edificio. Supongo que el pobre tenía cosas más urgentes en qué pensar, ahora que se había quedado sin trabajo. Y no se habló más del tema. Hay que reconocer que el bueno de Conde fue discreto incluso para morir. Qué gran tipo.

—Todo eso no es verdad —ruge Teresa, fuera de sí—. ¿Cómo va a estar muerto? Se habrían celebrado funerales. Lo habrían dicho los periódicos.

—Lo habrían hecho, claro está —responde Amadeo, súbitamente sereno—, de haberlo sabido.

—¿Y cómo es que tú lo sabes y ellos no? ¿Pretendes ser más listo que las fuerzas de seguridad?

—Me lo contó el propio José Sánchez a cambio de una propina insignificante. Pero además, olvidas que yo estuve allí, querida. Y le di a Octavio motivos para beber. Imagino que cuando se durmió estaba tan borracho que no se dio cuenta de nada. O tal vez se mató antes, quién sabe. Para eso le dejé mi pistola. No puedo estar seguro. Lo único que sé con certeza es que no tomó el barco.

—¿Lo sabes? ¿Es que fuiste a comprobarlo?

—Así es —sonríe, satisfecho—. Envié a un mandado a recibirle a su llegada a Nueva York, con la excusa de que le ayudara con el equipaje. El pobre hombre me telegrafió, muy extrañado, para decirme que ningún señor Conde viajaba en el *Magallanes*, que su camarote había estado vacante todo el trayecto. Le dijeron que en primera clase estas cosas ocurren, porque los ricos somos muy olvidadizos. ¿Qué te parece? ¿No es sensacional?

Teresa no puede contestar. Sólo trata en vano de ordenar sus ideas. Intenta dar con una escapatoria a esta situación. Amadeo la atosiga, paladeando su venganza.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Continúas queriendo marcharte a Nueva York?

No sabe de dónde consigue sacar las fuerzas para responder, con la voz entera a pesar de todo:

—A Nueva York no. Pero quiero marcharme.

Como si esa frase hubiera prendido una mecha, Amadeo arde. Teresa siente pánico. El horror que acompaña al vislumbre del final. Él se levanta y

propina al cachorrito peludo una patada tan brutal que el animal se estrella contra el frontispicio de la chimenea y cae fulminado. Teresa se estremece de horror, se levanta con la intención de marcharse a su cuarto, pero Amadeo la agarra del pelo y la atrae hacia sí. Tiene mirada de loco. El sudor le cae en grandes goterones por la frente. La agarra por los hombros, la zarandea. Pronuncia palabras cargadas de rencor, insultos infames que nunca antes habían salido de su boca. Se enciende como un monigote de paja. Cuanto más grita más deseos de gritar tiene. Cuanto más pierde los papeles más ansias de propasarse siente. Hasta que sus manos se ciñen al cuello pálido de ella. Y aprietan.

Cuando ya es demasiado tarde, Amadeo se arrepiente. Siente un silbido punzante en sus oídos. Aparta las manos de la garganta amoratada de Teresa. El cuerpo de su mujer cae al suelo como una muñeca rota. Amadeo se arrodilla a su lado. Pronuncia su nombre por última vez. Varias veces, entre sollozos. Se acurruca sobre ella, con la cabeza entre sus senos, y berrea como un niño. Permanece así mucho rato, hasta que el cuerpo de Teresa comienza a enfriarse. Entonces, lúcido, comprende que debe hacer algo.

Se enjuga las lágrimas, se levanta. Ve la escena como si no tuviera nada que ver con él.

En ese momento descubre a Laia mirándole con horror desde la puerta. Ella también llora.

La tarde del 17 de julio de 1936 transcurre intramuros con mucho ajetreo. Cuando los albañiles llegan a recoger las herramientas, encuentran un ligero cambio en el recién terminado gabinete. La puerta del cuartucho que con tanto cuidado barnizaron ha sido cerrada con llave y la manecilla, arrancada de cuajo de su lugar. El señor de la casa, además, les sorprende encargándoles un trabajo urgente, por el que les ofrece el doble del pago habitual. Se ponen de inmediato manos a la obra, sin hacer preguntas: cubren con una gruesa capa de yeso el principal muro del antiguo patio y también — cosa rara — la puerta que limita con éste. Cuando terminan, nadie diría que existe una cavidad tras el muro. De su contenido, por supuesto, nada saben.

Mientras los obreros trabajan, Amadeo anda de un lado para otro,

enajenado. Da miedo verle, tan fuera de sí, con los nervios descompuestos, llorando a ratos y presa de una actividad compulsiva otros. Anda por la casa recopilando objetos, arrojándolos sin mucho tino en el interior de un baúl que había pertenecido a su madre, haciéndose con documentos, joyas, dinero en metálico.

A eso de las siete sale de casa. Prefiere tomar un taxi que sacar uno de los coches, demasiado llamativos. Regresa media hora después, le muestra a Laia unos papeles recién conseguidos y dice, triunfal:

—Pasaportes españoles y visados alemanes. Embarcaremos mañana en un carguero que sale a primera hora. Tú vendrás conmigo. Les he dicho que eres mi hija.

—¿Adónde?

—A Italia. Tendrás que quitarte el uniforme. Ve al vestidor de Teresa y ponte lo que quieras.

Laia obedece. Nunca había podido imaginar que cumplir ese sueño tantas veces acariciado le ocasionaría un dolor tan hondo. En el vestidor de Teresa los olores perpetúan a la señora, y continuarán haciéndolo cuando salgan de allí, mientras no se desprenda de estas ropas que nunca debió ponerse. Paralizada por el espanto, Laia mira los vestidos que tantas veces admiró, y no sabe por cuál decidirse.

Mientras tanto, más furioso que nunca, Amadeo ejecuta el último acto de su vida en la casa. Volverá algún día, dentro de unos cuantos años, pero nada volverá a ser como antes de esta noche. Ha bajado la caja de pinturas, la paleta y las brochas. Despliega frente a sus ojos los violetas, ocres, añiles y azules que siente como un reflejo de su ánimo. Con ellos, encaramado a la escalera que los operarios no se han llevado, pinta su primer fresco. No será el de los millonarios de Tiana. Será éste, en su propia casa, en el viejo patio, recién convertido en tumba. Y no será un motivo floral, una naturaleza muerta o una fantasía mitológica. Será ella. Su obsesión. Su Teresa. Una belleza imposible de ojos esquivos, los que tenía esta mañana cuando quería dejarle. Teresa mirando más allá de su vida, más allá del horizonte que él trazó para ella. Su Teresa, la única mujer a quien quiso hacer feliz. Perdida sin remedio aunque ya cautiva de estos muros.

Cuando Amadeo abandona la casa, acompañado de la criada disfrazada de señora, la pintura aún no se ha secado del todo. El crujido seco con que se cierran los portones de la entrada principal resuena como un eco por las habitaciones, terco y persistente, feliz de haberse quedado solo y a sus anchas.

De:	Violeta Lax
Fecha:	16 de abril de 2010
Para:	Valérie Rahal
Asunto:	Decisiones

Querida mamá:

Ayer estuve hablando durante horas con Daniel. El lugar era idílico (sé que te gustan los detalles de ambientación), la terraza junto al mar de un restaurante llamado Aqua, al que acudimos para celebrar mi cumpleaños. Me alegro mucho de que haya venido (seguro que eso también te gusta), porque habría sido triste celebrar sin él mis cuatro décadas de vida.

He decidido aceptar la dirección del nuevo Museo Amadeo Lax. En parte, te lo debo a ti y a tus palabras. Tienes razón: puedo admirar al Lax pintor y abominar al Lax ser humano sin que ninguna de las dos cosas interfieran en mi trabajo. Y también puedo trabajar para que la verdad se sepa. Dar a conocer la verdadera personalidad de Teresa Brusés, por ejemplo. Escribir algo sobre ella y sobre su vida al lado de un artista tan talentoso y tan complejo como el abuelo.

En ese sentido, ayer mismo conocí al señor Gabriel Portal. Es un sobrino tataranieta (o algo así) de Octavio Conde, el supuesto amante de Teresa, con quien siempre se dijo que se fugó a Nueva York en 1936. Parece difícil aceptar que esa afirmación estuviera cimentada sobre equívocos, chismes o sobreentendidos, pero así es. Supongo que la coincidencia de la fecha con el estallido de la Guerra Civil contribuyó a que nunca se realizara una investigación seria. El único que lo intentó fue este aristócrata venido a menos a quien he tenido el gusto de conocer y que desde hace años ha puesto su empeño en escribir una historia documentada de su familia. Cuando le pregunté qué había sido de Octavio Conde, se encogió de hombros y dijo: «Se esfumó.»

Todo lo que ha llegado a saber de su pariente, según me explicó, fue

que contrató un camarote en el vapor Magallanes, que realizaba la ruta entre Barcelona y Nueva York, el 25 de diciembre de 1932. Pero, por mucho que lo intentó, no consiguió dar con su pista en ninguna de las escalas del barco. Ni las Islas Canarias, ni Cuba ni Nueva York. Durante años creyó que se habría cambiado de nombre para pasar inadvertido y así poder llevar una vida discreta junto a su amante. Aunque si la amante no iba con él, esa teoría tampoco tiene sentido. Tampoco le halló él en ninguno de los cementerios —más de veinte— que investigó. No hay una única explicación plausible a este enigma. Don Gabriel apuntó varias hipótesis: «O nunca se fue, y vivió aquí bajo nombre falso, o huyó a otro país, tal vez a la Italia de Mussolini, donde se refugiaron tantos ricos empresarios barceloneses de aquel tiempo. O murió durante la Guerra Civil.. .»

Finalmente, concluyó:

«Es una ecuación imposible. Tiene demasiadas incógnitas.»

Así que mi periplo barcelonés toca a su fin. Ayer llevé a Daniel a ver la casa de la familia. Los albañiles dan forma al nuevo Museo Amadeo Lax. Mi despacho estará en el sótano, donde antaño estuvieron las habitaciones de servicio. Las cocinas, bastante bien conservadas, van a dejarse como parte de la exposición. Estará terminado a finales de año, y la inauguración se efectuará el 22 de enero, coincidiendo con la fecha del cumpleaños del abuelo. Ésa es la fecha que marcará mi regreso a Barcelona, y el de toda mi familia. Pensarlo me hace feliz y Daniel está encantado.

Así que mañana haré las maletas y regresaré. Tengo que compensar a Drina de alguna manera por todos los problemas que le he ocasionado durante estas semanas y también aguantar el chaparrón de mis superiores en el Art Institute. Creo que van a sorprenderse mucho cuando les presente mi dimisión. Por otra parte, he logrado convencer a papá para que venga a la inauguración y me gustaría que estuvieras tú también, si no tienes nada mejor que hacer. Me haría feliz tener a ambos.

Por último, esta mañana he visitado la tumba de Teresa. He comprado un enorme ramo de rosas rojas y he recorrido las calles soleadas del cementerio con la intención de despedirme de ella. Antes de llegar al nicho, he pensado que es injusto que sus restos descansen tras una anónima lápida de cemento y he decidido encargarle una de mármol, con su nombre. Sin embargo, qué sorpresa, al llegar he descubierto que la tumba no está igual. Ya no es anónima. Hay una lápida preciosa, de granito negro, y sobre ella, en letras de plata, se lee:

TERESA BRUSÉS BESSA
(1907-1936)
TU HIJO Y TU NIETA NO TE OLVIDARÁN JAMÁS

Había un ramo de marchitas margaritas blancas sobre la breve repisa. Las he retirado y he dejado allí mis rosas. ¿Verdad que fuiste tú quien me contó que las margaritas blancas son las flores favoritas de papá? También pasé a despedirme del santito popular. Encontré su tumba tan repleta de flores, exvotos y ofrendas de todo tipo como la otra vez. Me quedé mirando la famosa grieta que parte la lápida en diagonal, esperando vislumbrar la luz del más allá al otro lado, pero no ocurrió nada. Aunque debo reconocer que me concedió mi deseo. Ahora que lo pienso, creo que prometí contártelo si me lo cumplía, ¿verdad? Pues bien: le pedí que me ayudara a marcharme de Chicago. No soportaba aquello ni un día más.

¿Sorprendida?

En pago a sus eficientes servicios, decidí dejarle a Francesc Canals Ambrós la cadena y la alianza con su nombre. No tengo ni idea de cómo llegaron al cuello de Teresa ni qué significado tenían para ella, pero me pareció de justicia que se quedaran con él.

En fin, mejor lo dejo aquí. Me gusta tanto aporrear el teclado nuevo que llego a pensar que ejerce sobre mí una especie de maleficio. Comienzo a escribir y parece que las historias no vayan a terminarse nunca.

Sólo añado un aviso, para que no te asustes: vuelvo a casa con un pie enyesado. Es una lesión de origen algo vergonzoso. Al bajar la escalera, después de la visita con Daniel, tropecé con el pámpano del primer escalón, di un traspie absurdo y me luxé los ligamentos. Yo soy torpe, lo sé, pero ¿a quién demonios se le ocurriría colocar ese adorno exagerado precisamente ahí, en medio del paso?

Cojamente tuya, la prolífica, barcelonesa y renovada

Violín

Barcelona, 30 de noviembre de 1940

Querido Amadeo:

Tengo serias dudas de que esta carta llegue a tus manos. Como no tengo ninguna otra dirección tuya he pensado enviarla a la del

hotel de Roma donde estabas la última vez que supe de ti, con la esperanza de que alguien te la haga llegar. Le escribí a la prima Alexia, por si ella sabía dónde encontrarte, pero no hubo suerte. Me dijo, eso sí, que Modesto está bien. Muy mayor ya (¡siete años!) y parece que dispuesto a seguir los pasos de su padre: dice que tiene muy buena mano para el dibujo. Y que también le gusta mucho imaginar historias.

Por aquí ha habido grandes cambios. Te escribo para ponerte al corriente de ellos. Todos los muebles fueron robados, lo mismo que los coches, las lámparas, las alfombras, el piano, el gramófono y cuanto de valor quedaba en las habitaciones. Y eso que lo defendimos todo como leones. Lo bueno es que logramos salvar la casa de los incendios que devoraron otras mansiones del barrio y que llegaron a ser una amenaza muy seria. Y, aún no sé cómo, también salvamos los cuadros, escondiéndolos en el viejo cuarto del teléfono. A ninguno de esos bárbaros se le ocurrió mirar allí, o es que las obras de arte no eran de su interés.

También conseguimos preservar la habitación de Violeta. Fue idea del mañoso Higinio. ¿Le recuerdas? Antes de la guerra te había servido como encargado de mantenimiento, pero ha prosperado mucho desde entonces. Un día llegó diciendo que los feligreses de algunas parroquias estaban tapiando capillas y altares para evitar que los anticlericales los destruyeran. En alguna parte consiguió ladrillos y cemento y levantó con sus propias manos un tabique que luego pintamos entre todos. En ese momento, todavía estábamos los mismos de aquel último verano: Julián, Vicenta, Aurora y yo. Carmela no, porque cumpliendo tus instrucciones había partido hacia Aviñón con el pequeño Modesto, para dejarlo en casa de tu prima. Nunca más regresó, ni supimos de ella. Lo más probable es que volviera a su pueblo, donde creo que tenía a sus padres, muy mayores.

Pero hablaba del cuarto de Violeta. Antes de que el muro cegara la puerta, quise meter en la habitación algunos recuerdos: el libro de

tapas de piel que Teresa siempre llevaba consigo, un misal que tu madre me regaló cuando aprendí a leer y mi caja de recuerdos. Ya sé que no son más que cosas viejas, pero me pareció que al preservarlas estaba salvando el recuerdo de Violeta, la memoria querida de tu madre, y algunos retazos de la historia de la familia, que ha sido la mía durante gran parte de mi vida.

En la crónica anterior, sin duda echarás de menos el nombre de la pobre Laia. Tenía sólo dieciséis años cuando estalló la guerra. Recordarás, sin duda, que se quedó contigo en Barcelona. Pues bien: no estaba aquí cuando llegamos de Caldes, vivos de milagro, a finales de julio de 1936. Sus padres siempre albergaron la esperanza de que estuviera con vida en alguna parte, o que tal vez se hubiera unido a algún grupo revolucionario. Nunca les dije nada, pero siempre he estado convencida de que alguien la mató sabiendo que estaba sola en casa y que no podía defenderse. Le ocurrió a otras criadas, jóvenes y vistosas como ella. El caso es que nunca volvimos a verla. Julián y Vicenta murieron sin recibir noticias de su hija, y digo yo que a estas alturas deben de estar los tres juntos en el cielo.

Luego se volvió mucho más habitual que la gente desapareciera y reapareciera sin dar explicaciones. Higinio, por ejemplo, se fue con ellos, los milicianos, tras dejarse convencer de que la lucha obrera era el mejor futuro y que había que combatir a quienes pretendían someterles de por vida. En esos días mataron a muchos hombres importantes, y no puedes imaginar cuántas veces di gracias al cielo por permitirte escapar de este infierno. Lo raro fue que Higinio regresó unos cuantos meses después, cuando la guerra ya se estaba terminando, y que lo hizo convertido en uno de los vencedores. En qué lugar había cambiado de bando, nunca nos lo dijo, ni nosotros se lo preguntamos. La verdad es que no me importaba, porque la alegría de verle llegar vivo fue enorme y porque las buenas personas lo son piensen lo que piensen. Higinio entró en Barcelona con las tropas nacionales, y a la primera oportunidad volvió a casa para saber de nosotras. Aurora y yo le recibimos como mejor pudimos, y

compartimos con él lo poco que teníamos de comer. Le explicamos que a Vicenta la habían matado en plena calle, por llevar una bandera catalana y gritar consignas separatistas, y él nos abrazó y nos dijo que desde ese momento él se encargaría de que no nos ocurriera nada. ¡Y vaya si lo hizo! Fue un ángel protector para nosotras y también para la casa. Nos consiguió trabajo como costureras y planchadoras. Cada semana se presentaba aquí con sacos de ropa, se llevaba las prendas terminadas y nos pagaba en efectivo. Nunca preguntamos de quién eran aquellos encargos, pero llegaron a ser tan frecuentes, y sus visitas tan constantes, que nos permitieron vivir con cierta holgura, aunque trabajando mucho. A fuerza del trato frecuente, surgió entre Higinio y Aurora un gran cariño. Se casaron hace dos meses y yo tuve el orgullo de ser su madrina. Ahora que mi salud se ha debilitado tanto, cuidan de mí como dos hijos. Con ellos me ha mandado el cielo una suerte muy grande.

Higinio no fue el único que regresó. También lo hizo Antonia. Aunque me temo que en este caso la sorpresa no fue tan agradable. Venía convertida en una miliciana con mando. Si hubieras visto qué gritos daba. Los demás la tomaban —creo— por una monja renegada, y ella no les desmentía. Llegó dándose aires y amenazando: o nos sumábamos a su causa o nos mataría y que María la casa con nosotros dentro. Se llevó un buen berrinche cuando vio que aquí ya no quedaba nada que robar, porque los que llegaron antes se lo llevaron todo. Ni ollas en la cocina nos dejaron. Julián se encaró con ella y uno de sus acompañantes le hirió en el estómago con una bayoneta. Le enterramos tres días después. Por cierto, que en el entierro estuvo presente tu hermano Juan. Llegó de pronto, vestido de civil y tan flaco que estaba irreconocible. Durante los primeros tiempos, la persecución contra los jesuitas había sido muy dura, y él había conseguido huir escondiéndose en las casas de algunos fieles valerosos. Pero ahora las tornas cambiaban y en ninguna parte se sentía a salvo. Intentamos ayudarlo, pero al día

siguiente vinieron a buscarle un par de sacerdotes y lo llevaron con ellos. Pretendían embarcar hacia algún país sudamericano, según dijeron. Espero que lo consiguieran.

También entre las tropas republicanas que durante tres meses hicieron de la casa su cuartel general encontramos rostros conocidos. Algunos decían que habían sido trabajadores de las fábricas Lax, y lo miraban todo con un respeto lleno de admiración. Traían sacos de materias primas y yo les servía como cocinera. Por las noches cantaban y bebían en el antiguo patio, y siempre terminaban brindando por Teresa, que les miraba misteriosa desde el retrato de la pared. Un día se marcharon y no volvieron nunca más. En su lugar sólo nos quedó aquel silencio tristísimo, que las sirenas interrumpían día y noche. Hubo madrugadas, sobre todo del maldito 1938, en que no logramos dormir más de una hora seguida. Toda la ciudad vivía aterrorizada, las bombas caían desde el cielo y desde el mar, algunas veces tan cerca que podíamos oír los gritos de los heridos y los llantos de los niños. Una de ellas alcanzó un tranvía lleno de pasajeros que circulaba por Plaza de Catalunya. En las calles principales se amontonaban los cadáveres. Las sirenas interrumpían una y otra vez las búsquedas de supervivientes entre las ruinas. Todo el mundo huía, despavorido, abandonando a los moribundos. Dicen que los aviones eran italianos. Yo pensaba en ti cuando lo decían y me preguntaba qué tenía Italia contra nosotros. ¿Por qué para salvarse hubo de sufrir tanto Barcelona? Las bombas, el luto, los robos, el incendio, la guerra, la pobreza, la humillación y las lágrimas, tantas lágrimas.

Ahora la ciudad vuelve a ser la que era, pero dividida en dos bandos. Los vencedores alardean de su victoria. Los vencidos agachan la cabeza. Yo no sé a qué bando pertenezco. Sólo sé que vengo de otro tiempo. Uno muy lejano, que desapareció para siempre. Un tiempo donde todos, ricos y pobres, resultaron vencidos.

No puedes imaginar qué sorpresa fue para mí encontrar el retrato

de Teresa en la pared que antes fue del patio. Es tan idéntica a ella, su gesto está plasmado con tanta veracidad, que aún no puedo mirarlo sin sentir un escalofrío. Te gustará saber que no ha sufrido ningún daño, aunque nuestro trabajo nos costó. No hemos tenido ocasión de hablar de ello, pero aún no puedo creer lo ocurrido. No comprendo que Teresa se marchara de ese modo, abandonando lo más preciado para ella: a ti, a su hijo. Tendrías que haber visto la expresión de su hermana cuando se lo comuniqué, después de hablar contigo. No pareció extrañarse. Dijo: «Hace mucho que esto debía haber pasado.» Luego pareció confusa. Se dejó caer en una butaca del jardín y se pasó la tarde entera sin hablar con nadie. Aquella misma noche se marchó. Julián le dijo que no lo hiciera, que estaba todo muy revuelto para que una mujer anduviera sola por ahí, conduciendo su propio coche. Pero ella no hizo caso. Iba armada y se sentía segura. En ese momento, nada podía imaginar la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Supimos que la asaltaron a la entrada de Barcelona. Le robaron el coche y las joyas. Si no hubiera sacado el arma, puede que no le hubiera pasado nada. Pero les amenazó con la pistola y fueron más rápidos que ella.

En fin, Amadeo. Sólo me queda decirte que hemos hecho cuanto ha estado en nuestras manos en estos momentos tan difíciles. Seguro que sólo es cuestión de tiempo que para ti todo vuelva a ser como antes. Hay aquí mucha gente que espera tu regreso y en la ciudad los de tu condición vuelven a llevar la vida de siempre. Yo también te espero, por supuesto, pero me temo que no viviré para volver a verte. Si, por fortuna, tus ojos llegan a posarse sobre estas letras, quiero que sepas que te he querido toda mi vida como a un hijo. Toda mi vida. Exactamente como te prometí aquel día de hace ya cuarenta y un años.

Que Dios te bendiga, cielo.

Conchita

XXVI

Ah, el tiempo, ese argumento universal. Aniquila a los seres humanos. Consume a las piedras. Engola a los novelistas. Aburre a los fantasmas.

Exultantes de alegría, asistimos los inertes a la inauguración del museo. Hay muchos desconocidos dispuestos a hablar y una nube de curiosos que lo invade todo. Ya no quedan secretos tras los muros remozados y las habitaciones se han ensanchado para transformarse en estas salas espaciosas, impersonales, que ceden a los cuadros todo el protagonismo.

Zascandileamos entre lienzos y visitantes, felices como niños de ver a Violeta en medio de la representación. Ella escucha, habla, brilla. Por fin se halla donde le corresponde. A su lado, Fiorella Otrante estrena un vestido de encaje negro y se le humedecen los ojos al escuchar las palabras de gratitud de los políticos. El cuerpo de su madre, joven para siempre y para siempre hermoso, asombra a todos desde los cuadros expuestos en la sala principal. Son la estrella de la colección junto con los retratos de Teresa, agrupados por primera vez por designio de la directora, quien sabe que esta unión es un acto de justicia. Modesto está aquí también, agarrado a la mano de una joven rubia. Más allá, Valérie y su profesor de inglés. Silvana observa, complacida. Los gemelos Iago y Rachel, formales y tan hastiados como nosotros de escuchar parlamentos —los fantasmas, como los niños, detestamos los monólogos—, miran a su padre preguntándole con los ojos cuánto falta. Daniel sonríe y les tranquiliza sin decir palabra. Para la ocasión, Arcadio se ha disfrazado de hombre con gusto. Lleva una americana oscura,

perfectamente conjuntada con unos pantalones grises y la corbata parece que liga con los zapatos. Para él, este acto de lustre y tedio es la culminación de una larga lucha, en la que se ha dejado la vida y, a ratos, la salud. Cuando traspase la frontera que aún nos separa, hallaremos el modo de mostrarle nuestro agradecimiento.

Desde el patio, devuelta a su lugar, la mirada ausente de Teresa vigila a los mortales. Pobres criaturas, incapaces de perpetuarse a sí mismas, parece pensar. Es frágil la memoria de nuestros sucesores, susurramos a coro, dando gracias de que algo, aunque sea una parte ínfima y tramposa como el argumento de una novela, dé cuenta de nuestros pasos por el mundo.

Y ahora lo sencillo sería dejar correr el tiempo en el sentido de las agujas del reloj. Pero son muy mansas las aguas del futuro y nosotros estamos acostumbrados a las emociones fuertes. Preferimos transgredir el calendario. Recular. Inventariarlo todo al detalle, a la minucia, mientras ideamos un entretenimiento a nuestra altura. Lo llamaremos «El juego de devolver todo a su lugar». Preparados, listos...

Tras la elegancia del acto inaugural, durante 263 días los albañiles lo llenan todo de ruido, andamios e idiomas extraños. Cuando se marchan dejan la habitación de Violeta armada y oculta de nuevo, todos sus secretos bien preservados para la larga andadura que les aguarda y los trajes y los zapatos comienzan a recuperar cada día un poquito del brillo que el tiempo les arrebató. Teresa regresa a su tumba que, una vez sellada e invisible, custodia el lugar que fue el patio, mientras los desconchones van desapareciendo de las paredes y las humedades retroceden en los muros cada vez más jóvenes. Luego siguen unos trece mil días de soledad, sólo truncada de vez en cuando por alguna visita impertinente, que nos distrae de nuestro vagar sin rumbo. No nos referimos a Arcadio, a él le conocemos y nos resulta simpático, nos gusta hacer apuestas con respecto a su atuendo, lamentamos su desaliño en el vestir tanto como le agradecemos de verdad su tesón tan impropio de seres humanos. Arcadio es de los nuestros. No. Quienes nos molestan son esos políticos gordos que celebran fiestas y no saben nada. Nos divertimos arruinando sus planes, aunque nuestras posibilidades, al contrario de lo que la gente cree, son en ese sentido muy limitadas.

Y de pronto estamos en el velatorio de Amadeo Lax y los espíritus estamos de fiesta, contentos de recibir a un nuevo miembro, pero el muerto comienza de súbito a sentirse mejor, abre los ojos, se levanta, extrañado, y echa a andar por el salón de la chimenea, que está polvoriento y vacío, como él mismo cree sentirse hoy. No es de extrañar que así sea, sabiendo que tiene casi treinta años de reclusión por delante. Respira mal, tose, resuella. Su piel amarillea. Poco a poco mejora, cierra los ojos a intervalos, se siente fatigado y laxo, desea la muerte que no está por ninguna parte, se aburre. Porque así es la vida del solitario Lax del regreso: encerrado en la buhardilla, se había de recordar lo que fue y de esperar el final. Piensa poco, porque ha descubierto que hacerlo le transtorna. Aprende a vivir huérfano de recuerdos. El final de esta penosa espera es una decisión: volverá a pintar y será para siempre. Busca los pinceles y las paletas de los raídos baúles donde los escondió y retoma sus obsesiones, por primera vez en mucho tiempo. Clavetea su primera tela, pinta su primer cuadro de esta vida en sentido contrario, embargado por un terror que no comprende hasta que contempla el lienzo y descubre un autorretrato cadavérico y monstruoso. En esto se ha convertido. No puede haber futuro para un hombre así, se dice.

A pesar de todo, pronto se repone un poco y las fuerzas van regresando a él a medida que lo hace también la pintura. Se pregunta cómo se puede vivir sin pintar. Los recuerdos se difuminan, pero bastan para emborronar telas y más telas. Teresa es omnipresente en esta etapa de tardía madurez. Sólo él sabe qué caro ha pagado su crimen. No importa que haya prescrito según la ley de los hombres, porque a él es Dios quien le juzga y el castigo es eterno y ejemplar. Y más severo que Dios, está él. Nunca se perdonará.

Siguen 352 meses sin cambios. Diez mil días. Veintinueve años. No importa la unidad que utilicemos para el cómputo del tiempo, porque éste siempre es implacable. En ese lapso, Amadeo apenas sale de casa, acepta con docilidad los cuidados que le dispensa una empleada de hogar muy joven y muy silenciosa, con la que apenas tiene otra relación que la gastronómica. Ya no es como el servicio de antaño, ésta tiene su propia casa y todos los días llega por la mañana y se marcha por la tarde. Amadeo casi nunca cena, porque la sola idea de bajar cuatro pisos para abrir la nevera le entristece.

Permanece en la buhardilla, al abrigo de la estufa en invierno y bajo el milagro del aire acondicionado en verano, la única modernidad —junto con el escaso mobiliario— que ha consentido en introducir en su vida. Cuando Arcadio se presenta, manda a la muchacha que limpie un poco el viejo gabinete y dispone en él dos sillones que parecen antiguos pero que son falsos, como tantas otras cosas en su vida. Es allí, bajo la mirada de Teresa, donde mantiene la primera reunión con el voluntarioso y simpático estudiante de bellas artes. También ve de tarde en tarde a Trescents —que es un anciano nostálgico y quejumbroso— y mantiene con él largas conversaciones cargadas de las decisiones que siempre quiso rehuir. En ese mismo lugar lee un día una carta procedente de Perú, encabezada por el sello de la congregación de San Ignacio de Loyola. En ella le informan de que el padre Juan murió de malaria en un lugar de la Amazonia llamado Aucaya. Tras una breve crónica de las circunstancias, le dan el pésame y le encomiendan a Dios. La carta lleva fecha de 1963, pero los hechos referidos parecen anteriores. No se especifica cuánto.

De un día para otro, unos operarios en mono azul se llevan los pocos muebles que había en la casa. Un abatido Amadeo Lax recoge sus pocas cosas y las guarda en una diminuta maleta. A medida que baja la escalera, sus pisadas dejan una película de polvo immaculado cubriéndolo todo. La congoja regresa a sus ojos cuando se halla de nuevo en el patio de carruajes y reconoce las huellas de los incendios, las paredes desportilladas, las cocinas vacías y en un rincón una pobre rueda abandonada, único vestigio de sus exagerados gustos de otra época. Lee allí mismo una larga carta salida de la mano de su querida Conchita. Sólo el temblor de las hojas delata su emoción. Luego devuelve la carta a su sobre, lo cierra con cuidado y lo observa largo rato. «Destinatario desconocido. Devuelta al remitente», lee en el anverso. El destinatario es él y la dirección, la del Grand Hotel de Roma. Deja el sobre en el suelo y lo camufla entre la basura que lo invade todo —hojas secas, papeles, restos de comida, animales muertos...—, de modo que sólo una esquina queda visible, como por milagro. La observa con extrañeza, echa el último vistazo a su alrededor, suspira, y sale con sigilo y se pierde en una mañana luminosa. Cuando volvamos a verle habrán pasado nueve años y se

parecerá mucho más a sí mismo.

En ese periodo ocurre un cataclismo que se lo lleva todo por delante. Regresan caras conocidas a llenarlo todo de voces y consignas belicosas. Hay asaltos y en el patio de carruajes arden hogueras alimentadas con los libros de la biblioteca. También hay saqueos y violaciones y muertos. Llegan extraños que dejan en su lugar los sillones de raído terciopelo amarillo. Otros devuelven las alfombras, y el piano de madera cubana, las lámparas, el gramófono, los vestidos o los escritorios. Un grupo de vocingleros armados llega encaramado a los coches de lujo del señor Lax y uno por uno los dejan en su sitio. Quedan los criados asustados por el sonido de las bombas y las noticias terribles de matanzas y sublevaciones. Poco a poco, también eso se diluye, los sirvientes salen y todos nos quedamos esperando aquel último portazo de Amadeo.

Un portazo que comienza a anunciarse como un eco lejano, un crujido terrible que recorre las estancias, que predice un cambio de tiempo, el fin y el comienzo de muchas cosas, hasta que por fin estalla, terrible como un trueno, en mitad del corazón de las piedras.

Y podríamos ir más allá, danzando sin fin.

Revivir a Teresa, rejuvenecer a Laia hasta devolverla al claustro materno, reinstaurar el sol en el patio y replantar los rosales y las hiedras, permitir el regreso de Antonia y la resurrección de Maria del Roser, ir de boda otra vez, retornar a la niña Brusés a su familia de locos, albergar la esperanza de que los hermanos se reconcilien, traer a don Rodolfo de su claustro de monjas peregrinas, encargar litros del perfume que Rorro se echaba en el escote para atontar a su marido, ver relucir los muebles y las cortinas y celebrar el esplendor del terciopelo amarillo de los sillones del salón y por fin, para terminar de una vez, enviar cada pequeña pieza a su lugar, desmembrar las paredes piedra a piedra y dejar este sitio huero y despoblado, igual que la primera vez que don Rodolfo Lax Grey, hombre capaz de ver el futuro, se detuvo justo aquí, entornó los ojos y soñó cómo sería su casa.

Esta novela se escribió en Mataró, Madrid, Turégano y Como entre abril de 2009 y noviembre de 2010.

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

Creo conveniente aclarar que *Habitaciones cerradas* es, a pesar de su documentada ambientación histórica, una obra de ficción. Amadeo Lax y su familia son personajes ficticios y, del mismo modo, lo es todo acuerdo atribuido en la novela a la Generalitat de Catalunya y al Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC), así como todas las publicaciones que describen la obra de Lax o el destino de su herencia. Con todo, los museos citados existen, y son lugares de interés innegable que albergan fondos del periodo tratado en estas páginas. Del mismo modo, Octavio Conde es también un personaje ficticio, aunque su entorno familiar sí existió realmente: la familia Conde fundó a finales del XIX los Grandes Almacenes El Siglo, una empresa modélica en su ramo, precursora del resto de las grandes superficies de nuestro país y una verdadera institución para los barceloneses. Llegó a proporcionar trabajo a mil quinientos empleados. Los almacenes se quemaron la mañana del día de Navidad de 1932. La causa del incendio, según la versión oficial, fue un cortocircuito producido en un pequeño tren de juguete que se exponía en uno de los escaparates. No hubo víctimas mortales. El establecimiento se reconstruyó en un tiempo récord en una nueva sede de la calle Pelai, pero la inminente Guerra Civil, la posterior Segunda Guerra Mundial y los profundos cambios sociales que se habían operado impidieron que recobrara el esplendor de otros tiempos.

También es histórico el trágico naufragio del vapor *Príncipe de Asturias* en el que pierde la vida Casimiro Brusés, aunque en realidad ocurrió algo más tarde de lo que me he permitido situarlo en la ficción, el 6 de marzo de 1916.

La sociedad espiritista que se reúne los miércoles por la tarde en la biblioteca de casa de los Lax no existió en realidad, pero sí lo hicieron otras de características muy similares, como la Sociedad Espirita Fraternidad Humana, que tuvo su sede en Sabadell y que presidió Miguel Vives. Curiosamente, esta sociedad, inspirada en otras de características muy similares de Estados Unidos e Inglaterra, también se reunía los miércoles. El espiritismo fue una corriente espiritual y de pensamiento que dejó honda mella en la sociedad española de fines del siglo XIX. Contó con muchos adeptos y se fundaron sociedades en gran número de ciudades, entre las que las capitales andaluzas fueron pioneras. En 1882 se sientan los cimientos de lo que más tarde sería la Federación Espiritista Española y en 1888 se celebra en Barcelona el I Congreso Internacional Espiritista. También aparecieron gran número de revistas, entre las que ocupó un lugar destacado *La luz del porvenir*, dirigida por Amalia Domingo Soler. En el resto del mundo, la corriente contó con adeptos de renombre, como los escritores Arthur Conan Doyle o Victor Hugo. A este último, por cierto, pertenecen las palabras que surgen de la escritura automática de Francisco Canals en el capítulo XV. Las duras campañas de desprestigio emprendidas por la Iglesia católica dañaron la imagen pública de estos intelectuales ya antes de la Segunda República, pero fue el franquismo lo que los barrió del mapa de forma definitiva. Permanecieron en la clandestinidad durante cinco décadas y en enero de 1984 volvieron a celebrar un congreso en la ciudad barcelonesa de Terrassa.

Francesc Canals Ambrós, conocido como «el Santet del Poblenou», es venerado como un santo en el Cementiri de l'Est de la ciudad de Barcelona, aunque nunca fue canonizado. Su tumba, rebosante de exvotos y flores, es el lugar más visitado del camposanto desde hace décadas.

La crónica del incendio de los Grandes Almacenes El Siglo ha sido tomada casi en su totalidad de la publicada por el periódico *La Vanguardia* el día 27 de diciembre de 1932. Solo me he permitido acortarla un poco, añadir

el electo dramático del desplome de la escalera —que se produjo, pero no en presencia de las fuerzas vivas— y la aparición del único miembro ficticio de la familia Conde, Octavio. Por lo demás, no he podido resistir la tentación de homenajear al cronista anónimo que sirvió a la sociedad de su tiempo esa pormenorizada visión del caos y la destrucción.

El viaje de Alfonso XIII en 1908, salvo el resfriado y el vahído que le lleva a las interioridades de casa de los Lax, está íntegramente rescatado de las crónicas. Por ellas supe que si el rey no experimentó una indisposición durante sus visitas catalanas no fue, desde luego, por falta de razones. La actividad de Alfonso XIII en esas visitas eran tan intensa, y sus viajes a ciudades de provincias tan numerosos, que en la época se le apodó «el *Cametes*» («el Pierrecitas»).

El convento de Montesión, situado actualmente en Esplugues de Llobregat, es conocido por una existencia nómada. Procedente de un antiguo monasterio situado en la actual calle de Montsió, durante siglos ocupó unos terrenos cercanos a Via Laietana. En 1866 se decide salvarlo y trasladarlo piedra a piedra hasta la Rambla de Catalunya, donde se reconstruyeron el monasterio y el claustro. El convento, convertido ya en la iglesia parroquial de San Ramón de Penyafort, salió bien parado de la Semana Trágica y hasta de la Guerra Civil, pero, después de ésta, las monjas adquirieron un nuevo terreno en Esplugues y se trasladaron allí con sus piedras a cuestas. Aunque esta vez sólo pudieron llevarse el claustro, puesto que el municipio no autorizó la reubicación de la sede de la parroquia.

Vicenta canta fragmentos de *La pulga* —un cuplé estrenado en España por Pilar Cohen y que más tarde popularizaría la Bella Chelito — y Olympia canta *Batallón de modistillas*, de Álvaro Retana y Aquino, que cantó La Troyana en 1915. El ripio wagneriano que pronuncia Emilio de la Cuadra en el capítulo XIII es de César González Ruano, tomado de un auca que escribió a su amigo Ignacio Agustí y que éste cita en sus memorias. Los versos satíricos de Julián en el capítulo XXI son de autor anónimo y fueron publicados en la sección de chistes del periódico que quincenalmente publicaban los Grandes Almacenes El Siglo, en el año 1887. El lamento sobre Barcelona que escribe Conchita en su crónica de la Guerra Civil lo he

tomado prestado de otro lamento, del poeta Joan Maragall, escrito poco después de la Semana Trágica.

No me habría sido posible escribir estas páginas sin algunas lecturas con las que estoy en deuda: los libros *Cendra i ànima*, *La matinada* y *Entre Ariel i Caliban*, pertenecientes a las *Memorias* del dramaturgo, novelista y poeta Josep Maria de Sagarra; el libro memorialístico *Per camins de França*, de Gaziell, seudónimo del periodista Agustí Calvet i Pasqual; *Abans que el temps ho esborri*, de Francesc Xavier Baladia; *Episodis de la burgesia catalana*, de Francesc Cabana; *Edificis viatgers de Barcelona*, de Jordi Peñarroja; *L'esplendor de la Barcelona burgesa*, de Lluís Permanyer; *Cartas europeas. Crónicas en El Sol, 1920-1928*, de Josep Maria de Sagarra y Josep Pla; *Escrits sobre art*, de Joaquín Torres García; *Un senyor de Barcelona*, de Josep Pla; *Historia crítica de la burgesia a Catalunya*, de Antoni Jutglar; *Ganas de hablar*, de Ignacio Agustí; *Quan Barcelona portava barret*, de Sempronio; el catálogo de la exposición *L'encís de la dona. Ramon Casas al Liceu i a Montserrat* y las publicaciones periódicas siguientes: *La Vanguardia*, *El Siglo. Órgano de los grandes almacenes*, *Diario de Barcelona*, *El diluvio*, *Il·lustració catalana* y *La luz del porvenir: Revista de estudios psicológicos y ciencias afines*.

Asimismo, quiero agradecer a algunas personas su generosidad y colaboración a la hora de instruirme sobre determinados aspectos de esta historia: a Eduard Paredes, Caries Aróla, Salvador D. Aznar Cervantes, Adela Farré, Maria Luisa Yzaguirre, Monica Montaña, Javier Rodríguez Álvarez, Valeria Martínez Franco y el personal de la Biblioteca de Catalunya y, especialmente a Luis Conde. También a Alicia Soria, por la inspiración primera. A Ángeles Escudero, Francesc Miralles, Sandra Bruna, Claudia Torres y Deni Olmedo, por ser primeros lectores de todas y cada una de las versiones de esta novela. A mis editoras, Miriam Vall y Pema Maymó, por entusiasmarse con su trabajo. Ya todos aquellos que aún son capaces de emocionarse con un puñado de palabras.

Fin